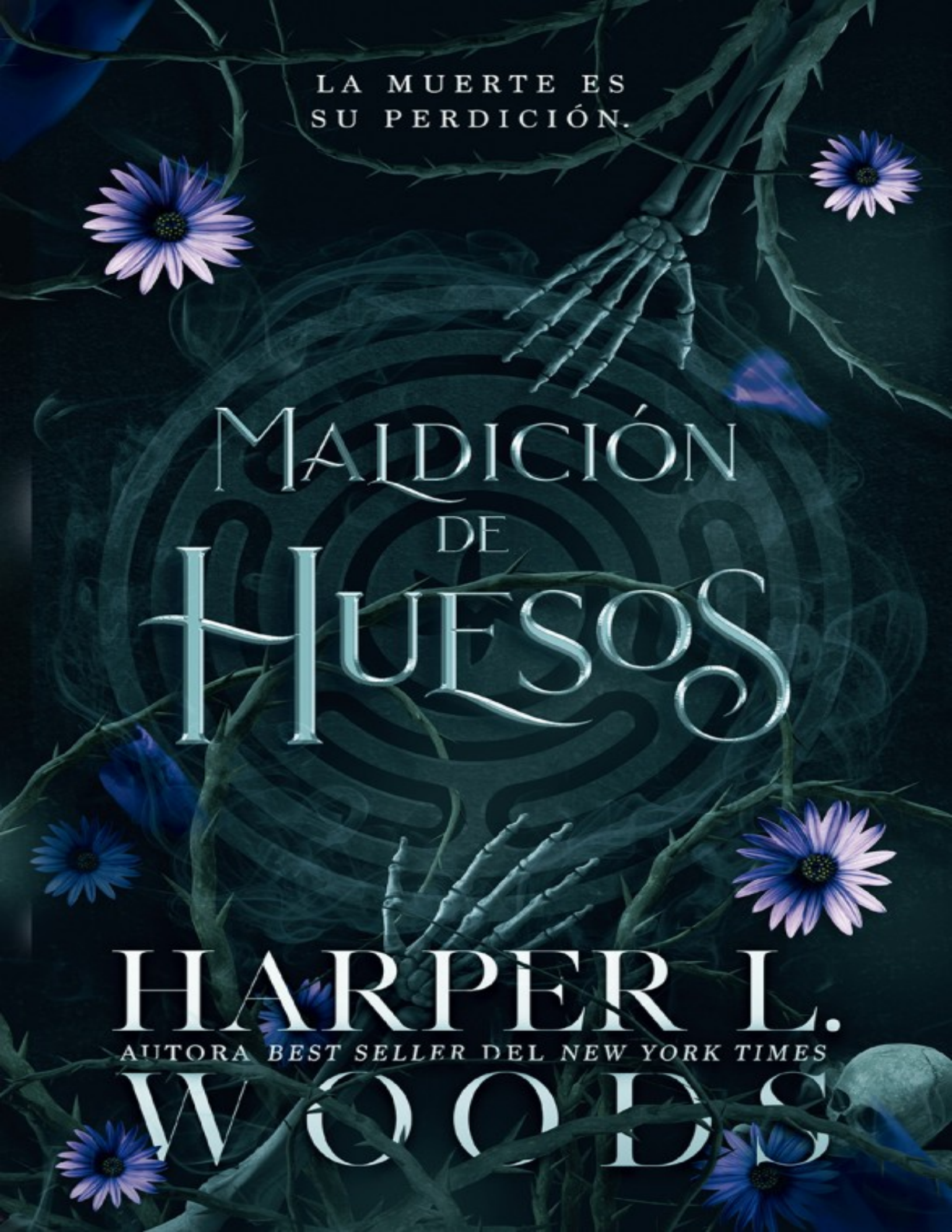

LA MUERTE ES
SU PERDICIÓN.
MALDICIÓN
DE
HUESOS
HARPER L.
AUTORA BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES
WOODS

# Maldición de Huesos

# Maldición de Huesos

HARPER L. WOODS

Traducción de Aitana Vega Casiano

UMBRIEL

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *The Cursed*
Editor original: Tom Doherty Associates/Tor Publishing Group
Traducción: Aitana Vega Casiano

1.ª edición: julio 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2023 *by* Harper L. Woods
Publicado en virtud de un acuerdo de Tor Publishing Group, en asociación con International Editors & Yáñez' Co. Barcelona
All Rights Reserved
© de la traducción 2025 *by* Aitana Vega Casiano
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 979-13-87557-56-0

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

*Para quienes les gustan los peligrosos.*

# Aviso de contenido

- consentimiento dudoso
- alimentación forzada
- violencia y tortura gráfica y explícita
- contenido sexual explícito y duro
- proximidad forzada y escenas de cautiverio
- traición
- referencias a abusos anteriores y reacciones traumáticas a estímulos desencadenantes
- violencia con cuchillos
- descripciones gráficas de sangre
- daño físico infligido a la protagonista
- asesinatos rituales
- violación de una menor por parte de un adulto (no descrito, contexto del pasado)
- autolesión y cortes con propósitos mágicos
- magia de sangre

# Las familias de Crystal Hollow

Brujos de cristal (también conocidos como blancos)
Casa Petra
Casa Beltran

Brujos cósmicos (también conocidos como violetas)
Casa Realta
Casa Amar

Brujos de tierra (también conocidos como verdes)
Casa Madizza
Casa Bray

Brujos de aire (también conocidos como grises)
Casa Aurai
Casa Devoe

Brujos de agua (también conocidos como azules)
Casa Tethys
Casa Hawthorne

Brujos del sexo y el deseo (también conocidos como rojos)
Casa Erotes
Casa Peabody

Brujos de fuego (también conocidos como amarillos)

Casa Collins
Casa Madlock

Brujos nigromantes (también conocidos como negros)
Casa Hecate

# Prólogo

## Lucifer Morningstar



*Cincuenta años antes.*

Loralei Hecate deambulaba por los pasillos y su melena del color del ébano ondeaba a su paso. El pedazo de ónice que sujetaba en la mano no serviría para protegerla de la criatura que la perseguía, pero eso no le impidió aferrarse a ella como si su vida dependiera de ello mientras yo la seguía entre las sombras. Su mejor amiga era una bruja blanca y era quien le había dado la gema para combatir la persistente sensación de que alguien la seguía.

Lo único que podría haberla protegido era la seguridad del grupo, pero había sido tan idiota como para abandonar el refugio de su cama durante la noche. No me había costado mucho atraerla, solo una llamada susurrada, tan sutil que ni siquiera activó el amuleto que llevaba al cuello.

La seguí, procurando mantenerme oculto entre las sombras para que no detectara mi presencia. Debía encontrar el lugar adecuado para su muerte pues, aunque tenía que morir, no quería que sufriera. No necesitaba que sus últimos momentos estuvieran plagados de miedo y oscuridad.

Su muerte no era nada personal. De hecho, era un sacrificio diseñado para que todo progresase.

Años de planificación dependían de aquel momento y de que su corazón dejase de latir, pero el papel que había desempeñado en los años anteriores había hecho que se ganase mi respeto.

Loralei se detuvo de repente y se dio la vuelta para mirarme. El intenso azul de sus ojos brillaba en la oscuridad, como la luz de la luna, con un tenue matiz púrpura que tanto me recordaba a su antepasada Charlotte. Frunció el ceño a la vez que abría la boca en un grito silencioso y retrocedió, dejando caer el cristal de ónice al suelo.

La protección de la piedra cayó en el olvido cuando me descubrió acechándola. No sabía quién era en realidad, lo que se escondía debajo del traje de carne que habitaba, pero un Recipiente persiguiendo a su presa en la noche no auguraba nada bueno.

Di un paso hacia ella, pero me detuve de repente cuando sentí la intensidad de una mirada desparejada. Una mujer apareció en la tenue luz que entraba por las ventanas y se acercó a Loralei vacilante. Había algo irreal en ella, como si estuviera allí y al mismo tiempo no estuviera; si alargaba la mano para rozarla, me pregunté si tocaría carne o solo el leve susurro de un recuerdo a medio olvidar.

Loralei echó a correr y se dirigió a un recodo del pasillo, mientras la mujer buscaba entre las sombras a las que yo consideraba mi hogar. No vio nada; su inquietante mirada multicolor se movía

frenética, como si sintiera mi presencia pero no pudiera verme.

Pero yo sí la veía.

La sentía. En el instante en que aquellos ojos púrpura y ámbar aterrizaron en los míos supe exactamente lo que era, quién era. El cabello oscuro como la tinta le caía sobre los hombros en suaves ondas, con un ligero toque burdeos en las puntas que me recordaba a un buen merlot. Tenía un cuerpo curvilíneo y suave, con unos muslos gruesos que imaginé alrededor de mi cabeza y unos pechos que rebotarían cuando me la follara.

Nunca había tenido la intención de apoderarme de la hija de dos. Nunca había pensado en quedármela, solo en aprovecharme de lo que su combinación única de magia pudiera ofrecerme.

Todo cambió cuando un gruñido me retumbó en el pecho y me recorrió todo el cuerpo. El suelo tembló bajo mis pies con fuerza, las ventanas traquetearon en las paredes a la vez que las piezas del destino iban encajando en una sinfonía interminable, como el estrépito de los huesos mecidos por el viento.

Loralei aferró la bolsa de huesos en su cadera mientras la joven bruja Hecate se daba la vuelta y seguía a su tía, el fantasma de su rostro parpadeando a la luz de la luna. Se fijó en la bolsa de huesos como si sintiera su llamada, como si una parte de ella reconociera que algún día serían suyos.

Los quería y yo quería apoderarme de lo que era mío.

*Ella.*

—No tengo lo que buscas —dijo Loralei a la nada. Me miraba con intensidad y su cuerpo se estremecía a cada paso que daba. Los pasillos palpitaron al reconocer lo que se movía por ellos cuando liberé las pequeñas porciones de poder a las que era capaz de acceder con aquella forma, llenando la universidad con mi presencia.

La bruja Hecate más joven, la mujer que aún no había nacido,

vaciló y se detuvo con una mano en la pared. El aliento de ambas formó una nube ante sus rostros cuando la temperatura del pasillo descendió tanto que quemaba.

—¡Loralei! —gritó asustada la bruja más joven. La aludida desvió la mirada hacia un lado, como si también viera a la extraña intrusa, y abrió los ojos de par en par al reconocerla. Apartó la mano de la bolsa de huesos que le infundía poder y su cuerpo se aquietó mientras observaba cómo algo se arqueaba entre ellas.

—Corre, Charlotte. ¡Corre! —gritó Loralei mientras la otra bruja se acercaba para ayudar a su tía.

*Charlotte.*

Sin duda tenían cierto parecido, algo que emanaba de ella en oleadas y que me recordaba a la bruja original. La que me había llamado aquella noche en el bosque y me había suplicado que le concediera las herramientas para vengarse.

Sin embargo, el nombre no le sentaba bien, como si la parte de ella independiente de ese parentesco se rebelara contra la idea de estar tan ligada a la antepasada que lo había empezado todo.

Ataqué, mis garras saltaron desde las sombras tan rápido que dudé de que la nueva bruja me hubiera visto. El pecho de Loralei se empapó de rojo, desgarrado por tres profundos tajos, y la sangre salpicó el rostro de la más joven. Loralei extendió la mano y cayó de rodillas, agarrando a su sobrina por el brazo mientras el suelo temblaba bajo sus pies. Me acerqué un paso más, dispuesto a apoderarme de aquello que me pertenecía, aunque lo arruinara todo.

Me movía como en trance, como si ella hubiera utilizado los huesos que todavía no poseía para comandar mi cuerpo.

—Despierta, Willow —susurró Loralei con los ojos en blanco.

*Willow.*

Ese nombre sí encajaba. Me acerqué más, con la atención puesta en

la bruja a la que planeaba poseer en un futuro y no en la que había venido a matar.

Le arañé el hombro en tres movimientos rápidos y bruscos. Willow gritó cuando su sangre me empapó las uñas y me cubrió los dedos, haciéndome sentir satisfecho por primera vez en siglos. Me los llevé a la boca y saboreé por primera vez mi futuro.

Se movió para mirarme y me pregunté si la curiosa criatura me vería. Me pregunté si ya era mía mientras me inclinaba hacia delante para arrastrar la nariz por el pelo de su nuca e inhalar su aroma.

—¡Despierta! —gritó Loralei.

El suelo tembló y mi rabia aumentó. A pesar de estar desangrándose, la bruja hacía todo lo posible para arrebatarme a mi brujita. Willow cayó, sus rodillas a punto de estrellarse contra la piedra.

Hasta que desapareció.

# 1

# Willow



Jadeé cuando aquellos extraños y brillantes ojos dorados encontraron los míos sin vacilar; su mirada me atravesó y me inmovilizó. La mano me temblaba apoyada en su pecho y parpadeé para contener el escozor de las lágrimas de horror.

*¿Qué había hecho?*

Tragué saliva, aparté la mirada despacio y me volví hacia los archidemonios que observaban nuestra interacción con mucho más interés del que me habría gustado. Intenté liberar la mano que seguía pegada a su pecho; su piel crepitaba y se desprendía donde había ardido contra la mía. El olor me produjo una oleada de náuseas y volví a tirar, dejando al descubierto la piel enrojecida y en carne viva con la forma de mi mano.

La huella destacaba en un rojo intenso en contraste con su piel dorada. Se me atascó la respiración en los pulmones mientras luchaba por liberarme, pero no me atreví a hacerlo con rapidez. Él

me observaba, con su inquietante mirada dorada, mientras yo intentaba controlar el pánico que me envolvía.

Movió la mano deprisa cuando me aparté, arrancándose más piel quemada y carbonizada. Me agarró por la muñeca e intenté liberarme a duras penas. Se incorporó despacio, en un deslizamiento suave y fluido que no delataba el tiempo que su cuerpo había estado desocupado y abandonado. Me moví a la vez que él, porque no me dejó otra opción, mientras sacaba las piernas por un lado del catre. Los archidemonios lo habían levantado y lo habían depositado sobre los brazos del trono de los Tethys, de modo que estábamos a la misma altura cuando me levanté.

El catre no se movió mientras él se desplazaba a pesar de la precaria posición; sus movimientos estaban tan cuidadosamente controlados que resultaban antinaturales. Su ardiente mirada no se apartó de mi rostro ni una vez para mirar a los demás presentes en la habitación; levantó la otra mano y la pasó por debajo de mi brazo libre para depositarla en mi cintura. Arrugó la tela de mi camisa con los dedos y la tela se me pegó a la piel cuando me empujó hacia delante para colocarme entre sus piernas abiertas.

Me sostuvo la mirada, ignorando cómo me temblaban la mano y el labio inferior cuando se inclinó hacia delante y apoyó la frente en la mía. Soltó un largo suspiro cuando nuestras pieles se tocaron, le tembló la mano que me sujetaba la muñeca y cerró los ojos por fin. Tragué saliva y me aparté para observarlo. Apretó los dientes cuando dejó caer la mano de mi cintura y la levantó para deslizarla bajo la cortina de mi pelo y tocarme la mandíbula. El sudor me perló la piel a causa del contacto con su cuerpo, tan cálido que temía que me fuera a quemar. Contrastaba tanto con lo que había sentido con su Recipiente, el frío intenso que siempre había impregnado el aire a su alrededor.

—No me mires así, brujita —murmuró y fortaleció el agarre alrededor de mi cabeza cuando intenté desprenderme de su tacto.

Aquellos ojos etéreos se endurecieron y me fulminó con la mirada, brillante como el oro fundido, cuando aproveché el momento de distracción para arrancar la mano de su pecho. Intenté no mirar la perfecta huella que había dejado en la piel y que no parecía mostrar ningún signo de curarse, como hubiera esperado.

Ladeó la cabeza para mirar la marca y esbozó una sonrisa cruel.

—Me has marcado —dijo y me miró de soslayo, sus dientes blancos asomando entre los labios entreabiertos. Era una mirada de pura satisfacción, engreída y dominante: un depredador que había conquistado a su presa.

—He hecho todo lo que me has pedido —dije y negué con la cabeza al mismo tiempo que trataba de apartarme de su contacto. Me agarró la mano con la suya y la levantó para mirar los restos de carne quemada que se me habían adherido a la piel. Cuando los tocó con un solo dedo, contemplé con horror cómo los restos se fundían en sangre, cómo resbalaban por mi mano y goteaban en el suelo a nuestros pies. Era igual a como había derretido la carne nueva de los huesos de la Alianza para formar a Charlotte, el recuerdo estaba demasiado fresco en mi mente.

—Así es —reconoció mientras recorría la sangre con un dedo y lo arrastraba hasta donde mi muñeca asomaba por la manga del jersey.

—Entonces deja que me vaya. Ya no te sirvo para nada —expresé, manteniendo la voz calmada. Detuvo el lento y traicionero recorrido de su dedo sobre mi piel, se quedó paralizado en el sitio y su uña se alargó con una ira repentina que palpitó de él en oleadas.

Me atravesó la piel, la sangre brotó y jadeé al sentir el calor de la suya deslizándose sobre la herida y mezclándose con la mía. No debería haber sentido nada, mis venas no deberían haberse

inundado de un calor hormigueante que me hizo arder.

Pero fue lo que pasó.

—Quieres dejarme —dijo y, en un movimiento lento, volvió a centrar en mí esa mirada animal. No había ninguna calidez en la dureza de su ira, solo una rabia que no quise contemplar mientras me estremecía.

—¿Qué razones tendría para quedarme? —pregunté.

Se le descompuso el rostro; la rabia anterior desapareció de forma tan repentina que fue como un latigazo. De algún modo, el vacío y la ausencia de toda emoción en sus facciones eran peores que la ira.

Me soltó y me tropecé con mis propios pies a causa de la repentina libertad. Retrocedí otro paso mientras se levantaba despacio. Aquella nueva forma se parecía mucho al Recipiente que había ocupado durante siglos. Sin embargo, el otro no había sido más que una imitación hueca del hombre real que tenía ante mí, de la belleza dominante y masculina que me acechaba con lenta confianza.

Antes era hermoso, más atractivo que ningún humano al que hubiera conocido, pero ahora, con aquella forma, era mucho más. Su pelo era más espeso y oscuro, de un castaño tan cercano al negro que solo se notaba la diferencia a la luz de los faroles que colgaban del techo. Su estructura ósea se había vuelto más profunda, más afinada y claramente masculina. Sus ojos dorados estaban más hundidos en la estructura de su rostro, lo que hacía que sus cejas se vieran más pronunciadas. A pesar de la delicada plenitud de su boca, la tensa línea en ella resultaba amenazadora y despiadada cuando me miraba. Parecía más grande que antes, no solo en altura sino también en anchura. Sus músculos esculpían su esbelta figura como si fuera una escultura de una iglesia romana.

Porque estaban basadas en él.

Incluso sus antebrazos y sus manos eran una representación de

fuerza, de la capacidad de partirme por la mitad si lo miraba mal. Su esencia llenaba toda la sala y nos sumía en la oscuridad mientras el aire se calentaba hasta un punto enfermizo y un sabor a manzana me empapaba la lengua.

—He hecho lo que vine a hacer, además de otras cosas que nunca hubiera querido —dije, en un intento de recordarle que desde el principio había venido a Crystal Hollow con un plan. En mi escenario ideal, aquel pueblo siempre había sido una parada temporal, siempre que lograra sobrevivir.

Lo último parecía improbable dado el desafortunado giro de los acontecimientos.

Como ser apuñalada por el hombre del que me había enamorado como la chiquilla ingenua que me había acusado de ser.

Incluso yo sabía que no tenía ninguna posibilidad de alcanzar la libertad luchando. Mi magia estaba débil, desgastada tras abrir el sello y sin nada de tierra cerca a la que recurrir. Miré el trono de los Madizza por el rabillo del ojo y los pétalos de rosa teñidos de negro revoloteaban en una brisa invisible, como si sintieran la débil llamada de mi magia.

Volví a retroceder, con la esperanza de acercarme un poco más y evitar la muerte que Lucifer me prometía con la mirada. Choqué con algo enorme y duro y levanté la cabeza para mirar a Belcebú, que me contemplaba con desinterés, sus alas negras y curtidas agitándose detrás de sus hombros. Extendió el brazo había delante y me agarró la barbilla con una mano, mientras con la otra me sujetaba la nuca.

Se me cortó la respiración al darme cuenta de lo que pretendía, pero no me dio tiempo a reaccionar. Gray ni siquiera iba a concederme la cortesía de matarme él mismo; iba a permitir que su esbirro hiciera el trabajo sucio.

Lucifer abrió los ojos de par en par y su expresión se tornó de

horror mientras abría la boca.

—¡No! —ordenó cuando Belcebú me giró la cabeza con brusquedad hacia un lado.

El crujido me resonó dentro del cráneo al tiempo que Gray se precipitaba hacia delante y me atrapaba mientras caía. Evitó que me desplomara en el suelo, con la cabeza colgando en un ángulo antinatural que era incapaz de corregir, mientras los pulmones se me comprimían al expulsar un último suspiro.

Me golpeó el pecho con la mano y un dolor sordo se extendió desde el calor de su tacto, pues todo lo demás que me rodeaba era frío.

Sin embargo, por dentro, ardía.

# 2

# LUCIFER MORNINGSTAR



Willow se desplomó, las piernas se le doblaron debajo del cuerpo y se le nubló la mirada. Belcebú la soltó como si le quemara en cuanto grité, como si eso bastara para deshacer lo que había hecho. Me moví más rápido de lo que recordaba haberlo hecho nunca y trastabillé ligeramente, pues todavía tenía que adaptarme a la sensación de mi propia piel envolviendo mi alma.

Atrapé a Willow antes de que llegara al suelo y le pasé un brazo por debajo para sujetarla bien. Me estremecí al ver el inusual ángulo de su cuello, cómo colgaba sin fuerza, sin nada que lo sostuviera. Me recordó a Susannah, a la forma grotesca en que la muerte se había aferrado a lo que quedaba de ella incluso después de que Charlotte y yo la levantáramos de la tumba.

*No.*

Los ojos se le pusieron en blanco cuando su alma se desprendió de

su forma física y el fantasma de su espíritu brotó de su pecho en una tenue bruma.

—Lo siento —murmuré, aunque sabía que ya no me oía. La Willow que conocía ya no sentía a los que intentaban contactar con ella, su espíritu se había entregado a la llamada del infierno en su alma. Lo que iba a hacer le causaría dolor, la atormentaría y probablemente haría que me odiara aún más de lo que ya me odiaba.

Introduje la mano en la niebla que escapaba de su corazón y aplasté la palma contra la piel desnuda de su pecho. Zarcillos tenebrosos de magia oscura y prohibida se extendieron entre la niebla que podría haberla llevado a la paz si su alma no hubiera estado condenada por las acciones de su antepasada, y envolvieron lo que quedaba de Willow y se aferraron a ella.

Su piel se resquebrajó bajo mi mano y se abrió como si fuera de porcelana. La oscuridad se extendió sobre ella como las enredaderas que tanto amaba, creando un vacío en su cuerpo mientras yo concentraba mi magia en atrapar hasta el último resquicio de su alma. No dejaría que ninguna pieza de su ser escapara, no dejaría que ninguna parte de la mujer que había llegado a desear más que mi propia libertad se perdiera y dejara de ser quien era.

Los zarcillos la rodearon y la aprisionaron en un abrazo brutal y cruel mientras su cuerpo se estremecía entre mis brazos. Subía la mano libre por su espalda y la deslicé por debajo de la blusa para alcanzar la marca que le había dejado en el hombro. La que la había hecho mía.

La que me permitiría atarla a mí en un intento desesperado por salvarla.

Su espalda se arqueó involuntariamente cuando hundí las uñas en el centro del triángulo con el que la había marcado, que se alargaron hasta convertirse en unas garras negras que le atravesaron la carne.

Sabía que el dolor que sentiría cuando despertara sería paralizante, que recordaría fragmentos de lo que había sucedido entre los tormentos que asolarían su cuerpo.

La acuné entre mis brazos, me incliné hacia delante y apoyé la frente en la suya. La sostuve mientras desplazaba la mano sobre su pecho y hundía los dedos en las grietas que había creado en su piel. La magia oscura que había utilizado para atrapar su alma volvió a mí, me envolvió la piel y la atrajo de vuelta a su cuerpo. Cuando su alma regresó, le envolvió el corazón y se acomodó de nuevo en la carne muerta e inútil de su cuerpo, liberé los dedos y miré hacia abajo, donde la niebla teñida con ligeras volutas verdes y negras se arremolinaba en el interior del agujero que había creado.

Se quedó colgando inerte cuando me retiré y le mostré el antebrazo a Belcebú, que lo miró y tragó saliva.

—Lucifer… —dijo, con la voz entrecortada mientras alternaba la mirada entre mi mujer y yo.

—Hazlo ahora —ordené y observé cómo desenvainaba su daga favorita de la correa que le cruzaba el pecho. Me la clavó en la carne vulnerable en la parte inferior de la muñeca y la arrastró siguiendo la vena hasta llegar al interior del codo. Lo que pretendía hacer requería mucha más sangre de la que ningún mortal podría entregar sin consecuencias; la verdadera inmortalidad de mi forma actual era lo único que le ofrecería la salvación. La sangre fluyó libremente y goteó sobre el suelo cuando me moví para colocarla sobre la boca de Willow. No reaccionó cuando se la acerqué a los labios, los unté con el líquido rojo y dejé que se acumulara en su boca. Los archidemonios guardaron silencio mientras esperábamos a que se deslizara por su garganta, a que su cuerpo consumiera lo que repararía el daño causado a su forma mortal.

Una respiración entrecortada le llenó los pulmones y el cuello se le

movió y encajó de nuevo en su sitio a medida que los huesos se reparaban. Incliné la cabeza hacia delante y la apreté con fuerza, reconfortado por el subir y bajar de su pecho a un ritmo uniforme y natural. Era el mismo que cuando la veía dormir, el mismo latido que resonaba con su respiración.

Mi sangre seguía goteando en el suelo mientras mi carne se esforzaba por recomponerse, tensa cuando me levanté con Willow en brazos y me dirigí a la puerta. Sus gritos de dolor empezaron a desgarrarme los tímpanos y me estremecí. El sufrimiento que transmitía era inimaginable; pensar en lo que debía de estar sintiendo para emitir un ruido así incluso en las profundidades del sueño…

—Lucifer, tenemos que saber qué quieres que hagamos. Está claro que los planes han cambiado —dijo Asmodeo detrás de mí.

—Que los planes esperen, joder —gruñí. Que los archidemonios causaran los estragos que quisieran en el Aquelarre. Ninguno importaba. Nada importaba.

Solo la bruja que sostenía entre mis brazos.

# 3

# Willow



Por un momento, solo había oscuridad. Un vacío donde antes había habido luz. Unos vagos vestigios de llamas me quemaban el interior de los párpados, se burlaban de mí como si mi espíritu se preparara para la pira.

Entonces llegó el aire, punzante y doloroso, y me llenó los pulmones. Abrí los ojos de golpe y jadeé a la vez que me incorporaba, tan de repente que me mareé. Los pulmones me ardieron al inflarse, como si hubieran pasado un tiempo congelados, esperando a que despertara.

Mi mente era un caos, un laberinto del que no sabía cómo salir. Me dolía el pecho por el esfuerzo, como si acabara de correr varios kilómetros, y el pánico me cortaba la respiración. Me rodeé la garganta con la mano mientras intentaba recordar cómo había llegado a la cama de Gray.

En cuanto me toqué la piel, el recuerdo del crujido de mi cuello al

partirse irrumpió en mi memoria. La oscuridad posterior y el dolor insoportable y cegador que me abrumaron después.

Me levanté a duras penas y me enredé con las mantas al sacar las piernas por el borde. Caí al suelo con un golpe sordo e intenté liberarme del enredo que las envolvía, presa del pánico. Pateé y arañé mientras sacudía la cabeza de un lado a otro. Me arrastré hacia el baño, en el otro lado de la habitación.

—¡Willow! —gritó, pero no quise volverme a mirarlo. No soportaba mirarlo, ni siquiera cuando sentí su presencia en la puerta abierta de su salón privado. Hice una mueca al intentar ponerme de pie y contuve las ganas de gritar al no ser capaz de soltarme las piernas de la manta de los cojones.

Me dolía el pecho y me lo toqué con la palma de la mano; un gemido estrangulado me subió por la garganta.

Gray avanzó, evitó pisarme con cuidado y tiró de la manta para dejarla sobre la cama. Tenía las piernas desnudas y solo un camisón negro me cubría las partes íntimas. Apreté los muslos. Se agachó a mi lado y su rostro apareció ante mí.

—Estás bien —dijo con delicadeza, con una voz engañosa y tranquilizadora. Me atrajo como un dulce melodía, una burlona provocación de magia que no había existido en su forma de Recipiente.

Pecado envuelto en piel, un cuerpo destinado a atraer a los humanos a un sufrimiento sin fin.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al oír las notas que aún me recordaban al hombre que había conocido, al que, como una idiota, había permitido que me engañara para enamorarme de él.

Un hombre que nunca había existido.

Me abracé el vientre mientras la cabeza me daba vueltas a toda velocidad. No acababa de entender lo que había pasado. No

comprendía las implicaciones de lo que había hecho, cuánto tiempo llevaba planeándolo.

—¿Cómo he llegado aquí? —pregunté y tragué saliva mientras cerraba los ojos. No habría acudido voluntariamente a su cama, no después de todo lo que había hecho. Había un agujero en mis recuerdos, un vacío en el que no recordaba nada.

Había abierto el sello y había vuelto a meter a Gray en el cuerpo de Lucifer, pero después de eso apenas había nada.

—Necesitas descansar —dijo Gray y se acercó para deslizar la mano bajo mi pelo. Primero me rozó la piel con los dedos y luego me acarició la mandíbula con la palma mientras me giraba para que lo mirase. Sus ojos dorados brillaban mientras me observaba y me rozó la piel con el pulgar en una suave caricia.

Volví a recordar el sonido de mi cuello al partirse y me encogí para alejarme del mismísimo diablo.

Respiré hondo, temblorosa, e intenté controlar las náuseas que me subieron por el esófago al comprenderlo.

—He muerto —dije en apenas un susurro y miré a Gray; Lucifer, me obligué a corregirme, el nombre que siempre había sido suyo. Tenía que separar al ser que estaba frente a mí del hombre que había creído conocer.

—Brevemente —reconoció, como si eso lo absolviera de toda culpa. Su demonio me había roto el cuello, me había arrancado del mundo que apenas había tenido tiempo de conocer. Sin embargo, que lo admitiera me invitaba a pensar que había hecho algo mucho peor para traerme de vuelta.

—¿Qué has hecho? —pregunté y levanté la mano para taparme la boca mientras las náuseas empeoraban.

—Vuelve a la cama, mi amor. Tu cuerpo necesita descansar —dijo, ignorando por completo la pregunta.

Gemí y corrí hacia el baño mientras la culpa me constreñía el pecho, que ya me palpitaba. Las piernas me resbalaron, como si no fueran mías. Sentía algo extraño en el cuerpo que siempre había sido mío, algo desconocido en lo que siempre había sido mi hogar en este plano.

—Willow —insistió Gray y me siguió con pasos lentos y medidos.

Me rodeó la cintura con los brazos para ayudarme a mantener el equilibrio y me condujo hasta el baño, donde me depositó de rodillas frente al inodoro justo a tiempo de vaciar el estómago.

Con dedos suaves y delicados me apartó el pelo de la cara, donde amenazaba con caerme hacia delante, y me lo sujetó en la nuca mientras vomitaba.

—Estás bien —murmuró y me pregunté si la intención de las palabras sería convencerme a mí o a sí mismo.

Mi estómago siguió revuelto mucho después de que hubiera terminado de vomitar, mi cuerpo agarrotado mientras intentaba expulsar algo que ya no estaba allí. Levanté la mano y me limpié la boca con el dorso antes de apoyarme en los lados del inodoro para ponerme en pie a duras penas. Tiré de la cadena, intenté no asustarme al ver el líquido rojo que llenaba el retrete y me acerqué al lavabo para enjuagarme la boca con furia.

—No te preocupes, brujita. No es tu sangre —dijo Gray, siempre servicial, mientras el lavabo se teñía de rosa. Como si vomitar sangre fuera mi mayor preocupación en aquel momento.

Cuando por fin levanté la mirada, el reflejo del espejo era tal como lo recordaba, sin rastro de los cambios drásticos que había experimentado. La única diferencia estaba en mi pecho, justo encima del escote, donde un círculo negro me manchaba la piel. Del centro brotaban zarcillos de oscuridad que me atravesaban la carne como grietas en el cristal de una ventana que no había terminado de

romperse.

El amuleto colgaba justo encima, el oro rosa en contraste con la turmalina negra y la marca. Me tembló el labio inferior al contemplarlo e intenté no rozar la mancha con los dedos.

—¿Desaparecerá? —pregunté y me clavé los dientes en el labio inferior.

Era una estupidez preocuparme por eso, cuando la alternativa era pudrirme en el infierno. Sin embargo, no quería pasar el resto de mi vida marcada por la certeza de que se había sacrificado para salvarme.

—No —dijo con calma y me tendió un frasco de enjuague bucal. Lo acepté, aunque me negué a darle las gracias, bebí y me enjuagué la boca a fondo.

Cuando terminé, lo miré por el espejo y me quedé atrapada en su inquietante mirada dorada. Tenía el pelo más revuelto que nunca y el torso desnudo. La línea de una única cicatriz blanca le recorría la piel desde la muñeca hasta el codo; estaba segura de que no había estado allí antes de que yo…

Tragué saliva.

—¿Quién? —pregunté y me volví hacia él. Se acercó más mientras me daba la vuelta para atraparme entre su cuerpo y el lavamanos. Se inclinó hacia delante.

—No importa —dijo sin más y se encogió de hombros. Levantó una mano para tocar con un solo dedo la oscuridad que florecía en mi pecho.

Tragué saliva e intenté valorar mi mejor opción. Gray ya era fuerte cuando creía que era solo un Recipiente, pero con aquella forma debía disponer de un poder infinito. Había sido el creador de mi antepasada. Le había entregado la magia que después ella había compartido con todos los brujos. Esa clase de poder hacía que el que

yo sentía en la punta de los dedos pareciera un juego de niños.

—A mí sí —repliqué, sin saber cómo proceder.

El instinto me gritaba que le diera un puñetazo en la garganta o un rodillazo en las pelotas, que lo maldijera hasta el olvido; a juzgar por la mueca de su cara, el muy cabrón lo sabía perfectamente.

—No me mires así cuando no puedo empotrarte sobre el lavabo y recordarte lo que quieres de verdad, brujita —gruñó y me agarró de la mano para sacarme del baño. Me tropecé con mis propios pies, avanzando con pasos descoordinados. Apartó las sábanas que había dejado sobre la cama cuando me ayudó a desenredarme.

—Lo único que quiero es cortarte el puto cuello —espeté. Puse una mueca de dolor cuando metió la mano en el cajón de la mesita y sacó una daga.

Me la tendió, la giró para sostener la hoja entre dos dedos y me dio la empuñadura.

—Adelante, mi amor. A ver si te sirve de algo —dijo y su voz se desvaneció en una risa condescendiente.

Se la quité y apreté la empuñadura, pero no encontré ningún consuelo en ella. Podría rajarle el cuello, pero sabía que no serviría de nada. Sangraría, pero la vida no lo abandonaría por una herida de la carne.

—Tienes que saber que esto no va a acabar bien para ninguno de los dos. ¿Qué crees que va a pasar? —pregunté y clavé la punta de la daga en la mesita junto a la cama.

Gray hizo una pausa y me colocó un dedo bajo la barbilla.

—¿Acabar? —preguntó con desconcierto. Como si fuera yo la que había perdido el sentido común, como si fuera yo la que necesitaba un baño de realidad—. No habrá ningún final para nosotros, brujita.

Retrocedí un paso y mis muslos chocaron con el colchón; no tenía escapatoria, a menos que quisiera arriesgarme a trepar por él y

quedar a su merced. Hice una pausa y levanté la barbilla para fulminarlo con la mirada.

—Todo termina, Lucifer. Incluso tú —dije e hice lo posible para que no me temblara el labio inferior. Era una misión desalentadora, incluso imposible, pero encontraría la manera.

—¿Recuerdas cuando te dije que puedo permitirme ser paciente? Un día, todo lo que conoces y todos a los que amas dejarán de existir. Yo seré lo único que te quede —dijo y las palabras me golpearon el pecho como puñetazos—. Sería una pena que te resistieras a todo esto, a nosotros. Podría motivarme a darle un empujoncito al curso natural de la vida y la muerte y librarnos de todos aquellos a los que pudieras acudir en busca de ayuda.

Tragué saliva y lo miré con el ceño fruncido mientras intentaba comprender el significado de sus palabras. No querría decir…

Recordé cómo había asesinado rápida y eficazmente a los otros doce nuevos estudiantes que se habían unido a Hollow's Grove y tuve que cerrar los ojos.

Sí. Era lo que quería decir y lo haría sin pestañear.

—Lucifer —dije y la súplica silenciosa en mi voz me hizo sentir débil. Lo odiaba por obligarme a rogar por la vida de los pocos amigos que tenía.

—Ese no soy yo. No para ti —replicó, me acunó la cara con suavidad y me acarició la mejilla con el pulgar.

—Gray —dije, con la voz entrecortada. Ya no quería que fuera Gray. Quería recordarme a mí misma el mal que acechaba bajo su piel.

—No tiene por qué ser así —dijo, un recordatorio de cómo había sido todo entre nosotros durante un breve instante. No respondí, incapaz de encontrar las palabras para recordarle que él era el culpable de cómo estaban las cosas. Nadie lo había obligado a

manipularme y utilizarme para sus propios fines. Se inclinó hacia delante y me rozó los labios con los suyos. Se apartó antes de que me diera tiempo a protestar; sentí el calor de su boca, a pesar de estar acostumbrada a notarla fría—. Descansa un poco.

Miré la cama por encima del hombro y negué con la cabeza. Necesitaba ver a Della y a Iban, saber que estaban a salvo.

—Necesito…

—Necesitas dormir. Tu cuerpo ha vuelto de la muerte, aunque fuera breve. Duerme, mi Willow —dijo y me empujó los hombros hasta que no tuve más remedio que sentarme en el borde del colchón.

—No. Necesito saber quién ha pagado mi precio. A quién has matado en mi lugar para equilibrar la balanza —dije e intenté volver a levantarme.

—Por todos los infiernos, brujita. Vas a descansar aunque tenga que meterte en la cama e inmovilizarte con mis propias manos —aseguró y la advertencia flotó en el aire entre nosotros. No lo quería en la cama conmigo, sobre todo porque no confiaba en mí misma estando a su lado.

A pesar de que lo odiaba, a pesar de que quería destriparlo y mandarlo de vuelta a las fosas del infierno por lo que me había hecho, una parte de mí recordaba cómo me había sentido cuando creía que lo amaba.

—Descansaré —dije, ofreciéndole una rama de olivo temporal.

*Las batallas de una en una,* me recordé.

—Si me dices quién —añadí y observé cómo apretaba los dientes con frustración.

—Una bruja. No sé cómo se llamaba ni me interesa. Belcebú se ocupó de ello, rápido e indoloro, igual que contigo —dijo y sentí que decía la verdad. Gray no se molestaba en conocer a los brujos que no

tenían nada que ofrecerle.

Asentí y recé por que al menos hubiera reconocido a Della, Margot o Nova como mis compañeras de residencia. Esperaba que no les hubieran hecho daño por mi culpa; no sería capaz de vivir con ese peso sobre mi conciencia.

Subí las piernas a la cama despacio, ignorando el dolor en los huesos, como si todo mi interior se resintiera al moverme. Como si mi cuerpo no supiera adaptarse a la extrañeza de volver de entre los muertos. Me recosté con torpeza, deseando llevar puesta más ropa y odiando la idea de que Gray me la hubiera cambiado mientras estaba inconsciente. Me cubrió con las mantas en cuanto posé la cabeza en la almohada y se acomodó en la silla junto a la cama.

Suspiré y miré al techo.

¿Quién sería capaz de dormir mientras el diablo vigilaba?

# 4

# Willow



La luz se coló por la ventana del fondo de la habitación. Un tenue rayo de sol se desvanecía en el horizonte cuando abrí los ojos. Se me escapó un suave gruñido al incorporarme con dificultad y apoyé la frente en las manos cuando un fuerte dolor de cabeza amenazó con partirme en dos.

Respiré hondo un par de veces y miré la silla en la que Gray había estado sentado cuando me había quedado dormida. Mi sentido de la autoconservación debía de estar muy estropeado si había conseguido descansar aunque fuera un poco mientras el diablo me observaba, ya que era evidente que no podía fiarme de ninguno de sus planes ni motivaciones.

*Deja que te quiera.*

Las inquietantes palabras me resonaron en los oídos mientras contemplaba la silla vacía. Empujé las sábanas hasta los pies y me liberé las piernas. Había cerrado la puerta de la habitación al

marcharse, pero caminé despacio con pies inseguros para comprobar el pomo. Apenas se movió; la cerradura lo mantuvo inmóvil. Me di la vuelta demasiado deprisa y tropecé.

¿Qué cojones me pasaba?

Ignoré la sensación de inestabilidad y la tirantez que me constreñía el cuerpo y me dirigí hacia la ventana, por donde entraban los últimos rayos de luz del día. Miré el patio que había bajo los aposentos de Gray y tragué saliva, buscando algún indicio de Recipientes o archidemonios.

No vi nada, así que volví a mirar la puerta del despacho. Jamás se me ocurriría abandonar a los demás a un destino que yo misma había ayudado a provocar, pero no podría ayudar a nadie mientras siguiera encerrada en el dormitorio del diablo.

Se me cerraban los ojos mientras desbloqueaba el cerrojo de la ventana, pero los abrí de nuevo cuando logré apaciguar la culpa que me acosaba.

Me prometí que volvería. Se lo prometí, aunque no me oyeran. Apenas unas semanas antes, había ido allí decidida a destruir al Aquelarre y a todos sus miembros. Había estado decidida a cumplir la venganza para la que me habían criado, incluso si ello implicaba mi propia muerte.

Entonces, ¿por qué de pronto dudaba en abandonarlos a su suerte?

Fruncí el ceño al empujar la ventana hacia arriba, molesta por mi propia vacilación, e hice una mueca cuando la fuerza con la que se deslizó rajó el cristal. Toqué con dedos temblorosos las grietas en forma de telaraña y me quedé mirando las manos que no parecían diferentes a las que recordaba de antes.

Antes de morir.

Tragué saliva y me subí al alféizar. Sabía que tenía poco tiempo y que Gray no me dejaría desatendida durante mucho rato. Sin duda

sabía que escapar sería mi primera idea, pero seguramente no había esperado que me despertara tan pronto.

Logré sacar las piernas a pesar de que me sentía tan torpe como un cervatillo recién nacido mientras maniobraba para escurrirme por el pequeño espacio. El edificio de piedra era como un acantilado, sin ningún saliente en aquella sección que me sirviera para acercarme al suelo. Miré el patio, cerré los ojos e inspiré mientras llamaba a la parte de mí que me era tan vital como el aire que respiraba. La tierra respondió y las enredaderas que trepaban por los laterales del edificio se estremecieron al cobrar vida. Crecieron poco a poco y se extendieron hacia mí hasta que pude alcanzarlas y agarrarme a ellas. Me enrollé una en torno a la mano y apreté con fuerza. Respiré hondo.

Los brujos verdes no están hechos para volar y la certeza del impacto que me esperaba si caía estuvo a punto de hacerme volver al interior del dormitorio que se había convertido en una prisión.

El rencor me impulsó a seguir adelante. Salté y me alegré de saber que, si moría en el intento, al menos habría arruinado los planes de Gray.

No merecía ganar. No después de lo que había hecho, de que toda mi vida hubiera sido el resultado de la manipulación, desperdiciada para su propio beneficio. No quería pensar en quién podría haber llegado a ser si no hubiera sido por el sufrimiento que él había causado a través de la conexión que compartía con mi padre.

Me tragué un grito mientras caía en picado hacia el suelo, despacio al principio, como si el tiempo se hubiera detenido en cuanto mi cuerpo abandonó el alféizar. El aire se precipitó a mi encuentro y me subió el camisón hasta la cintura mientras caía en el suave abrazo de las lianas que subían disparadas para atraparme.

Cerré los ojos cuando el suelo se iba acercando, segura de que las

lianas no detendrían una muerte segura. Me encogí en posición fetal y me estremecí al estrellarme con algo blando que me hizo rebotar otra vez hacia arriba.

El impulso absorbió parte de la fuerza del choque, de modo que el segundo impacto contra algo afelpado fue más incómodo que doloroso. Relajé el cuerpo y estiré las piernas mientras abría los ojos y contemplaba la cuna de flores que había surgido de los parterres del jardín para recogerme. Se elevaron más alto para ayudarme a ponerme de pie antes de volver a retirarse hacia la tierra. La enredadera que se había enrollado alrededor de mi muñeca se enroscó más y las espinas se me hundieron en la piel para extraer la sangre necesaria para socorrerme.

Los huesos que me rodeaban el cuello crujieron al alejarme de las plantas, un recordatorio de su presencia a cada paso. Consideré la entrada y el camino que atravesaba el bosque, que probablemente me entregaría a una muerte segura, pero sabía que escabullirme de Hollow's Grove sería mucho más difícil a plena vista.

Tragué saliva y me dirigí hacia el bosque y a los malditos que allí aguardaban, decidida a arriesgarme con las bestias antes que con los archidemonios. A los malditos se los podía matar.

No lo tenía tan claro con los archidemonios.

La enredadera me soltó el brazo poco a poco mientras caminaba y se separó de mí con una sensación de anhelo. Sabía tan bien como yo que mi presencia era la mejor oportunidad para que aquella tierra se recuperase. Me negué a reaccionar a esa despedida y me prometí que la ayudaría cuando regresara para retornar al Aquelarre a lo que siempre debió haber sido.

La sangre me goteaba por el brazo mientras caminaba hacia el bosque. Mis pasos se fueron volviendo más firmes, cada vez menos insegura de cómo funcionaba mi cuerpo. Lo que había cambiado en

mí cuando Gray me resucitó no era visible, pero lo sentía en las líneas de los músculos bajo la piel. Sentí una fuerza extraña y desconocida en los dedos.

Aceleré el paso hasta que eché a correr hacia el bosque. Normalmente, habría detestado correr. Joder, habría odiado tener que correr incluso antes de mover las piernas.

Pero no me supuso ningún coste de energía y me impulsé hacia delante con tan poco esfuerzo que estuve a punto de tropezarme. Una enorme figura salió de entre las sombras del bosque justo cuando llegué hasta ellas, desplegando unas alas coriáceas que antes había replegado para ocultarse de la vista. El pelo de Belcebú estaba desgreñado y enmarcaba su mandíbula cuadrada mientras me atravesaba con la mirada.

—Deberías estar durmiendo, consorte —dijo cuando me detuve frente a él. Ni siquiera se inmutó cuando mi torpe intento de controlar las extremidades me hizo salir despedida hacia delante, chocar con él y estrellar las manos en la reluciente piel bronceada de su pecho.

Se había tatuado runas que brillaban del mismo color dorado que los ojos de Lucifer y los símbolos enoquianos parecían retorcerse bajo mis manos; me asusté y me aparté hacia atrás. Caí de culo y enterré los dedos instintivamente en la tierra para serenarme ante lo desconocido, ante el miedo que me provocaba el archidemonio que tenía delante.

—Me has matado, cabrón —dije al cabo de un rato, en voz baja en señal de amenaza.

El muy desgraciado se encogió de hombros y extendió las alas como si necesitara estirarse.

—Mis disculpas. La última vez que Lucifer y yo hablamos, lo acordado era que murieras. No estaba al tanto del cambio de planes.

—¿Disculpas? —pregunté incrédula—. ¿Crees que con eso basta?

Me recorrió con la mirada y volvió a fijarse en la cara con desinterés.

—A mí me parece que estás bien.

—No lo estoy, joder. ¿Sabes lo que es estar atrapado en la oscuridad entre la vida y la muerte? ¿Te haces una idea de lo desorientador y aterrador que resulta ser consciente de que he muerto y, aun así, seguir atrapada en este puto agujero del infierno? —grité y me abalancé sobre él.

Le planté las palmas en el pecho y lo empujé con toda mi rabia. Belcebú abrió mucho los ojos durante un instante, antes de que el sonido de mi carne al golpearlo resonara por el patio. Retrocedió a trompicones y apenas consiguió estabilizarse clavando la punta del ala en el suelo, mientras nos fulminábamos con la mirada.

Entrecerró los ojos al recuperarse y me miró las manos, que estaba limpiando en la seda del camisón.

—Vuelve con tu marido, consorte. No le gustará encontrarte fuera de la cama tan pronto.

—No es mi marido —gruñí y resoplé con rabia por el recuerdo constante de que me habían hecho algo mientras dormía.

Se acercó y me miró con desprecio.

—Lo que te ayude a dormir por las noches. No sé qué hechizo habrás lanzado, pero te está bien empleado que la misma trampa que tendiste para hacer que te amara se haya convertido en tu prisión.

—¿Crees que lo he hechizado? —pregunté con burla mientras lo esquivaba y me alejaba a zancadas por el bosque.

*A la mierda.*

Su mano me rodeó el bíceps y tiró de mí para detenerme, mientras él se mantenía inmóvil a mi lado.

—Creo que querías tenerlo comiendo de tu mano y es justo lo que has conseguido. Ha dejado a amigos atrapados en el infierno antes que arriesgarse a perderte por el sello. Si eso no es un hechizo, entonces no sé lo que es.

—Quizá fue mi brillante personalidad lo que lo atrajo. ¿Te lo has planteado? —pregunté e intenté soltarme. Su agarre vaciló, pero sus dedos se me quedaron marcados en la piel al esforzarse por no liberarme.

Bajó la mirada y la volvió a subir antes de emitir una risita condescendiente.

—Te tengo delante, Willow Hecate. No me impresionas.

Mi ira creció y me estrujó las tripas con una fuerza que me dejó sin aliento. No veía más allá del tinte rojo de mi rabia, concentrada en el demonio que tenía enfrente, dispuesto a subestimarme y acusarme de engatusar al mismísimo diablo en el mismo aliento.

Las ramas de los árboles temblaron como si las moviera el viento, pero no soplaba ni una leve brisa que pudiera ser responsable de tal cosa. De hecho, el aire se quedó antinaturalmente inmóvil mientras fulminaba con la mirada al demonio de ojos púrpura.

Parecía ajeno al susurro de los árboles que yo sentía en mi sangre, completamente ignorante de cómo se le iban acercando poco a poco, empujados por mi ira.

—Ya basta, Belcebú. Suelta a mi errante esposa —dijo Gray desde algún lugar detrás de mí.

Suspiré y traté de contener la mueca de dolor cuando Belcebú me soltó el bíceps y se apartó. Respiré un segundo e intenté calmar el zumbido que sentía en la sangre, sin liberar del todo la vida que me rodeaba, por si necesitaba ayuda.

Tragué saliva, me di la vuelta y me enfrenté al hombre que había pasado en un instante de ser demasiado bueno para ser cierto a ser

mi peor pesadilla.

Se había puesto un traje pero se había quitado la chaqueta, de modo que solo le cubría el pecho una camisa blanca abotonada. Llevaba las mangas remangadas, dejando al descubierto la piel dorada que tanto desentonaba con su palidez anterior, antes de recuperar su cuerpo. Apretaba los puños a los lados, el único indicio físico de su enfado, lo que hacía que los músculos de los antebrazos se le hincharan en tensión. Ladeó la cabeza y me recorrió con la mirada; con las prisas por escapar, seguía vestida únicamente con el camisón de seda que me había puesto.

—¿Vas a alguna parte, brujita?

# 5

# Willow



—Me marcho —dije. Respiré hondo cuando bajó la barbilla en un gesto casi imperceptible. Una semana antes no lo habría notado, pero desde entonces había aprendido a reconocer sus movimientos y a entenderlos por lo que eran.

Una amenaza. Una promesa.

Suspiró y caminó despacio hacia donde yo estaba junto a Belcebú, acortando la distancia. No pronunció palabra alguna para decirme que no tenía permitido marcharme, pero no le hacía falta. Giré el cuerpo para mirarlo de frente, dejando que el otro archidemonio se alejara de vuelta a la universidad. Se le agitaban las alas al moverse y tuve la sensación de que era una señal de su irritación con el hombre que se me había acercado.

Gray levantó una mano y me agarró por el espacio sensible donde la mandíbula se une con el lateral del cuello.

—No hagas esto más difícil de lo necesario, mi amor.

Me aparté con brusquedad e hice una mueca cuando sus dedos me recorrieron la parte delantera de la garganta. Apretó la mandíbula y sus ojos dorados relampaguearon, un contraste estremecedor con el azul al que estaba acostumbrada.

—¿Que no lo haga más difícil? —repetí despacio, mientras el pozo de ira que bullía dentro de mí amenazaba con tragarme entera. Antes tenía un objetivo para ella, un propósito en el que centrar todo el dolor y todo lo malo de mi vida. Antes tenía una forma de canalizarla, pero ahora…

Ahora solo me quedaba la rabia, sin un objetivo claro para ella.

—Willow… —dijo con contención.

—¡Me apuñalaste! —grité—. ¿Y tienes los cojones de actuar como si la loca fuera yo?

Gray dejó caer la mano al costado, cerrada en un puño. Abrió la boca y la volvió a cerrar antes de hablar. Su propia ira irradiaba tras las palabras, oculta bajo algo suave y vulnerable que no pensaba pararme a analizar.

—Intentabas dejarme.

Esbocé una sonrisa cruel e incrédula, negué con la cabeza y puse una mueca cuando una risa amarga me subió por la garganta.

—Claro que quiero dejarte. —Yo parecía el demonio y él la víctima, cuando en realidad era lo contrario. Me había creído todas las manipulaciones. Cada mentira, cada verdad retorcida—. Repito —dije e hice una pausa para volver a centrar mi atención en él. Perdí la sonrisa y dejé de reírme de repente mientras me inclinaba hacia él—. Me apuñalaste, joder.

—¡Para salvarte la vida! —gritó, me agarró la mano y tiró de mí hacia él. Choqué con su vientre y sentí un hormigueo a pesar de la ropa que nos separaba. Siempre había sido muy consciente de su

cuerpo y de la carga de atracción entre nosotros, pero esta se había vuelto más extrema desde que había despertado—. Todo lo que hice en la sala del Tribunal fue para mantenerte con vida.

—No —repliqué y negué con la cabeza. No podía reescribir lo que había pasado y convencerse de que había sido por mi bien. Como si yo le hubiera pedido que matara a todos aquellos brujos.

Habría preferido morir.

—Todo lo que hiciste ahí dentro fue por ti. Para recuperar tu cuerpo en este plano. Todo lo que has hecho durante siglos ha sido para acabar aquí, a la mierda las consecuencias y las personas que pudieran salir perjudicadas. Si te hubiera importado, nunca habrías abierto el sello.

Hizo una pausa, me agarró la mano libre y se la llevó al pecho, donde tenía los primeros botones de la camisa desabrochados. Le rocé la piel desnuda con el dedo y cerró los ojos con un suspiro de placer. Me sujetó la muñeca con fuerza para que no la moviera y ladeó la cabeza mientras curvaba los labios en una pequeña sonrisa y volvió a abrir los ojos para mirarme fijamente.

—Tienes razón. Hice lo que tenía que hacer para estar aquí, para sentir esto —dijo y apretó más mi mano contra su carne—. Eso lo hice por mí y solo por mí; he esperado siglos para conseguirlo. Pero si no te hubiera quitado la costilla, habrías entregado tu vida al abrir el sello. No iba a permitirlo.

—¿Por qué no? Ese siempre fue el plan, ¿no? —pregunté, esperando que me confirmase hasta qué punto había llegado su engaño. Si había sido tan profundo como Charlotte había insinuado, si de verdad yo no era más que el precio de su trato, entonces no veía otro camino.

Tuvo la decencia de parecer avergonzado mientras fruncía los labios.

—Eso fue antes.

—¿Antes de qué? ¿De que me follaras? ¿Antes de que le dijeras a mi padre que me educara para creer que mi misión era vengarme por su hermana, aunque habías sido tú quien la había matado? —espeté.

—Antes de verte la noche que maté a Loralei —dijo y me quedé sin aliento en los pulmones.

—Imposible —repliqué con sorna—. Eso pasó décadas antes de que yo naciera.

—Y, sin embargo, fue la noche en que te marqué como mía —dijo y me soltó por fin la muñeca y me tocó la parte superior del hombro. Rozó la piel desnuda con los dedos y acarició el ojo del diablo con el que me había despertado tras la pesadilla.

—Loralei lleva décadas muerta, Gray —argumenté, negándome a reconocer lo que había visto en la pesadilla. Era demasiado insondable para considerarlo siquiera.

—Para ti —admitió al menos ese punto—. Pero le hice esta marca a una aparición que se materializó a su lado cuando la asesiné hace cincuenta años.

—No entiendo cómo es posible. No poseo esa clase de magia —interrumpí. Sin embargo, no había forma de negar sus palabras, no cuando sabía lo que había visto.

Lo que había sentido.

—Tu magia negra se canaliza a través de los huesos de tus antepasados. Incluso sin tenerlos, su sangre corre por tus venas. Ninguno de tus parientes se ha parado a pensar en esa conexión, pero al parecer tienes la capacidad de caminar por sus vidas en sueños si lo intentas.

—No tengo ningún interés en usar nada relacionado con la línea de Hecate —espeté, consciente de que todo lo vinculado con ella,

cada instante de mi vida que me había llevado hasta allí, había sido para que muriera.

Charlotte quería que arreglara lo que ella había hecho. Yo solo quería volver a casa.

—Serías una tonta si no lo hicieras. Necesitarás esa magia si vas a ocupar el lugar de la Alianza —dijo Gray mientras yo me apartaba de nuevo. Me costaba pensar con claridad con sus manos sobre mí, con la electricidad entre nosotros que desafiaba a la naturaleza y me erizaba la piel.

—No tengo intención de ocupar el lugar de nadie. Me marcho de Crystal Hollow.

Tragué saliva al pronunciar las palabras, sabiendo que era la única forma de recuperar algo de humanidad. De salvar lo que quería ser a pesar de todo lo que había perdido a lo largo de mi vida.

No sería la marioneta del diablo ni un minuto más.

Gray suspiró cuando me alejé y me dirigí hacia la línea de árboles, donde aguardaban los malditos que me darían caza en cuanto pudieran. Incluso eso sería preferible a una vida como prisionera. Los árboles se mecían como si quisieran darme la bienvenida y me acogieron en su abrazo en cuanto puse un pie en el bosque.

—No me obligues a hacerte esto —dijo Gray detrás de mí. Me detuve a medio camino y bajé el pie despacio, porque algo en su voz me encogió el corazón. Se acercó mientras me volvía para mirarlo, clavada en el sitio, igual que el árbol a mi espalda—. Quédate conmigo, brujita.

—¿O qué? —pregunté y lo miré con odio. Retrocedí un paso cuando se acercó con aire despreocupado, como si no le importara nada.

—O recuperaré lo que te he dado —dijo cuando por fin llegó hasta mí.

Me tocó el pecho con un dedo mientras yo intentaba llamar a la tierra que me rodeaba. Los árboles me respondieron con un susurro, una disculpa del viento, pero nada lo golpeó. Nada me defendió.

Su uña se alargó hasta convertirse en una garra y la afilada punta me presionó la piel. Jadeé cuando la atravesó y una gota de sangre brotó de la herida. No fue el corte en sí lo que me arrancó el aliento de los pulmones y me provocó una oleada de dolor.

Fue la asfixia de mi magia, el silencio repentino cuando los árboles que me rodeaban se aquietaron. Por primera vez desde que había cumplido los dieciséis, habían ignorado mi llamada.

—Gray —jadeé.

Apretó la mandíbula y me clavó la uña en el centro del pecho. El corte que me hizo sangraba poco para lo profundo que era y una niebla verde salió de la herida en volutas. Giró la mano y dejó que la niebla se asentara en su palma.

—No tenía por qué ser así —dijo, con el rostro triste cuando alcé los ojos para enfrentarme a los suyos. Me temblaban las manos cuando agarré las de él y las apreté contra mi pecho. Todo dentro de mí estaba vacío, la ausencia del zumbido en mi cabeza hacía que hubiera demasiado…

Silencio.

Me temblaba el labio inferior y las lágrimas me escocían los ojos.

—No —supliqué, aunque odié hacerlo—. Por favor. —Una niebla negra siguió a la verde y se arremolinó en su mano mientras recuperaba lo que le había entregado a Charlotte y a los primeros brujos Madizza—. No sé quién soy sin ella —dije con un sollozo estrangulado.

Su rostro se contorsionó en un gesto que habría considerado tristeza si no hubiera sido él mismo quien me estaba causando dolor. Levantó la mano libre para acariciarme la mejilla y se inclinó para

apoyar su frente en la mía.

—Me perteneces —dijo mientras las lágrimas me manchaban las mejillas y me rodaban por la barbilla hasta su mano, que me negaba a soltar—. No puedo permitir que conserves la magia que usarías para abandonarme.

—Me quedaré —dije, cada vez más angustiada a medida que el silencio crecía en mi cabeza. Las náuseas me revolvían las tripas, la clara sensación de estar sola en mi cuerpo me abrumaba. No recordaba ningún momento en el que me hubiera sentido tan desconectada de todo lo que me rodeaba, en el que la soledad hubiera amenazado con tragarme entera—. Me quedaré, lo que sea menos eso, Gray.

Suspiró y acercó con suavidad su boca a la mía mientras yo lloraba.

—Ojalá pudiera creerte. Ojalá pudiera confiar en que no me dejarás, pero mientes demasiado bien, esposa. No puedo creer nada de lo que digas.

La corteza a mi espalda me resultaba extraña y desconocida, nada que ver con el cálido confort de la tierra.

—Haré lo que sea —dije, ahogándome mientras intentaba que la magia volviera a mí. Mientras intentaba recuperar lo que era mío.

—Entonces haz un trato conmigo, amor. Quiero algo y es la única forma de que abandones este lugar con tu magia —dijo. Sus ojos dorados centellearon, un indicio de que el demonio bajo su piel quería salir a jugar. No soportaba saber que estaba atrapada, que no tenía ninguna forma de evitar el trato salvo acostumbrarme a estar sola.

—¿Qué quieres? —pregunté, aunque la posible respuesta me aterrorizaba. Ya tenía su cuerpo, lo que imaginaba que era el objetivo de sus enfermizos y retorcidos planes.

—Quiero consumar nuestro matrimonio —dijo sin más y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

La confusión me empujó a cuestionarlo todo.

—Pero nosotros ya… —Fui incapaz de terminar. No soportaba pensar que había estado tan ciega como para entregarle mi puta virginidad al diablo.

—Entonces llevaba un traje de carne falsa —dijo y la suavidad de su voz se fue desvaneciendo a medida que exponía su deseo—. Te acostaste con mi Recipiente, y sí, era yo quien estaba dentro. Pero no eres la esposa de un Recipiente, Willow. Eres la esposa de Lucifer Morningstar, así que tienes que consumar tu unión conmigo.

Me clavé los dientes en el labio inferior. Solo era sexo.

—¿Ahora? —pregunté e intenté que dejaran de temblarme las manos—. ¿Aquí?

—No —dijo con una risa amarga—. No tengo ningún interés en follarte mientras lloras. Así que vas a correr y, si consigues atravesar el bosque, serás libre de irte.

Miré por encima del hombro, mientras la niebla que sostenía en la palma de la mano empezaba a retroceder y se hundía de nuevo en mi interior, llenándome con el zumbido de la magia. El alivio que sentí ahogó el miedo que debería haber experimentado por lo que pasaría si me atrapaba, pero la oportunidad de ser libre, de una vida con Ash, era demasiado grande como para ignorarla.

—¿Y si me atrapas?

—Si te atrapo, me concederás la lucha que he llegado a ansiar de ti. Si te atrapo, nos enzarzaremos en la batalla que nuestras almas ya conocen, hasta que mi cuerpo reconozca cada centímetro de tu piel. Cuando te atrape, te follaré, y ambos sabemos que disfrutarás de cada minuto —me susurró al oído. Me mordió el punto sensible bajo la oreja, al mismo tiempo una burla y un tormento de lo que estaba

por venir.

—¿Qué cambiará eso? ¿Consumar el matrimonio? —pregunté y miré hacia abajo, donde la última voluta de niebla se desvanecía dentro de mi cuerpo. Gray retiró la mano y contemplé con horror cómo la herida cicatrizaba por sí sola.

Mi cuerpo ya no me pertenecía.

—Deja que yo me preocupe por eso, amor —dijo y dio un solo paso atrás. Se clavó la garra en la punta del dedo y me tocó el pecho para sellar los términos del trato.

Un pacto con el diablo.

El negro se extendió por mi piel y unos zarcillos de oscuridad chispearon sobre mi cuerpo antes de desvanecerse. Me tendió la garra y me permitió extender la mano temblorosa y furiosa para pincharme el dedo con la punta afilada antes de que volviera a convertirse en una uña normal.

Toqué con el dedo ensangrentado el hueco de la base de su garganta y observé cómo mi propia oscuridad se extendía por su piel antes de desvanecerse también.

Cerró los ojos y soltó un suspiro antes de abrirlos para mirarme de nuevo. Me quedé contemplándolo torpemente, sin saber cuándo empezaría nuestro juego. Respondió a la pregunta con una sola palabra amenazadora.

—Corre.

# 6

# Willow



Respiré hondo, mirando a los ojos al mismísimo diablo. Intenté sumergirme en el ruido dentro de mi cabeza, en el movimiento de las hojas de las ramas de los árboles mientras mi magia se extendía por cada grieta de mi cuerpo. Habría sido un regalo del diablo siglos atrás, pero en el presente era una parte de mí de la que no soportaba separarme.

No quería pensar en quién sería sin ella. Aunque las manipulaciones de Lucifer me hubieran causado tanto dolor, la belleza de la tierra que me rodeaba había llenado los huecos que mi vida había dejado dentro de mí.

Sin la magia fluyendo por mis venas, solo quedaba el cascarón vacío de una mujer que había sufrido.

—Después de esto, nunca volverás a arrebatarme mi magia —dije en lugar de huir.

El inconfundible aroma a manzanas impregnó el aire,

acompañando nuestro trato mientras pronunciaba las palabras. Observé cómo los zarcillos de oscuridad volvían a extenderse por su piel cuando asintió, aceptando la adición a los términos.

—Al contrario de lo que puedas creer, no te quiero débil, brujita. Quiero que aceptes lo poderosa que eres y que reines a mi lado. El resto de los tuyos son inferiores a mí, pero tú… —Se acercó para levantarme la barbilla con dos dedos—. Tú podrías ser mi igual. Eres la única que se interpone en tu propio camino.

—Si no me quieres débil, ¿por qué quieres perseguirme por el bosque antes de follarme? El miedo es debilidad, ¿no es así? —pregunté y lo fulminé con la mirada. Clavé los dedos en la corteza del árbol a mi espalda, hundí la magia en la madera y la usé para reconstruir mi conexión con el bosque.

Entretenerlo. Ganar tiempo.

Gray soltó una risita y me dio un último toquecito en la barbilla.

—Pero ¿tienes miedo? —preguntó y ladeó la cabeza mientras miraba con complicidad el lugar donde había enterrado los dedos en la base del árbol, fundiendo la madera a mi alrededor hasta hacerme una con ella—. ¿O solo estás cabreada?

—Siempre lo estoy —espeté y apreté los dientes mientras dejaba que la rabia me dominase. La sensación de estar agotada de ser la marioneta de otra persona. Si hubiera sido más fuerte, habría dejado que Gray me quitara la magia y me habría largado en cuanto hubiera tenido la oportunidad, pero tenía demasiado miedo como para vivir con ese agujero dentro de mí—. Que quieras follarme cuando estoy asustada no me pone precisamente de buen humor.

—No quiero follarte mientras estés asustada, esposa —dijo, recalcando la palabra. Me estremecí, como sospechaba que me pasaría cada vez que me llamara con ese apelativo que seguía sin creerme que fuera posible. No pretendía conocer los entresijos de los

ritos matrimoniales demoníacos, pero incluso para las malvadas criaturas del infierno debería existir algún mínimo nivel de consentimiento—. Quiero follarte cuando estés tan enfadada que intentes arrancarme los ojos. Quiero pelear contigo y luego follarte mientras diriges toda esa ira hacia mí.

—¿Quieres que luche? ¿Por qué? —pregunté y me mordí el interior de la mejilla con incredulidad. Había algo primitivo en la forma en que me miraba, en cómo observaba cada movimiento de mi cuerpo, como si temiera que fuera a huir en medio de la conversación.

Sabía que estaba ganando tiempo y que me marcharía en cuanto me sintiera con posibilidades de llevarle ventaja y preparada.

—Porque es lo que eres —dijo, repitiendo las palabras que me había dicho la noche en que le había mostrado mis partes más vulnerables y melladas. Las partes que nadie más había visto, que habían estado ocultas en las profundidades de mi alma hasta que él, de algún modo, se las había arreglado para abrirse camino bajo mi piel—. Porque eres la única lo bastante valiente como para intentarlo.

—Qué suerte la mía —dije y tragué saliva para contener la creciente emoción que se me agolpaba en las tripas. No quería recordar las noches en las que me había hecho creer que era más que un peón en su juego. Habían sido una mentira, como todo lo demás. El dolor era sucio y caótico, todo lo que no podía permitirme en los momentos previos a mi única oportunidad de libertad.

La ira era más fiable.

Gray se rio, un sonido suave y sosegado. Retiré la mano del árbol. Busqué algo que decir y esperé a que continuara la conversación para tomarlo desprevenido. Pero se limitó a mirarme con complicidad y metió las manos en los bolsillos del pantalón con aquella sonrisa exasperante, como si conociera todos mis

pensamientos.

—No tengo ninguna posibilidad, ¿verdad? —pregunté con los dientes apretados. Sabía que la oportunidad de escapar era remota cuando hice el trato, pero su seguridad y su desenfado me provocaron un nudo en la garganta.

—Solo un tonto se atrevería a subestimarte, mi amor —dijo y se inclinó hacia mí al mismo tiempo que yo usaba el árbol para ganar impulso y echaba a correr hacia la arboleda.

No me atreví a mirar atrás para ver si me seguía; no oía nada más que los latidos de mi corazón y la desesperación que me llenaba las venas. Corría atenta al sonido familiar de él siguiéndome, el ruido de sus pasos rápidos, mientras saltaba la raíz de un árbol sin detenerme.

Rodeé un árbol caído y eché un rápido vistazo al claro detrás de mí antes de girar hacia delante y centrarme en el camino de huida.

El lugar que había ocupado el demonio estaba vacío.

Gray había desaparecido.

# 7

# GRAY



Willow corría entre los árboles. Percibí la sensación de su magia, su conexión con la tierra que recorría el bosque con una fuerza que no había sentido en siglos. La hija de Susannah había poseído una magia así, aquella conexión profunda que iba más allá de lo que yo podía entregar.

Era la magia del amor, del respeto mutuo que surgía en una relación simbiótica, algo que no podía enseñarse. Willow se fusionaba con la tierra que la rodeaba y habría sido una tragedia arrebatárselo.

Por eso nunca lo hubiera hecho, si hubiera elegido rechazar nuestro trato.

Habría estado dispuesto a encerrarla en una habitación en los pisos superiores de Hollow's Grove y a sellar todas las ventanas para que no pudiera escapar, pero jamás le habría quitado esta parte de ella.

Sin saber hasta qué punto la habría destrozado. Mientras que otros habrían querido controlar el fuego en sus venas, yo solo quería verla aprender a disfrutar de lo que era arder.

Caminé por el bosque a paso lento para darle una oportunidad, o la ilusión de una. Su ira llegaría al punto álgido cuando creyera que podía conseguirlo.

Cuando tuviera la victoria a su alcance y yo se la arrebatara.

Willow necesitaba saber que yo era su único hogar. Que su futuro empezaba y terminaba conmigo. No toleraría nada que no fuera una eternidad con ella a mi lado, guiándola por el camino que siempre había estado destinada a recorrer.

Escuché los crujidos de las ramas que pisaba. Presté atención al susurro de las hojas a sus pies y lo usé para localizarla. Los malditos se mantenían a distancia mientras caminaba entre ellos, pues habían aprendido la lección al encontrarse con los cadáveres de sus muertos. La bruja era mía y no permitiría que le hicieran daño por los crímenes de su antepasada.

Me sumergí en el lugar donde Willow se sentía más a gusto, intenté hundirme en esa parte de la magia que había compartido con su antepasada. Aunque reconocía la llamada de la magia, el amor que la bruja sentía por la tierra no residía en mi interior. Ese amor que ella sentía faltaba en mi propio ser.

Tal vez fuera porque había pasado demasiados siglos separado de ella, incapaz de tocar mi magia. Sin embargo, para mí, solo era una herramienta para usar.

Para Willow, era parte de ella, una parte que echaría de menos cada día de su vida si la perdiera.

Esbocé una sonrisa y continué mi camino. Pasé los dedos por una hoja y sentí cómo se marchitaba bajo mis dedos mientras esperaba a la bruja que habría sentido aquella pérdida como propia.

Al sentir que se acercaba al centro del bosque, eché a correr. Usando la misma velocidad que aquel día en el bosque frente a la casa de su infancia, atravesé los árboles sin dificultad. No tardé en adelantarla y me interpuse en el camino que tendría que cruzar si quería alcanzar su libertad.

Una libertad que no existía.

Me recosté en un árbol y esperé a que me alcanzara. Al momento en que su esperanza se desvanecería en la nada. Sin saberlo, se dirigía al lugar perfecto para nuestra batalla final, un claro donde el sol se colaba entre las copas de los árboles e iluminaba el suelo con una luz suave y cálida. Disfruté de la sensación en la piel, del calor reconfortante que tanto desentonaba con lo que aquel cuerpo recordaba del infierno.

¿Cuánto hacía que no sentía el sol?

Apareció una figura en la distancia, caminando hacia mí lentamente, como si no quisiera que la detectara. Willow sabía lo agudo que era el oído de un Recipiente, pero no comprendía mis habilidades en aquella forma. Era una bruja a la que le gustaba conocer a su oponente antes de una batalla, pero en esto estaba perdida y su torpe andar lo demostraba. Hacía demasiado ruido al tropezar con las hojas otoñales del suelo del bosque y arrastraba los pies hacia mí. Los cambios en su cuerpo eran evidentes por cómo le costaba moverse; le llevaría algún tiempo aprender a controlar su nueva fuerza y cómo esta afectaba a las tareas más sencillas.

Si no tenía cuidado, se rompería los dientes al intentar cepillárselos. Podría partir un bolígrafo en dos con solo tratar de agarrarlo.

Hasta que alcanzó al sol que brillaba entre los árboles, no me di cuenta de lo que había hecho la astuta y engañosa brujita.

La criatura, que no era mi esposa, estaba fabricada con ramas

caídas que había conseguido unir de algún modo y las había comandado para que avanzaran arrastrando los pies sobre dos tocones de árbol que hacían de piernas. Le había atado hierba a la cabeza para que imitara su pelo en la distancia, pero, en cuanto el sol se posaba sobre ella, era evidente que carecía del brillo de su oscura cabellera.

Los ruidos que había oído provenían de esa cosa, que avanzaba por el bosque sin ojos para ver. Animada solo por la sangre que le había untado en la corteza para imbuirle su magia.

—¡Willow! —grité y giré sobre mí mismo para escuchar tras atravesar con una mano a la criatura boscosa, que cayó al suelo. Esperaba que se dejara llevar por la ira, que se defendiera con pánico y furia.

En cambio, se había enfrentado a mí con una astucia calmada y letal.

Se comportaba como una reina, cuando yo aún esperaba a una chiquilla. Sin la criatura más ruidosa para distraerme, percibí los sonidos mucho más apagados de sus movimientos. Me había adelantado y se acercaba a la linde del bosque en el extremo opuesto y mucho más deprisa de lo que pensaba permitirle.

Esprinté hacia delante, corrí con mi propio corazón acelerado. La sangre bombeaba por mis venas más deprisa de lo que jamás había recordado, en contraste con la ausencia de tales funciones en mi cuerpo cuando había sido un Recipiente. No era la actividad física lo que me aceleraba el corazón, sino el pánico cegador a lo que haría si Willow se marchaba.

Si se iba, no tendría más remedio que cumplir mi parte del trato. No tendría más remedio que permitir que se fuera de Crystal Hollow y me abandonara.

Me era impensable volver a estar solo.

Aceleré, la embestí por la espalda y la tiré al suelo. La luz se colaba entre las copas e iluminaban el final del bosque justo delante; su libertad había estado tan cerca que prácticamente la podía saborear.

Willow gruñó al caer al suelo y me lanzó un cabezazo con un grito de frustración. Su dolor y su rabia me resonaron en los huesos.

Había estado muy cerca. Demasiado.

La nariz me palpitaba a causa del golpe que le habría roto el tabique a un humano, o incluso a un Recipiente; el cosquilleo del dolor me indicaba la brutalidad con la que me había impactado. Su cuerpo temblaba entre mis manos, todos y cada uno de sus músculos tensos por la furia mientras se preparaba para la lucha que ambos sabíamos que se avecinaba.

Lo esperaba, esperaba una guerra cuando la atrapé y la abracé.

Pero había planeado estar más lejos de la línea de árboles y tener más tiempo para jugar con ella, para concederle pequeñas victorias que harían que nuestra batalla fuera aún más placentera cuando por fin la hiciera rodar debajo de mí, le rasgara el camisón por el centro y me la follara en el mismo suelo.

La polla se me puso dura al pensarlo y estiró la tela de mis pantalones. Hacía demasiado tiempo que aquel cuerpo no sentía el placer de una mujer, pero aunque se hubiera saciado solo el día anterior, mi necesidad de Willow seguiría siendo abrumadora.

Levantó el brazo por detrás de la cabeza y me clavó los nudillos de dos dedos doblados en el ojo para obligarme a retroceder ligeramente. Se retorció debajo de mí cuando pudo liberar el torso, enseñando los dientes mientras me miraba con odio y sacudía las caderas.

Le agarré la cintura con un brazo y la obligué a arquearse. Tiré para que levantara el culo hacia mí y me apreté contra ella. El camisón negro se le deslizó por los muslos y dejó al descubierto sus

curvas.

—¡Suéltame! —gritó sin dejar de forcejear. Solo sirvió para que el camisón subiera más y le dejara el culo al descubierto.

—Teníamos un trato, brujita —dije, recordándoselo con una risita. La había atrapado y la tenía en mi abrazo, aunque había estado a punto de escapar—. Ahora quédate quieta para que pueda follarte.

—Te voy a arrancar la polla mientras duermes y se la voy a dar de comer a Belcebú, hijo de puta —espetó y se retorció para intentar liberarse de mi férreo agarre. Deslicé los dedos hacia abajo, hacia la parte de su cuerpo que estaba desnuda debajo de mí. Se estremeció cuando con las yemas rocé la parte superior de su abertura, bajé más y acaricié el clítoris antes de continuar hacia su entrada, donde remoloneé. El movimiento involuntario de sus caderas la acercó a la dura longitud de mi polla en lugar de alejarla, buscando el placer que nadie más podía proporcionarle.

Al primer contacto de su calor húmedo en la piel me sentí como en casa. Me iría a vivir a su coño, me instalaría en el remanso de su cuerpo durante el resto de mis días.

—Puedes gritar, chillar y maldecirme todo lo que quieras, pero nada cambiará el hecho de que tú aceptaste estos términos. Tú lo elegiste, así que ¿ahora? —Hice una pausa mientras arrastraba la humedad que había recogido de su interior hacia arriba y la extendía sobre el calor pringoso de su clítoris. Me incliné para susurrarle las palabras que demostraban lo bien que se adaptaba a mí. Lo oscura y depravada que era su retorcida alma, un alma que había reclamado como mía—. Ahora ambos sabemos cuánto te va a gustar.

—Ojalá el resto de ti fuera tan agradable como tu polla —gruñó, lo que me provocó una risita. Nunca había catado este pene, solo había estado conmigo en mi forma de Recipiente. No era normal sentir celos de mi otra forma, sentir rabia porque la otra versión de mí

hubiera estado dentro de ella.

Si no fuera un inútil montón de barro, lo habría matado por saber qué se sentía al estar dentro de su cuerpo.

Bajé la mano a los pantalones y me liberé mientras Willow se retorcía debajo de mí. Se quedó muy quieta cuando me situé en el espacio entre sus muslos y los apretó con fuerza. Dejé que sintiera toda mi extensión mientras me abría paso, la tocaba con la punta y me deslizaba por su abertura hasta alcanzar su clítoris. Levanté la mano para agarrarle el camisón mientras la penetraba con embestidas superficiales, atormentándola con lo que estaba por venir, y ella se movía a mi ritmo en pequeños impulsos.

Le rasgué el camisón por la espalda, ansiando recorrer su piel desnuda con los dedos. Los arrastré por su columna vertebral y disfruté de cómo se le ponía la piel de gallina al tocarla.

—Si mi polla es mi única cualidad redimible —dije y le aparté el pelo para rodearle la nuca con los dedos. La aplasté contra el suelo, permitiéndole girar la cabeza hacia un lado para ver su perfil. La inmovilicé mientras movía las caderas hacia atrás—. Entonces espero que pases la mayor parte del tiempo sentada encima, esposa.

Embestí hacia delante y me hundí dentro de ella en un empellón rápido y fuerte. Jadeó y el sonido subió de intensidad cuando entreabrió los labios y cerró los ojos. Se me escapó un gruñido cuando su jadeo se convirtió en un agudo gemido de placer, lo que me reafirmó mi determinación de hacerla gritar.

De llenar el bosque con el sonido de su placer, puro e implacable. De hacerla sentir exactamente lo mismo que yo sentía al llenarla, mientras se deslizaba la cresta de mi erección y me subía por mi espina dorsal, envolviéndome en la sensación de su calor. Estaba empapada cuando me retiré para volver a penetrarla más hondo, abierta para mí. La magia de nuestro vínculo matrimonial se

encendió al consumarse finalmente de un calor que todo lo consumía.

Willow abrió los ojos de golpe y un destello negro los consumió. Me atravesó con la mirada, conmocionada e incrédula bajo la mancha negra que la marcaba como mía. Poco a poco se desvaneció y sus ojos volvieron a ser los mismos de los que me había enamorado mientras la magia se extendía por todos los rincones de su alma y de su cuerpo.

Aun así, no apartó la mirada, desafiante, y el cuerpo tenso. Me eché hacia atrás y empujé hacia delante follándola deprisa. No porque quisiera acelerar el momento, sino porque no soportaría ninguna otra cosa.

Sentía una necesidad implacable de llenarla con mi semen. Un instinto incontrolable de verlo chorrear de su coño hinchado. Y cuando la llevara de vuelta a nuestra habitación, me la follaría otra vez y sentiría su humedad por estar ya llena de mí.

—Gray —gimió y fue como música para mi alma. Era la súplica de una mujer al borde del abismo, de una mujer incapaz de negar el orgasmo a punto de dominarla. La solté y salí de ella. Me fulminó con la mirada.

—Toma lo que necesites, amor —dije mientras me arrodillaba y esperaba a que ella se moviera. Quería que no le quedara ninguna duda de que lo había deseado. No quería que pudiera reescribir la historia y decir que la había tomado contra su voluntad, y la conocía lo suficiente como para saber que intentaría negar la parte más oscura de sí misma que no estaba dispuesta a aceptar.

No estaba preparada para bailar con el monstruo que encondía bajo la piel. Para reconocer que, aunque yo fuera el diablo, ella se había metido en mi alma y se sentía cómoda allí.

Se puso de rodillas, respirando hondo y concentrada sin dejar de

mirarme. Yo seguía completamente vestido, salvo por la bragueta abierta, y su lánguida mirada me recorrió durante unos segundos antes de posarse por primera vez en mi entrepierna. Extendió una sola mano y me empujó hacia atrás con una fuerza que consiguió derribarme. Caí de espaldas en el suelo del bosque y moví las piernas a un ángulo cómodo mientras Willow se arrancaba el camisón desgarrado y se levantaba. Se situó encima de mí y me contempló desde arriba mientras me ofrecía una vista perfecta e impecable de su cuerpo en todo su esplendor.

Se arrodilló, demasiado rápido para una humana, y pareció darse cuenta de ello, porque ralentizó sus movimientos y se sentó a horcajadas sobre mis caderas. Se levantó lo necesario para deslizar una mano entre los dos y colocar mi polla en el ángulo preciso para ensartarse en ella mientras se le cerraban los ojos.

—Joder —gemí y me agarré a sus caderas cuando empezó a moverse. Me cabalgaba como en una danza, un giro fluido hacia atrás y un brusco chasquido hacia delante para meterme hasta el fondo y flotarse el clítoris contra mí en cada movimiento.

Hundió las manos en la abertura de mi camisa y la separó, haciendo que los botones volaran por los aires. Apoyó las manos desnudas en mi pecho para mantener el equilibrio, aunque dudó un segundo al ver la huella de su mano en mi piel, pero finalmente situó las palmas encima para esconderla de la vista. Se había curado un poco y el rojo brillante había pasado a una cicatriz blanquecina. Esperaba que nunca se curara del todo y me acompañara para siempre.

La observé y contuve mi propio placer el tiempo necesario para que mi esposa me utilizara de una forma que nunca había imaginado que disfrutaría.

Pero disfrutaba con todo lo que le proporcionara placer a Willow.

—Eso es, amor —murmuré cuando echó la cabeza hacia atrás. Tenía los pezones rígidos y me apuntaban, rogándome que me los metiera en la boca y los tratara como se merecían.

*Más tarde.*

Teníamos siglos juntos. Una eternidad para adorar cada parte de ella.

Buscó liberación y los movimientos de sus caderas se volvieron menos rítmicos y controlados. Su cuerpo se convirtió en caos a medida que el placer la consumía y estuvo a punto de hacer que me corriera solo con sus gemidos. Se quedó en silencio cuando el orgasmo la dominó, con la boca abierta en un grito silencioso mientras el centro de mi pecho ardía.

Se me oscureció la visión y las sombras rodearon sus manos donde me tocaban la piel cuando se corrió. El ardor no se parecía a nada que hubiera sentido antes, más potente que las llamas del mismísimo infierno. El tejido cicatrizado blanco bajo sus manos cambió para dar forma a algo completamente nuevo, algo único.

Joder, me había marcado.

Me alegró más de lo que esperaba ver cómo me reclamaba como su marido. Aunque sabía que no había sido intencionado, no pude evitar la sonrisa que se me dibujó en el rostro cuando levanté la mano y la atraje hacia mí. Junté nuestros labios y le devoré la boca mientras la tumbaba boca arriba y le levantaba una pierna para follármela.

—Brujita malvada —dije riendo, y sentí cómo sus paredes se estrechaban y me envolvían con cada embestida. Todavía le duraban los últimos estertores del orgasmo y su cuerpo daba espasmos mientras yo la penetraba tan fuerte y tan rápido como podía.

—¡Joder! —gritó y el sonido reverberó en el silencio del bosque mientras le provocaba un segundo orgasmo justo después del

primero. Su interior se aferró a mí, me mantuvo prisionero y me arrancó el semen de los testículos. La llené con bombeos superficiales y rugí al abandonarme a mi propia liberación mientras me dejaba caer sobre ella y le mordía el hombro. No tenía colmillos para extraerle sangre y echaba de menos la sensación de tener esa parte dentro de mí.

Cuando me incorporé, la bruja contempló el laberinto circular que me había impreso en el pecho.

El laberinto de Hecate destacaba en mi piel, la huella de mi esposa nigromante grabada en mi carne como una marca de fuego.

Willow tragó saliva y se quedó mirándome sin saber qué decir.

—Ahora eres mía, Willow Morningstar.

# 8

# Willow



La marca en su pecho me tenía cautivada. Tragué saliva mientras intentaba aceptar lo que había hecho. No había sido mi intención, ni siquiera había querido reclamarlo de ninguna manera, pero la magia que latía por mis venas se había vuelto salvaje e incontrolable.

—¿Qué me has hecho? —pregunté, negándome a permitir que se percatara de la emoción que me obstruía la garganta. Mi conexión con la tierra siempre había sido fuerte e intensa, porque la amaba más que a ninguna otra parte de mí.

Pero ahora…

Era como si la magia hubiera cobrado vida dentro de mí, como si renqueara y se retorciera bajo mi piel. Había un matiz más oscuro, ciertas sombras detrás de la luz, que suponía que eran la herencia de Charlotte y de los huesos que llevaba colgados del cuello. Era la parte que más me asustaba, la amenaza palpitante que ansiaba la

muerte y la descomposición, el pago que exigía el ciclo de la vida.

No debería ser yo quien lo entregara. No debería ser quien tomara decisiones sobre la vida o la muerte.

—Sé que antes eras virgen, pero ya lo hemos hecho suficientes veces como para que sepas lo que es un orgasmo, mi amor —respondió Gray y enarcó una ceja mientras esbozaba una sonrisa exasperante para quitarle peso al asunto. Como si no hubiera puesto todo mi mundo patas arriba.

—¿Qué soy? No debería haber podido quemarte la piel. No soy una bruja de fuego.

—Sigues siendo mi brujita —dijo. Su rostro se suavizó y el gesto de diversión arrogante se desvaneció. Me observó como si estuviera a dos palabras de sufrir una crisis nerviosa. Tal vez fuera así.

Normalmente las crisis suponían llorar en la ducha, donde nadie me viera, pero allí afuera, rodeada de naturaleza y del curso natural de la vida…

No sabía lo que pasaría. No después de todo.

—Eres mi esposa —añadió y me levantó la barbilla con un dedo.

—¿Sigo siendo humana? ¿Sigo siendo una bruja? —pregunté y contemplé el bosque que me rodeaba. Aún sentía el zumbido de los árboles en la sangre, más fuerte que nunca, así que no creía que esa conexión se hubiera visto afectada.

Pero había algo claramente diferente.

—Nunca has sido humana —dijo Gray, afirmando un hecho que nunca había querido aceptar. Aunque me corriera magia por las venas, sangraba igual que cualquiera. Sentía dolor y hambre y todas las partes de mí que me importaban se sentían humanas.

El hermano pequeño al que adoraba era de lo más humano, impotente hasta su decimosexto cumpleaños. Había visto el mundo a través de sus ojos, la vida que sabía que viviría sin mí era lo que yo

deseaba tener.

Sin embargo, no era lo bastante fuerte para quedarme sola en mi propio cuerpo, sin magia, para alcanzar ese objetivo. No era lo bastante fuerte para enfrentarme al vacío que mi vida había creado, a los agujeros donde debería haber residido el amor y solo había dolor y rabia.

—¿Soy una bruja? —pregunté y vi cómo extendía la mano hacia uno de los árboles más cercanos a nosotros. El árbol respondió a su llamada y desplazó una rama hacia él para que pudiera arrancarle una hoja con los dedos. Se quedó mirándola como si fuera una curiosidad, como si no entendiera por qué me importaba tanto algo tan mundano.

—Es complicado —dijo y su mirada dorada volvió a la mía. Tragué saliva e intenté que no me temblara el labio inferior. No soportaba la idea de perder todo lo que me era conocido.

—¿Por qué? —susurré, con una tensión que denotaba que mi paciencia empezaba a agotarse. Me había devuelto a la vida aunque yo no se lo había pedido; lo menos que podía hacer era explicarme lo que me había hecho en el proceso.

—Para traerte de vuelta, tuve que darte mucha sangre. Más de la que te daría ahora que has aceptado el vínculo matrimonial. Solo he entregado una cantidad así a una persona en el pasado y fue con un propósito muy diferente, pero algunas de las consecuencias parecen ser similares.

—¿Charlotte? —pregunté con mofa. Por supuesto que mi antepasada sería la única otra persona. Estaba condenada a repetir la historia de su vida—. ¿Erais…?

—No. Charlotte y yo teníamos una relación de respeto mutuo, pero nunca hubo nada más allá de una amistad tentativa. Ella no confiaba en mí y yo no confiaba en ella, pero respetaba su tenacidad

—respondió Gray. Después hizo una pausa para mirar el bosque y su cuerpo se tensó—. Tampoco es a ella a quien le di mi sangre, aunque fue a petición suya.

—¿A quién? —pregunté, pero fruncí el ceño al comprender cuál era la única posibilidad—. ¿La Alianza? —Sentí que las palabras me desgarraban la garganta.

—Sí, mi amor. El don de mi sangre fue lo que resucitó a Susannah y a George de sus tumbas. Ni siquiera la magia de Charlotte era capaz de reanimar a una persona más allá de los breves momentos en los que ella los comandaba. En cuanto liberaba su magia, volvían a su estado natural —explicó y se me heló la sangre. Miré hacia el bosque al notar el crujido de las hojas. Intenté calmar el creciente pánico.

—¿Qué significa?

—Significa que eres lo que siempre debiste ser. Nuestras gentes tienen la oportunidad de vivir en verdadera armonía, contigo guiando a los brujos de vuelta a las viejas costumbres y conmigo guiando a los archidemonios y a los Recipientes a una nueva forma de vida —dijo con un brillo de esperanza en los ojos dorados—. Construiremos un hogar aquí.

Me pregunté si, aunque fuera por un breve instante, el infierno le habría parecido alguna vez su hogar. O si había sido un recordatorio de su castigo, un lugar del que no podía escapar, igual que las almas condenadas allí. Reprimí la lástima, decidida a no permitirme sentir nada por el hombre que me había utilizado y me había roto el corazón sin remordimientos.

—Mataste a doce brujos para traerme de vuelta. El Aquelarre no va a perdonarlo sin más —espeté y negué con la cabeza ante su estupidez.

—Maté a doce brujos de fuera de Crystal Hollow —dijo con una

sonrisa ladina—. Sin familia ni relaciones duraderas aquí. El Aquelarre estará resentido durante un tiempo, pero los humanos son fugaces. Incluso si su rabia persistiera, pronto estarán muertos. El futuro nos pertenece —dijo y me dedicó una última sonrisa antes de darse la vuelta de repente.

Uno de los malditos saltó de entre los árboles que nos rodeaban y se lanzó sobre Gray. El diablo lo agarró por la garganta, implacable, y lo mantuvo sujeto. Los huesos de mi cuello se agitaron, ansiosos por alcanzar la llamada de la magia de la criatura, que me resultaba familiar y extraña a la vez. Mientras que el pulso de la tierra en mi sangre era como un cálido consuelo, aquello se parecía más a una fría inmersión en las heladas profundidades.

Sentí un hormigueo en los dedos, un dolor sordo en las puntas, mientras me esforzaba por mantener las manos pegadas a los costados. Nunca había querido aquella magia, la magia negra. Solo la había necesitado para deshacer a los Recipientes y vengarme.

Nunca había pensado usarla para nada más.

Gray retuvo al maldito, pero se volvió hacia mí al percibir mi conflicto interno.

—Sigue siempre a la magia, brujita —murmuró en voz baja mientras hacía girar a la criatura. Le rodeó la garganta con la palma de la mano para mantenerla inmovilizada con una fuerza inimaginable. Los brazos del hombre lobo se agitaron. Tenía unas manos largas con pelaje en el dorso y unas garras más grandes que las de cualquier lobo normal—. Si quiere su vida, alimenta esa ansia. Un nigromante tiene que alimentar el equilibrio igual que tú alimentas la tierra.

Pero no era la muerte lo que llamaba a mi magia, solo el sacrificio de sangre y carne. Me acerqué al maldito y tragué saliva cuando chasqueó la mandíbula hacia mí. Agitó las manos engarradas en un

intento de arrancarme un trozo y lo inmovilicé con una mirada desafiante.

Con un movimiento de la mano convoqué a la tierra bajo sus pies, las raíces se levantaron desde el suelo del bosque para envolverle las patas caninas traseras que soportaban su peso. Lo envolvieron, le rodearon el torso y le atraparon las manos para bloquearlas a los lados. Gray lo soltó despacio y retrocedió cuando estuvo seguro de que lo tenía bien sujeto.

Se colocó detrás de mí, me rodeó la cintura con un brazo y se amoldó a mi columna. No debería haber disfrutado de su apoyo ni de la forma en que me anclaba en la realidad, de cómo le ofrecía a mi cuerpo algo a lo que aferrarse mientras la magia amenazaba con consumirme.

—Dale lo que quiere —murmuró y me acarició el cuello con la nariz, provocando una sensación que me avergonzó tanto como me reconfortó.

—Es demasiado —dije y negué con la cabeza. Las manos me temblaban a los lados; la atracción de la magia era demasiado fuerte para ignorarla. No quería nada que tuviera la capacidad de forzarme, de despojarme de la voluntad, dejando que la magia tomara el control.

—Déjate llevar. Te agotarás si te resistes. La línea de los Madizza es solo una de las familias de brujos verdes. Sois dos, lo que significa que los Madizza solo controláis la mitad de la magia terrestre que os entregué. La familia Hecate es la única línea de nigromantes. Toda su magia existe dentro de ti. Necesitarás tiempo para adaptarte a la fuerza de ese poder —dijo y me rodeó el antebrazo con la mano. Me hizo levantarlo, a un suspiro del pecho del maldito, dejando que fuera yo la que salvara la distancia final.

Sentí los latidos de su corazón sin tocarlo, cómo palpitaban con el

flujo de su sangre. Su vida flotaba al alcance de mi mano, pero no me llamaba.

Porque la nigromancia no trataba de causar la muerte, sino de entregar vida a quienes ya la habían perdido.

Toqué su pecho con la palma de la mano y unos zarcillos negros se agolparon alrededor de mi piel. Me rodearon, brotando de mi carne, y se le enroscaron en el cuello.

Me miraba a los ojos, algo humano acechando en aquella mirada, mientras gritaba. El grito, una súplica, se convirtió en un aullido que resonó entre los árboles cuando la criatura echó la cabeza hacia atrás.

El pelaje cayó al suelo, se desprendió de su cabeza y ondeó al viento hasta depositarse sobre las hojas, que lo envolvieron, aceptándolo como una ofrenda.

Contemplé horrorizada e incapaz de apartar la mano cómo su piel se derritió como si la hubieran sumergido en ácido. El hocico se desvaneció en la sombra y la sangre goteó de su rostro al transformarse en el de un hombre. Su forma se encogió, sus piernas y sus brazos se retorcieron y le crujieron los huesos. Las garras se le hundieron en los dedos y le brotó una cabellera humana que sustituyó al pelaje.

Las raíces de los árboles se hundieron de nuevo en la tierra, de vuelta al lugar que les correspondía, dejando al hombre que había ocupado el lugar del maldito sobre sus propios pies. Levantó los brazos y me agarró de la muñeca con suavidad mientras se arrodillaba frente a mí.

Estaba completamente desnudo y noté la desaprobación de Gray cuando emitió un gruñido de advertencia.

El maldito levantó la mirada hacia mí y me observó con unos impactantes ojos violetas en el rostro de un apuesto hombre humano.

—Consorte —dijo, su voz cargada de asombro mientras se inclinaba hacia delante y apoyaba la frente en la mano que sostenía —. Soy tuyo.

# 9

# GRAY



Willow se quedó paralizada contemplando con horror al hombre arrodillado ante ella. Un gruñido me subió por la garganta al verlo acariciar la mano de mi esposa como si hubiese colgado la luna en el cielo.

—Mi consorte —aclaré desde mi posición detrás de ella. El muy desgraciado ni siquiera apartó la mirada de Willow, incapaz de dejar de contemplarla con aquel gesto espeluznante. Cuando Charlotte había encerrado a los malditos en el bosque, nunca creí que fuera posible deshacerlo. No debería sorprenderme, porque toda magia tiene un precio.

Tenía que indagar cuál sería el coste para Willow y qué haría con el descubrimiento de que podía liberar a los habitantes del bosque.

Me pegué más a su columna, haciendo notar mi presencia, pues parecía inclinada a olvidarme por completo.

Respiró hondo y se hundió en mi cuerpo, como si de pronto no

fuera capaz de sostenerse por sí misma. Le rodeé la cintura con el brazo, reclamándola, mientras el maldito se ponía en pie.

Willow aceptó la ayuda. Su incertidumbre en cuanto el hombre que tenía delante la condujo a apoyarse en el único soporte del que disponía en aquel momento. Si fuera por mí, no tendría que esperar a que llegara el día en que yo fuera lo único que le quedara. El día en que todos a los que conocía y le importaban ya no estuvieran sería el día en que sabría que Willow sería mía y solo mía.

—Tu nombre —dijo. No fue una pregunta, sino una exigencia sin aliento.

Los ojos de la criatura brillaban con una luz violeta y parecía no importarle en absoluto su propia desnudez.

—Jonathan —dijo y su gesto se tornó confuso, como si tuviera que concentrarse para tratar de encontrar el recuerdo de quien había sido hacía tantos siglos—. Jonathan Hatt.

Willow enderezó las piernas y se irguió con toda su altura junto al hombre maldito. Levantó una sola mano, se apartó de mi contacto y tocó la mejilla de Jonathan. Retrocedí un poco para observar lo que hacía. Aunque me dolía físicamente permitir que tocara a otro, la expresión de su rostro no tenía nada que ver con los deseos carnales, sino con el reconocimiento de sus propias capacidades.

—Tu deuda aún no está saldada, Jonathan Hatt —dijo en voz baja. Aunque apenas fue más que un susurro debido al agotamiento, no cabía duda del poder que latía en cada nota. Los ojos violetas del hombre brillaron.

—Una deuda como la mía nunca estará saldada del todo, consorte —dijo Jonathan y la reverencia de su voz me hizo apretar el puño en el costado.

Unos tenebrosos zarcillos oscuros se extendieron desde las yemas de los dedos de Willow y se hundieron en la mejilla del hombre. Él

no se inmutó a pesar de cómo le mordían la piel y la penetraban profundamente. El zumbido de la magia llenó el claro y la sinfonía de mi mujer resonó en mis venas.

El pelaje se extendió por su piel cuando Willow lo tocó, arqueó la espalda y los huesos crujieron cuando cayó a cuatro patas. Era mucho más bajo de lo que había sido en la forma de su criatura maldita y adquiría una textura más suave a medida que su ser se encogía.

Se fue haciendo cada vez más pequeño y sus gritos se ahogaron mientras luchaba por contenerlos. Al final se apagaron y el sonido estridente se desvaneció en un aullido claramente felino.

El gato negro dio vueltas alrededor de los pies de Willow, restregándose con sus tobillos y ladeando la cabeza para contemplarla con admiración. Sus ojos seguían teniendo el mismo tono violeta y su aullido se convirtió en un ronroneo cuando Willow se agachó para recoger a la inútil criatura.

Le rascó la nuca y el animal se arqueó para acercarse a ella. Colocó la otra mano delante de su hocico, con el pulgar y el índice separados para dejarle acceso a la membrana entre ellos.

El gato le lamió la piel antes de morderla, le hundió los colmillos y tomó algo que no le pertenecía. Entonces me estiré desde la distancia, lo agarré por el cuello y le tiré de la cabeza hacia atrás.

Su cara se alargó en el fantasma de un hocico, un recordatorio de la maldición que aún persistía en su interior a pesar de la nueva forma que Willow le había proporcionado, cuando me gruñó.

—¿En qué pensabas? —le pregunté a mi esposa con rabia cuando soltó al gato. Lo arrojé al suelo sin dejar de mirarlo. Cayó de pie de una forma demasiado natural para alguien que no había sido un felino hacía apenas un momento.

Willow había tomado a un maldito y lo había convertido en un

puto familiar, pero yo nunca olvidaría lo que realmente era bajo el pelaje.

Un hombre demasiado cerca de mi esposa.

—La sangre es poder —dijo Willow y se balanceó hacia los lados cuando se le doblaron las rodillas. Su piel zumbaba con energía cuando la atrapé y sentí cómo vibraba en todos los puntos que nos unían. La nigromancia que llevaba dentro había catado la conexión, se había liberado después de permanecer dormida durante décadas. Los huesos de su cuello temblaban mientras su cuerpo se hundía bajo el peso del poder; aún necesitaba tiempo para alcanzar el uso del que era capaz.

Lo que la magia le exigía.

—¿Y por qué entregársela a alguien que no se lo merece? —pregunté y la levanté en mis brazos. No se resistió y acurrucó la cabeza contra mi pecho llevada por el agotamiento. Willow se resistía a nuestra relación con todas sus fuerzas cuando era fuerte, pero en sus momentos de vulnerabilidad demostraba claramente quién era debajo de toda la bravuconería.

Una joven aterrorizada de tener que enfrentarse al mundo sola.

Creía que nadie se daría cuenta si conseguía fingir que nada la perturbaba, si se centraba solamente en amistades superficiales, sin permitir nunca que aquellos que se preocuparían por ella penetraran demasiado hondo en su alma.

Amar era perder. Amar era sufrir. Tanto si se trataba de un padre que anteponía sus necesidades a las nuestras como de hermanos a los que nos veríamos obligados a abandonar, el amor era dolor para los seres como nosotros.

—Porque cuido de lo que es mío —dijo y cerró los ojos mientras un gruñido me retumbaba en el pecho. No me cabía duda de que lo había sentido, de que la rabia que me hervía a fuego lento en la

sangre al pasar junto al gato de los cojones que caminaba a mi lado y se negaba a separarse de ella vibraba en el aire.

No se durmió, aunque no abrió los ojos para mirarme y prefirió ignorar mi rabia. Lo dejé pasar, porque entendía que se debía a que ella no sabía lo que estaba ocurriendo mejor que yo.

Tener un familiar normalmente estaba reservado a animales de verdad, pero por la forma en que Jonathan la había mirado y había insistido en volver a su lado, no se me ocurría ninguna otra respuesta alternativa.

Era una complicación que no necesitaba ni quería en nuestras vidas, un ser que intentaría constantemente reclamar una atención que ella no tenía tiempo de conceder.

Porque su tiempo me pertenecía.

—Supongo entonces que te enfadarías conmigo si me deshiciera de él —pregunté con humor a pesar de que no lo decía en broma.

—Mucho —murmuró sin abrir los ojos. Sentí su agotamiento a través del vínculo que nos unía. Me di la vuelta y le besé la frente mientras regresábamos a la universidad, que se convertiría en nuestro hogar durante un tiempo.

En el futuro, nos mudaríamos al pueblo y pasaríamos a formar parte de la comunidad. Iba en serio cuando le dije que construiríamos un hogar, un lugar donde brujos y Recipientes aprenderían a coexistir en pacífica armonía.

Así había sido una vez, antes de que Susannah y George decretaran la Elección para impedirme conseguir a la mujer que abriría el sello que permitiría a mi forma física entrar en la Tierra por primera vez desde que me habían desterrado al infierno. Habían abierto una brecha entre nosotros en un intento desesperado por alcanzar el poder y, de repente, me vi obligado a esperar con paciencia el momento oportuno para alcanzar lo que debería haber

sido mío desde hacía siglos.

Contemplé el rostro de Willow cuando por fin sucumbió al sueño y su respiración se acompasaba a un ritmo constante que me reconfortó y no habría cambiado por nada.

Nadie se había sentido tan a gusto como ella entre mis brazos. Nadie me había tentado a hacer lo que había hecho para mantenerla con vida.

Nadie más me había importado en absoluto, solo habían sido un medio para conseguir lo que quería, pero Willow no solo me importaba.

Ella lo era todo.

Salí del bosque, contemplando la universidad mientras me dirigía a la puerta principal. Leviatán montaba guardia fuera, pero con una sola mirada asintió y echó a andar detrás de mí. Nos siguió hasta la habitación donde dejaría dormir a Willow y luego se marchó para vigilarla desde mi despacho mientras yo intentaba solucionar parte del caos que se había desatado tras mi toma hostil del Aquelarre.

No volvería a querer huir de mí. Sabía que era inútil. Ahora que nuestro vínculo se había completado y nos unía irrevocablemente la sentiría en cualquier parte.

La encontraría sin importar dónde se escondiera y mataría a cualquiera que intentara ayudarla.

Su conciencia no se lo permitiría.

# 10

# Willow



*Me estiré hacia delante, buscando en la oscuridad algo que no veía. No existía nada más que la negrura de la noche, la luz a mi espalda apenas un recuerdo desvanecido.*

*Respiré hondo cuando la luz parpadeó y atrajo mi atención hacia las lianas que se deslizaban por el suelo para alcanzarme. Cerca y lejos a la vez; sabía que no me tocarían antes de que me sumergiera en la oscuridad de la muerte.*

*No había ningún atisbo de vida, un paisaje yermo de tierra seca y ceniza bajo mis pies. Se me erizó la piel en los brazos cuando di un paso adelante, impulsada por el traqueteo de los huesos de mi cuello. Buscaban lo que aguardaba en la oscuridad, lo que los llamaba de vuelta a casa.*

*La oscuridad susurraba mi nombre, con sonidos mucho más claros que nunca.*

*Di un paso más, hasta que los codos se me hundieron en el hielo de la negrura. Entrecerré los ojos en la oscuridad y distinguí las imágenes*

*borrosas de las mujeres que esperaban en fila a que las viera. Doce mujeres. La del extremo izquierdo llevaba ropa lo bastante anticuada como para saber quién debía de ser.*

*La hija de Charlotte.*

*Se parecía mucho a su madre y la ausencia de la primera bruja me pesaba en el corazón mientras miraba a lo largo de la fila. Mi tía estaba al final, con la mano extendida para darme la bienvenida.*

*—Ven, Willow —dijo, con expresión solemne cuando me detuve.*

*—No estoy preparada —dije y negué con la cabeza. No estaba preparada para que la muerte me consumiera, para convertirme en otra de las brujas Hecate unidas por los huesos.*

*Nuestro linaje moriría conmigo.*

*Por mucho que pensara que eso era lo que deseaba al despertar tras una breve muerte, recordaba el frío de aquella oscuridad en la piel. Recordaba el vacío que había sentido en mi interior al saber que había fracasado.*

*—Nunca estarás preparada —dijo con una sonrisa triste—. No permitas que te convierta en algo que no eres.*

*La débil imagen de un sendero en penumbra parpadeó detrás de ella, la forma borrosa de unos setos verdes que se acercaban como una trampa.*

*Consideré sus palabras un momento, la extrañeza que sentía en el cuerpo cada vez que me movía. Era demasiado rápida, demasiado fuerte, demasiado todo para ser la misma de antes.*

*Por mucho que me aterrorizara, también sabía qué era lo que más me importaba.*

*Había ido allí para encontrar la debilidad de Gray. Había ido para encontrar los huesos, usarlos para deshacer a los Recipientes y conseguir justicia para mi tía. Pensaba que la Alianza era responsable de su muerte, pero no.*

*Mi misión de deshacer a los Recipientes y vengarla eran la misma y Gray había cometido un error fatal.*

*Me había mostrado su debilidad.*

*Haría que viviera para lamentarlo.*

Me desperté sobresaltada, con el brazo estirado hacia el techo. Lo dejé caer a un lado. Tenía la piel de gallina y un vestigio físico de la visión persistía, demostrándome que era real. La línea de Hecate siempre había difuminado los límites entre la vida y la muerte, entre lo real y lo que solo se veía.

Me incorporé despacio y me abracé el vientre, donde encontré un sencillo camisón de seda. Gray debía de haberme cambiado cuando me había traído de vuelta a su habitación, y me obligué a no sentirme profanada por ello. No era nada que no hubiera visto y tocado apenas una hora antes.

La desconexión con mi carne me resultó extraña, como si de repente me hubiera dado cuenta de que mi cuerpo no era más que eso. Aunque mi alma se hubiera separado brevemente de él, había seguido siendo yo en el tiempo que habíamos pasado separados. Mi cuerpo era solo un Recipiente, igual que el de Lucifer.

¿Era el infierno lo opuesto a aquel lugar oscuro hecho de frío y nada? ¿Era el calor lo que quemaba la piel de Gray en cada momento de su existencia, un vacío lleno de fuego infernal?

Aparté el pensamiento, retiré las sábanas y deslicé las piernas por el borde de la cama. Me obligué a moverme despacio, a desplazarme como creía que lo había hecho antes. Me resultaba dolorosamente lento, como si necesitara de todo mi ser para ignorar el tiempo perdido.

Me dirigí al cuarto de baño, metí la mano en la ducha y abrí el grifo. Me quité el camisón que Gray me había puesto y lo dejé caer al suelo antes de entrar en la ducha. Sentía el agua demasiado caliente en la piel, en contraste con el frío de la oscuridad vacía. Dejé que me bañara y me alejara de un lugar al que aún no quería ir.

Cuando los Recipientes desaparecieran, cuando el Aquelarre recuperara las tradiciones que nunca deberían haber desaparecido, me adentraría en la oscuridad y aceptaría mi destino.

Al hacerlo, liberaría a mis antepasadas que estaban atrapadas allí, ofreciendo su poder a los huesos que me impulsaban. No podrían seguir adelante hasta que nuestro linaje hubiera cumplido su destino, lo sentí en el alma cuando los huesos se me enfriaron contra la clavícula.

Los sostuve pegados a la piel y sentí el susurro de su deseo de paz dentro de mí. Se la concedería cuando nuestro trabajo hubiera terminado y los errores de Charlotte se hubieran corregido.

Al terminar de ducharme, salí al aire fresco del cuarto de baño y me sequé antes de vestirme. No soportaba ponerme el uniforme verde bosque que me identificaba como una bruja verde cuando me sentía totalmente desligada de aquella chica. La magia verde seguía latiendo en mi interior, pero me sentía desleal a ella al percibir cómo combatía con la magia negra.

Abrí los cajones de Gray en busca de algo que ponerme y me sorprendí al encontrar dentro de uno la ropa de mi habitación. Todas las prendas que había dispuesto que me trajeran cuando llegué a Crystal Hollow estaban en sus cajones, como si me hubiera mudado con el hombre que se consideraba mi marido.

Pero no lo había hecho.

Me puse la armadura en lugar de pensar en lo incorrecto de la situación, me deslicé en lo que me había sido familiar incluso antes de convertirme en una bruja Hecate de verdad. Los vaqueros negros y las botas de combate me hacían sentir más yo misma y me puse un jersey negro suelto para acompañarlos, dejando un hombro al descubierto antes de salir a buscar al hombre que me lo había arrebatado todo.

A saber cómo habría sido mi vida si él no hubiera susurrado tramas de venganza al oído de mi padre.

Abrí de un tirón la puerta de la habitación y me miré los pies cuando Jonathan maulló y se enroscó en mis tobillos. Me agaché, lo levanté en brazos y lo acurruqué contra mi pecho, dejando que me mordisqueara la barbilla mientras salía al salón. Me desgarró la piel, arrancándome una gotita de sangre con el filo de sus dientes.

—Familiar codicioso —regañé y le dirigí una mirada rápida y severa mientras caminaba hacia el salón.

Uno de los archidemonios estaba en una de las sillas de espaldas a mí, pero lo vi alzar una mano para tocarse la mejilla con una larga garra negra.

*Leviatán.*

Se levantó despacio, imponente, y llenó el espacio con su estatura. Tragué saliva cuando se dio la vuelta y me fulminó con una mirada que me hizo sentir insignificante. Era el más alto de los archidemonios, lo que hacía que la habitación pareciera diminuta en comparación. No llevaba camisa, como si les hubiera sido imposible encontrar una que se ajustase a los hinchados músculos de sus hombros y sus bíceps. Unas tenues escamas nacaradas que casi se confundían con su piel le cubrían los antebrazos. Cuando se movía, reflejaban ligeramente la luz del sol y me recordaban a una serpiente marina. Tenía los ojos del vivo azul del Caribe, enmarcados en un rostro excesivamente cuadrado y una mandíbula definida. Llevaba echado hacia atrás el pelo oscuro que le llegaba hasta los hombros, dejando a la vista las marcadas líneas de sus rasgos sin obstáculos.

—Consorte —dijo y ladeó la cabeza. Yo asentí y me volví hacia la puerta—. Ha pedido que te quedases en la habitación por el momento.

—Por favor —dije, me detuve en seco y me di la vuelta con un

bufido—. Ni siquiera sabe lo que significa pedir las cosas.

Abrió la boca con una sonrisa de dientes rectos, perfectos y blancos. La longitud de sus colmillos era lo único que hacía que el gesto no pareciera humano, más largos incluso que los de los Recipientes.

—Me alegra ver que lo conoces lo suficiente como para leer entre líneas.

—En realidad no lo conozco en absoluto, ¿verdad que no? —pregunté y le rasqué la nuca a Jonathan para reconfortarme. Me ayudaba a tranquilizarme a pesar del dolor y la agitación que sentía dentro de mí.

No había querido conocerlo, aunque habría sido lo más inteligente. Necesitaba descubrir su debilidad, pero no quería indagar en los rasgos que lo hacían más humano.

Ahora era consciente de lo poco que había compartido conmigo. Mostraba los fragmentos de su humanidad de forma estratégica y meditada para granjearse mi cariño, para servir a un propósito y llevarme adonde quería.

En realidad, aunque no quisiera admitirlo, ¿era tan diferente de lo que los hombres humanos les hacían a las mujeres con las que querían acostarse? Por lo que había visto, omitir las verdades desagradables en favor de mentiras bonitas era una parte habitual del cortejo.

Aunque la mayoría de los hombres humanos no apuñalaban a sus citas ni invocaban a archidemonios.

—Sospecho que lo conoces mejor de lo que crees ahora mismo, consorte —dijo Leviatán y dio un paso adelante para interponerse entre la puerta y yo.

Me tragué la rabia y me obligué a protestar con calma.

—Tengo nombre.

—Consorte…

La siguiente respuesta fue menos suave, me mantuve firme y me recordé quién era. No me acobardaba ante el dolor, no importaba que el peor daño que me habían hecho hubiera sido emocional y no físico.

—Tengo nombre —repetí y me incliné hacia delante. Jonathan saltó de mis brazos y bufó desde el suelo cuando Leviatán se acercó más de lo que le habría gustado—. Soy algo más que…

—¿Su esposa? —preguntó Leviatán, terminando la frase por mí. «Esposa» no habría sido la palabra que hubiera elegido, pero no importaba. Ni siquiera yo podía negarlo ya, con las marcas en el cuerpo del otro y la palpitante certeza de su presencia en algún rincón profundo dentro de mí.

El poder de su rabia alimentaba la mía, incluso cuando no lo veía.

—Me llamo Willow y te dirigirás a mí como tal a partir de ahora —ordené y sentí cómo los huesos se me hundían más en la piel. Estaban de acuerdo con la afirmación, con mi intento de diferenciarme de Gray, aunque no fuera más que una ilusión que me ayudara a dormir por las noches.

Leviatán volvió a sonreír y la expresión suavizó las duras líneas de su rostro.

—Como desees, Willow —dijo con énfasis y me hizo una reverencia burlona sin quitarme la vista de encima.

Esperé hasta que se detuviera al final de la inclinación, me di la vuelta y eché a correr hacia la puerta tan rápido como pude. De pronto agradecí aquella nueva velocidad inhumana; llevé mi cuerpo al límite hasta alcanzar el pomo de la puerta y lo giré. Tiré para abrirla.

Leviatán era igual de rápido y me siguió a una velocidad imposible. Estampó la mano en la madera por encima de mi cabeza

y me quedé mirando las membranas entre sus dedos y sus largas garras mientras empujaba la puerta con un fuerte golpe.

Forcejeé para abrirla, gemí cuando no pude y solté un gruñido de frustración. Me di la vuelta hacia él, levanté la mano y le acaricié la mejilla. Impregné mi tacto de magia negra y observé cómo los zarcillos de oscuridad se extendían por su piel. Irradiaban de mi mano, de mis dedos, se movían por la superficie de su carne como venas de muerte.

Los huesos traquetearon cuando vertí la magia en él, deseando que volviera a la nada.

El desgraciado me sonrió mientras las líneas negras se le hundían en la piel hasta desaparecer de la vista, dejándome atónita.

—No estoy hecho de barro, pequeña nigromante —dijo y se aclaró la garganta. Borró la sonrisa y adoptó una expresión seria para corregirse—. Willow.

Apoyé la espalda en la puerta y toqué la madera con la palma. La magia de mi interior se negaba a ceder y recorría la habitación mientras las venas oscuras se extendían por las paredes en busca de vida.

—¡No podéis tenerme aquí encerrada para siempre! —grité.

Mi ira reverberó por la habitación como un pulso. Chocó contra los muebles como una onda expansiva y los hizo sacudirse. Algo estalló y el sonido llegó un milisegundo antes de que las ventanas que daban a los jardines se hicieran añicos. Los cristales cayeron al suelo.

Puse una mueca y cerré los ojos.

—¿Qué me pasa? —susurré, más para mí misma que para el archidemonio que tenía delante. No era él quien podía ni debía darme respuestas.

—No te pasa nada —dijo Leviatán. Alargó la mano y tocó uno de los huesos que me colgaban del cuello. Me sorprendió la amabilidad

del gesto; sus dedos se esforzaron por evitar tocarme la piel en la medida de lo posible. La magia se replegó hacia mí, quedó sellada dentro de los huesos y sentí que podía volver a respirar—. Lo creas o no, su intención es protegerte. Parte del Aquelarre le ha declarado la guerra a Lucifer. Lo culpan a él, pero más que eso… —dejó la frase en el aire y me miró como si me desafiara a escapar de nuevo—. Culpan a su bella esposa por traicionar a los suyos.

—No sabía lo que iba a hacer. No…

—Tú lo sabes y yo lo sé, pero el Aquelarre no. No van a creerse tu versión de la historia así como así. No estuvieron allí para ver lo que te hizo —dijo y sus facciones se suavizaron al dar un paso atrás—. Tu seguridad es lo único que le importa a Lucifer.

—Si eso fuera cierto, nunca me habría hecho daño —dije, pensando en la quemadura de la daga cuando me la clavó en el vientre.

—Estás viva, ¿no? Se tomó muchas molestias para mantenerte así.

—No es suficiente —murmuré.

Me aparté de la puerta y me acerqué al sofá. Me desplomé sin delicadeza; el cuerpo me pesaba con la certeza de que, a pesar del vínculo de mierda que nos unía, también pretendía mantenerme prisionera.

—Entonces te sugiero que empieces a decidir qué lo sería. Si ni siquiera tú lo sabes, ¿cómo cojones va a saberlo él?

# 11

# Willow



La puerta de los aposentos de Gray se abrió más tarde. Me levanté de un salto y tiré en el sofá el libro que había estado leyendo por la ansiedad de salir de allí. Leviatán no se molestó en levantar la vista de su libro, pero noté cómo sonreía por el rabillo del ojo.

—Eres peor que un animal enjaulado —dijo con ligereza a pesar de la burla que traslucían sus palabras.

Recuperé el libro y se lo lancé. Se rio, levantó la mano, lo atrapó en el aire y estiró bien las páginas.

Se lo agradecí, aunque habría preferido que antes le hubiera dado en la cara.

—Quizá no deberíais tratarme como tal —espeté y ladeé la cabeza con una sonrisa burlona a juego con la suya.

Gray entró en la sala, apoyó el hombro en el marco de la puerta y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Se había remangado

la camisa blanca de vestir y llevaba el primer botón desabrochado, dejando al descubierto un pequeño fragmento del laberinto con el que lo había marcado.

Esbozó una sonrisa de medio lado y su mirada se calentó al recorrerme de la cabeza a los pies.

—Brujita —dijo con voz grave. Reverberó en lo más profundo de mi cuerpo y se hundió en mi estómago. Apreté las piernas por instinto para bloquear aquella necesidad abrumadora que me provocaba con solo una palabra. Se había vuelto peor, como si la consumación hubiera reforzado el vínculo que latía entre nosotros como un ente vivo.

Quería arrancármelo del alma.

Ensanchó la sonrisa al darse cuenta de mi reacción y se apartó del marco de la puerta para entrar en la habitación.

—Te he traído una sorpresa —dijo mientras se acercaba. Tragué saliva cuando se situó delante de mí y me levantó la barbilla con un dedo para que lo mirara. Se inclinó hacia delante y se detuvo cuando sus labios rozaron los míos—. Pero quizá debería llevarte a la cama.

—Quiero respuestas —dije tras negar con la cabeza y apartarme del contacto. Solo porque mi cuerpo estuviera convencido de que él era todo lo que necesitaba no significaba que fuera a permitir que me redujera a una masa de carne y deseo.

El deseo no equivalía al amor.

La atracción no nos hacía aliados.

Aunque quisiera acostarme con él, también quería degollarlo; de hecho, tal vez esa fuera la mejor manera de hacerlo. Se me cortó la respiración al pensarlo y aparté la idea antes de que notase el cambio en mis pensamientos.

Jonathan se interpuso entre nosotros y se coló entre mis piernas para mirar a Gray. El demonio contempló a la pequeña criatura

cuando saltó hacia delante y le clavó las garras en los pantalones. Sonreí, pero hice una mueca cuando Gray lo agarró por el cuello y lo levantó. Jonathan enseñó los dientes, sus colmillitos feroces.

—Plaga inútil —gruñó y lo arrojó al sofá haciendo una mueca con los labios.

—Al menos él me gusta —dije y me agaché para acariciarle la cabeza. Mi familiar se relajó y se estiró hacia mi tacto con una mirada que hubiera jurado que era arrogante.

Si no hubiera sido un puto gato.

—Sigue así, brujita. Pondré a tu mascotita a mirar para que compruebe lo mucho que te gusto cuando te quitas la ropa —dijo Gray, lo que me hizo soltar un grito ahogado.

—¡Gray! —regañé y miré de reojo a Leviatán, que apretaba los labios y se había puesto a leer mi libro como si no nos oyera.

El pecho le temblaba con una risa silenciosa.

Necesitaba otro libro para arrojárselo.

—Quizá la próxima vez te lo pienses dos veces antes de insinuar que te gusta otro hombre más que yo —replicó Gray. Dio un paso hacia mí y acortó la poca distancia que nos separaba. Su torso se apretó contra el mío y tuve que arquear la espalda hacia atrás para poder ganar algo de espacio. Jonathan volvió a bufarle, pero Gray ni siquiera lo miró al apuntar con un dedo a la cara de la bola de pelo negro.

—¡Es un gato! —protesté y lo señalé con el brazo extendido.

—¿Lo es? ¿Seguro? —preguntó Gray y ladeó la cabeza.

Bajé la mirada hacia el felino, que había empezado a atacar el dedo de Gray con las garras extendidas, dejándole cortes superficiales que se curaban enseguida.

—A mí me lo parece, sí. Tus celos son ridículos. No necesito recurrir a mi familiar si quiero echar un polvo. Hay muchos hombres

entre los que podría elegir.

Gray gruñó y apartó el dedo de Jonathan. Me enterró la otra mano en el pelo de la nuca, lo agarró con fuerza y me estiró el cuello hacia atrás. Me arqueé y lo fulminé con la mirada mientras me sujetaba y presionaba su entrepierna contra mí.

—Aclaremos una cosa, brujita. No estoy celoso. Soy posesivo con lo que es mío.

Ignoré cómo el gruñido zumbaba a través de mí y resistí el impulso de restregarme contra él.

—No veo la diferencia.

—La diferencia es que estar celoso implica que no te poseo todavía. Ese bicho existe porque yo se lo permito. No te equivoques; su presencia en tu vida es un regalo que te hago y puedo arrebatártelo tan rápido como te lo he concedido —dijo. Me rozó la comisura de la boca con la suya cuando giré la cara—. Dime que lo entiendes.

—Lo entiendo —dije a regañadientes. Me agarraba con demasiada fuerza, pero solo tiraba cuando yo forcejeaba. Por fin me soltó y se estiró las mangas de la camisa.

—No he venido aquí a pelear —dijo y parecía arrepentido de verdad. Tampoco me ofreció más información, sino que se limitó a volverse hacia la puerta. Abrí los ojos como platos al ver a Della, Nova y Margot allí, incómodas tras haber presenciado toda la interacción.

Volví a mirar a Gray y lo rodeé para acercarme a las brujas con paso vacilante.

¿Y si ellas también me odiaban?

—Willow —dijo Della, con un alivio evidente cuando dio un paso dentro del despacho. Corrí hacia ella, le agarré la mano y estiré la otra para dársela a Margot. La bruja rubia dio un respingo, pero se

recuperó cuando Nova se estiró para tocarme el brazo con una sonrisa y miré a Juliet, que permanecía en un segundo plano.

—¿Estáis bien? —pregunté, ignorando la presencia de la Recipiente para centrarme en mis compañeras de habitación.

—¿Nosotras? —preguntó Nova, preocupada—. ¿Y tú?

Señaló con la mano hacia donde Gray permanecía detrás de mí, observando la interacción con un gesto entre la malicia y el aburrimiento.

Agaché la mirada, incapaz de encontrar las palabras para responder a la pregunta. No podía responder con sinceridad ante la atenta mirada de Gray y sabía lo que pasaría en cuanto abriera la boca.

Me mordí el labio inferior cuando me empezó a temblar, solté las manos de las chicas y me volví para mirar a Gray cuando habló.

—Volveré dentro de una hora. Juliet las acompañará a sus habitaciones si quieres quedarte sola antes de eso —dijo y se puso delante de mí. Me tocó la mejilla con una dulzura que no debería haberme reconfortado y me miró con una calidad que me hizo desear que volviera al odio que sabía que había visto en ellos cuando nos conocimos.

El odio mutuo era fácil. Sabía cómo lidiar con ello.

—Estaré fuera, Willow —dijo Leviatán y lo siguió por la puerta mientras Juliet entraba en la habitación. Miró a Della mientras se dirigía al despacho y se sentaba tras la mesa de Gray, y Della le devolvió la mirada hasta que la perdió de vista.

—Della, es una Recipiente —dije para advertir a mi amiga de que no cometiera el mismo error que yo.

—¿Y? Tú te acuestas con el diablo. No creo que estés en condiciones de juzgarme —espetó.

Puse una mueca y me encogí físicamente antes de acercarme al

sofá y hundirme en él. Enterré la cara entre las manos y solté una risotada amarga.

—Te has pasado un poco, Del —dijo Margot y fulminó a la otra mujer con la mirada. Se sentó a mi lado y me apartó la mano de la cara, aunque estaba segura de que el contacto y la muestra de cariño le habían costado mucho.

—Tiene razón —dije y negué con la cabeza—. La he cagado y no tengo ningún derecho a decirte lo que tienes que hacer. Es solo que desearía no haber cometido ese error.

—Ella no es un error —dijo Della mientras se nos acercaba. Nova se sentó junto a Margot para dejarle el sitio a mi lado.

—Te importa —dije, y la observación pesó en el aire.

Della miró por encima del hombro hacia la zona donde se sentaba Juliet, sabiendo tan bien como yo que iba a oír todo lo que dijera.

—La quiero. No es como él. Nunca me haría daño —explicó mientras se retorcía las manos en el regazo.

Me acerqué a ellas, las estreché entre los brazos y calmé la energía ansiosa que sentía. Sonreí y hablé.

—Vale.

Se quedó muy quieta y me miró a los ojos.

—¿Vale?

—Si dices que no te haría daño, te creo. Mientras te haga feliz, eso es todo lo que puedo desear, ¿no? Nuestra historia no es tan blanca y negra como nos han hecho creer. Es lógico que las relaciones entre Recipientes y brujos tampoco lo sean. Y si alguna vez te hace daño, sabe que haré que se arrepienta. ¿Verdad, Juliet? —pregunté, sin molestarme en levantar la voz para que la Recipiente me escuchara.

—Sería lo que merecería, consorte —respondió ella y Della sonrió mientras se inclinaba para apoyar la cabeza en mi hombro.

Jonathan se bajó de un salto entre tanto revuelo y estiró una pata

por debajo del sofá. Dio zarpazos a una pluma blanca y la siguió mientras revoloteaba por el suelo.

Lo miré jugar, cautivada por la iridiscente mezcla de colores en la pluma al reflejar la luz.

Nova se levantó del sofá y atrajo mi atención. Se sentó en la mesita de centro delante de mí y se quedó mirándome fijamente, esperando a que me derrumbara con su forma de ser silenciosa y vigilante. No era muy expresiva, prefería callar, sutil como una brisa de verano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó y extendió una mano para tocarme los huesos del cuello.

Se estremeció al sentir la magia en ellos y frunció el ceño al fijarse en mi ropa negra. No le había llamado la atención al principio, porque siempre había preferido el negro al verde de mi uniforme, pero noté cómo los engranajes giraban en su cabeza.

—Eres una Hecate —dijo y jadeó al darse cuenta.

Della se quedó inmóvil a mi lado y sentí su mirada en el lado de la cara. Asentí, sin atreverme a pronunciar las palabras. Había supuesto que todo el mundo sabría ya la verdad, que lo que había ocurrido en la sala del Tribunal se habría extendido por todo el Aquelarre.

—¿Lo sabías? —preguntó Della. Su voz se había endurecido a consecuencia del secreto que les había ocultado. No habíamos estado tan unidas como para revelarles verdades que las obligarían a actuar en contra de la Alianza, pero la culpa me corroía de todas formas. Había ido allí a despojarlas de todo lo que conocían y amaban.

—Lo sabía. Vine a buscar los huesos —dije y observé cómo se recostaba en el sofá. Su conmoción era evidente y resonaba entre nosotras con el amargo sabor de la traición.

—No lo entiendo —dijo Margot, insegura—. Eres una bruja verde. Todos lo hemos visto.

—Mi madre era una Madizza. Mi padre era un Hecate que nunca hizo la Elección —respondí, dejando que la confesión colgara en el aire.

*Era.*

Porque Charlotte lo había matado debido a todo lo que me había hecho.

—Guau —dijo Margot con la voz entrecortada, un eco de lo que percibía en las demás.

—¿Lo sabías? ¿Sabías lo que pretendía? ¿Por eso estabais prácticamente pegados como lapas desde que llegaste? —preguntó Nova. Había un matiz de ira en su voz, pero sobre todo de incredulidad. No querían creerme capaz de algo así.

—Os juro que no lo sabía. Me utilizó, me hizo creer que no sabía quién era yo para que pensara que estaba buscando los huesos por mi propia voluntad, pero desde el principio él quería que los encontrara. Quería que los usara, porque me necesitaba para abrir el sello. No tenía ni idea de que estaba matando a los brujos. Tenéis que creerme.

Si no las tuviera a ellas tres y a su amistad, estaría completamente sola; después de perder a Ash de nuevo, no lo soportaría.

—Vale —dijo Della, repitiendo lo que yo le había dicho antes.

Me volví hacia ella y la miré mientras procesaba la información e intentaba atar cabos.

—¿Qué?

—Si dices que no lo sabías, te creo —dijo y se acurrucó a mi lado. Sintió mi respiración entrecortada y me rodeó la espalda con un brazo para dibujar círculos relajantes en la tela de mi camisa.

—Te creo —dijo Margot, imitando la postura de Della a mi otro lado.

Un sollozo ahogado me subió por la garganta, pero me obligué a

tragarlo y a contener la emoción que amenazaba con consumirme. No podía derrumbarme, no podía dejar que empezaran las lágrimas.

Sospechaba que, cuando lo hicieran, ya no podría parar.

Nova se inclinó hacia delante, tomó mis manos entre las suyas y les frotó el dorso.

—No pasa nada por romperse —dijo al verme sufriendo.

—Estaremos aquí para ayudarte a recomponerte —dijo Margot y las compuertas se abrieron. Apreté los ojos cuando las lágrimas brotaron sin resistencia y la cabeza me palpitó de dolor. Giré las manos para aferrarme a las de Nova mientras mi rabia se manifestaba en forma de agua salada.

—Me siento como una puta imbécil —murmuré y negué con la cabeza. No soportaba cómo había caído en sus mentiras, con lo lista que me había creído.

—No eres imbécil. El maestro de las mentiras te manipuló —dijo Della y su voz sonó pesada a mi lado.

Nova me levantó la barbilla con el pulgar para que la mirase a sus ojos grises. Su ira era tangible, aunque no estuviera dirigida a mí. Era toda para él.

—Ahora, ¿qué vas a hacer al respecto?



—Las casas se pelean por el poder —contó Della cuando dejé de llorar. Tenía la cara roja y los ojos hinchados y secos, pero me sentía más centrada, más de lo que lo había estado desde que había despertado después de morir. Volvía a tener un propósito, una razón para seguir adelante.

Iba a hacerle daño.

Le haría sentir todo el dolor que me había causado.

—Déjame adivinar, ¿el director Thorne está fomentando las luchas internas? —pregunté y puse los ojos en blanco. A veces me preguntaba cómo los archidemonios y él habían sobrevivido tanto tiempo si lo único que querían era matar.

—En realidad, no —explicó Nova y enarcó una ceja—. Intenta evitar que los brujos luchen entre sí y contra los Recipientes y los demonios. Afirma que ahora tenemos más razones que nunca para que nuestras gentes convivan en armonía. ¿Sabes por qué?

—Porque Lucifer se ha casado con una bruja —dijo Juliet, que entró en la habitación y se sentó en un sillón al otro lado de la mesita de centro. Se recostó, subió los pies sobre uno de los reposabrazos y dejó caer la espalda por el otro para estirarse. Della se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

Provocarla.

Juliet sonrió, sabiendo que había conseguido el efecto deseado; después se enderezó y se inclinó hacia delante.

—Pero ¿con quién? Ambas sabemos que ha estado obsesionado con Willow desde que… —empezó Della, pero se calló cuando Juliet levantó una ceja con desafío.

—¿Contigo? —preguntó Margot.

—No es como un matrimonio entre brujos. No hay ceremonia. Me marcó en un puto sueño. Ni siquiera sabía lo que significaba cuando pasó —expliqué en un intento de hacerles entender cómo había permitido que sucediera.

—Eso no te impidió marcarlo de vuelta —espetó Juliet y sonrió por mi incomodidad.

—No sabía lo que hacía. Ahora mi magia tiene mente propia —dije, pero la vergüenza me calentó las mejillas. Miré a mis amigas, esperando que me juzgaran, pero solo encontré compasión.

Todos recordaban lo que se sentía al cumplir los dieciséis, cuando adquiríamos nuestros poderes de repente, la sensación abrumadora de que ya no estabas solo en tu cuerpo. Yo ya había tenido más magia que todos los demás incluso antes de encontrar los huesos de Hecate, pero desde entonces era como si me ahogase en un pozo infinito del que nunca podría salir.

—Bueno, eso es verdad —dijo Juliet y asintió. Suspiré aliviada, agradecida de que hubiera decidido dejar de presionarme—. Pero cuando la magia quiere algo, el corazón la seguirá.

—Basta, Juliet —dijo Della y la miró con severidad. La Recipiente levantó las manos para indicar que había terminado y me sorprendió el respeto que le demostraba a mi amiga.

—Entonces quiere que gobiernes a su lado —dijo Nova y se encogió de hombros—. Tienes que hacerlo, Willow.

—¿Qué? El Aquelarre apenas me conoce. No aceptarán seguirme.

—Algunos lo harán, solo por el poder que sabrán que posees en cuanto te reveles llevando esos huesos. Los brujos están muriendo por intentar matar a los archidemonios. Tienes la oportunidad de traernos la paz a todos —dijo y negó con la cabeza. Estaba claro que odiaba lo que había sido del Aquelarre, las muestras de violencia para ganar poder. Volverte contra los tuyos había sido un crimen en el pasado; tal vez era hora de que lo fuera de nuevo.

—¿No me acabas de preguntar qué pensaba hacer para vengarme?

—No te digo que no luches. Solo sugiero que primero consigas que reine la paz entre los nuestros, mientras planeas cómo acabar con el origen del problema. Tenemos que librarnos de los archidemonios y tenemos que hacerlo de la forma más eficaz posible —dijo y miró de reojo a Margot, que estaba a mi lado.

Juliet levantó una ceja, como si estuviese desafiando a Nova a reconocer abiertamente que quería provocar un golpe de Estado. La

bruja le devolvió el gesto, un recordatorio silencioso de que todo el mundo esperaba que lucháramos. No debería sorprender a nadie.

Margot se tensó cuando me volví para mirarla y noté que se encogía sobre sí misma.

—¿Alguno te está molestando?

—Ha sido todo lo amable que puede ser, pero ha dejado sus intenciones claras —dijo y cruzó los brazos sobre el pecho—. Si yo fuera como los demás, no habría hecho nada malo. Nova es muy protectora.

—Como debe ser —dije y le separé los brazos—. Tú y solo tú decides quién tiene permiso para invadir tu espacio. No un archidemonio de mierda. ¿Cuál es?

—Belcebú —dijo Nova y se puso las manos en las caderas. Parecíamos estar en el mismo bando y negó con la cabeza mirando a Margot.

—Y una mierda —dije, ganándome una risita sorprendida e incómoda.

—Soy plenamente consciente de que todos son malos, Willow —dijo y su voz menguó con una incertidumbre que me hacía hervir la sangre—. Respeta mi necesidad de mantener las distancias, aunque nunca le he dicho a qué se debe.

—Dos cosas, Margot —dije y tomé sus manos entre las mías—. La primera, Belcebú me rompió el puto cuello. Me mató, literalmente. La única razón por la que estoy aquí es porque Gray me devolvió a la vida.

—Joder, Willow —dijo Della, pero la silencié con una mirada. Aquella conversación no era sobre mí, lo importante era que Margot entendiera la advertencia sobre qué clase de hombre era Belcebú.

—La segunda es que espero que algún día te vengues del hombre que ha hecho que pensases que Belcebú es un tipo decente por no

agredirte, cuando debería ser lo mínimo indispensable. No tengo que saber qué pasó ni cómo, pero espero que hagas sangrar a ese hijo de puta —dije y odié cómo desvió la mirada hacia donde nuestras manos se tocaban.

—No tengo ese espíritu violento. Soy mejor que eso —dijo, pero el temblor de su voz me indicó todo lo que no quería decir.

Le tenía miedo, fuera quien fuere.

Me encogí de hombros y aparté las manos despacio.

—Entonces espero que algún día confíes en mí lo suficiente como para decirme quién es.

—¿Por qué? —preguntó y me miró avergonzada al ver la rabia en mi expresión.

—Porque tú serás mejor que eso, pero te aseguro que yo no —repliqué. Me levanté e ignoré el gesto de aprobación de Juliet mientras me dirigía a las ventanas que había roto. Una brisa fresca entraba por ellas y deduje que el frío no haría más que empeorar hasta que algún brujo de cristal encontrara una solución temporal.

—Fue Itar Bray —dijo Margot y todo mi cuerpo se tensó cuando me volví para mirarla.

Observé su rostro a pesar de que no me miraba, observé cómo se mordía las uñas.

—¿Cuántos años tenías? —pregunté. Cerró los ojos y esa fue toda la confirmación que necesitaba.

—Catorce —dijo y me contempló con los ojos como platos cuando los abrió por fin.

Asentí sin decir nada. Sabía que no podía salir de la habitación. A pesar de todos sus defectos, sabía que, si se lo contaba, Gray se ocuparía del asunto por nosotras. Era malvado, pero incluso él tenía límites que nunca cruzaría.

—Ni una palabra —le dije a Juliet y la señalé con un dedo.

—¿Lo quieres para ti? —preguntó ella y se levantó. Me miró con algo parecido al respeto mientras se me acercaba y me puso una mano en el hombro. Sus dedos rozaron la marca que Lucifer me había dejado y se me helaron las venas.

—Quiero que la última cara que vea sea la de una mujer a la que considera inferior —dije y apreté los dientes—. Si no puede ser la superviviente de sus abusos, pienso asegurarme de que recuerde su cara cuando le corte la polla y se la dé de comer.

Margot palideció, pero Juliet sonrió.

—Como desees, consorte.

# 12

# GRAY



Willow se había retirado a la cama después de que Juliet acompañara a sus amigas de vuelta al santuario de sus habitaciones. Apenas me había mirado, pero no era por vergüenza. Estaba hecha una furia y no quería ni pensar en lo que habría descubierto estando con sus amigas.

Me serví un whisky en un vaso ante la ventana cristalizada. A la bruja que había venido a repararla no le había hecho mucha gracia que la convocaran, pero al ver la cara hinchada de Willow y cómo tiritaba por el frío se había apiadado de ella.

Yo no lo sentía y habría seguido imperturbable ante las bajas temperaturas. El calor del fuego del infierno hacía mucho que había destruido en mí cualquier sensibilidad a los cambios del termómetro, consecuencias de una eternidad de encierro.

—Gray —dijo Juliet cuando atravesó la puerta abierta del despacho. No me había molestado en cerrarla, sabiendo que volvería

después de acompañar a las chicas a sus habitaciones. Me conocía lo suficiente como para saber que estaría esperando un informe.

—Cuéntame —dije, con la voz tan melancólica como me sentía, mientras daba un sorbo. Dejé que el whisky me quemara la garganta y calentara el frío vacío que se había instalado dentro de mí. Hacía muchos años, siglos, que no tenía sentimientos ni emociones que influyeran en las decisiones que tomaba. Incluso cuando sabía que Willow era mía, aunque sentía el vínculo que nos unía, no se había parecido en nada a esto.

Había sido una obsesión, la necesidad de poseerla. Lo que me invadía ahora era una sensación retorcida y encarnada que me empujaba a desear que fuera feliz a mi lado. Lo necesitaba más que nada, pero no sabía cómo conseguirlo. No sabía cómo ser lo que no era, a pesar de que el amor por ella me consumía.

—Se culpa por lo que hicimos —dijo Juliet con tristeza mientras se desplomaba en uno de los sillones con dramatismo. De todos los Recipientes, ella era la que parecía estar más en contacto con los sentimientos de los humanos y los brujos. Como si recordara lo que era sentirlos, aunque los demás hubiéramos olvidado incluso la sombra de su recuerdo.

—Qué ridiculez. Me culpa a mí, créeme —repliqué. El odio de Willow electrificaba el aire cuando nuestras miradas se cruzaban y sabía que me esperaba un largo viaje para hacer que lo entendiera.

—No estabas allí, Gray —insistió Juliet en voz baja cuando me acerqué y me situé frente a ella. Levantó el brazo, me quitó el vaso de la mano y bebió un trago—. He visto cómo se rompía. Cree que debería haberse dado cuenta.

Intenté que no me dominase porque Willow se hubiera derrumbado delante de otra persona. Quería ser yo quien la abrazara cuando llorara, quien la consolara en la ducha cuando

pensara en rendirse.

Odiaba pensar en que alguien más atravesara su dura apariencia para llegar al corazón blando y vulnerable que guardaba bajo llave.

—Nunca tuvo ninguna oportunidad —dije. Recuperé el whisky y me senté en el sofá. Lo había sabido casi todo de ella. Había sabido qué botones pulsar para hacerla creer que tal vez yo era algo más que lo que su padre le había contado—. Nadie la ha protegido nunca. Su padre le hizo todo el daño que pudo y su madre lo permitió por pura ignorancia.

—Siempre ha sido ella la que ha protegido a los demás —dijo Juliet y asintió al pensar en el niño que le pedí que se llevase lejos de allí. Nunca le haría daño, no si quería recuperarla—. Así que cuando tú la protegiste…

—Me serví de mis conocimientos sobre ella para manipularla, pero lo habría hecho de todos modos. Su historia jugó a mi favor, eso es todo —expliqué y asentí con la cabeza. Willow acabaría por superar el odio hacia sí misma y volcaría toda esa ira en mí, si no lo había hecho ya. Solo era cuestión de tiempo.

—¿Sabías lo de su padre? —preguntó Juliet y apreté la mandíbula al pensar en lo que Charlotte le había hecho. Había velado por Willow toda su vida y se había encariñado con la chica a medida que se convertía en mujer. No habría elegido un castigo tan brutal para su padre si no hubiera estado justificado.

—Todavía no conozco todos los detalles, pero confío en el juicio de Charlotte de que se merecía ese destino —respondí.

—¿Crees que tiene algo que ver con su miedo a la oscuridad? —preguntó Juliet, lo que me hizo levantar una ceja—. Della me lo contó.

—Vas a hacerle daño —dije, ignorando el abuso de confianza. Della creía que Juliet era una compañera igualitaria en esa relación

secreta que habían ocultado a la Alianza, pero Juliet era un Recipiente.

No podía amarla de verdad.

—Algún día, Willow será lo bastante fuerte como para abrir el sello por sí misma. Incluso si solo consigue hacerlo el tiempo suficiente para que uno de nosotros pase, recuperaré mi cuerpo. Le daré todo lo que tú puedes darle a Willow —replicó, aferrándose a la esperanza de que convenceríamos a Willow para que lo hiciera. Era una bomba de relojería, más inclinada a deshacer a todos los Recipientes que se le pusieran a tiro que a abrir voluntariamente el sello.

—Podrían pasar años —expliqué con amabilidad, aunque necesitara un golpe de realidad. Sentía el vacío donde debería estar el amor, sentía su conexión como una sombra de lo que podría ser.

Era la peor tortura que me podía imaginar, saber que amabas a alguien, pero ser incapaz de sentirlo de verdad. No se lo habría deseado ni a mi peor enemigo y mucho menos a una amiga que había permanecido a mi lado durante siglos. Había estado entre los primeros demonios que había creado después de los archidemonios, atormentado por el recuerdo de mi padre y la familia que me había expulsado simplemente por no estar de acuerdo con él sobre el futuro de los humanos que había creado.

Sus nuevos hijos.

Dijo que el orgullo era un pecado y que el mío me condenaría. Afirmó que fue mi propio deseo egoísta de llamar la atención lo que me había llevado a obsesionarme con mis necesidades y a dejar de pensar en él al descubrir que podía manipular a los demás para conseguir lo que necesitaba.

Había deseado el amor de mi padre, pero me conformé con el afecto de los hijos que había creado en el hogar al que me había

desterrado.

Me quedé mirando la puerta de la habitación donde Willow estaba durmiendo y me pregunté si se sentirían igual de abandonados cuando inevitablemente formara una nueva familia con ella. Haría todo lo posible para que se sintieran valorados, pero no podía negar lo que notaba en mi interior. La certeza de hasta dónde llegaría para proteger a nuestros hijos.

Quemaría el mundo entero antes de permitir que les hicieran daño.

—Va a intentar matarte —dijo Juliet, ignorando por completo mi comentario sobre Della. No había nada más que decir; ambos comprendimos que sería una larga batalla.

—Me decepcionaría que no lo hiciera —respondí y dejé el vaso en la mesa antes de levantarme. Pensar en que Willow me esperaba al otro lado de la puerta, cálida, somnolienta y sintiéndose como en casa, me resultó de pronto demasiado tentador como para ignorarlo. Necesitaba perderme en ella después del caos del día que había tenido.

—Leviatán dice que está convencida de que no te conoce —insinuó Juliet, interrumpiéndome cuando me disponía a ir con Willow.

—Me conoce —dije, desechando el comentario.

—¿Seguro? ¿Qué le has contado sobre ti? Si quieres que te ame, al menos tiene que conocerte. Sí, siente la conexión que compartís por el destino que os une, pero eso no es amor y menos con todo lo malo que le has dado —dijo y se levantó. Se acercó y me desabrochó la camisa para revelar la marca de Willow. Retrocedí por el contacto, incapaz de soportar la sensación de sus manos sobre mí.

Por la forma en que enarcó la frente y la risita que se le escapó, la volátil reacción la sorprendió tanto como a mí.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté y contemplé el rostro de una de las personas que habían presenciado mi sufrimiento tras el

rechazo de mi padre. Amar a Willow y aceptar que deseaba que me amara también suponía exponerme de nuevo al riesgo del rechazo.

—Conócela —dijo riéndose.

—Ya la conozco —repliqué, seguro de que era verdad. La había investigado a fondo y tenía espías que me informaban de todos sus movimientos. Sabía hasta qué notas había sacado en el instituto, joder.

—¿Seguro? Lo que sabes es lo que está documentado, no lo que existe dentro de ella. No sabes lo que le hizo su padre ni cómo la ha afectado como persona. Sabes mejor que nadie que los acontecimientos más sencillos pueden cambiarnos de formas que nadie más comprende —dijo y calló unos segundos para que las palabras calaran—. Independientemente de que creas conocerla o no, ella no piensa lo mismo. Ninguna mujer quiere que la reduzcan a una lista de datos. Es una persona, Gray, y tienes que tratarla como tal.

—No me responderá si empiezo a hacerle preguntas difíciles —dije con absoluta certeza. Willow me rechazaría si me pusiera a interrogarla sobre su padre y la vida que había vivido con su madre y con Ash.

—Quieres conquistarla, no interrogarla. Tienes que dar para recibir. Tendrás que contarle tu verdad para obtener la suya. Deja que te conozca, Gray, o la perderás de una forma de la que no podrás recuperarla —dijo Juliet y apretó la mandíbula con frustración. A veces era fácil olvidar que, como mujer, comprendía cómo funcionaba el cerebro de Willow. Durante muchos siglos la había considerado una amiga. Nos habíamos entendido bien y yo era testigo de la crueldad a la que se había aferrado para sobrevivir en un mundo dominado por hombres, así que a veces olvidaba que no éramos del todo iguales.

—Está bien —gruñí, descontento con el giro de los acontecimientos.

La rodeé y me dirigí hacia la puerta cerrada del dormitorio. La abrí despacio y observé a Willow acurrucada en el centro de la cama. No se había molestado en cambiarse ni en meterse bajo las sábanas; si lo que Juliet me había contado era cierto, sospeché que se debía al agotamiento emocional.

Jonathan se estiró a los pies de la cama y retorció el cuerpo para restregarse la mejilla en la colcha antes de ponerse boca arriba. Siseó cuando lo levanté sin delicadeza, lo llevé al sofá y lo tiré sobre el cojín. Me miró con sus ojos violetas entrecerrados en un gesto de fastidio y le apunté con el dedo a la cara.

—Tiene prohibido entrar en el dormitorio —advertí y ladeó la cabeza.

No podía hablar, pero entendí perfectamente lo que significaba el movimiento.

*¿No me digas?*

—Finge ser un gato todo lo que quieras, pero tú y yo sabemos que Willow solo tendría que chasquear los dedos para que te convirtieras en un humano con polla. Aléjate de mi mujer —dije, ignorando la risa incrédula de Juliet, que se sentó en el sofá y se dio una palmada en el regazo para invitar a Jonathan a acurrucarse con ella.

Los dejé solos, entré en el dormitorio y cerré la puerta tras de mí. Me desnudé al son de la respiración relajada y uniforme de Willow y la levanté para apartar las sábanas y taparla con ellas antes de tumbarme a su lado.

Mis calzoncillos rozaron sus vaqueros cuando me apreté contra su espalda, le rodeé la cintura con un brazo y disfruté de su calor.

Suspiró feliz y murmuró mi nombre, soñolienta.

—Sigue durmiendo, brujita —dije e ignoré el deseo de

aprovecharme de los momentos en los que estaba más dócil y flexible, medio dormida y dispuesta, para mi propio placer.

La próxima vez que la penetrara sería ella quien me lo suplicaría.

# 13

# Willow



Me desperté envuelta en la calidez de Gray y sentí demasiado calor con la ropa que no me había quitado. Me reconfortó que no me hubiera desnudado mientras dormía, pero me hizo preguntarme qué había cambiado. Nunca había dudado en hacerlo antes, ignorando por completo los límites.

La noche anterior había llorado hasta quedarme dormida, dejando salir toda la rabia que sentía. Las lágrimas calientes y furiosas habían cumplido su propósito y había reducido la ira hasta que me sentí con fuerzas de hacer lo necesario para sobrevivir en aquel lugar y en aquella extraña y compleja relación. Gray sería mi marido, pero lo único que me motivaba a seguir adelante era el odio absoluto.

Gray no podía saberlo, pues mi única oportunidad de derrotarlo era usar su debilidad en su contra. Era demasiado poderoso, pero si yo era lo que lo hacía vulnerable, lo manipularía igual que él me había manipulado y entonces sería incapaz de ver venir el golpe.

Me levanté de la cama, con cuidado de no despertarlo, y me dirigí al baño. Sabía lo que tenía que hacer. Sabía que el contacto físico era la forma en que Gray expresaba el afecto, así que nada sería más efectivo que darle acceso a mí. Lo sentía como una traición a mí misma, como si no fuera a ser capaz de sobrevivir a la seducción.

Me vería obligada a admitir cuánto placer me provocaba su cuerpo y tendría que encontrar la manera de mantener ese placer independiente de mi corazón. Él podría tener mi cuerpo, como otros hombres lo harían cuando él ya no estuviera, por mucho que me doliera pensarlo.

Pero nadie volvería a tener mi corazón. Él se había asegurado de ello.

Me situé delante del espejo, me lavé la cara y me cepillé los dientes antes de quitarme la ropa con la que había dormido. Me agarré al borde del lavamanos y lo apreté con fuerza mientras miraba hacia la puerta.

Ya había pasado por lo mismo. Sabía lo que hacía cuando permití que Gray me tocara por primera vez y se llevara mi virginidad, pero esa vez había sido muy distinto. Todas las veces antes de llegar hasta aquel momento, me había engañado a mí misma y me había convencido de que estaba actuando llevada por mi necesidad de venganza y respuestas. En realidad, solo había estado reaccionando ante él.

Él lo había iniciado todo; me había reclamado y yo no se lo había impedido. Había sido pura suerte que todo encajara en el plan que se había estado maquinando probablemente desde el momento en que nací, porque no sabía si hubiera tenido la capacidad de controlarlo.

Pero esa vez yo tendría el control. Entraría a sabiendas en el dormitorio y haría lo necesario para que bajara la guardia aunque

fuera un poco. No me engañaba a mí misma pensando que así derribaría los muros entre nosotros y lo convencería de repente de que había decidido aceptarlo con los brazos abiertos, de que lo había perdonado.

Sin embargo, usaría su cuerpo contra él, como él había hecho con el mío. No tenía un corazón en el que abrirme paso cuando era un Recipiente.

Pero ahora sí.

Solté la encimera y me quedé mirando las marcas en la piedra unos segundos. Suspiré. Las fisuras del mármol me hicieron tragar saliva; odiaba pensar en todo lo que me había arrebatado.

Me di la vuelta y abrí despacio la puerta al dormitorio. Gray seguía durmiendo plácidamente y se había tumbado boca arriba en mi ausencia. La colcha lo cubría hasta la cintura y le dejaba el pecho al descubierto. La marca en el centro me miraba como si tuviera mente propia, un símbolo de un poder que no comprendía.

Mi cuerpo zumbó cuando me acerqué a la cama con pasos suaves, con cuidado de no despertarlo. Su piel dorada brillaba bajo los rayos del sol que se colaban por el hueco que dejaba la cortina en la ventana. La tenue luz me mostraba un atisbo de lo que debió de ser antes de ser expulsado del cielo.

Era como si brillara desde dentro, pero en lugar de latir con luz, lo que emanaba era poder.

Tragué saliva, me arrodillé al final de la cama entre sus piernas y tiré de la colcha. El profundo corte de sus músculos bajo los abdominales se abría paso hasta los calzoncillos negros que lo cubrían y lo observé estirarse aunque no abrió los ojos y su respiración se mantuvo firme.

Acaricié con los dedos la muesca de sus caderas y presioné ligeramente con los pulgares mientras me acercaba y me cernía sobre

él. Rocé con la boca la marca en el centro de su pecho, intentando ignorar el inconfundible poder que vibraba a través de ella y se hundía en mi interior.

La sentía mía, era muerte y vida, decadencia y nuevo crecimiento, todo en el mismo aliento. Se me aceleró la respiración, pero me obligué a calmarme y seguí recorriendo con los labios los músculos de su vientre. Gray gimió debajo de mí y el sonido de su placer me provocó un calor muy distinto que ahuyentó el frío de mi sangre.

Introduje la mano en la bragueta de sus calzoncillos y lo rodeé con los dedos. Ya estaba empalmado y el gruñido que emitió en cuanto lo toqué fue como un eco del deseo que crecía dentro de mí.

—Brujita —jadeó y lo miré por debajo de las pestañas mientras lo liberaba.

Seguía con los ojos cerrados y me pregunté si me habría reconocido incluso dormido o si solo estaba fingiendo que me permitía hacer lo que quisiera. Me incliné hacia delante y le pasé la lengua por la base.

Se estremeció cuando le rodeé la punta con la lengua y besé el tronco. Me enterró la mano en el pelo, lo apretó con fuerza y tiró para que lo mirara a los ojos mientras despertaba. Sus pupilas ardían con una combinación de furia y deseo, atracción aguda y todo lo que necesitaba.

Podía insistir en que necesitaba tomar las riendas todo lo que quisiera, pero había algo adictivo en saber que solo tenía el control porque él lo permitía. Había algo en el cruel castigo de su agarre que me empujaba a desear complacerlo, incluso más allá de mi urgencia, para poder hacerle daño como él me lo había hecho a mí.

—¿Qué estás haciendo, brujita? —preguntó y bajó la mirada hacia donde lo acariciaba con la mano.

—Pensaba que era obvio —dije con una risita. Aflojó la mano,

aunque la mantuvo en mi cabeza, pero cedió parte del control. Me incliné hacia delante y le di un beso provocador en la punta de la polla.

—Joder —siseó y levantó las caderas mientras me miraba—. ¿Por qué?

—Porque quiero —respondí. Abrí bien la boca y me la introduje poco a poco. Al principio solo envolví la punta y pasé la lengua por encima antes de hundirla más, hasta el fondo. Gimió cuando me retiré y me moví para conseguir un mejor ángulo antes de volver a metérmela.

Empujó las caderas hacia arriba para darme más de lo que creía que soportaría. Me la tragué entera y vi cómo abría los ojos con sorpresa. Me agarró el pelo con fuerza y me apartó de su polla mientras yo lo miraba con suficiencia.

Quería que lo supiera. Quería que le molestara.

Quería que se enfureciera, porque él había participado en lo que me habían hecho. Había tenido mucho que ver en que tuviera que aprender a complacerlo, aunque fuera indirectamente.

—Lo has hecho antes —dijo, su voz grave hasta convertirse en un gruñido mientras tiraba de mí hacia arriba. No tuve más remedio que soltarlo y dejar que me pusiera de rodillas mientras se incorporaba frente a mí.

No dije nada, pero no fui capaz de contener la sonrisa de satisfacción por sus celos.

—Tenía que conservar mi primera sangre para ti, pero eso no significa que no tuviera que hacer otras cosas para aprender a complacerte.

Se quedó muy quieto, me soltó el pelo y dejó caer la mano a un lado.

—¿Qué acabas de decir?

—No finjas que no lo sabías —dije con burla, incapaz de contener la rabia mientras bajaba la mano y volvía a rodearlo con los dedos. Seguía empalmado a pesar del enfado y siseó entre dientes cuando apreté y empecé a acariciarlo.

Me cubrió la mano con la suya y me obligó a parar mientras con la otra me tocaba la mejilla.

—¿Quién? —preguntó y apretó los dientes al pronunciar la palabra.

—Casi siempre podía elegir a quien quisiera, a menos que perdiera una pelea —dije y me encogí de hombros. Su intensidad aplastó mi rabia y el deseo de que lo supiera, me hizo dudar sobre si había participado o no. Estaba furioso; era innegable al mirarlo.

La habitación se oscureció con el peso de su furia y la luz que había sentido brillar en su interior se apagó hasta que solo quedó oscuridad.

—A menos que perdieras… —repitió con la voz entrecortada.

—A los dieciocho ya había aprendido a no perder, así que mi padre empezó a apostar cosas que no fueran dinero —expliqué, poniendo una excusa por las pocas veces que había perdido. En palabras de mi padre, si no iba a ser la mejor luchadora, al menos aprendería cómo distraer a un Recipiente para no tener que pelear.

—Lo que Charlotte le hizo no fue suficiente —dijo Gray y me sostuvo la mirada mientras tomaba mi rostro entre las manos y apoyaba la frente en la mía.

—¿De verdad no lo sabías? —pregunté con verdadera sorpresa. Después de que revelara que había conocido a mi padre, que lo había guiado por el camino de la venganza, asumí que lo sabía todo sobre la forma en que me había preparado para él. Que le había producido una satisfacción enfermiza saber que me estaba entrenando para complacerlo mucho antes de que yo supiera

siquiera su nombre.

—Se suponía que te daría una buena vida. Te educaría para la venganza, sí, pero le dije que te tratara bien y se asegurara de que fueras feliz —dijo.

—Y al hacerlo, probablemente fue así como garantizaste que abusara de mí. Se lo quitaste todo. Mataste a su hermana y, aunque no sabía que habías sido tú en concreto, culpaba a los Recipientes. Le arrebataste lo que más amaba, así que se aseguró de hacer daño a lo único que parecía importarte, aunque no supiera por qué —respondí y negué con la cabeza. Gray había creído que comprendía a mi padre lo suficiente como para prever cómo se comportaría.

No tenía ni puta idea.

—Aunque no fuera capaz de amar en aquel momento, recordaba lo que era. Jamás se me ocurrió que un hombre fuera capaz de hacerle algo así a alguien a quien quería…

—Ese fue tu primer error —dije y me reí mientras negaba con la cabeza—. Mi padre nunca me quiso. Yo era solo una herramienta para él, una idea que tú plantaste.

Tragó saliva y bajó una mano para apretar las sábanas. Las apretó con tanta fuerza que las desgarró y se me formó un nudo en la garganta cuando me sostuvo la mirada con sus ojos dorados.

—¿Por qué te da miedo la oscuridad? —preguntó y supe de inmediato que se refería a la venda en los ojos durante la Cosecha.

Fue lo que más me preocupó cuando descubrí que había sido él aquella noche, que había sentido mi miedo. Había llegado a pensar que tal vez había hecho un buen trabajo en ocultarlo, ya que nunca lo mencionó.

Exponer aquella parte de mí me parecía una traición, como si le diera acceso a información que podría utilizar en mi contra algún día. De todos modos, me obligué a ofrecérsela.

Si tenía que sacrificar el pasado para conseguir la libertad en el futuro, lo haría con gusto.

—Cuando era más joven y perdía alguna de las peleas en jaula… —empecé y vacilé. Respiré hondo. Era un secreto estúpido y una tontería ocultar la verdad cuando ya conocía al culpable. Pero siempre había sido algo mío—. Mi padre tenía un ataúd enterrado en el patio de su casa. En el sótano había una puerta de acero que daba a la parte de abajo. Me metía allí y cerraba la puerta. No había luz, solo las paredes del ataúd presionándome —respondí e ignoré cómo se estremecía con cada palabra.

—¿Por qué no escapaste? —preguntó y supe que se refería a que un ataúd enterrado debería haber sido una tarea fácil para una bruja verde.

—Mi magia aún no se había manifestado —dije, dando respuesta a cuán joven había sido. La magia de un brujo aparece a los dieciséis años, lo que significaba que tenía que haber sido más pequeña cuando mi padre empezó a enterrarme viva.

Apretó los dientes y me estremecí. No di más detalles sobre lo pequeña que era cuando empezó, ni sobre las pesadillas que me habían atormentado durante años.

—Por eso Charlotte lo enterró vivo —dijo, con la voz entrecortada mientras lo pensaba—. Lo siento, brujita. Supuse que estarías protegida. Fue mi error y no volveré a cometerlo. Merecías ser amada. Merecías ser adorada.

Solté una carcajada agridulce.

—Me quisieron. Mi madre me quiso. Ella lo compensó.

—No. Ella te quiso como debía quererte, pero eso no significa que no merecieras más. Lo merecías todo —dijo y me tocó el labio inferior con el pulgar. Tiró de él hacia un lado y se inclinó para sellar nuestros labios. El beso fue suave, carente de la ira y el calor que

había deseado cuando entré en el dormitorio.

Quería enfadarlo, no que se mostrara dulce. Lo primero habría sido otra batalla más en nuestra continua guerra, pero la dulzura de aquel beso fue algo distinto. Sentía que había perdido una pelea y ni siquiera sabía por qué. Granjearme su cariño era bueno.

Entonces, ¿por qué sentía que era mi corazón el que había vuelto a quedar expuesto?

# 14

# Willow



Nos duchamos juntos, su tacto era reverente pero no sexual. Fue cariñoso y suave, tranquilizador y reconfortante.

Su objetivo en aquel momento no había sido seducirme con su cuerpo, sino con el corazón que quería que creyera que tenía.

Se marchó poco después y me dejó a solas con mis pensamientos, hasta que regresó con una bolsa de ropa en la mano. La promesa de salir de allí me había quitado un peso de encima y se me escapó una sonrisa que odié en cuanto apareció. No debería sentirme agradecida por una pizca de libertad.

—Hago lo que tengo que hacer para mantenerte a salvo. Lo entiendes, ¿verdad? —preguntó, lo que me obligó a reconocer hasta qué punto comprendía mi forma de pensar.

—No necesito que me protejan —espeté y me crucé de brazos. Dejó la bolsa en el banco a los pies de la cama y levantó las manos para desabrocharse la chaqueta. Se la quitó en silencio, la dejó

encima de la bolsa y siguió con los botones de la camisa.

—Puedes repetirlo todo lo que quieras, pero ¿quieres saber lo que pienso? —preguntó y se me acercó mientras se quitaba la camisa. Invadió mi espacio, me agarró la blusa por el dobladillo y me la levantó con tanta delicadeza que cedí y alcé los brazos para ayudarlo. No me había molestado en ponerme sujetador; no merecía la pena la incomodidad solo para pasar el rato en un espacio muy limitado donde únicamente había otro ocupante. Se inclinó hacia mí y acercó la boca a mi oreja. Su pecho se apretó contra el mío.

—La verdad es que no, pero me vas a dar tu opinión de todos modos —murmuré, lo que me granjeó una risita divertida por su parte.

—Ahí está mi brujita cruel —dijo con calidez y posó una mano en la base de mi columna. Extendió los dedos y me estrechó contra su cuerpo—. Creo que te gusta saber que alguien se preocupa por ti lo suficiente como para protegerte. Creo que quieres odiarme por ello, porque sabes que nadie más haría lo que yo he hecho por ti.

Tragué saliva y detesté cómo aquellas palabras resquebrajaban mis barreras. Yo misma había dicho algo parecido aquella noche en la ducha, después de que los brujos me atacaran. ¿A quién le importaría que muriera, aparte del hermano al que nunca podría volver a ver si quería protegerlo?

Por mucho que me doliera admitirlo, a Gray le importaría. En algún nivel, de alguna manera, notaría mi ausencia.

Era más de lo que podía decir de cualquier otra persona.

—Eres un cabrón. No deberías disfrutar al recordarme que estoy sola en el mundo —dije y me aparté mientras intentaba soportar la opresión en el pecho.

Se negó a soltarme y me sujetó con firmeza. Levantó una mano hacia mi cara y me acarició la mejilla.

—Has estado sola, pero ya no lo estás. ¿Cuándo vas a entenderlo? —preguntó y me sostuvo la mirada. Sus ojos dorados me observaron con tal intensidad que sentí que me atravesaban y veían todos mis pensamientos, todas las emociones en mi corazón.

Se me tensaron las extremidades por las ganas de huir, pero las ignoré. Me puse de puntillas y acerqué la boca a la suya con suavidad. Sus labios se movieron despacio y tomaron el control del beso. Me abrazó como si fuera a hacerme añicos, como si fuera de cristal, hasta que llevé las manos a su cinturón, lo abrí y se lo arranqué de un tirón de los pantalones.

Sonrió y profundizó el beso mientras yo le desabrochaba el botón de la bragueta y le bajaba los pantalones en un movimiento rápido, y él hizo lo mismo con los míos. Se quitó los zapatos, los pantalones y los calcetines antes de dirigirse a la cama.

Se acomodó sobre las almohadas y me indicó con un dedo que me pusiera a su lado. Me arrodillé en el borde y trepé por su cuerpo, igual que lo había hecho aquella mañana. A horcajadas sobre su cintura, dejé que su longitud rozara mi vértice y gemí cuando lo encontré duro y listo para mí.

—Para que conste, brujita —dijo cuando me incliné sobre él y levantó una mano para apartarme un mechón suelto tras la oreja—. No puedes recurrir al sexo cada vez que no quieras enfrentarte a lo que sientes por mí.

—Ah, ¿no? —pregunté y ladeé la cabeza mientras metía la mano entre los dos para agarrarlo. Se rio y esbozó una sonrisa cegadora cuando ni siquiera me molesté en negar la insinuación.

No tenía sentido. Incluso si no me sirviera para mi propósito, los dos habríamos sabido que era mentira.

Bajó los brazos paralelos a su cuerpo y tiró de mí hasta que quedé a horcajadas sobre su pecho. Volvió a tirar de mí hasta que me senté

en su cara.

—¿Qué haces?

—Agárrate al cabecero y sujétate bien, mi amor —ordenó y me rodeó los muslos con un brazo. Sus dedos me presionaron la piel y aparecieron hoyuelos donde tocaba la carne blanda. Me obligó a bajar y me apretó con fuerza cuando intenté resistirme—. Siéntate —gruñó y me empujó hacia abajo. Su boca alcanzó mi coño y empezó a mover la lengua de inmediato mientras yo jadeaba.

Eché la cabeza hacia atrás y me agarré al cabecero para estabilizarme como me había ordenado. Me devoró y me arrancó un flujo constante de gemidos que no habría podido contener aunque lo hubiera intentado. Me arqueé hacia delante con la respiración acelerada y observé su cara entre los muslos. Sus ojos dorados brillaban debajo de mí, contemplando todo mi cuerpo. Desde la curvatura de mis muslos, que le rodeaban la cabeza, hasta la circunferencia de mi vientre y el valle entre mis pechos; lo veía todo.

Y no había nada que no le gustara.

Siempre me había sentido cómoda en mi piel y en mi cuerpo, pero tener a un hombre que apreciaba cada centímetro de mí me hacía quererlo aún más. Me sentía hermosa a través de su mirada, que admiraba cada parte de mí a su alcance. Mis caderas se movían por sí mismas mientras me rodeaba el clítoris con la lengua, aplicando la presión justa para acercarme al orgasmo, pero sin llegar a empujarme al límite.

—Gray —supliqué y moví las caderas con descaro para restregarme contra su cara. No habló y me dejó tomar lo que necesitaba, usando su boca para mi propio placer. Me incliné hacia delante, apoyé la frente en el cabecero y metí una mano entre mis piernas para enterrarla en su pelo. Lo mantuve quieto para inmovilizarlo donde lo necesitaba, mientras mi necesidad se volvía

cada vez más exigente.

Sus dedos me apretaron los muslos y tiraron de mí hacia atrás tan bruscamente que floté en el aire unos segundos antes de rebotar de espaldas en la cama. En solo un instante, estaba encima de mí. Me puso una mano detrás de la rodilla y la levantó para penetrarme.

—Joder —gemí, dando espasmos a su alrededor mientras dejaba caer todo su peso sobre el mío y asaltaba mi boca con la suya. Me saboreé en sus labios, en su lengua, mientras me penetraba con profundidad.

—Quiero sentirlo cuando te corras —murmuró mi boca mientras retrocedía y embestía con movimientos lentos y firmes. El orgasmo llegó en el tercero y me obligó a gritar en su boca para tragarse el sonido.

Me folló durante el orgasmo y acercó la boca a la mía cuando mi respiración se calmó. Las embestidas se ralentizaron; algo cambió cuando se acompasó a mi respiración. Abrí los ojos y me estaba mirando fijamente, con sus brazos apoyados en la cama a ambos lados de mi cabeza, de forma que no veía nada más que a él y el calor de sus ojos dorados.

—Gray —jadeé y cerré los ojos cuando sentí que todo me superaba.

—Déjame amarte —dijo con una dulzura inabarcable en mi boca. Tomó mi mano entre las suyas, la llevó a la marca en el centro de su pecho y me hizo extender los dedos sobre el lugar donde su corazón latía en sintonía con el mío.

—No puedo —dije y se me escapó un sollozo.

—Ay, brujita —dijo y sonrió con tristeza mientras me miraba—. Ya lo estás haciendo.

Me subió más la pierna y se acercó más a mi cuerpo mientras me besaba. No dijo ni una palabra más mientras buscaba su propia

liberación con movimientos lentos, lo que me provocó otro orgasmo antes de que eyaculara por fin. Se quedó quieto después de terminar y su peso sobre mí me reconfortó en lugar de provocarme claustrofobia.

Estaba bien jodida.

# 15

# GRAY



Willow estaba sentada en el borde de la cama, con las manos en las rodillas, mirando hacia la ventana del extremo de la habitación. Quería estar en la naturaleza, conectar con la parte de ella que le resultaba familiar mientras todo lo demás que la rodeaba se convertía en caos. Abrí la cremallera del portatrajes y Willow puso los ojos en blanco mientras se levantaba para mirar el vestido que le había traído. Normalmente no se preocupaba por vestirse para nadie más que para sí misma y sus propios gustos y, dado el estado de la casa de su madre y la realidad de todo lo que su padre le había hecho, no era difícil adivinar que no había tenido muchos motivos para celebraciones formales.

Pero cuando el portatrajes se abrió y dejó a la vista las telas negras, se levantó y se acercó para verlas más de cerca. La falda de tul tenía enredaderas y flores en relieve que caían desde la cintura hasta las piernas, salvo por la abertura que subía hasta el muslo y le

permitiría moverse libremente si era necesario. El torso iba encorsetado y estaba cubierto de seda y encaje, lo que me recordó el enrejado de las puertas de la sala del Tribunal. Las delicadas enredaderas de tela se enroscaban sobre uno de los hombros y acentuaban el escote corazón.

Tocó con un dedo las enredaderas; su esmalte de uñas negro mate complementaba a la perfección el vestido que le habían confeccionado.

—¿A dónde se supone que vamos? —preguntó y cruzó los brazos sobre el pecho.

—A la sala del Tribunal —dije y me dirigí a la cómoda donde había pedido que trasladaran su ropa. Saqué un tanga negro de encaje y me arrodillé delante de ella.

Seguía desnuda, no se había molestado en vestirse después de que me hubiera aliviado con ella. Me había puesto un par de calzoncillos cuando me levanté para ir a por su vestido, pero me encantaba que Willow fuera dueña de su sexualidad. Su cuerpo era perfecto tal y como era, todo lo que podría haber querido en mi esposa, y me complacía que se sintiera cómoda en él.

—Eres consciente de que la mayoría de los hombres se arrodillan en el momento de declararse y no después de haber manipulado a una mujer para que se casase con él, ¿verdad? —Le rodeé la pantorrilla con una mano y la levanté hacia mí, para obligarla a mantener el equilibrio. Otros habrían tropezado por el cambio de estabilidad, pero Willow ni siquiera se inmutó y su otra pierna asumió el control. Introduje su pie en el tanga, repetí el proceso con la otra pierna y luego me levanté frente a ella para deslizar la tela por sus fuertes muslos hasta colocarla en su sitio.

Acuné su cara entre las manos, le acaricié los pómulos con los pulgares y vi cómo se le iluminaban los ojos. Más que llenarse de ella

y del desafío que siempre suponía poseerla físicamente, la magia de su interior reconoció a su anterior dueña y se iluminó para mí. Más que colmarme con el desafío que siempre suponía mi posesión física, la magia de su interior reconocía a su anterior dueño y relucía para mí.

Sus ojos, únicos por naturaleza, brillaban con la luz de la magia; el dorado se parecía tanto al mío que me dejó sin aliento. Símbolo de que nuestros destinos habían estado unidos desde que Charlotte y yo habíamos llegado a un acuerdo; jamás había esperado encontrar consuelo en el hecho de que nunca había tenido elección.

No me gustaba ceder el control en ningún aspecto de mi vida y mi hogar, salvo con lo concerniente a Willow Morningstar. Ella era la excepción a todas las reglas que había creado para mí y los míos.

—¿Y qué vamos a hacer en la sala del Tribunal para lo que hace falta un vestido así? —preguntó y tragó saliva, incómoda por el roce. Creía que no me daba cuenta de cada tic nervioso, aunque parecía decidida a convencerme de que estaba a punto de perdonarme.

Cualquiera que fuera su propósito, se lo permitiría. Si fingía durante el tiempo suficiente, al final no sería capaz de ver a través de sus propias mentiras y se convertirían en su nueva realidad.

—Vamos a resolver las disputas entre los brujos anunciando al reemplazo de la Alianza —expliqué. Me alejé de ella e ignoré su suspiro. Se habría limitado a argumentar que era de alivio, pero ambos sabíamos que era porque lamentaba la falta de contacto tanto como yo.

—¿Quién? —preguntó mientras se acercaba al banco y sacaba el vestido de la bolsa. Bajó la cremallera del corsé, se puso el vestido y se giró para darme la espalda. Era muchas cosas, pero nunca renunciaría a su responsabilidad para con el Aquelarre. Daba igual para qué ella se había convencido de que había ido allí, sentía el

impulso de reparar lo que había contribuido a romper.

Levanté una ceja y sonreí mientras intentaba alcanzar la cremallera. La guie hasta el espejo del rincón y le pasé el pelo por un hombro. La rodeé con la mano para dejarla en su vientre y con la otra le cerré el vestido. Se deslizó con facilidad, se ajustó a su cuerpo a la perfección y se amoldó a sus curvas como sabía que lo haría.

—Solo existe una bruja apta para el trabajo.

—El Tribunal jamás aceptará que yo sustituya a la Alianza —replicó y negó con la cabeza como si fuera ridículo—. Si buscas acabar con las peleas, esta no es la manera.

Di un paso atrás y me volví hacia el cajón superior de la cómoda, donde había guardado los joyeros. Willow metió la mano entre los intrincados detalles de las enredaderas que le cruzaban el pecho y tiró del amuleto de su madre y del collar de huesos para que quedaran por encima de la tela; se veían aún más amenazadores en comparación con la delicadeza del vestido.

El amuleto de su madre colgaba bajo y sabía que, aunque ya no servía para nada ni la protegía, lo llevaría el resto de su vida. Los huesos la protegían de la compulsión por naturaleza ahora que los había reclamado.

Tocó los huesos con una mueca y supe que ansiaba desesperadamente llevarlos de la misma forma en que lo habían hecho sus antepasadas, en una bolsa en la cintura, en lugar de colgados del cuello. Levanté una mano y dibujé con el dedo la curva de su clavícula. Me gustaba el macabro recordatorio de lo espantoso que podía llegar a ser su poder si lo aceptaba, pero también me gustaba ver su pecho desnudo, sin nada que me obstruyera la visión.

Los huesos repiquetearon y se despegaron de su garganta con mi tacto. Los bajé a la cintura y contemplé cómo se acomodaban en sus caderas como una cadena que la envolvía suavemente y acentuaba

las curvas de su cuerpo.

Willow se tocó el pecho y el cuello con los dedos extendidos sobre la piel. Sentí el peso de su alivio cuando se movió y los huesos chocaron entre sí.

—¿Y quién estarías dispuesta a que ocupara tu lugar? —pregunté, dejando los joyeros sobre la cama. Abrí el primero mientras Willow miraba boquiabierta y cautelosa. Le coloqué una gargantilla de oro en la nuca. Era rígida y le rodeaba la parte delantera de la garganta sin llegar a unirse, flotando sobre los lados de la cadena de su madre. La acompañé con unos pendientes de oro a juego que le había comprado y se los puse en las orejas mientras ella me fulminaba con la mirada.

No apreciaba mis regalos, a pesar de mi intención de cortejarla.

—Eso no es justo —dijo al cabo de un rato, incapaz de encontrar una solución adecuada a la pregunta que le había planteado.

—Eso es porque todos estaban al tanto de las intenciones de la Alianza para con el Aquelarre y sabes tan bien como yo que jamás le darías tu apoyo a ninguno de ellos —dije y dejé caer la caja de los pendientes sobre la cama. Levanté la última caja, ignorando el jadeo de Willow. Los anillos eran la culminación perfecta de todo lo que la convertía en la bruja que era: una banda de oro tallada con detalles de vides y hojas. La piedra central era de ágata musgosa en lugar de un diamante tradicional, pero su significado y el de la sencilla banda dorada a juego con forma de enredadera superaban con creces a la tradición.

—Gray —dijo y negó con la cabeza mientras le levantaba la mano izquierda. Sonreí al sostenerla y le deslicé los anillos en el dedo anular.

—Dijiste que no eras un demonio y que nuestras tradiciones matrimoniales no eran las tuyas —expliqué, reconociendo la verdad

y usando sus palabras en su contra—. Tengo intención de casarme contigo según todas las tradiciones, brujita. Llevarás mis anillos y, en cuanto podamos, invocarás a la diosa y buscaremos su aprobación para nuestra unión.

—¿Por qué iba a aprobar este matrimonio? La diosa reclamó a los brujos que tú abandonaste —replicó.

Bufé y le coloqué un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. Me miró, apartando por fin la vista de los anillos que le había colocado en el dedo. Otra señal de que era mía. Metí la mano en el bolsillo, saqué una única banda dorada y me la puse en el mío, marcándome igual que a ella.

—¿De dónde enseña el Aquelarre que procede su diosa? —pregunté y observé cómo se quedaba muy quieta.

—Es la personificación de la naturaleza misma. Representa el equilibrio —argumentó, la ignorancia de las enseñanzas que yo había permitido eran evidentes en cada palabra. Aunque no hubiera crecido como parte del Aquelarre, su madre le había transmitido el mensaje.

—Me representa a mí —dije e hice una pausa para ver si reaccionaba. Su boca se tensó, una representación de su frustración porque yo hubiera estado jugando al ajedrez antes de que el Aquelarre se diera cuenta siquiera de que había empezado la partida —. Vuestra diosa es mi hermana.

Sonreí ante su sorpresa y le enderecé el collar mientras me miraba fijamente.

# 16

# Willow



Gray me ató los cordones de las botas que me había comprado como compromiso, en sustitución de las botas de combate que sabía que habría exigido llevar. Me senté a procesar sus palabras en silencio, mientras intentaba comprender hasta qué punto se remontaba todo aquello. ¿Cómo iba a avanzar en el camino de la venganza cuando había siglos de historia que ni siquiera conocía?

—¿Tu hermana? —pregunté con los labios apretados.

Asintió y levantó la vista hacia mí a través de las oscuras pestañas.

—Otro ángel caído del cielo —respondió y se incorporó con un movimiento fluido, después me dio la mano y me levantó ante él. Me alborotó el pelo y puntas rojas y brillantes resaltaron sobre la tela negra—. No soy el único que se ha granjeado la ira de mi padre en los siglos transcurridos desde nuestra creación. Solo fui el primero.

—¿Qué hizo? —pregunté, evitando preguntar por su propio

destierro. Sabía lo que creíamos. Sabía lo que creían los humanos. No me cabía duda de que ambas versiones de la historia tenían un sesgo opuesto al suyo.

Gray sonrió y me condujo de nuevo al espejo de la esquina, se colocó detrás de mí y no me dejó más opción que contemplar mi reflejo. Incluso con las cuñas de las botas hasta la rodilla, era mucho más alto que yo.

—Lo mismo que yo —dijo, una respuesta vaga. El hecho de que no confiara en mí lo suficiente como para contarme al menos una pizca de la verdad no debería sorprenderme, dadas mis retorcidas razones para hacerle la pregunta.

Si yo no era de fiar, no podía enfadarme porque no confiara en mí. Y no debería, pero necesitaba que lo hiciera.

—¿El qué, exactamente? —pregunté y tragué saliva al hacer la pregunta cuya respuesta no quería saber. Quería que todo siguiera siendo blanco y negro, sin mezclarse con prejuicios personales y términos medios.

—Seguro que conoces la historia —dijo Gray con desdén.

—Quiero que me la cuentes tú, no leerla en un texto antiguo que ha pasado por tantas manos y traducciones que ya no tiene ninguna fiabilidad —dije y le sostuve la mirada.

—Esperas que no sea verdad —dijo cuando me volví para mirarlo. De pronto me pareció importante mirarlo directamente a los ojos para tener aquella conversación y no a través del espejo.

Los espejos eran puertas de entrada y no quería arriesgarme a que alguien compartiera la intimidad de aquel momento dentro de muchos siglos, cuando mi bisnieta se adentrara en mis recuerdos.

—No espero nada. Solo quiero entender a mi marido —dije y odié que fuera verdad. Él conocía mis vergüenzas más profundas, mis secretos más oscuros, mientras que yo apenas sabía nada de su

historia, al menos de su boca.

—Quería a mi padre —dijo y la expresión sombría de su rostro me recordó mucho al retrato de Lucifer cayendo en desgracia de su despacho. Un recordatorio—. L0 quería tanto que no quería arriesgarme a que nadie se alejara nunca de él. La posibilidad de que no entraran en el cielo y no pudieran sentir el calor de su abrazo me era inconcebible. Quería que los humanos no pudieran elegir pecar, en lugar de arriesgarse a ser condenados.

Suspiré y odié la compasión que sentí. ¿Acaso era diferente a cuando un padre imponía restricciones a sus hijos hasta que demostraban que podían tomar buenas decisiones?

No lo sabía y detestaba esa falta de claridad.

—Querías despojarlos del libre albedrío —dije en cambio, con la intención de que admitiera las acciones con las que sabía que no estaría de acuerdo. Quería su sinceridad por encima de todo, aunque no cambiara en nada mi opinión sobre la criatura en la que se había convertido.

—Quería hacer lo que fuera necesario para asegurarme de que nunca tomaran la decisión equivocada —corrigió y la convicción que reflejaban sus palabras se coló muy dentro de mí. Los ojos le brillaban como si también comprendiera los paralelismos entre lo que había querido para los humanos hacía tantos años y la situación que había causado para mí—. Es diferente —dijo y sacudió la cabeza con frustración.

—¿Lo es? ¿Soy libre de tomar una decisión con la que no estás de acuerdo? —pregunté e hice una mueca cuando dio un paso atrás. Lo agarré por el antebrazo para retenerlo y obligarlo a quedarse en la conversación.

Si él podía atraparme en la relación, tendría que escuchar mi opinión al respecto.

—Puedes elegir lo que quieras en todo lo demás, lo que sea, siempre que también me elijas a mí —dijo y cubrió mi mano en su antebrazo con la suya. Enroscó los dedos a mi alrededor y apretó con más fuerza de la que me esperaba, pues pensaba que su intención era ser dulce.

—No funciona así y lo sabes —dije, con voz severa pero suave.

—¿Por qué no? —gritó y se alejó de mí. Caminó en círculos, con la respiración agitada por la ira. Aquella actitud era tan poco habitual que me hizo estremecerme, pero el dolor de su rostro cuando se volvió para mirarme me hizo hundir los hombros y me arrancó las ganas de pelear—. Ya he dado suficiente. Ya he perdido bastante. No voy a perderte a ti también.

A pesar de mí misma, las lágrimas me ardieron en la garganta. Su dolor era tan palpable y similar al mío que me sorprendió cuánto nos parecíamos en muchos aspectos.

Me acerqué con cautela, acortando la distancia hasta detenerme justo delante de él. Acuné su rostro entre las manos y le dije la verdad, aunque sabía que dolería. Una eternidad así le dolería más.

—Porque hasta que no estés dispuesto a dejarme marchar, nunca vas a tenerme de verdad. Siempre te preguntarás si me quedaría por mí misma, si te elegiría si tuviera la oportunidad de escoger, y no saberlo te atormentará durante el resto de tus días.

Frunció el ceño y su rostro se contrajo al considerar mis palabras. A mí me sonaba a una eternidad de miseria, sin poder confiar nunca en nada de lo que dijera el hombre al que amaba.

Siempre esperando a que se marchara.

Le solté la cara y me di la vuelta para alejarme. Todavía tenía que vestirse para la noche y yo ya me había ocupado de que estuviera de los nervios toda la velada.

—Te dejo para que te vistas —dije con una dulzura que me

sorprendió incluso a mí. Si de verdad era como yo, necesitaría un momento para ordenar sus pensamientos en privado.

Me dirigí hacia la puerta y me detuve cuando Gray me agarró con suavidad del brazo. Giré la cabeza para mirarlo por encima del hombro. Seguía casi de espaldas a mí.

—¿Quieres? —preguntó—. ¿Quedarte? ¿Me elegirías a mí?

La vulnerabilidad de la pregunta me recordó a alguien mucho más joven que Lucifer Morningstar.

—No lo sé. No puedo elegirte hasta que me des la opción —dije. Tuve que tragarme las dudas para responder. Quería hacerle daño, vengarme por lo que me había hecho. Sin embargo, me sentía como si patease a un cachorro herido—. Y nunca lo harás.

Salí de la habitación y lo dejé a solas con sus pensamientos. Creía que hacerle daño me haría sentir mejor, que me ayudaría a sentir que había recuperado un poco de poder.

Pero me sentía como una mierda.



Esperé a que Gray saliera, manteniendo el objetivo de ganarme su confianza mientras me acercaba a él y le enderezaba la corbata. Volvía a vestir su cuidadosa máscara y la vulnerabilidad de hacía apenas unos momentos era cosa del pasado.

Sin embargo, la percibí en cómo me estudiaba, en cómo consideraba si había algo de verdad en mis palabras. Tal vez no tuviera conciencia y lo que yo quisiera no le importara en absoluto mientras tuviera lo que quería.

O tal vez le había tocado la fibra sensible.

—¿Qué esperas de mí esta noche? —pregunté y lo miré por debajo

de las pestañas como una ofrenda de paz. Su mirada era intensa, como si viera a través de mis actos, así que desvié la vista hacia la ventana para ocultarla. Las luces que rodeaban la universidad iluminaban los jardines fuera del edificio y proyectaban sombras espeluznantes sobre el cementerio en la distancia. Los huesos me oprimían la cintura, un recordatorio de su presencia mientras contemplaba a los brujos enterrados sin ceremonias. La llamada de la magia era tan abrumadora que apenas conseguí apartar la mirada y retornar a la expresión cómplice de Gray.

—No pasa nada por responder a la llamada —dijo y acercó mi cara a la suya. Me tocó la mejilla y la acunó con una suavidad que me conmovió, en contraste con la violencia de aquella magia. La vida y la muerte, el remolino de una tormenta de dos fuerzas que chocan.

Una no podía existir sin la otra y, sin embargo, tenía la sensación de que ambas me destrozarían mucho antes de lograr coexistir.

—¿Por qué le dijiste a mi padre que sedujera a mi madre? ¿Por qué tenía que ser una bruja verde? —pregunté, incapaz de contenerme. La pregunta más apremiante era qué esperaba de mí, pero en los momentos en los que me sentía a un palmo de romperme, todo me daba igual.

Gray suspiró y se acercó al brazo del sofá. Se sentó, abrió las piernas y me guio entre ellas. Incluso sentado, era tan alto que me llegaba a la garganta. Tomó mis manos entre las suyas y las acarició con la ansiedad de responder a cosas que creía que era mejor dejar en el pasado.

Se le notaba en la cara; el vínculo entre los dos se tensó. No me hacía falta leerle la mente para conocer sus pensamientos y odiaba lo que eso provocaba en mis emociones respecto a él.

—Charlotte era la bruja más poderosa que había conocido —dijo, con voz triste, como si echara de menos a la mujer que había

admirado a su manera—. Hasta que llegaste tú.

—¿Así que querías que fuera poderosa? —pregunté.

—No. En todo caso, que fueras más fuerte que ella me pondría en desventaja, pero había visto a innumerables brujas Hecate, Charlotte incluida, corromperse por la llamada de la muerte y el abrumador poder que esta les otorgaba. Quise darte la oportunidad de que te sintieras viva, aunque estuvieras rodeada de los huesos de los muertos —dijo.

—Pero no planeabas que sobreviviera —dije. Sus palabras no tenían ningún sentido.

—No tenía intención de que sobrevivieras hasta que vi a tu yo onírico acechando a Loralei cuando la maté. Esa noche te reclamé —explicó y levantó la mano para rozar con los dedos la marca con la que me había despertado cincuenta años después de que me la hiciera—. Mi intención siempre fue que ese reclamo fuera permanente y sabía que añadir algo de vida a tu nigromancia sería tu mejor oportunidad.

—¿Mi mejor oportunidad para qué?

—Sobrevivirme —dijo y se levantó. Me condujo hacia la puerta y yo avancé a trompicones tras él, vacilante mientras consideraba sus palabras. ¿Significaba eso que creía que le sobreviviría? ¿O simplemente que sería capaz de sobrevivir a las cosas por las que me había hecho pasar?

Jonathan maulló mientras nos dirigíamos a la puerta, se bajó de un salto del respaldo del sofá y se estiró.

—No lo entiendo —dije mientras permitía que Gray me sacara al pasillo. Me tendió el brazo y lo acepté, aunque quisiera rechazarlo. Sospechaba que no tenía muchos aliados aparte de él y mis amigas y no era tan tonta como para esperar que el Aquelarre me recibiera con los brazos abiertos. Me destrozarían con sus propias manos si se lo

permitiera.

—No soy un hombre fácil de amar, brujita, pero si alguien es capaz de hacerlo y salir indemne, eres tú —dijo. Lo miré atónita. Saber que lo que decía era cierto era una cosa, pero oírlo admitir que él también lo sabía era otra muy distinta—. Me has preguntado qué espero de ti esta noche —dijo y me sorprendió al cambiar de tema mientras se detenía en mitad del pasillo. Comprendí la urgencia del lugar al que nos dirigíamos, pero a mi cerebro le costaba seguir el ritmo—. No espero nada de ti, pero te agradecería que dejaras a un lado tu animadversión el tiempo suficiente para presentar un frente unido.

—¿Me lo estás pidiendo? —pregunté con sorna. Gray no hacía peticiones.

—Juliet me ha recordado que, si hubiera querido un juguete obediente, podría haber tenido una docena de opciones más que dispuestas —explicó y sonrió cuando la furia me contorsionó el rostro.

Me puse roja y aparté el brazo.

—Gracias por ese recordatorio tan explícito.

—Pero eso no es lo que quiero y nunca lo he querido. Quiero una compañera. Una mujer que me ame lo suficiente como para desafiarme a ver el mundo de otra manera. Te quiero a ti, Willow, y entiendo que no puedo tenerte si te ordeno lo que tienes que hacer. No estoy preparado para permitirte elegirlo todo, pero puedo concederte esto por ahora.

—¿Quién eres y qué has hecho con el director Thorne? —pregunté y enarqué una ceja mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—No digo que no vaya a sacarte de quicio o a hacer cosas que despreciarás prácticamente a diario, pero en esto puedo estar a tu lado y permitir que tú elijas hacer lo mismo por mí.

Me agarró del brazo para volver a encajarlo en el suyo y

reanudamos la marcha.

—¿Por qué no me dejaste elegir cuando intenté marcharme? No quería abandonarlos —dije, refiriéndome al Aquelarre al que había condenado a luchas internas.

—Porque no estoy preparado para despedirme y porque reaccionaste por impulso, por miedo. La Willow que yo conozco nunca abandonaría una pelea. Además, ¿recuerdas lo que te dije cuando me preguntaste qué pasaría cuando te cansaras de luchar? —preguntó y el corazón me dio un vuelco en el pecho al evocar aquella noche. La paliza que me habían dado y lo destrozada que me había sentido al confiar en un hombre que se suponía que era mi enemigo.

—Esto es distinto —protesté.

—Te dije que me dejarías que luchara por ti. Tú te has rendido con lo nuestro, pero yo nunca he dejado de luchar, brujita —dijo cuando llegamos al final de las escaleras. Me soltó el tiempo justo para que pudiera recoger un lado del vestido con la mano para bajar sin tropiezos. Las piedras a mis pies me reconocieron y se iban levantando a mi encuentro a cada paso, ofreciéndome todo el consuelo que la fría superficie podía proporcionarme.

—¿Así que quieres que interprete el papel de mujer enamorada del demonio que ha diezmado al Aquelarre? —susurré.

—No. Quiero que cuentes la verdad. Te manipulé igual que al resto y no me importa que lo sepan. Soy el demonio, no soy ningún santo —explicó con una sonrisa burlona—. Quiero que te apoderes del Aquelarre que te pertenece a pesar de tus errores y que reconozcas la necesidad de estabilidad en medio de todo este caos. Tú y yo guiaremos a nuestra gente de la forma en que la Alianza debería haberlo hecho.

Seguimos bajando las escaleras en silencio. Gray comprendía que necesitaba tiempo para procesar cómo se desarrollaría todo y qué

quería hacer. No quería que el Aquelarre entrara en guerra con los Recipientes y los archidemonios, pues comprendía que eso solo traería muerte, pero ¿qué sabía yo de liderarlos?

Miré por los ventanales cuando pasamos por delante y la vista se me fue de nuevo hacia el cementerio.

Les daría algo que no habían tenido en mucho tiempo.

La verdad.

# 17

# Willow



Las puertas de la sala del Tribunal estaban abiertas de par en par, y el mecanismo de cierre, inutilizado. Nunca antes se había permitido que todo el Aquelarre entrara en aquella estancia, solo a unos pocos elegidos del círculo privado de la Alianza.

Pero ya no existía ninguna Alianza a la que respetar y sabía lo que le ocurriría al Aquelarre tras siglos de estricto liderazgo. Caería en el caos; se volvería contra aquellos que habían sido amigos en un esfuerzo por llenar el vacío de poder.

Gray me guio a través de las puertas y el murmullo de las voces me asaltó de inmediato, en contraste con el habitual silencio de sombrío respeto. Respiré hondo cuando atravesamos la burbuja para entrar en el círculo central, que estaba demasiado abarrotado, y tuve la misma sensación de estallido que si me hubiera sumergido bajo el agua.

Incluso sin la Alianza, aquel lugar era sagrado para nuestra magia. Para nosotros.

No lo vería profanado.

El límite zumbó en consonancia conmigo mientras Gray intentaba arrastrarme hacia el otro lado y el pinchazo de la magia me atravesó la piel de los brazos. El límite me sostuvo y consumió la sangre que manaba de las pequeñas heridas que me había causado. Observé cómo las gotas que brotaban de las heridas como agujas flotaban en la magia de la barrera mientras Gray observaba con satisfacción. Formaron una gran lágrima que flotó frente a mí hasta que levanté una mano y la coloqué bajo ella.

La barrera me liberó por fin y me permitió pasar al otro lado. El sonido regresó de golpe y el frenético murmullo de voces se vio ahogado por la furiosa diatriba de un hombre contra Gray.

—¿Qué significa esto? ¿Has engalanado a tu zorra con los huesos de nuestro legado perdido? —preguntó Itan mientras me señalaba con la mano y también los huesos que me rodeaban la cintura.

Al oír a Gray gruñir por los insultos del brujo, di un paso hacia él. Los huesos chasquearon y pasé a su lado para acercarme al trono abandonado de Hecate, que habían dejado que se pudriera. La sangre avanzó conmigo y volví la vista a la barrera, que de algún modo había sabido lo que necesitaría y no tendría un cuchillo con el que conseguirlo.

Qué estupidez.

—Lo que se ha perdido siempre se puede encontrar, Itan —dije y levanté la barbilla para desafiarlo con la mirada. Sabía con seguridad que la mayoría del Aquelarre no conocía la verdad sobre mi linaje, pues me miraban confundidos.

Itan retrocedió como si lo hubieran golpeado, pero no tardó en recuperarse y negó con la cabeza.

—Mentiras —dijo y alzó la barbilla. No me dejó elección, me obligó a hacer lo único que nunca podría deshacer.

Cuando pensaba en los errores que podría enmendar, no estaba segura de si querría hacerlo.

El trono de Hecate me llamó cuando me detuve frente a él y contemplé el envejecido asiento construido con los huesos de quienes me habían precedido. Los que llevaba en la cintura eran huesos de dedos y manos, las partes más pequeñas de mis antepasadas, pero el trono se había erigido con los restos de las primeras generaciones de brujas Hecate.

Al girarme para mirar a Itan por encima del hombro, sonreí con satisfacción antes de dirigir la mirada hacia Gray. Se cruzó de brazos y observó divertido cuando dejé caer una mano en el costado. La sangre que había levitado frente a mí cayó y salpicó los huesos amarillentos.

—Enhorabuena. Sabes hacer los mismos truquitos tontos que un niño que intente jugar con los mayores. ¿Qué tenía que demostrar eso? —espetó Itan, provocando la carcajada de sus seguidores que se escondían tras él.

Ensanché la sonrisa cuando me di la vuelta para enfrentarlo. Enseñando los dientes, evité mirar a Iban mientras me preparaba para desprestigiar a su tío.

—¿Acaso desconoces por completo la existencia de los preliminares?

Frunció el ceño cuando levanté la mano e hice un gesto perezoso hacia los huesos cubiertos de mi sangre.

Cubiertos de mi magia.

El trono crujió y los huesos empezaron a moverse; se desplomaron sobre las baldosas del suelo, hasta que no quedó nada.

—No lo entiendo —susurró alguien impaciente.

Esperé a oír el sonido familiar de huesos entrechocando y cada roce resonó dentro de mi alma. No me molesté en mirar cuando sentí que se reensamblaban para formar el cuerpo de un hombre; se apilaron unos sobre otros y se desplazaron hasta que la figura avanzó hacia delante y se situó a mi lado.

En algún lugar de la habitación, Gray soltó una carcajada de pura alegría, cuyo calor me envolvió la piel mientras Itan contemplaba horrorizado el esqueleto que se alzaba a mi lado.

—Tú. —Hizo una pausa y observó a la criatura que había convocado de entre los muertos con un simple movimiento de la mano y unas gotas de sangre—. ¡Pero eres una Madizza! Lo he visto con mis propios ojos.

Dirigí mi atención al trono de los Madizza, me levanté con cuidado el vestido y di un pisotón en el suelo. Las enredaderas del trono de los Madizza se retorcieron al instante y se deslizaron fuera de los lugares en los que habían estado atrapadas durante siglos. El trono se arrastró hasta formar una maraña de rosas, enredaderas y espinas que avanzaba por el centro del círculo de Madizza. Subió los escalones del estrado y se situó donde antes habían estado los dos tronos de la Alianza.

No tenía ni idea de lo que Gray había hecho con ellos, pero saber que me había allanado el camino para que hiciera exactamente lo que había decidido hacer me revolvió el estómago. No me gustaba ser predecible.

Asentí al esqueleto, que me devolvió el gesto sin palabras antes de subirse a la tarima junto a las enredaderas. Se desplomó sobre ellas y observé con satisfacción cómo las plantas se enrollaban alrededor de los restos de mis antepasadas.

Se unieron en uno solo.

Se retorcieron y giraron hasta formar nuestro trono. Uno de

huesos, sangre y vida.

Avancé despacio, paso a paso, y exhalé un suspiro cuando le di la espalda al Aquelarre.

Me volví hacia ellos de nuevo y ocupé el trono que no podía pertenecer a nadie más que a mí en el lugar donde antes se había sentado la Alianza.

—¿Algo más, Itan, o ya has terminado de interrogarme?

# 18

# Willow



Itan me fulminó con la mirada y dio un paso hacia el estrado. Solo se detuvo cuando Gray se unió a mí y subió los dos escalones para situarse junto al trono que yo había reclamado. Gray se ubicó de cara a las ventanas a mi espalda, se detuvo y me levantó la barbilla. Acercó mi cara a la suya y me sonrió con algo muy parecido al orgullo. Teniendo en cuenta que el Aquelarre no le veía el rostro, se me aceleró el corazón, sabiendo que el gesto era solo para mí y que no formaba parte del espectáculo.

¿Cuándo había sido la última vez que alguien me había mirado así?

Se inclinó y rozó mis labios para que el Aquelarre lo viera. Suspiré en su boca, amando y odiando a la vez la exhibición pública que no dejaría ninguna duda sobre la acusación de Itan. Para aquellos que creían en degradar la posición de las mujeres en función de si disfrutaban o no del sexo, Gray había echado más leña al fuego.

Salvo que, siguiendo esos estándares, yo no era la zorra de Lucifer. Era su puñetera esposa y no pensaba permitir que mi vida sexual determinara mi valor.

—Nunca dejes de sorprenderme, brujita —dijo Gray y se volvió para situarse junto a mi trono recién construido. Estaba demasiado cómodo allí, absolutamente dispuesto a permitirme brillar si queríamos lograr lo que nos habíamos propuesto. El verdadero poder no consistía en fanfarronadas y amenazas. No tenía nada que ver con los espectáculos hechos para las mentes débiles de hombres como Itan.

Era en la tranquila paz de la noche cuando los hombres como Lucifer se sentían cómodos en su propia piel y con la certeza de que nada ni nadie podría impedirles tomar lo que quisieran.

—¿No lo niegas entonces? ¿Te has reducido a ser un juguete para este desgraciado? —preguntó Itan y se volvió para fulminar con la mirada a Iban, que lo observaba todo con el rostro palidecido de asombro.

—No niego nada —dije y me acomodé en el trono. Me recosté en el respaldo, descansé las manos en los reposabrazos y crucé las piernas despacio—. Aunque estaremos de acuerdo en que soy mucho más que un juguete. Quizá la verdadera razón por la que te resulta tan amenazador es porque él respeta a las mujeres lo suficiente como para permitir que me siente a su lado.

—Willow es mi esposa y pronto lo haremos oficial ante vuestra diosa. En ese momento, espero que todos aceptéis esta unión como lo que es: una oportunidad de empezar de nuevo. La oportunidad de vivir en sintonía de verdad, nuestros pueblos unidos por el matrimonio —dijo Gray y me incliné hacia delante en el asiento.

—Sin embargo, debo confesar, Itan, que tú no estarás aquí para presenciar en qué se convierte el Aquelarre —dije y di unos

golpecitos con el dedo en las lianas de mi trono. Avanzaron despacio e Itan entró en pánico. Intentó controlar la vida vegetal que debería haberle pertenecido tanto como a mí.

Pero no había alimentado su relación con la tierra; de hecho, había actuado contra ella por su propio interés. En cambio, yo me había limitado a dar y tomar en igual medida, manteniendo el equilibrio lo mejor posible y ofreciendo tanto amor como recibía.

Las enredaderas ignoraron su llamada.

—¡Willow, detente! —gritó Iban y su voz se alzó por encima del silencio de quienes observaban. Las enredaderas rodearon los tobillos de Itan y lo retuvieron cuando se dio la vuelta para huir.

Atacó con su magia, pero solo logró que una única liana del trono de los Bray se levantara. Me golpeó en el pecho, rasgó la delicada organza de la parte superior del vestido y me desgarró la piel. Bajé la mirada y contemplé por un momento la carne separada.

El dolor era soportable aunque no debería haberlo sido, apenas un sordo latido cuando debería haber sido un calor cegador. El oro se extendió por la herida como si se fundiera, del mismo color que los ojos de Gray, que me observaba con los dientes apretados.

Resopló enfadado, pero levanté una mano para pararlo mientras contemplaba con horror cómo el oro retrocedía y la herida cicatrizaba a la vista de todos.

—Es imposible. Solo la Alianza es eterna —dijo Itan mientras luchaba con las ataduras que le subían por el pecho y los hombros. Lo hicieron caer de rodillas y el golpe contra la piedra retumbó en la sala.

—¿De verdad lo eran? —pregunté y arrugué la nariz al recordar cómo habían estallado en trozos de carne y sangre.

—¡Puta traidora! Era tu abuela —dijo Itan y me escupió a los pies.

—Era una abominación para el Aquelarre —dije y me levanté. Bajé

los escalones y me detuve justo delante de Itan mientras miraba al resto de la sala—. Y vas a contarles a todos los presentes lo que conspiró junto con los demás miembros del Tribunal.

Itan palideció y me miró con el ceño fruncido. Había una pregunta en su gesto, una sincera incomprensión de cómo había descubierto la verdad.

—¿Cómo…?

—Así es, Itan. Sé lo que le hicisteis al Aquelarre y lo que tú le hiciste a sus hijas —dije y señalé a los brujos que me miraban—. Vas a confesarlo todo.

Las enredaderas se apretaron más a su alrededor y gimió mientras el crujido retumbaba por toda la sala.

—Vete al infierno.

—Cuéntales por qué los brujos están enterrados en cajas cuando deberían yacer con sus elementos. Por qué habéis privado a la fuente de nuestra magia cuando nuestra misión es mantener al equilibrio. Cuéntales cómo la habéis matado de hambre y los habéis debilitado, con la intención de que todos y cada uno de ellos fueran un sacrificio para que vosotros pudierais vivir libres de los Recipientes cuando todos estuvieran muertos.

Levanté una mano y le toqué la garganta con un solo dedo. Una de las enredaderas le rodeó el cuello y apretó mientras me miraba con odio. Jadeó y se resistió a las ataduras que lo mantenían firmemente sujeto.

—¡Willow! —protestó Iban y caminó hacia mí, pero Gray le bloqueó el paso y lo obligó a mantener las distancias mientras su tío se asfixiaba. Me incliné para que mi cara ocupara toda la visión de Itan, asegurándome de que fuera lo único que viera mientras todo lo demás se difuminaba y él luchaba por respirar.

—Cuéntale a tu sobrino lo que le hiciste a ella —dije con asco. No

pronuncié su nombre, pero el grito ahogado de sorpresa atrajo mi atención hacia la multitud. Los profundos ojos caoba de Margot se encontraron con los míos y me miró aturdida mientras se tapaba la boca con las manos. Iban siguió mi mirada y frunció el ceño al volver sus ojos a su tío y a mí.

Levanté la mano y, con un gesto, las lianas envolvieron las piernas de Itan y presionaron la parte de él que había utilizado para violentar a una niña que no lo había deseado.

—Tío —dijo Iban, pero el reproche en su voz me rompió por dentro. La familia y los lazos que la unían eran lo que más le importaba; lo había dejado todo por la posibilidad de formar una propia. Descubrir que alguien a quien quería y valoraba era capaz de cosas tan viles lo destrozaría.

Margot me sorprendió cuando se abrió paso entre la multitud. Se acercó a mí sin mediar palabra y deslizó su mano sobre la mía. Tembló mientras ocupaba su lugar a mi lado y contemplaba a su agresor, cuyo rostro empezaba a ponerse morado.

—Basta —murmuró.

Liberé la enredadera que le rodeaba la garganta y se desplomó sobre las baldosas. Dejé que cayera, se golpeó la cara contra el suelo y se partió el labio.

—Margot, gracias —resolló, pero el sonido ronco de su voz apenas nos alcanzó, a pesar de que estábamos justo delante de él.

La bruja dio un paso adelante y le pisó la mano con la punta del tacón. Se lo clavó y le arrancó un grito mientras sus ojos caoba se calentaban hasta convertirse en fuego líquido.

—No la he detenido para salvarte —dijo y se acuclilló con cuidado frente a él. Se movió con una gracia y una fluidez que yo nunca poseería y se acomodó el vestido detrás de las rodillas—. Quiero oírte decirlo.

—¿Decir qué?

—Lo que me has hecho —replicó con voz firme, aunque se le contorsionó el gesto. Las lágrimas le anegaban los ojos, pero no las dejó caer. Por el rabillo del ojo, vi cómo Gray negaba con la cabeza cuando Belcebú daba un paso adelante. La furia se le dibujaba en el rostro y tenía el cuerpo en tensión, una máquina de matar apenas controlada. Se quedó inmóvil y miró a Lucifer como si quisiera arrancarle la cabeza. Margot apretó el pie con más fuerza y lo desplazó para colocar la punta del tacón en el centro de la mano de Itan.

El brujo gimió cuando agité la mano y permití que mis enredaderas se abrieran paso bajo el dobladillo de su camisa y alcanzaran la cintura de sus pantalones. La mera amenaza bastó para sobresaltarlo y saltó en el sitio, como si pudiera hacer algo para evitarlo.

—Me colé en tu habitación por la noche —dijo, con palabras vagas.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Margot, para mi sorpresa. Se incorporó y dio un paso atrás. Usé las enredaderas para obligarlo a levantarse del suelo y lo puse de rodillas para que mi amiga tuviera acceso a su parte más íntima si así lo deseaba.

—Te toqué.

—No —espetó ella y se inclinó hacia su cara—. No me tocaste. Me violaste. Dilo.

—Zorra asquerosa…

—Di la palabra. Admite lo que le hiciste y lo que el Tribunal planeaba hacerle al Aquelarre y te concederé una muerte rápida. No te equivoques, Itan, morirás de todas formas. Me aseguraré de que sufras por cada día que ella ha tenido que ver tu repugnante rostro, temiendo que regresaras —dije y esperé mientras reflexionaba.

Miró a los otros miembros del Tribunal y el horror en sus rostros

me produjo una satisfacción enfermiza. Bastaría una confesión para que las víctimas de su conspiración se revelaran. Para que se dieran cuenta de lo que sus propias familias habían pretendido hacerles para conseguir más poder.

—Te violé —dijo Itan, optando por la única decisión correcta. Margot hundió los hombros aliviada y se le aceleró la respiración al oír por fin las palabras. Belcebú acudió a su lado de inmediato y la acogió contra su pecho para que pudiera ocultar sus emociones. Lo fulminé con la mirada, pero no dije ni una palabra, sabiendo que ella no necesitaba que llamara más la atención.

—¿Y el resto? —insistí y sentí cómo Gray se situaba detrás de mí.

—La Alianza y el Tribunal conspiraron para librar Crystal Hollow de los Recipientes de una vez por todas —dijo Itan y sonreí ante su intento de expresarlo como si fueran héroes.

—Cuéntales cómo planeabais hacerlo.

Gruñó y apretó los dientes.

—¡No digas ni una palabra más! —gritó la integrante del Tribunal de la casa Petra.

—Íbamos a matarlos de hambre. Para ello, teníamos que matar de hambre a la fuente. Cuando la magia muere, las líneas familiares mueren con ella. La reproducción se complica y los brujos enferman. Su sangre se vuelve más débil hasta que…

—Termina, Itan —dije y lo atravesé con la mirada.

—Hasta que solo quedaría el Tribunal. Los Recipientes no pueden alimentarse de nosotros sin romper el pacto y estarían lo bastante débiles como para desvanecerse. Los miembros del Tribunal continuaríamos el legado de la magia y devolveríamos el poder a la fuente. Lo arreglaríamos —dijo, como si eso cambiara algo.

—¿Quieres decir después de que todos los miembros del Aquelarre estuvieran muertos? ¿Entonces lo arreglaríais vosotros mismos? —

dije, esperando a que pusiera el último clavo en su ataúd.

—Sí. Es exactamente lo que quiero decir —reconoció.

Le concedí la muerte rápida que no merecía, le enrosqué la enredadera en la garganta una vez más y apreté. Le partió el cuello de forma súbita y eficaz.

Los demás miembros del Aquelarre no fueron tan piadosos cuando se volvieron contra los ancianos de sus linajes y erradicaron de la existencia al actual Tribunal.

Me alejé del derramamiento de sangre y me dirigí hacia las puertas que conducían al exterior.

—¿A dónde vas? —preguntó Iban y me miró como si nunca me hubiera visto antes.

—Voy a corregir otro error.

# 19

# Willow



Gray me llamó desde detrás de la carnicería de los miembros del Aquelarre que se habían vuelto contra el Tribunal y prácticamente sentí cómo se abría paso entre la multitud para seguirme. Agité una mano y cerré las puertas de la sala tras de mí. Unas enredaderas atravesaron el hierro dorado de las puertas, se entrelazaron con los mecanismos de cierre y las sellaron como una tumba. Gray escaparía, pero esperaba haber ganado algo de tiempo.

Sus ojos dorados me miraron mientras las enredaderas consumían la puerta e iban llenando lentamente los huecos. Su rostro estaba inmóvil, pero su expresión no era solo de rabia.

Había miedo en ella.

Era algo que tenía que hacer sola, en la tranquilidad de la noche, sin las amenazas que exigiría un público. Merecían descansar en paz, en los lugares donde deberían haber yacido desde el principio. No importaba que el silencio me atormentara, que provocara que cada

palabra susurrada de los muertos se hundiera en lo más hondo de mí.

Avancé por el pasillo y fui directamente hacia las puertas. Leviatán esperaba ante ellas, apoyado en el umbral mientras jugaba con una daga. Se la arrebaté de las manos e ignoré la forma en que se puso en guardia y me miró con atención.

—¿Consorte? —preguntó.

Las puertas estaban abiertas y un murmullo silencioso flotaba en el aire nocturno cuando miré hacia fuera. Leviatán se interpuso en mi camino cuando no me detuve, para bloquearme el paso.

—Tengo nombre —le recordé en voz baja, sin atreverme a levantar la voz. Los espíritus estaban demasiado inquietos; la fuerza conjunta de sus susurros aumentaba a medida que incluso los más silenciosos empezaban a hablar.

Sabían que estaba allí. Sabían lo que iba a hacer.

—Willow —dijo Leviatán y desvió mi atención del horripilante cementerio para mirarlo a los ojos—. ¿Qué pretendes?

—Oigo sus gritos —admití y volví a mirar al cementerio en la distancia.

Leviatán se giró para mirar por encima del hombro y siguió la trayectoria de mi mirada. Su cuerpo se desinfló cuando por fin lo entendió. Aproveché la oportunidad para pasar a su lado con facilidad y adentrarme en el aire nocturno.

Me agarró el brazo sin brusquedad.

—¿Dónde está Lucifer? —preguntó y me retuvo mientras miraba hacia la sala del Tribunal.

—Está ocupado —respondí, evasiva, y me zafé de su agarre.

Tenía un tiempo limitado antes de que Gray lograra abrir las puertas. Estaban destinadas a responder a la sangre de los brujos y mi esperanza era que no poseyera lo necesario para abrirlas por sí

mismo.

Leviatán me soltó antes que arriesgarse a hacerme daño. Me recogí la falda del vestido y seguí mi camino. Cada paso me acercaba más al murmullo de las voces, cada vez más fuerte, hasta que me sentí rodeada por los gritos.

—Joder —gruñó Leviatán. Echó a andar y abandonó su puesto. Volvió a ponerse delante de mí—. Espera…

—Tengo que hacerlo —dije, sin apartar la mirada del cementerio. No podía dejar de contemplarlo, apenas me oía a mí misma por encima del dolor de los brujos que habían sido separados de todo lo que consideraban sagrado.

Leviatán me miró y estudió con detenimiento la desolada terminación de mi rostro. Asintió y se apartó. Se amoldó a mi paso y me siguió.

—¿Qué haces? —pregunté, vacilante, al ver que se negaba a dejarme sola.

—Tendrás que hacer esto, pero eso no significa que vaya a dejar que lo hagas sola —dijo el archidemonio, su voz amortiguada bajo el estruendo de los muertos. Las venas me palpitaban con magia en la sangre y su llamada me recorría por dentro.

No podría haberme echado atrás aunque hubiera querido; mis pies avanzaban sin mi permiso.

Miré a Leviatán con tristeza.

—Siempre estoy sola —admití y sonreí cuando su rostro se descompuso en respuesta a mis palabras. Se detuvo en el sitio y le di la espalda para seguir avanzando. No sentí sus pasos detrás de mí mientras me acercaba al cementerio. Al mirar atrás un instante, comprobé que el lugar donde había estado estaba vacío.

Ignoré la punzada de soledad en el pecho y dejé que se hundiera en el agujero que habitaba en el centro de mi ser. No me resultaba

extraño enfrentarme sola a situaciones aterradoras; de hecho, era donde encontraba consuelo. Siempre podía confiar en mí misma.

Eran los demás los que me decepcionaban constantemente. Cada momento de cada día, me quedaba sola cuando las cosas se ponían difíciles.

Avancé a zancadas y no me detuve hasta llegar al límite del cementerio. La tierra bajo mis pies cambió; la putrefacción y la descomposición de los enterrados la volvían más fértil. Sentí el cambio en una parte de mi magia, la forma en que la vida podría prosperar allí, a diferencia de los demás cementerios sagrados de Crystal Hollow. La vida continuaba, incluso cuando otros tipos de magia languidecían.

Me levanté el vestido y entré con cuidado en el anillo interior del cementerio. El frío de la muerte me envolvió la piel de inmediato y la burbuja de vida del exterior estalló. Una mujer conocida me esperaba en el centro de las lápidas, con el pelo demasiado parecido al mío y unos ojos violetas que me observaban fijamente.

—Hola, Willow —me saludó Loralei con una sonrisa en el rostro. Elevó una mano y las voces de los demás espíritus se desvanecieron como ruido de fondo. Sentí un alivio inmediato, pues no me había dado cuenta de lo penetrantes que se habían vuelto los sonidos ni de la forma en que me taladraban el cráneo.

En el silencio de la noche, un aullido desgarrador penetró entre la bruma. Jonathan merodeaba por el borde del cementerio y bufó enfadado, pero se mostraba reacio a cruzar la frontera. Loralei me dio la mano, su tacto frío como el hielo. A mi pesar, sentí rabia al mirarla, sabiendo que el amor de mi padre por ella había sido lo que había descarrilado toda mi vida. La había querido hasta tal punto que ni siquiera se había planteado cuidarme, dispuesto a sacrificarme por ella incluso en la muerte.

—Tienes que irte. Aún no estás preparada para una magia así.

—No puedo dejarlos —dije y negué con la cabeza. Levanté la mano que sostenía la daga de Leviatán, me la clavé en la otra palma, que Loralei soltó, y la arrastré por la superficie. La sangre brotó de inmediato y se deslizó hasta el suelo.

—No será suficiente —dijo con tristeza y contempló la herida mientras cicatrizaba. Fuera lo que fuere lo que Gray había hecho para traerme de vuelta, ahora los cortes superficiales con los que estaba acostumbrada a entregar ofrendas sanaban demasiado rápido.

—Willow —dijo Gray y atravesó la niebla que era Loralei. La bruja se desvaneció y se disipó en el aire a la vez que él aparecía frente a mí y me quitaba la daga de las manos. Suspiré, frustrada por haberla perdido. Sabía que había sido ingenua al creer que podría retener a Gray el tiempo suficiente, pero me había atrevido a tener esperanzas de todos modos—. ¿En qué estabas pensando?

—Hay que hacerlo —dije y apreté los labios mientras miraba alrededor en busca del espíritu de mi tía.

Gray se guardó la daga en el bolsillo del traje, me acunó la cara entre las manos y me mantuvo inmóvil mientras me inspeccionaba.

—¿Qué tengo que hacer para llegar a ti? Nunca estás sola y tampoco tenías que hacer esto sola.

Apreté los dientes para contener el ardor que me subía por la garganta y las emociones que habían aflorado cuando usó mis propias palabras contra mí. Estaba claro a dónde había ido Leviatán, a buscar al único hombre que creía que podría hacerme escuchar.

—Los oigo, Gray. No volveré a pegar ojo ahora que he sentido su dolor, pero no soy lo bastante fuerte. Loralei dice que no tengo el control necesario para algo así.

Si le sorprendió saber que mi tía me había visitado, no lo

demostró.

—Tiene razón. No eres lo bastante fuerte —dijo y me acarició los brazos. Tomó mi mano entre las suyas, me giró la palma hacia el cielo y me miró el antebrazo—. Pero estamos juntos.

—No creí que te importara —admití y tragué saliva cuando volvió a sacar la daga y apoyó la punta en el interior de mi muñeca—. Pensaba que intentarías detenerme.

—No me importa, pero me importas tú. ¿Si esto te impide ser feliz? Entonces me importa.

Clavó la punta, me estremecí y lo miré horrorizada.

—Perderé demasiada sangre.

Sonrió y me atrajo lentamente hacia él.

—No dejaré que te pase nada. ¿Confías en mí?

—Por supuesto que no —dije y fruncí el ceño cuando se rio.

—Buena chica —dijo y ladeó la cabeza—. Pero ¿confías en que te mantendré con vida?

Lo medité un segundo mientras los estudiaba a él y a la daga en mi muñeca que podría acabar con todo. Ya me había dado trozos de sí mismo una vez para traerme de vuelta y había sentido su miedo en los momentos previos a perder la noción del mundo cuando Belcebú me rompió el cuello.

No confiaba en él en nada, salvo en esto.

—Sí —dije y asentí mientras me clavaba la daga. Un dolor blanquecino me recorrió el brazo cuando se hundió lo bastante como para atravesar músculos y tendones. El brazo me tembló, pero Gray lo mantuvo inmóvil y cortó con eficacia hasta el codo, antes de pasar a la otra extremidad y hacer lo mismo.

Mis brazos cayeron a los lados, la sangre me goteó por las manos y los dedos hasta la tierra. El dolor me nubló la vista y se me cerraron los ojos por un momento, hasta que el gruñido de dolor de Gray se

hizo eco del mío.

Cortó su propia carne y se rajó los brazos igual que había hecho con los míos. Prestó su sangre a mi resurrección y el sabor de la vida y la muerte empapó el aire que nos rodeaba. Era igual que la descomposición de las hojas en otoño y los primeros brotes de los árboles en primavera.

Arrojó la daga, tomó mis manos entre las suyas y me giró los brazos hacia el suelo, después me arrastró con delicadeza para que me arrodillara. Entrelazó nuestros dedos en la tierra, que pareció separarse para abrirnos paso entre la suciedad de las tumbas. Me rodeó, se me metió bajo las uñas y se pegó a la sangre que me cubría la piel, hasta que mis manos quedaron enterradas al igual que los cadáveres que tenía debajo.

Me balanceé mientras sangraba y me enfrenté a la mirada etérea de Gray.

—No sé qué hacer —admití. Era muy diferente a levantar un esqueleto del trono de huesos, contraria a la magia de la vida que normalmente me llamaba. No sabía cómo convocar tantas cosas distintas a la vez.

—Permítete sentir —dijo y cerró los ojos.

Apretó nuestros dedos entrelazados para asegurarme que no me había abandonado, y yo hice lo mismo. Todo se redujo al tacto del suelo, a mi sangre fluyendo por los granos de tierra fértil. Seguí la corriente de la magia, el camino que tomaba la tierra para esparcir nuestra sangre por el cementerio como un río, para entregársela a todos los brujos que la necesitaban.

Solo hacía falta una sola gota para que fueran míos.

—Ahora respira —susurró Gray, su voz cálida y reconfortante. Era una chimenea encendida en un día de invierno, un recordatorio de todo lo vivo. Seguí la tierra en la otra dirección, hasta las briznas de

hierba y las raíces de los árboles que se extendían por el cementerio. La parte verde de mi magia me alcanzó, la familiar sensación de vida recorriéndome las venas. Dejé que creciera y sentí cómo me calentaba.

Inhalé y un aliento entrecortado me llenó los pulmones de primavera.

Lo liberé e insuflé vida a la muerte del cementerio. El suelo tembló bajo mis pies y tuve que abrir los ojos mientras Gray me ponía de pie a toda prisa. Me arrastró hasta el borde mientras el suelo se abría en el lugar donde habíamos estado apenas unos segundos antes. Me tambaleé entre sus brazos y contemplé cómo unas manos esqueléticas surgían de la tierra.

Los brujos se abrieron paso hasta la superficie y una mezcla de huesos y carne podrida emergió de la tierra. El suelo se asentó bajo ellos y hierba fresca y flores brotaron donde habían quedado las tumbas vacías. Los muertos se levantaron en diferentes etapas, algunos tambaleantes solo sobre los huesos, otros con carne que se les caía al moverse.

Contuve una náusea y observé cómo formaban un círculo. Había unos cincuenta brujos enterrados en aquel cementerio desde que la Alianza había dado la espalda al equilibrio.

Gray me puso el brazo delante de la boca y dejó que la sangre de su piel me tocara los labios. Los abrí y bebí de él por primera vez desde que me había traído de vuelta. No me dio tiempo a consumir más que unas gotas antes de que la herida cicatrizara por completo y, un instante después, la mía hizo lo mismo con un destello dorado.

Gray me soltó cuando estuvo seguro de que estaba lo bastante estable y dio un paso hacia el cementerio.

—¿Qué has hecho? —preguntó y se volvió para mirarme conmocionado.

Miré detrás de él, hacia las figuras putrefactas de los brujos que me habían precedido, y observé con creciente horror cómo la carne volvía a unirse. Los músculos y los tendones se reconstituían alrededor de los huesos.

Todos se volvieron hacia mí, pero fue el rostro juvenil de mi tía el que atrajo mi atención. Levantó una mano y la giró mientras la estudiaba fascinada.

—No pretendía… —dije, pero los engranajes de mi cabeza ya se habían puesto en marcha. Las implicaciones de lo que había hecho, de lo que era capaz.

Había tomado vida.

Y luego la había exhalado.

Gray habló, su voz tranquila a pesar de la sorpresa.

—Willow, no has levantado a los muertos. Los has resucitado, joder.

# 20

# GRAY



Willow recorrió con la mirada a las cincuenta personas que estaban muertas hasta hacía unos instantes, contemplando los cuerpos de todas y cada una de ellas. A quienes había matado para abrir el sello la miraban con odio, recién enterrados mientras ella dormía para pasar los efectos de su propia resurrección.

No me había parado a pensar en lo que la magia verde haría con la nigromancia de sus venas. En las posibles complicaciones si no tenía experiencia a la hora de apagar una de las fuerzas que nadaban en su interior. Podían ser dos entidades separadas si las entrenaba para serlo, pero hasta entonces… claramente su instinto natural era combinarlas y usarlas en sintonía.

Debería haberlo visto venir después de la forma en que los tronos se habían fundido para crear algo nuevo.

La propia Willow era algo nuevo. No era una Madizza ni una

Hecate, no era una bruja verde ni una negra. Era parte de mí, y eso antes de que descubriera las débiles impresiones de las otras magias en su alma. Para traerla de vuelta, le había dado suficiente sangre como para concederle acceso a magias que no eran la suya.

Igual que la Alianza antes que ella.

Solo eran una sombra de mi propio poder, motivo por el que la Alianza nunca había sido lo bastante fuerte como para desafiarme de verdad. Pero Willow ya tenía los dones que le correspondían por derecho de nacimiento y yo le había añadido otros como un completo imbécil.

Era una bomba de relojería y era un milagro que no hubiera hecho algo mucho peor.

—Gray —dijo y la sonrisa en su rostro me encogió el corazón. Casi deseé no volver a tenerlo, para no sentir el eco de su dolor cuando comprendiera la realidad de lo que había hecho.

Y lo que tendría que hacer para enmendarlo.

—¿Están vivos? —preguntó, como si no terminara de creérselo. Sabía lo suficiente de su linaje como para comprender que deberían haber sido zombis descerebrados, un ejército de muertos vivientes que solo existirían para servirla. En vez de eso, se abrieron paso por el cementerio mientras saludaban a aquellos a los que conocían con abrazos y muestras de afecto.

El Aquelarre había salido de la sala del Tribunal poco después que yo, pero Willow había estado demasiado perdida en la magia y la llamada de los muertos como para darse cuenta. Se dio la vuelta cuando miré por encima de su hombro y descubrí a su gente mirándola fijamente. Se quedó de piedra y le di la mano para darle apoyo.

Della fue la primera en dar un paso hacia nosotros y se recogió la tela de la falda para arrodillarse con elegancia ante Willow sin dejar

de mirarla.

—*Mihi donum tuum est,* Alianza —dijo y tocó el suelo con las manos a los pies de Willow antes de apoyar también la frente en la tierra en señal de reverencia.

El agua se acumulaba en las briznas de hierba y formó una cuerda que escaló por las piernas de Willow. Se enroscó sobre su vestido y la rodeó como una serpiente en dirección a su pecho. Mi esposa se estremeció cuando el frío de la cuerda le tocó la piel desnuda de los brazos y el pecho, para después hundirse en su cuerpo y fundirse con ella. Della era demasiado joven para hacer semejante ofrenda de fidelidad, pero su lealtad empujó a los demás a dar un paso al frente y arrodillarse.

—¿Por qué? —preguntó Willow cuando una de las brujas mayores se esforzó por levantarse. Extendió un brazo para ayudar a la anciana y el color amarillo de su ropa contrastó con el vestido negro de mi esposa.

—No tenemos Alianza. No tenemos Tribunal. No hay nadie que nos guíe a través del caos después de siglos de reglas y orden —dijo la anciana y me miró por encima del hombro—. No nos gusta tu proximidad con Morningstar, es cierto, pero nuestros antepasados confiaban en Charlotte. Nos salvó de una muerte segura y nos dio este lugar. Nos dio algo en lo que creer.

—Yo no soy Charlotte —dijo Willow, manteniendo la barbilla alta. No aceptaría el manto del poder si se lo daban porque esperaban que fuera algo que no era. Gobernaría con fuego en la sangre o vería arder el Aquelarre, pero en cualquier caso lo haría con honestidad.

—No, no lo eres. Pero tal vez seas algo en lo que creer —dijo Della y retrocedió un paso para que los demás pudieran ocupar su lugar y continuar con la procesión de fidelidad. Los únicos que podrían haberse opuesto a ella eran los que habían formado parte del

Tribunal y habían estado más cerca del poder que Willow.

Pero ya se había encargado de ellos al poner al Aquelarre en su contra y había dejado que murieran en la misma sala desde la que habían gobernado.

Cuando el último brujo observó a Willow y le hizo la promesa de escucharla, ella se volvió hacia mí y miró a los que había resucitado. La esperanza en sus ojos me destrozó por dentro, sabiendo que tendría que ser yo quien se la arrancara.

—Sé que ahora todo es un caos, pero tengo que ir a Vermont —dijo.

Loralei dio un paso adelante como si fuera a acercarse a ella, pero tomé las manos de mi esposa entre las mías.

—Willow —dije e hice una pausa mientras intentaba encontrar las palabras para explicarme.

—Está allí sola —insistió, con una sonrisa deslumbrante. Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en lo que podría darle a su madre sin la amenaza de la Alianza que la había echado de su casa en sus esfuerzos por volverla obediente—. Pero puedo traerla de vuelta.

—Brujita, no pueden quedarse —dije y observé cómo se le congelaba la sonrisa. Al instante siguiente se le borró y frunció el ceño con confusión. Dio un paso atrás y tiró de sus manos cuando no la solté.

—¿De qué hablas? —preguntó y me miró como si acabara de implosionar todo su mundo.

—Tú mejor que nadie sabes lo delicado que es el equilibrio. Le has quitado algo a la muerte —dije y ladeé la cabeza. Me dolía la cara de controlar la oleada de emociones que sentía brotar de su cuerpo. Me golpeó como un rayo en el pecho y se me clavó en el corazón con el dolor agudo de mil cuchillas—. Tienes que devolvérselo.

—¡Tú me salvaste! —gritó, arrancó las manos de mi agarre y retrocedió a trompicones—. ¡No me devolviste!

—Estaba dispuesto a pagar el precio por mantenerte aquí. Estaba dispuesto a asesinar a cualquiera que la balanza exigiera si eso significaba tenerte a ti y no pasaré ni un solo segundo lamentando esa elección. ¿A quién ofrecerías en su lugar? —pregunté y volví a acercarme mientras negaba con la cabeza. Echó un vistazo al grupo de brujos que tenía detrás y la cantidad de muertes que tendría que satisfacer la hizo estremecerse.

Por mucho que quisiera fingir que era despiadada, tenía buen corazón. Nunca condenaría a la muerte a personas inocentes para salvar a aquellos que ya habían tenido su oportunidad y la habían perdido.

—No puedo dejarla —balbuceó, con el labio tembloroso—. No me importa quién sea, lo…

—No te lo perdonarás nunca —insistí y di un paso adelante para acunarle la cara y mirarla a los ojos—. ¿Y si la balanza exigiera que Ash ocupara el lugar de tu madre?

Palideció y sacudió la cabeza con furia mientras se le contorsionaba el rostro.

—¿Qué sentido tiene poseer este poder de mierda si no puedo usarlo? —gritó. Enterró la cara entre las manos y se las pasó por el pelo con frustración.

—Lo bueno de que lo tengas tú es que te importa lo suficiente como para no abusar de él —dije y me metí las manos en los bolsillos para no tocarla. Sonreí con tristeza. Necesitaría consuelo en la tranquilidad de nuestra habitación más tarde, cuando podría derrumbarse sin que nadie la viera.

Pero, por el momento, necesitaba fuerza.

Si se tratara de cualquier otra persona, no me fiaría de que fuera

capaz de vivir toda la vida sin alterar nunca el equilibrio en beneficio propio, pero Willow jamás jugaría a ser Dios con las vidas de otros.

—No pasa nada —dijo Loralei y llegó por fin al lado de Willow. No dio muestras de odiarme ni de que recordase que había sido yo quien le había quitado la vida. Se limitó a mirar a su sobrina para instarla a comprender. Le dio la mano y la guio hacia la arboleda. Sabía lo que aguardaba en aquellos bosques, la cripta que muchos ignoraban—. Danos descanso. Danos la paz, por fin.

Loralei fue la única que se adentró con Willow en aquellos bosques, respetando la santidad de la cripta de Hecate. No contenía los huesos que actuaban como conducto de poder, pero albergaba los demás, los huesos que no entraban en la bolsa que la mayoría de las brujas Hecate llevaban a todos lados.

La vi desaparecer con su tía, sabiendo que era algo que debía descubrir por sí misma. Sentí la emoción que emanaba de ella aunque no la viera y supe lo que Loralei le pediría. Lo que la guiaría a hacer porque yo no podía.

El Aquelarre observó, mirándose unos a otros con expresión sombría, cómo Willow hacía lo que ellos no podían. Depositó el último de los huesos, apropiándose de lo que se le había negado a Loralei. Fue la primera bruja que no recibió sus ritos funerarios y se hizo de forma silenciosa, cuando el Aquelarre aún ignoraba lo que estaba ocurriendo.

Era justo que fuera la primera en encontrar la paz.

Willow salió del bosque con expresión tensa y los labios apretados. Acunó el hueso de un dedo en la mano y lo envolvió con sus propios dedos antes de deslizarlo en la cadena que le colgaba de la cintura. El hueso de su tía encontró el lugar que le correspondía y se acomodó en su cadera mientras ella me miraba con ojos húmedos.

—Brujita —dije desde la otra punta del cementerio y di un paso

hacia ella. Se desvió para dirigirse al centro y llamó a los brujos blancos. Los que pertenecían a esas casas se adelantaron y permitieron que Willow los guiara hacia los acantilados de cristales junto al océano. Avanzó por el sendero rocoso que descendía por la ladera y la hilera de brujas blancas la siguió.

Sus vaporosos vestidos hacían que parecieran fantasmas; aunque fueran corpóreas, bien podrían haberlo sido mientras las seguían sin decir palabra. Willow se detuvo al borde del acantilado y el viento le agitó el pelo mientras las brujas vestidas de blanco se cubrían con los cristales.

La luz de la luna se reflejó en los cristales y proyectó una deslumbrante gama de colores en la noche y en sus vestidos blancos. Cuando la más joven de las brujas se recostó sobre un cristal púrpura y se tumbó de espaldas sobre él con su vestido desparramado por el suelo, Willow levantó las manos hacia ellas.

Nuestras miradas se cruzaron mientras la observaba desde lo alto del acantilado y una sola lágrima acompañó el temblor de sus labios antes de que cerrara los ojos.

Abrió la boca.

Respiró hondo y atrapó el aire en sus pulmones para reclamar la vida. Su piel brilló al absorberla con una luz dorada. Entre los cristales, las brujas volvieron a su estado natural sin la magia que ella les había dado.

La carne se desprendió de los huesos y el aroma de la descomposición impregnó el aire. Se deslizó sobre los cristales, esparciendo la sangre y la esencia de la magia de vuelta a la fuente misma de la que bebían.

Willow tragó saliva y sus facciones se contorsionaron por la concentración antes de que se atreviera a liberar por completo su magia.

Abrió los ojos despacio y contempló la carnicería de los muertos que había tenido la esperanza de salvar. Les dio la espalda, con el rostro inexpresivo y una máscara de fuerza, mientras ascendía por el acantilado.

Había subido con un grupo de cuatro a su lado, pero, como empezaba a comprender que aquello era lo habitual en Willow, estaba regresando sola.

# 21

# GRAY



Willow no se derrumbó.

No vaciló.

No mostró ninguna emoción mientras trabajaba a fin de devolver a los brujos al descanso que había pretendido darles desde el principio.

Depositó a los brujos morados bajo las estrellas y contempló cómo la magia abandonaba sus cuerpos y volvía a la fuente del cielo.

Dejó a los verdes en el cementerio, enterrados en agujeros sin ningún ataúd que los separase de la tierra a la que regresarían.

Dejó que el viento bañara a los grises, que los convirtiera en polvo y los esparciera por el aire.

Contempló cómo los azules caminaron hacia las mareas y retornaron a la muerte para que el agua acelerase el proceso de descomposición.

Condujo a los rojos al jardín y esperó mientras se abrazaban con

afecto bajo el viejo sauce y morían juntos.

Les quitó la vida a los amarillos, dejando que uno de los supervivientes les prendiera fuego e hiciera que el fuego se llevara lo que quedaba.

Hizo lo que era necesario, como si cada vida no le pesara en el alma. Mientras Willow se hundía bajo la pesadez de lo que había tenido que hacer, los miembros del Aquelarre se volvían más fuertes. La magia regresó y parte del equilibrio se recuperó gracias a sus acciones.

Les dio lo que la antigua Alianza les había robado.

Cuando hubo terminado, se limitó a darle la espalda a su gente y caminó de vuelta a la universidad. Los brujos se quedaron atrás, alborozados por la recuperación de lo que habían perdido tan poco a poco que ni siquiera habían sido capaces de verlo.

Willow les había hecho un regalo y, sin importar lo que le hubiera costado, nunca lo olvidarían.

La seguí en silencio y mantuve las distancias. Caminaba como si fuera un fantasma hacia la habitación que compartía conmigo. En ningún momento pensó en volver a su dormitorio, donde sabía que regresarían Della, Margot y Nova.

Buscaba la comodidad de la intimidad, donde ninguna celebración mancharía su luto.

La seguí, en silencio. Ni siquiera estaba seguro de que se hubiera dado cuenta de mi presencia, hasta que me cerró la puerta en las narices. Sonreí y la abrí de un empujón. Willow estaba en la ventana que daba a la fiesta que se celebraba alrededor del fuego. Los brujos bailaban con una alegría que no había visto desde la formación del Aquelarre, liberados por el restablecimiento del equilibrio y la ausencia de reglas estrictas.

Se deslizó hasta el suelo junto a la ventana que la bruja blanca

había reparado, sin importarle lo incómoda que debía de estar con el corsé. Apoyó la cara en el cristal y no se molestó en mirarme.

—Déjame sola —murmuró y el sonido entrecortado de su voz tranquila me hizo dar otro paso hacia ella.

Me senté a su lado, tan cerca que nuestras caderas se tocaron. No me atreví a interrumpirla más y me limité a ofrecerle mi presencia para que supiera que estaba allí.

—Ya te lo he dicho, brujita. No volverás a estar sola.

Su rostro se contorsionó y frunció el ceño cuando Jonathan salió del dormitorio y se acurrucó sobre sus pies. Se quedó mirando a los brujos y la celebración a la que no se atrevía a unirse, separada del Aquelarre que tanto había luchado por salvar.

No era su sitio, como tampoco me correspondía a mí ir de fiesta con mis Recipientes.

Apretó los labios y resopló cuando Jonathan empezó a ronronear. Odiaba a aquel gato de mierda más que a nada, pero estiré una mano para rascarle el cuello a pesar de todo.

En agradecimiento por la compañía que le ofrecía a Willow en un momento de necesidad.

Un sollozo entrecortado atravesó la habitación y el pecho de Willow se agitó con fuerza. Apartó la cara de la ventana, buscó mi pecho y se enterró en la tela del traje.

—Debo de tener una pinta horrible si estás siendo majo con el puto gato —murmuró y se frotó la mejilla contra mí para borrar la humedad que no quería que viera.

La rodeé con los brazos, apoyé la barbilla en su cabeza y la estreché con fuerza. No entendía su capacidad de amar y preocuparse tanto por personas a las que ni siquiera había conocido como para que sus muertes la afectaran de ese modo.

En mi corazón solo existía una persona.

—Estás tan guapa como el día que te conocí —dije, aun sabiendo que tendría los ojos hinchados y la cara roja.

—Y tú eres un mentiroso —dijo, con una risita.

Me miró, con el dorado y el morado de sus ojos vidriosos y enrojecidos de tanto frotarlos. Le acaricié la mejilla, deseando que por fin me creyera.

—Lo amo todo de ti, brujita. Incluso las partes que te hacen humana.

Se le suavizó la mirada y un sentimiento cálido se filtró en ella mientras me observaba. Cerró los ojos rápidamente y agachó la cabeza para que no la viera derrumbarse.

—Gray…

—Te tengo, amor. No te preocupes —murmuró en su pelo. Willow asintió y se quedó en silencio, salvo por el sonido de su respiración agitada.

Esperamos juntos a que la celebración terminara, separados de aquellos que dependían de nosotros.

Pero nunca solos.

# 22

# Willow



Fui a buscar a Della y a Nova al patio al día siguiente, cuando Gray me dejó para atender a sus archidemonios e informarles de todo lo ocurrido. No pude evitar un traicionero suspiro de alivio al descubrir que Margot no estaba con ellas. No quería pensar en dónde estaba, aunque el peso que tenía en el estómago era una confirmación de mis sospechas.

Razón de más para ocultárselo, por mucho que me doliera guardar secretos. Se había vuelto necesario en el instante en que la vi refugiarse en el abrazo de Belcebú como si lo conociera bien.

Para ser una bruja a la que no le gustaba nada que la tocaran, sobre todo los hombres, había encontrado consuelo en él.

Iban se detuvo ante ellas y se dio la vuelta cuando me acerqué. Ralenticé el paso, insegura de lo que me esperaría. Había matado a su tío a sangre fría la noche anterior y, aunque el hombre se lo hubiera merecido, yo mejor que nadie entendía que no siempre era

sencillo desenredar las emociones de la lógica.

A veces era posible querer a alguien y al mismo tiempo reconocer que era una persona horrible.

Jonathan asomó la cabeza por la bandolera que me había colgado del hombro antes de abandonar la intimidad de la habitación que compartía con Gray. No me atreví a pedirle que me dejara volver a mi dormitorio, sabiendo que si lo hacía se abriría una brecha entre nosotros.

Hacía una semana, habría insistido y me habría atenido a las consecuencias. Acercarme a él debería haber sido mi objetivo incluso entonces, pero no había tenido ningún interés personal en el objetivo final.

Ahora…

Ansiaba engañar a Gray como él me había engañado. Quería que creyera que había aceptado nuestras vidas.

Porque tenía que enviarlo de vuelta al pozo del que había salido cuanto antes. Aunque la mera idea de arrancarlo de mi vida y de hacerle daño me producía una descarga de agonía, la noche anterior había demostrado por qué era necesario.

No era lo bastante fuerte para resistirme a él. No era lo bastante fuerte para no caer presa de sus dulces susurros. Había creído que el sexo sería mi perdición, pero su decisión de abrirse paso hasta mi corazón era el verdadero problema.

Margot no era la única que se había visto comprometida por el enemigo y sabía que solo era cuestión de tiempo que me perdiera por completo.

Iban se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y no me abrazó como habría hecho antes. La distancia era necesaria y esperable, pero eso no detuvo la sacudida de tristeza que sentí de todos modos.

—¿De dónde has sacado un gato? —preguntó, mirando a Jonathan.

—Es una larga historia —dije y me volví hacia las chicas—. Necesito vuestra ayuda.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Nova tras meterse en la boca el último bocado de su almuerzo y levantarse. Tiró la basura al cubo y se frotó las manos para sacudirse las migas.

—Quiero encontrar la manera de enviarlos a todos de vuelta. A los Recipientes, a los archidemonios y a Lucifer —susurré, mirándolos a los tres. Esperaba poder confiar en Iban para aquello y él asintió con aprobación, lo que alivió mis temores por el momento.

—Sé dónde buscar —dijo mientras Della se ponía de pie—. Hay una sección en la biblioteca. Estaba prohibida por la Alianza, pero puedo llevarte allí.

—¿Cómo? —pregunté con interés.

—Mientras los demás os pasáis el tiempo jugando con la magia, yo leo. Esa biblioteca es mi patio de juegos, Willow —dijo y señaló la vida vegetal a su alrededor—. Tal vez ya no tenga magia en el mundo real…

—Pero la tienes en los libros —terminé y asentí. Hubo un tiempo, cuando era más joven, en el que lo único que había querido era sumergirme en libros que hablaran de aventuras y magia, porque no soportaba pasarme todo el día viendo a mi madre practicar.

Sonrió, pero su gesto era una sombra de lo que había sido. Se volvió hacia la biblioteca y nos guio por los pasillos. Agaché la cabeza para evitar llamar la atención hacia mí ni hacia donde nos dirigíamos. Si alguno de los archidemonios descubriera mi plan, me sería imposible evitar que arrasaran la universidad y a todos los que la habitaban.

Aún sentía el recuerdo de las manos de Belcebú cuando me rompió

el cuello y la posibilidad de que le hiciera lo mismo a Margot era lo que me motivaba a seguir adelante a pesar de los riesgos. Se merecía algo mucho mejor que un macho alfa capaz de herir así a una mujer inocente a la que no conocía.

Bufé al pensar en la reacción de Belcebú si me oyera declararme inocente. Él afirmaría algo muy distinto si se enterara de mi plan de librar al mundo de los demonios que habían sido desterrados hacía mucho tiempo.

Era la única forma de arreglar las cosas después de haberlas fastidiado. Gray decía que quería construir un hogar en Crystal Hollow, pero ¿cuántos años tardaría en desear expandir su territorio?

Ahora que ya no necesitaba la sangre de los brujos para sobrevivir, pronto se daría cuenta de que había otros puntos de poder en este plano. Había otros brujos, otros clanes, otros que tenían una conexión con la tierra sin necesidad de que él les abriera la puerta.

Si conseguía que se pasaran a su lado, si conseguía que se unieran al Aquelarre, entonces sería imposible saber los límites que estaría dispuesto a cruzar en su búsqueda de poder. Lucifer había sido expulsado del cielo debido a su desprecio por la vida humana y el libre albedrío que su padre tanto valoraba.

¿Qué haría falta para que lo recordara?

—Háblame de esa sección prohibida de la biblioteca —dije para distraerme de mis pensamientos. Si lograba enviarlos de vuelta, no tendría que formularme de nuevo aquellas preguntas.

Volvería a estar sola.

Alejé la insidiosa idea y me concentré en la vida que podría tener sin las complicaciones que Gray traía consigo. No lo había elegido. Tendría la oportunidad de elegir por mí misma en lugar de tener que seguir un destino determinado para mí siglos antes de que naciera.

—La Alianza le tenía prohibida la entrada a todo el mundo. Susannah decía que allí había magia que solo ellos eran capaces de utilizar —dijo Iban y negó con la cabeza—. Pero nunca los vi a ninguno de los dos entrar allí.

—¿Cómo conseguiste acceso? —preguntó Della, con el ceño fruncido, como si pensara que mentía.

—Susannah me pidió que lo catalogara durante el verano. Me dio la llave y me hizo jurar que guardaría el secreto. Era físicamente incapaz de hablar de la existencia de esa sala con nadie más que con la Alianza hasta que…

—Hasta que anoche yo me convertí en la nueva Alianza —dije y resoplé de incredulidad.

Nova se le acercó y bloqueó nuestro avance por los pasillos vacíos de la universidad. La mayoría de los alumnos estaban ya en su siguiente clase, porque por mucho que nuestro mundo se hubiera visto alterado, Hollow's Grove quería fingir que todo seguía igual.

Yo ya no podía asistir a las clases como estudiante cuando tenía que dirigir el Aquelarre. Tendría que aprender de otra manera, pero aun así me sentía culpable porque mis amigas se estuvieran perdiendo una parte importante de su educación.

—¿Qué ganabas tú con eso? —preguntó Nova y se cruzó de brazos. Su rostro era severo y solemne mientras lo estudiaba, como si ya supiera la respuesta.

—La oportunidad de leer sobre las magias más poderosas del mundo —dijo Iban, pero su sonrisa incómoda me heló el cuerpo. Había hecho un trato con la Alianza, había accedido a cumplir aquella tarea a cambio de algo que quería.

—Iban, ¿qué hiciste? —pregunté y rodeé a Nova. Lo agarré del brazo y tiré hasta que se detuvo—. ¿Qué te ofrecieron?

Las posibilidades eran infinitas y no se podía confiar en ningún

regalo que viniera de la Alianza. Cualquiera de los dos podría haber tenido motivos ocultos.

—A ti —confesó por fin y bajó la vista al suelo, avergonzado. Palidecí y se me escapó un jadeo. Sabía que la Alianza quería que Iban fuera mi compañero, pero no me había dado cuenta de que él era parte activa en aquel plan—. Susannah me dijo que había otra bruja Madizza y que asistiría a Hollow's Grove en otoño. Prometió informar a los demás varones Bray de que me había ganado el derecho al primer cortejo.

Della gimió y se frotó las sienes con frustración, después se dio la vuelta y subió las escaleras. Agarrada del brazo de Nova, arrastró a su amiga con ella para dejarnos intimidad mientras murmuraba «pedazo de idiota» entre dientes.

Consideré las palabras de Iban y repasé la línea temporal. En los días posteriores a la muerte de mi madre, antes de que la Alianza enviara a Gray a buscarme, Iban había negociado para casarse con una mujer a la que ni siquiera conocía. Me esperaba un comportamiento así de Gray, un demonio literal en carne y hueso, pero había esperado algo mejor del hombre que decía ser mi amigo.

—Ni siquiera me conocías —dije, tratando de ignorar el dolor.

No era tan ingenua como para creer que mi apellido no había influido en la forma en que Iban se había acercado a mí. Sabía que era la única bruja verde con la que podía emparejarse. Pero había creído que no se dejaría manipular por esas convencionalidades y me había tragado todas sus mentiras sobre que había encontrado a alguien a quien amar.

—¿Nunca te preguntaste por qué ninguno de los otros Bray se te acercó? Eres nuestra única esperanza si queremos que nuestros hijos dispongan de la misma magia que nuestras familias —preguntó.

—No lo pensé. Tu tío me odiaba, así que creía que eras distinto a tu

familia —dije y le di la espalda. Seguí caminando en dirección a la biblioteca, decidida a sacar algo en claro del descubrimiento de que alguien a quien consideraba mi amigo hubiera actuado de forma tan egoísta. Si lo que decía era cierto, los otros Bray aún no me habían abordado por un motivo.

Iban me había reclamado cuando no tenía derecho.

—Willow, escúchame —dijo e intentó agarrarme la mano. Me zafé de él y lo fulminé con la mirada. Levantó las manos en un gesto de disculpa por haberme tocado. Nova y Della siguieron avanzando hacia la biblioteca para dejarnos solos—. No me pareció nada malo en su momento. Supuse que vendrías y yo tendría la oportunidad de conocerte antes que los demás. Si no había ninguna conexión, entonces le diría a tu abuela que no me interesaba ser tu compañero.

—¿Y por qué no se lo dijiste? ¿Por qué nunca se me acercaron los otros Bray? —pregunté con rabia. Estaba demasiado dolida para darme cuenta de que no debería haber hecho esa pregunta cuando no estaba preparada para oír la respuesta.

Estaba demasiado enfadada como para percatarme de que acababa de abrir la caja de Pandora y de que nunca podría volver a esconder la verdad.

—Porque entonces te conocí. Llegaste aquí y eras… —Se interrumpió y miró hacia los ventanales que daban a los jardines. La vida había vuelto a ellos desde mi llegada a Crystal Hollow y mi sangre era la única razón de que todo lo que nos rodeaba volviera a estar vivo—. Estabas llena de vida —dijo, lo que me indicó que sus pensamientos habían seguido el mismo camino que los míos. Me miró de nuevo y se acercó un paso, aunque no se atrevió a tocarme.

—Iban —murmuré y cerré los ojos para pensar en una forma de dar marcha atrás.

—Eres hermosa e inteligente. Te preocupas por la gente de aquí

más que muchos otros que se han pasado toda la vida metidos en mezquinas luchas de poder. La mayoría de las brujas solo me habrían mirado para evaluarme como posible compañero. No tengo poder, de modo que no tengo nada que ofrecer salvo ser marido y padre. Yo elegí esa vida, pero no me paré a pensar a qué estaba renunciando, además de a la magia. La gente dejó de verme —dijo y tomó mi mano entre las suyas—. Incluso mi propia familia dejó de tratarme como si les importara, pero tú eras diferente.

—Para.

—Me miraste y viste a una persona. Me viste a mí. Hiciste que me diera cuenta de todo a lo que había renunciado, porque la magia que abandoné no se parecía en nada a la tuya. Pero podría haberlo sido, si hubiera tenido a alguien como tú para enseñarme. Me diste esperanza, Willow. Me hiciste pensar en que algún día tendría una niña que sintiera las plantas como tú. No digo que esté enamorado de ti. No digo que vayas a ser la mujer con la que me case algún día, pero sí que no estaba dispuesto a dejar escapar la esperanza de ese futuro solo porque estuvieras distraída con un Recipiente en algo que pensaba que no duraría —admitió.

—Deberías haberme contado lo de tu trato con la Alianza —dije con tristeza. La desafortunada realidad a la que Iban aún no se había enfrentado era que ninguno de los dos sabíamos lo que mi magia les haría a mis hijos cuando la heredasen.

Era la última Madizza, pero también la última Hecate. Era la primera bruja con más de una clase de magia en las venas y no sabía lo que eso supondría para mis hijos. ¿Heredarían ambas? ¿Solo una?

Iban habría tenido las mismas probabilidades de acabar con una hija que controlara la vida que tan desesperadamente deseaba o con una que invocara a los muertos.

—Debería habértelo dicho —reconoció con un asentimiento sutil

—. Pero pensaba que, por lo menos, podría mantener a raya al resto de los Bray durante un tiempo.

Sonreí y solté una risita seca.

—Eso es cierto. Nunca me interesó el matrimonio.

Pasó el dedo por el anillo en mi mano.

—Razón de más para librarte de tu marido entonces —dijo y me soltó para subir las escaleras que llevaban a la biblioteca. Lo seguí, sin atreverme a decir ni una palabra más.

Si librarme de mi marido era exactamente lo que quería, ¿por qué me dolía el estómago solo de pensarlo?

# 23

# Willow



Iban y yo entramos en la biblioteca y nos reunimos con Della y Nova, que esperaban junto a las ventanas. Iban sacó una llave con forma de esqueleto del bolsillo y se dirigió a una de las salas del fondo, que abrió para nosotras cuando nos acercamos. Miró por encima del hombro antes de sacar uno de los libros sin marcar de la estantería, revelando una cerradura oculta en la pared.

Se aseguró de que no hubiera Recipientes cerca que pudieran descubrir el tesoro secreto. Observé fascinada cómo introducía la llave y la giraba en la cerradura. El tintineo de los engranajes metálicos al moverse procedía de detrás de los estantes cuando sacó la llave y devolvió el libro.

Della se apartó cuando la estantería se deslizó hacia delante y reveló un estrecho pasadizo en la pared. Iban le cortó el paso, entró y tiró de una cuerda. La luz llenó el espacio y las tres lo seguimos; me estremecí cuando la estantería volvió a su sitio y nos encerró dentro.

Iban no perdió ni un segundo en ir a las estanterías y ponerse a buscar en los lomos mientras Della y Nova exploraban. Pasé un dedo por una encuadernación de cuero y sentí el susurro de la magia de los libros.

—Lo sientes, ¿verdad? —preguntó Iban y sacó un libro del estante cuando encontró el que quería. Lo dejó en la mesa con cuidado y se puso a hojear las páginas mientras yo daba con otro que me llamaba y hacía lo mismo frente a él. Della y Nova tardaron más en explorar, sacando libros y devolviéndolos a continuación.

—Están todos en latín —dije y abrí un libro sobre el pacto de Charlotte para hojear la primera página. Contaba los detalles de su vida antes del pacto y enumeraba los nombres de los hombres que la habían acusado de brujería.

El nombre de Jonathan destacaba en negrita y me estremecí al pensar en lo que habría hecho para ganarse un lugar entre los malditos. Había acusado a más de diez mujeres antes que a Charlotte, obligándolas a demostrar su inocencia sumergiéndolas en el río.

Cuando sobrevivían, las condenaba a la horca.

Era una imagen muy lejana del gato que dormía plácidamente en mi bandolera, ronroneando feliz mientras soñaba. Dejé la bolsa en el suelo con cuidado, a pesar de que probablemente no se mereciera tanta amabilidad por mi parte.

Si nunca hubiera acusado a Charlotte, nada de aquello habría ocurrido.

La página siguiente contaba la historia de cómo la bruja se había adentrado en el bosque. Toqué con un dedo la letra cursiva pulcramente garabateada en la página. ¿Cuántos años más tarde había vuelto para contar su historia y exponerla allí para cualquiera que viniera después?

—Es el diario de Charlotte —dije y miré a Iban mientras Della y Nova se sentaban.

Asintió y le echó un vistazo. Estaba claro que ya lo había leído, o al menos hojeado el contenido lo suficiente como para reconocerlo.

—Deberías llevártelo. Le gustaría que lo tuvieras.

Asentí y lo aparté a un lado antes de levantarme. Si iba a llevármelo, entonces mejor ponerme a buscar algo que pudiera contener la solución para lidiar con Gray entre los textos que se quedarían atrás. Si Iban ya había leído el diario, supuse que no contendría las respuestas que necesitábamos.

—Aquí está —dijo él tras pasar una página, y se puso de pie. Me acerqué y miré por encima de su hombro el dibujo que señalaba. El arma de la página era tosca, una hoja de acero con un mango de hueso tallado. Leí las palabras en diagonal y me tragué la protesta.

*Diabolus interfectorem.*

*Asesino del diablo.*

—Eso los mata. Creía que buscábamos la forma de devolverlos al infierno —dije, intentando mantener la calma. Me volví hacia las estanterías y revisé los lomos, ignorando el silencio punzante de los demás detrás de mí. El pulso me retumbaba en la cabeza y ahogaba todos los sonidos mientras acariciaba los libros. Las palabras se nublaron y me mareé al pensar en lo que podrían pedirme que hiciera.

—Willow, ¿estás bien? —preguntó Della, siendo la primera en cruzar la brecha y acercarse a mí. Me tocó el brazo para bajarlo de las estanterías y me obligó a mirarla.

—Estoy bien —dije, pero volví a centrarme en las baldas.

—Entonces deberíamos al menos ver qué es lo que Iban ha encontrado y lo que requeriría —dijo con la voz demasiado suave.

—Juliet nunca te perdonará si los matamos —susurré, porque no

estaba segura de si Iban estaba al tanto de su relación.

Su rostro se suavizó.

—Deja que yo me preocupe por eso.

Me guio de vuelta a la mesa y me empujó a bajar la vista hacia la daga que me había abierto un hueco en las tripas.

Se podía matar a Lucifer.

—Hay que imbuirla con la magia de cada casa —dijo Iban y se acercó a una de las estanterías. Sacó un cofre del estante superior, lo bajó y lo dejó sobre la mesa. Lo abrió despacio y lo giró para que viéramos la daga que descansaba dentro. Todas las creaciones desprendían un halo distintivo del poder de la fuente en su interior y, dado que la empuñadura estaba tallada en hueso, debería haber sentido su magia dentro de mí. Pero aquella daga era diferente.

Donde debería haber algo, solo había un vacío esperando a ser llenado.

—Es demasiado arriesgado. Matará a cualquiera que participe en esto —dije y negué con la cabeza mientras me cruzaba de brazos.

—No será arriesgado, Willow —dijo Iban y suavizó el gesto—. Porque serás tú quien lo haga y solo tendrás que asegurarte de no echarte atrás.

Tragué saliva y miré el cuchillo con horror.

—Una cosa es enviarlo de vuelta y otra muy distinta matarlo. No voy a… —me interrumpí. No quería admitir que no era lo bastante fuerte como para presenciar cómo se desvanecía el aliento de sus pulmones y se apagaba la luz de sus ojos. Hacerlo me rompería, aunque no quisiera admitirlo.

—Joder —jadeó Iban y dio un paso atrás como si lo hubiera abofeteado—. ¿Sientes algo por ese monstruo?

—No he dicho eso —respondí, y negué con la cabeza mientras Della abría los ojos con sorpresa.

—¡Te ha apuñalado! ¡Te ha estado mintiendo desde que lo conoces! ¡Ha matado a doce de los nuestros! —gritó.

Levanté las manos y gesticulé en vano mientras buscaba las palabras adecuadas para negar la acusación que emitía su mirada.

—¿Crees que no lo sé? —espeté, con ganas de arrancarme los pelos —. ¡Sé lo que ha hecho!

—¿Entonces cómo puedes sentir algo por él? —replicó Iban y la pregunta silenciosa quedó flotando entre los dos. *¿Por qué él? ¿Por qué no yo?*

—Él me ve —respondí, intentando ignorar la mirada dolida de Iban—. Ve todo lo que hay en mí y me acepta tal como soy. No como él quiere que sea.

—Yo también te veo —dijo Iban en voz baja y con tristeza mientras dejaba caer las manos a los lados.

Sonreí y la tristeza que albergaba mi pecho se alivió un poco cuando levanté la barbilla.

—Ni siquiera me conoces.

Iban cuadró los hombros y asintió con la cabeza mientras resoplaba con rabia.

—Tienes razón. Si eres capaz de quererlo, no te conozco en absoluto. Si quieres librarte de él, esta es la única manera.

—Búscate a otra —dije mientras miraba la daga sobre la mesa, ignorando el reproche que me transmitían sus ojos.

—Cariño —dijo y se acercó para tocarme la mejilla. La dulzura me dolió más que su ira, como si supiera que así me llevaría al límite—. Eres la única que podrá acercarse lo suficiente. ¿Crees que nadie ha tratado antes de seducirlo para encontrar una vulnerabilidad? Eres la única opción.

Reprimí el gruñido que me subió por la garganta; la mueca de mis labios me demostró que me importaba demasiado. Jonathan salió de

la bandolera del suelo, saltó sobre la silla y brincó a la mesa para olisquear la hoja.

Siseó y saltó hacia atrás con la columna arqueada.

—Los enviaremos de regreso. Volveré a abrir el sello —dije.

—¿Y que mueras en el proceso? De eso ni hablar —replicó Nova desde su silla.

—¡Tiene que haber otra forma! —grité y puse una mueca cuando Jonathan se acercó al borde de la mesa y se frotó contra mi costado.

—No la hay —dijo Iban.

—Willow, si no eres capaz, no pasa nada. Encontraremos la manera de coexistir por ahora y ya lo intentaremos cuando hayas tenido tiempo de pensarlo —dijo Della, con esperanza. Por mucho que hubiera querido fingir que el conflicto con Juliet no la partiría en dos, sabía que sería así.

—No puede seguir aquí, Del. Cuánto más tiempo paso con él…

—Más se te mete bajo la piel —dijo con comprensión y sacó la daga de la funda. La hizo girar en la mano, se levantó y se acercó desde el otro lado de la mesa. Se detuvo a mi lado y la sostuvo sobre las palmas extendidas—. Entonces tienes que tomar una decisión.

Tragué saliva y respiré hondo mientras ella me miraba a los ojos con frialdad. Me temblaba el labio inferior por la rabia contenida, pero hice lo único que podía hacer si quería hacer lo correcto.

Agarré la daga.

# 24

# Willow



Della y Nova salieron antes de la biblioteca y dejaron a Iban para que devolviera los libros a su sitio. La daga descansaba en un bolsillo exterior de mi bandolera, inclinada con cuidado para no herir a Jonathan cuando me la cargué al hombro. Se acurrucó en el lado opuesto de la bolsa y le gruñí cuando la recoloqué.

No me molesté en despedirme de Iban antes de salir por la rendija entre la estantería y la pared que Nova había vuelto a abrir; necesitaba tiempo para procesar todo lo sucedido.

Y lo que había aceptado hacer, aunque no pudiera.

Aunque sabía que era lo correcto, no me veía capaz de matar a Gray yo misma. Negué con la cabeza mientras recorría el pasillo en dirección a la escalera, devanándome los sesos en busca de alguna alternativa. Tenía que haber otra persona.

Cualquiera.

—¡Willow, espera! —gritó Iban mientras salía corriendo de la biblioteca detrás de mí. Me detuve, aunque ansiaba llegar a los jardines, hundir las manos en la tierra y sentirla. Necesitaba recordar que había más dentro de mí, que se me permitía tener sentimientos y pensamientos propios a pesar de lo que el mundo parecía opinar.

—¿Qué quieres? —pregunté y me volví para mirarlo con toda la desesperación que sentía.

Se ajustó la bolsa al hombro y me sonrió con tristeza al ver mi gesto. No pensaba dejar de presionarme e invadió más mi espacio al dar otro paso. En cualquier otra situación, la proximidad habría sido un consuelo, pero me resultaba sofocante.

—Estás haciendo lo correcto —dijo con calma. Sentí como si se rompiera algo entre nosotros y la grieta en mi corazón se extendió hasta que no pude contener un resoplido indignado.

—¿De verdad? —pregunté y observé cómo su amable sonrisa se perdía en su rostro entre la confusión y el horror. Unos cuantos alumnos pasaron a nuestro lado y entraron en la biblioteca con la cabeza gacha, evitando mirarme. Había pasado de ser la marginada a estar al mando, pero nada cambiaría la opinión y el miedo de los brujos debido a mi conexión con Gray.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Iban y dio otro paso. Retrocedí, negué con la cabeza y levanté una mano para indicarle que prefería que mantuviera las distancias.

—¿Qué es lo que estoy luchando por proteger? ¿A un puñado de gente que nunca me aceptará? —espeté y agité la mano mientras la puerta de la biblioteca se cerraba tras el grupo de alumnos. Iban y yo volvimos a quedarnos solos con el opresivo silencio de las paredes de piedra y los pies demasiado lejos de la tierra.

Sentía como si una tormenta se desatara en mi sangre, como si estuviera al borde de una catástrofe que se tragaría toda Hollow's

Grove con la fuerza de mi rabia.

—Tienes que darles tiempo. Te acabarán adorando —dijo Iban y se rio. Le resultaba gracioso, pero ambos sabíamos que era cierto. Un acto de servicio para ganarme el afecto de personas que podrían haber sido mi familia en otra vida.

Otra prueba para demostrarles mi valía a aquellos que deberían quererme.

Apreté los labios y me dolió la cabeza al rechinar los dientes.

—Willow… —empezó, al darse cuenta de que había dicho lo que no debía.

—¿No se te ha ocurrido nunca que a lo mejor merezco que me acepten por quien soy y no por lo que tengo que ofrecer? —pregunté y retrocedí un paso para alejarme de él. Al menos Gray reconocía la responsabilidad de sus actos y no fingía inocencia. Necesitaba poner distancia entre los dos para no hacer algo de lo que me arrepentiría, para no arremeter con la magia que me hacía vibrar la piel por la ira. Incluso Jonathan bufó cuando asomó la cabeza de la bolsa y me miró en señal de advertencia—. Por una vez, me gustaría que me dejaran hacer algo por mí misma, y no porque el puto Aquelarre depende de mí para arreglar sus cagadas.

—Te conozco. No lo deseas. Estás confundida y lo entiendo. Es un maestro de la manipulación, cariño. Sabe qué decir para que le des la espalda a todo lo que te importa. Razón de más para que hagas lo necesario para liberarte de él, porque los dos sabemos que nunca te dejará marchar mientras siga aquí —dijo Iban y apoyó el hombro en la pared de piedra.

Miré hacia la ventana que había en lo alto de la escalera y contemplé el bosque recordando el trato que habíamos hecho. Mientras él siguiera allí, yo jamás me libraría de aquel lugar.

—Eso no lo sabes —dije en cambio y me encogí de hombros—.

Podría aburrirse.

—No lo hará —dijo Iban con tristeza y hundí los hombros. El abatimiento sustituyó a la rabia, sabiendo que hiciera lo que hiciera, tendría que elegir entre el Aquelarre y Gray. No podía tener a ambos, no si quería que el Aquelarre me valorara como a una de los suyos.

Tal vez Gray y yo no fuéramos tan diferentes, porque la pena que se me aferraba al pecho no se debía a que nunca pudiera marcharme de Crystal Hollow.

Se debía a que deseaba tener un lugar al que llamar «hogar», un lugar al que pertenecer.

Iban se acercó y me colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. Sus dedos me rozaron la piel y su calor me hizo demasiado consciente del frío que me atenazaba.

—Yo nunca me cansaría —dijo, con voz triste.

Lo aparté de un manotazo y lo fulminé con la mirada. Sus palabras eran una manipulación silenciosa, jugando conmigo cuando sabía que era vulnerable. Mi opinión de él empeoró todavía más y tragué saliva mientras intentaba no pensar en esa pérdida, sumada al dolor potencial que ya me esperaba si asesinaba a mi marido a sangre fría.

—No es justo —admití. Negué con la cabeza y crucé los brazos sobre el pecho—. ¿Por qué tengo que hacerlo yo? ¿Por qué siempre soy yo?

—Sé que no es justo. Te quitaría esa carga si pudiera, pero… —Se interrumpió.

—Lo sé —dije y apreté los labios. No me cabía duda de que Iban estaría más que dispuesto a ser él quien le clavara la daga en el corazón a Gray para acabar con su vida y liberarme. No estaba particularmente familiarizada con los pensamientos de los hombres, pero no hacía falta ser un genio para suponer que veía más de un beneficio en librar al mundo de Gray.

Por un lado era egoísta. Por otro, no.

—Debería quedarme la daga por ahora —dijo Iban y metió la mano en mi bolsa. Lo detuve por instinto; todo en mí me gritaba que sería mejor tener el poderoso objeto a mi alcance—. Sería un desastre si Gray la descubre antes de que hayamos tenido la oportunidad de hechizarla contra él. —Aunque sus palabras tuvieran sentido, no le solté la mano que había deslizado dentro del bolsillo de mi bolsa—. No sirve de nada sin ti, Willow. Necesitamos que la hechices con tu magia para que funcione —dijo Iban; sus palabras eran tranquilizadoras y alejaban la culpa que me acosaba.

Aparté las sospechas que me asaltaban y acepté la veracidad de la afirmación con un suspiro. Asentí, retiré la mano y dejé que se guardara la hoja en su propia bolsa con discreción. El intercambio nos acercó demasiado y su cara quedó a centímetros de la mía.

Se me cortó la respiración cuando bajó la cabeza despacio, sus ojos se oscurecieron y yo me limité a mirarlo. Se movía muy lentamente, con el gesto repleto de preguntas y esperando un rechazo que no me atrevía a ejecutar.

Necesitaba saber si la compulsión de Gray aún me mantenía cautiva, si era parte de la razón por la que reaccionaba con él como lo hacía. Si sentía algo con Iban, sabría que la atracción era real.

Su boca rozó la mía suavemente, apenas una caricia de piel y un susurro de un beso. Me quedé inmóvil, sin atreverme a moverme por miedo a lo que me gritaba el instinto.

*Necesitaba saberlo.*

La punta de su nariz rozó la mía al inclinarse, una caricia cariñosa que me incomodó. Apretó mis labios con más firmeza y deslizó la mano bajo la cortina de mi pelo oscuro para sujetarme la mandíbula y mantenerme quieta. Dejé que se me cerraran los ojos para bloquear la visión del rostro del hombre que el mundo quería que eligiera. No

soportaba mirarlo, no soportaba enfrentar la verdad que me devolvía la mirada.

Sin embargo, cuando cerré los ojos, me encontré con la imagen de la arrogante sonrisa de Gray. Sentí la suave caricia de su boca sobre la mía, la forma en que me abría y me obligaba a darle todo lo que era.

La boca de Iban era demasiado suave, demasiado persuasiva mientras intentaba sacarme a la superficie. No había batalla ni guerra en su tacto, solo dulzura donde yo quería pasión.

Me aparté y me golpeé la cabeza contra la pared al separar mis labios de los suyos. Me llevé la mano a la boca y abrí los ojos de golpe mientras los de Iban se abrían mucho más despacio.

—Willow —dijo con voz ronca. Parecía completamente ajeno a mi desinterés, como si hubiera experimentado un beso muy distinto.

—Ha sido un error —dije y aparté la angustia mientras me frotaba los labios con el dorso de la mano. Me deslicé entre Iban y la pared y corrí hacia las escaleras para salir a los jardines.

—¡No se merece tu lealtad! —gritó, pero no había ira en sus palabras. Solo el aplastante aguijón del rechazo.

Aun así, se me erizó la piel por la afirmación.

—Tienes razón, pero si estamos siendo sinceros… —espeté y lo señalé con la cabeza—. Tú tampoco.

# 25

# GRAY



Willow se alejó por las escaleras para abandonar la escena de su indiscreción. No debería haberme molestado que le hubiera permitido tocarla durante un tiempo tan limitado, sobre todo cuando el resultado final había sido exactamente lo que yo quería.

No había sido capaz de soportar el beso, sabiendo que el único que tenía derecho a posar sus labios en ella era yo.

Ni siquiera me sentía enfadado con ella, porque la comprendía mejor que nadie. Quería descubrir algo por sí misma y luchar contra el destino que había determinado cómo sería su vida mucho antes de que naciera. No tenía suficiente experiencia para saber que era fútil; no se podía luchar contra la clase de conexión que compartíamos.

Salí de la esquina desde donde había presenciado el final del intercambio al haber ido en busca de mi esposa errante para ver cómo estaba. La había encontrado discutiendo en voz baja con Iban y

la postura de su cuerpo y la cabeza de él cerniéndose sobre la de ella habían dejado muy poco a la imaginación.

La parte de mí que se sintió furiosa había querido interceder de inmediato, pero la más racional había preferido observar. Quería saber cómo se comportaba Willow cuando creía que no la estaba vigilando, para asegurarme de que no me estuviera imaginando el calor que me había mostrado en los dos últimos días.

Me metí las manos en los bolsillos cuando Iban se dio la vuelta para mirarme y resopló con rabia al darse cuenta de que había sido testigo de su humillación.

—¿Supongo que no ha salido según lo planeado? —pregunté.

Apretó los dientes, sin duda resistiendo las ganas de darme un puñetazo en la cara. No acabaría bien para el humano y tenía que ser consciente de cuándo se veía superado.

—Eres un cabrón de mierda por hacerle esto —dijo, y desvió la mirada. Willow bajaba por la escalera de caracol a toda prisa, ajena al altercado que tenía lugar en la planta de arriba; sus pasos apresurados resonaron en el atrio.

—¿Por hacerle qué, exactamente? ¿Por estar a su lado cuando llora? —pregunté y avancé un paso más hacia él. No hice ningún intento de tocarlo; dejé que su propia vergüenza lo empapara. Nada de lo que pudiera hacerle le dolería tanto como lo que Willow ya había conseguido al elegir a un cabrón como yo antes que al hombre que la había hecho creer que era moralmente superior—. ¿O lo dices por la parte en la que grita mi nombre todas las noches cuando ni siquiera es capaz de tolerar un patético beso tuyo?

—Por eso mismo no la mereces —espetó con una mueca de asco—. Yo nunca hablaría así de ella.

Me incliné hacia delante para acercarme un poco más a su altura. Iban no era bajo, pero sí más que yo, y su forma humana era frágil y

débil.

—Muy bonito, pero tiene mucho más que ver con que no tienes la capacidad de complacerla que con algún atisbo de integridad moral.

—Supongo que lo sabremos cuando por fin se deshaga de ti —dijo.

Ladeé la cabeza y lo contemplé mientras me erguía. No pude evitar la carcajada que me retumbó en el pecho y sentí aún más diversión ante su respuesta completamente inconsciente.

—¿Qué crees que ha pasado aquí?

—Ya has visto lo que ha pasado. ¿Necesitas que te lo explique? —preguntó y se cruzó de brazos mientras cuadraba los hombros—. Me ha dejado besarla y después ha huido por miedo a lo que eso le ha hecho sentir. Es solo cuestión de tiempo antes de que quiera más de lo que tú puedes darle.

Si no hubiera tenido ya una pésima opinión de él, el hecho de que no mostrara ninguna preocupación por lo que pudiera hacerle a Willow en retribución si me hubiera creído sus palabras me lo habría consolidado.

Asentí, porque en teoría tenía razón. Por la forma en que me veía, no me cabía duda que pensaba que Willow algún día querría una vida de verdad. Una familia propia y un lugar donde criar a Ash con seguridad.

Iban no tenía forma de saber que no había nada que yo no estuviera dispuesto a darle a Willow, incluido un legado que perdurase en la historia.

—Tal vez tengas razón, pero eres idiota si crees que algún día recurrirá a ti por ello —dije y le di la espalda para seguir a mi brujita.

Willow casi había llegado al final de la escalera cuando alcancé el primer escalón, pero sabía a dónde iría después de algo así. No se sentiría cómoda buscándome cuando pensara que me había traicionado, así que recurriría a la única otra cosa en la que podía

confiar.

Sus jardines.

Me la follaría allí para recordarle cuál era su sitio, entre la tierra y yo.

—Vas a conseguir que la maten si no la dejas marchar —dijo Iban y sus palabras me detuvieron. No era ningún ingenuo y no dudaba de que el Aquelarre aún contaba con librarse de mí, pero Willow debería haberse ganado su lealtad con la verdad que les había revelado la noche anterior.

—¿Qué acabas de decir? —pregunté y retrocedí el único escalón que había bajado.

—Te importa. Al menos en la medida de lo que eres capaz. Lo he visto —dijo Iban y tragó saliva al mirarme.

Apreté los labios y me quedé mirando por encima de la barandilla con aire pensativo.

—Es mi mujer —me limité a decir, sin responder a la pregunta. No necesitaba saber hasta dónde llegaría para mantenerla a salvo, porque no importaba.

Lo único que nunca haría sería dejarla ir.

—Me preocupo por Willow e incluso sé que usarla sería la mejor forma de hacerte daño. Algún día enfadarás a alguien lo suficiente como para que la utilicen y será culpa tuya cuando la maten para hacerte sangrar —argumentó Iban, sin comprender lo ciertas que eran sus palabras.

Willow y yo estábamos conectados en más de un sentido.

—¿Cuántos más sospechan que la amo? —pregunté y observé el asco y la confusión en su rostro.

—¿Amarla? —se burló y esbozó una sonrisa cruel—. No eres capaz de amar. Soy el único que sabe que es algo más que un trofeo para ti.

Asentí y puse una mano en su hombro. Iban se estremeció, pero lo

sostuve con firmeza y sonreí. La arrogancia desapareció de su rostro al darse cuenta de que había caído en una trampa.

—Bien —dije simplemente y me concedí un momento para deleitarme con el miedo en su rostro.

Duró demasiado poco.

Con un empujón firme, lo arrojé por encima de la barandilla.

Luego lo vi caer.

# 26

# Willow



Me detuve al pie de las escaleras mirando hacia la salida cuando oí a alguien gritar.

El sonido parecía venir de todas partes y no supe a dónde mirar mientras daba vueltas en círculos. No había nadie; todos los alumnos estaban en clase.

—¿Qué cojones? —susurré y me pregunté si habría caído en otra visión. Volví a mirar hacia la biblioteca de donde acababa de salir y dudé de si me habría imaginado lo que había pasado con Iban.

Los ojos dorados de Lucifer me devolvieron la mirada desde lo alto de la barandilla y atravesaron la oscuridad mientras algo caía en picado hacia mí.

*Mierda.*

Corrí hacia el centro del atrio. Reconocí la ropa que se agitaba en el aire aunque Iban estuviera de espaldas a mí. Volaba hacia el suelo de piedra mientras una energía frenética me recorría las venas.

Levanté un pie y di un pisotón en la piedra tal como había hecho Charlotte cuando enterró vivo a mi padre. El suelo se resquebrajó bajo mis pies, lo que me permitió introducir las manos en la tierra. El musgo creció y brotó con frenesí mientras yo empujaba toda la energía que tenía hacia la tierra.

Respondió a la llamada y creé un lecho blando contra el que se estrelló Iban. Rebotó, aterrizó de nuevo con un golpe sordo y rodó por un lateral. Su cara se estampó contra la piedra y el sonido hizo que me estremeciera mientras rodeaba el musgo. Volvió a introducirse en la tierra mucho más despacio de lo que se había levantado, arrastrándose hacia el lugar del que lo había invocado. Me arrodillé junto a Iban, le di la vuelta con cuidado y miré la sangre que le manaba de la nariz.

Me apartó con un gemido y se incorporó sin dejar de mirarme. Volví a levantar la vista hacia donde Gray nos contemplaba con desprecio; no me cabía duda de que no había esperado que siguiera al pie de las escaleras. No sabría explicar qué me había hecho detenerme, por qué no había salido de inmediato a los jardines. Algo me había impulsado a buscar a Gray y había supuesto que había sido mi propia culpa por lo que había permitido que sucediera. Tal vez no hubiera elegido lo que había entre los dos, pero la idea de que besara a otra mujer me provocaba una furia asesina.

Ni me imaginaba cómo se sentiría él por lo que había ocurrido y, cuando golpeó la barandilla dos veces y se dio la vuelta para dirigirse a las escaleras, no me cupo la menor duda de que lo sabía.

*Mierda.*

—¿Estás bien? —le pregunté a Iban, volviendo a centrarme en él.

Se levantó a trompicones, sosteniéndose la nariz rota.

—Lo estaré —replicó despacio tocándose la cara.

—Permíteme —dije y extendí la mano hacia el musgo del suelo.

Agarré un puñado y se lo acerqué a la cara.

—Ya has hecho bastante —espetó y me estremecí mientras dejaba caer el musgo al suelo. En cuanto se retrajo bajo la piedra, tracé un círculo con el zapato y vi cómo las baldosas recuperaban su forma original.

—Sabías a lo que te arriesgabas al besarme —dije y levanté un ceja. Solo un idiota habría creído que no provocaría la ira de mi marido al tocarme e Iban era muchas cosas, pero no era ningún necio. Solo había pensado que no se enteraría.

Bufó y me soltó la mano. Una gota de sangre le resbaló por el labio mientras esbozaba una mueca cruel.

—Sí, pero pensé que merecería la pena.

Se dio la vuelta y se echó la bolsa al hombro. Al meter la mano dentro y rebuscar, hundió los hombros aliviado al confirmar que aún tenía el cuchillo. Se encaminó hacia la familia que sabía que lo curaría sin ninguna de las complicaciones que yo conllevaba y se apartó de la situación. Ignoré el dolor que me causaron sus palabras, por muy hirientes que fueran, y comprendí que procedían del miedo y la rabia.

Yo había dicho y hecho cosas mucho peores a causa de mi propio dolor y al negarme reconocerlo, pero me mentiría a mí misma si no reconociera que la parte más mezquina de mí se sentía ofendida por la absoluta falta de agradecimiento después de haberle salvado la vida.

Ya llegaría más tarde, cuando la adrenalina desapareciera y se diera cuenta de lo cerca que había estado de la muerte.

Me di la vuelta, renunciando a la salida a los jardines para dirigirme a la confrontación que me esperaba en los aposentos que compartía con Gray. Por mucho que quisiera abrirme paso a su corazón, aquello no podía quedar sin consecuencias.

Los alumnos salían de las aulas mientras me encaminaba al despacho de Gray y a nuestro dormitorio, pasando de largo y en dirección contraria. Él mismo debería haber estado dando una clase hasta que aceptara un sustituto, pero su última lección del día les correspondía a los nuevos brujos que habían llegado ese año.

Antes de que los masacrara.

Mi rabia aumentó cuando abrí la puerta de un empujón y lo encontré junto a la ventana con un whisky en la mano. Se había quitado la chaqueta y la había dejado en el respaldo del sofá mientras me esperaba. Las palabras de Iban me habían afectado más de lo que quería admitir y el dolor se había combinado con la traición de Gray.

Que intentara matar a alguien a quien consideraba un amigo era inaceptable, independientemente del motivo.

Cerré de un portazo, entré en la habitación y crucé los brazos sobre el pecho. Gray se giró para mirarme y enarcó una ceja con impaciencia.

—¿Y bien? Acabemos con esto —dijo y la absoluta falta de remordimiento me afectó mucho más que cualquier posible excusa que me hubiera podido ofrecer.

Le daba igual.

No lo había hecho por ira o por rabia, sino siguiendo una decisión fría y calculada. Dejé caer los brazos a los costados y solté una risa incrédula. Negué con la cabeza y me dirigí al dormitorio.

Habría llegado a entender sus acciones si hubieran sido una consecuencia de la traición. Habría entendido la rabia y la ira cuando me miró después de lo que había hecho, pero aquello era diferente. Un paso más en un plan maestro que no conocía.

Y no quería participar en él.

Me acerqué a la cómoda, saqué un montón de ropa y la tiré sobre

la cama. Luego fui al armario y busqué una bolsa donde meterla mientras Gray bloqueaba la puerta.

—¿Qué haces, brujita?

—¿A ti qué te parece? No pienso quedarme aquí ni una noche más —espeté desde el armario y me volví para dejar la bolsa sobre la cama. La ropa se desdobló cuando la recogí para meterla en la bolsa a toda prisa.

—Y una mierda que no —rugió Gray y cuadró los hombros para dejarme claro que estaba bloqueando la única salida. Jonathan se escabulló de la bandolera cuando la dejé caer en la cama y salió zumbando hacia la sala de estar como el cobarde que era.

—Has intentado matar a mi amigo —dije y me volví para mirarlo a la cara—. Sabía que eras un asesino, pero esperaba que al menos perdonaras a la gente que me importa después de lo que me dijiste en el bosque aquel día.

Apretó aún más la mandíbula y dio un paso hacia mí.

—¿Besas así a todos tus amigos?

—Tal vez —repliqué y lo encaré—. ¿Qué diferencia habría? Por culpa de tu compulsión ni siquiera puedo disfrutarlo, gilipollas.

Se quedó muy quieto y estudió mi rostro antes de sonreír de oreja a oreja. Soltó una risa burlona y acortó la distancia que nos separaba; se detuvo cuando lo tenía tan cerca que no podía ver nada más.

—Moriste, amor. Te traje de vuelta usando mi propia sangre y mi magia. Ya no hay ninguna compulsión.

Me quedé mirándolo con el ceño fruncido mientras consideraba lo impensable.

—Mientes.

—Mi magia ya no puede hacerte nada porque la misma magia corre por tus venas. Se anulan mutuamente. No disfrutaste del beso de ese chico no porque yo te hubiera obligado a ello, sino porque

simplemente no estás interesada en él —dijo y dio otro paso adelante. La longitud de su cuerpo presionó el mío, sin dejarme más opción que mirarlo cuando me acarició la mejilla. La delicadeza con la que me tocó era tan opuesta a la forma en que imaginaba que habría tocado a Iban que me estremecí—. No te interesa porque tu corazón ya me pertenece.

—Ni hablar —espeté y retrocedí para poner distancia entre nosotros—. Solo un monstruo arrojaría a un hombre por una barandilla porque se atrevió a besarme. No soy como tú y no desperdiciaré mi amor con un hombre así.

—Eres mi esposa —dijo y ladeó la cabeza con frustración mientras se pasaba la lengua por los dientes inferiores—. Haré lo que me plazca con cualquiera que te toque. Tal vez sería prudente que tomaras esta experiencia como una advertencia y te aseguraras de que nunca volviera a suceder. Pero debes saber que no me acerqué a él con la intención de matarlo. Me quedó claro que no lo disfrutaste y me pareció que tu rechazo era castigo suficiente.

—¿En serio? —pregunté con incredulidad mientras cruzaba los brazos sobre el pecho—. Porque me cuesta mucho creerlo.

—También sabía que probablemente te costaría perdonarme por haberlo matado en el acto y no me apetecía verte fingir que no querías estar conmigo hasta que claudicases —explicó y me volví para sentarme en el borde de la cama, mirándolo confusa.

—Pero lo arrojaste por la barandilla —dije, afirmando lo obvio. No encajaba con su historia.

—Es posible que mencionara que, si él se había dado cuenta de que me importabas, otros también lo harían. Dijo que cualquiera con medio cerebro lo vería y pensaría en usarte para llegar a mí. Dijo que haría que te mataran —explicó Gray y se apoyó en la cómoda frente a la cama.

—¿Se equivocaba? —pregunté y miré al hombre que de alguna manera había vivido durante siglos, pero tenía la inteligencia emocional de un recién nacido que montaba un berrinche cada vez que no se salía con la suya.

—No he dicho eso.

—¿Así que lo tiraste por la barandilla porque dijo algo que no te gustó? ¿Aunque fuera verdad? —pregunté y abrí el cajón de la mesita para guardar el cargador del móvil en la bolsa de lona.

Gray se encogió de hombros, con una sonrisa que indicaba que no veía nada malo en lo que había hecho.

—He matado por menos… —La diversión que dejaba traslucir su voz no debería haberme hecho reír, pero el humor retorcido pudo conmigo. Me cubrí la boca con la mano para ocultar la sonrisa e ignoré las mariposas en el estómago cuando miré a Gray y me encontré con una sonrisa deslumbrante en su rostro.

*Ni en broma. No me follaré al asesino.*

Se levantó y se me acercó sin dejar de sonreír mientras yo luchaba por volver a avivar la ira. Todavía me enfurecía que considerase apropiado matar a alguien y mucho menos a un amigo mío. La idea de que Della, Margot o Nova pudieran ser las siguientes fue lo que finalmente hizo que se me borrara la sonrisa de la cara y que mi ira resurgiera cuando se detuvo frente a mí.

Me puso los dedos en la barbilla y me levantó la cara.

—Creo que te gusta la idea de que esté tan consumido por los celos que mataría a cualquiera por ti, así que déjame que te aclare algo. Estaba dispuesto a mirar para otro lado una vez, pero ¿la próxima? Dará igual si es tu amigo o no; la próxima persona que dejes que te toque morirá por mi mano y me aseguraré de que sufra.

—A veces creo que quieres que te odie —dije con un tono de advertencia mientras me ponía de pie. Pasé junto a él, ignorando

cómo mi cuerpo se veía traído hacia el suyo, y fui a sacar más ropa de la cómoda.

—Lo que ocurre en realidad es que a veces necesitas distraerte de las emociones que aún no estás preparada para procesar, brujita. Ahora tienes que odiarme, porque los dos sabemos que, si me perdonas por esto, me perdonarás por cualquier cosa —dijo.

Bufé y negué con la cabeza ante su arrogancia.

—No te perdono. No te perdono por nada —espeté, agarré la bolsa y la bandolera y me volví hacia la puerta, alejándome de él con pasos seguros.

Lo peor era que era verdad y los dos lo sabíamos.

Era imperdonable.

Y me había reído.

Gray me agarró del brazo y me dio la vuelta. Las bolsas cayeron hasta nuestros pies y una ráfaga de aire recorrió la habitación cuando me movió, cerrando la puerta con un fuerte golpe mientras su boca asaltaba la mía.

Fue una conquista brutal, una posesión. Puso las manos en mis mejillas y me abrió para invadirme. Gemí y solté las correas de las bolsas para empujarle el pecho. La magia de aire me agitó la piel y una fuerte brisa lo empujó a retroceder un paso. Ladeó la cabeza y me observó.

Me miré las manos horrorizada y me di cuenta de que Gray sonreía de pura satisfacción. Me había dado parte de él. Su sangre, su magia.

Lo mismo que le había dado a la Alianza.

Susannah había sido una Madizza, pero había poseído la magia de todos los legados para poder mostrarse imparcial con todos los elementos.

—Ahí está mi brujita retorcida —dijo Gray y dio un paso en mi

dirección. Esa vez, cuando vino hacia mí, yo fui hacia él. Mi boca se estrelló con la suya y le arañé la tela de la camisa; intenté soltar los botones uno por uno, pero terminé por arrancarlos con las uñas.

Gray gruñó cuando le rasgué la piel, dejando ronchas rojas a mi paso, hasta que por fin me libré de su camisa. Me arrancó la blusa por la cabeza y la arrojó a un lado mientras yo me desabrochaba el sujetador y lo dejaba caer al suelo. Su boca volvió a la mía y enterró una mano en mi pelo mientras me peleaba con la hebilla de su cinturón para abrirle la bragueta, sin preocuparme siquiera de bajarle los pantalones antes de pasar a los míos. Me los bajé y me quité las botas de una patada mientras me esforzaba para que nuestros labios no se separasen.

Se dio la vuelta, me agarró por las caderas y me lanzó a la cama.

Reboté una vez antes de acomodarme sobre las almohadas. Su mirada me calentó el cuerpo mientras tiraba de mis pantalones para quitármelos, junto con la ropa interior; después se sentó a horcajadas sobre mi cintura y me sujetó las manos por encima de la cabeza. Las rosas que guardaba en la mesita de noche florecieron y crecieron; una enredadera cubierta de espinas se extendió desde ellas.

Solo había un problema. Por una vez, no era yo la que tenía el control.

—Gray —susurré y me concentré en su cara mientras me sujetaba. La enredadera rodeó los postes de la cama y los apretó con fuerza antes de estirarse hacia mí para envolverme las muñecas. Se posicionó con cuidado, evitando la amenaza de las espinas contra mi piel. Apenas sentí un pellizco cuando me moví y Gray me soltó y se echó hacia atrás para mirarme.

Se levantó, se quitó los pantalones y dejó que su cálida mirada me recorriera todo el cuerpo. Lo sentí como una caricia, el dulce roce del aire en la piel que venía directamente de él. Se me endurecieron los

pezones por la brisa fresca y el roce entre las piernas me obligó a cerrarlas.

Gray soltó una risita y me dio una palmada en la parte superior de los muslos; el escozor me sorprendió tanto que las espinas me atravesaron la carne. Sonrió y se cernió sobre mí para lamer la sangre de mi piel con un gemido. Me pregunté si lo echaría de menos o si disfrutaba de no necesitarlo. A un hombre como Gray no le gustaba depender de nada ni de nadie. Lo sabía, porque a mí tampoco.

Me sonrió con un gesto perverso, formulando su plan.

Estaba muy jodida.

# 27

## GRAY



El sabor de su sangre en la lengua me dio ganas de dejarme llevar por mis instintos más salvajes. Quería más, quería probarla siempre. Aunque ya no tuviera los colmillos ni las ansias físicas, eso no significaba que no deseara la intimidad del acto.

Me senté a horcajadas sobre su pecho y me agarré la polla para acercársela a los labios. Ella los cerró con fuerza y me miró con desafío. Seguía muy enfadada conmigo, pero no podía negar la necesidad que sentía. La violenta danza entre los dos nos empujaba a querer hacernos sangrar y arrancarnos la ropa al mismo tiempo, dos tormentas opuestas que chocaban entre sí.

Solo quedaba esperar que siguiéramos en pie después de la lluvia.

—Abre la puta boca, brujita. Esta vez no será mi sangre lo que vas a beber —dije y sonreí con satisfacción cuando abrió los ojos como platos. Separó los labios para maldecirme y aproveché la oportunidad para colarme dentro. Willow refunfuñó alrededor de la

punta de mi polla y yo empujé hasta el fondo de su garganta. Deslicé una mano por debajo de su cabeza y le incliné el cuello sobre la almohada para penetrarla más profundamente.

Masculló en un intento de sacar las palabras. No se lo permití y no abandoné el refugio de su calor mientras le follaba la cara. No me hacía falta oírla para saber lo que me decía; la mirada de sus ojos me la ponía todavía más dura.

*Cabrón de mierda.*

Lo llevaba escrito en la cara.

Me enterré más hondo en su garganta, sin darle la oportunidad de tragar nada más que a mí. Le dieron arcadas y se le humedecieron los ojos.

—No finjas que no vas a estar empapada cuando vaya a devorarte, mi amor —dije en tono de reproche mientras Willow tragaba y me facilitaba el acceso. Me moví con lentos empellones, más suave debido al ángulo que si la hubiera puesto de rodillas frente a mí.

Estaba a mi merced porque así lo deseaba, a pesar de lo que hubiera intentado argumentar. La muy traicionera succionó cuando me retiré de su garganta para permitirle respirar.

—Joder —gemí; la sensación de verla tomar lo que quería bastaba para volverme loco. Ansiaba sentir sus uñas en el culo, sentir que me acercaba más y más a ella. Sin embargo, me conformé con bombeos superficiales, dejando que hiciera su magia con la lengua hasta que llegué al límite.

Willow no dejó de mirarme mientras succionaba. Golpeé la pared con la palma de la mano y me incliné hacia delante, y ella siguió chupando hasta que me corrí.

Seguía mirándome cuando se la saqué de la boca, contemplé la carne roja e hinchada y me deslicé por su cuerpo. Me acomodé entre sus caderas y presioné la polla reblandecida contra su calor húmedo.

—¿Lo ves? Estás empapada —dije y le di un largo beso en la boca antes de deslizar un dedo entre el valle de sus pechos. Con mis necesidades inmediatas saciadas, me tomé mi tiempo para dibujar círculos alrededor de sus pezones, observando cómo se le ponía la piel de gallina.

—No seas capullo —siseó mientras se retorcía con mis caricias.

—Jamás —dije, fingiendo ofenderme mientras me inclinaba hacia delante para llevarme un pezón a la boca y morderlo con cuidado. Willow arqueó la espalda y le agarré el otro pecho con la mano. La amplia carne se desparramó al apretarla.

Disfruté cada segundo mientras besaba cada centímetro de su pecho y su vientre, explorando cada hondonada y cada valle, memorizándolos. Pasé otro rato en sus costillas, concentrándome en el punto donde la había apuñalado para liberar la costilla de Charlotte. Jadeó, como si supiera lo que estaba haciendo, y no pasé por alto el cambio en su respiración o su ira.

No era una rabia justiciera, sino una que surgía de las heridas profundas y supurantes que no sanarían hasta que me permitiera aliviarlas. Aunque hubiera hecho lo que tenía que hacer para asegurarme de que saliera con vida, Willow nunca olvidaría que podría haber decidido no hacer nada.

Con el tiempo, llegaría a comprender que había sido necesario para que tuviéramos un futuro, que yo no habría podido sobrevivir toda una vida sabiendo que la amaba, pero sin poder sentirlo. Teniendo solo el débil recuerdo de lo que era el amor después de haberlo perdido, sabía que Willow era importante para mí.

No pude sentir su huella en mi alma hasta que mi alma y mi corazón se unieron en un solo cuerpo.

Deslicé los labios por su vientre y presioné con los pulgares el pequeño valle junto a los huesos de su cadera, deleitándome con

cómo se retorcía. Ese punto era sensible para ella, como un botón fácil de apretar para que abriera las piernas. Así lo hizo, se abrió a mí mientras yo me acomodaba entre sus muslos y la recorría con la boca.

Aspiré su aroma, la combinación única de flora y mujer que nadie más poseía. Introduje un dedo en su interior y me reí cuando lo apretó.

—Estás siendo cruel —dijo y me miró mientras me inclinaba hacia delante para tocar con la lengua el punto donde mi dedo bombeaba dentro de ella. Lo arrastré por todo su coño siguiendo un camino lento y pausado hasta su clítoris.

Procuré evitar el lugar que sabía que más deseaba y exploré cada cresta y parte de ella. Hundí la lengua, besé su carne y disfruté de cómo se retorcía debajo de mí en un esfuerzo por empujarme hacia el punto que quería. El olor de su sangre se hizo más fuerte cuanto más se movía; los cortes superficiales de sus muñecas se reabrieron con el movimiento.

—Gray, por favor —suplicó, dándome justo lo que quería. Willow podía presentar batalla todo lo que quisiera durante el día, pero solo había una persona al mando una vez que nos quitábamos la ropa.

—Dejaste que te tocara —dije con un gruñido. Le había puesto las manos en el cuello y la había besado.

Y no importaba que supiera que su existencia era temporal, que solo tenía que esperar, necesitaba borrar esa imagen de mi mente. No se me ocurría mejor manera de hacerlo que obligar a Willow a reconocer que era mía.

—Solo fue un beso —dijo con voz queda, pero la tranquilidad de las palabras no encajaba con la emoción que aún persistía bajo su piel. El sexo era una distracción para ella, una manera de distanciarse de las cosas que aún no estaba preparada para admitir.

Ojalá pudiera decir que solo me las ocultaba a mí, pero sabía que no era así.

Willow ni siquiera se las había confesado a sí misma.

—Esto también —dije y presioné la boca en la carne de su vagina con suavidad. No le di lo que quería y me gané un gruñido de frustración por su parte—. ¿Quieres que bese a otra mujer?

—Te voy a matar, joder —rugió y su ira activó su magia. Palpitó bajo su piel, una electricidad tentadora que sabía que pocos sentirían. Las enredaderas respondieron a su llamada, satisfechas con su sangre, y se retiraron de sus brazos. Me enterró las manos en el pelo y tiró con fuerza mientras me miraba—. Si se te ocurre tocar a otra mujer…

—¿Qué? ¿La tirarás por las escaleras? —pregunté y sonreí ante la furia de mi esposa.

—No —dijo y me sorprendió con una sonrisa despiadada—. Te tiraré a ti y después te enterraré vivo.

Me empujó hacia su centro para colocarme donde quería. Satisfecho con su admisión de celos, le concedí un breve respiro. Envolví su clítoris hinchado con los labios y chupé ligeramente mientras se contorsionaba debajo de mí.

—Cuidado, amor. Esos celos no tendrían sentido salvo si me quisieras —murmuré en su piel antes de rodearla con la lengua. Tenía las mejillas enrojecidas por la rabia de verse descubierta y lo que ello implicaba, y me reí entre dientes mientras bordeaba el orgasmo. Temblaba debajo de mí y las piernas le temblaban a ambos lados de mi cabeza.

Entonces me detuve para mirarla.

—¿Qué haces? —preguntó, con los ojos desorbitados por el pánico. Estaba tan mojada, hinchada y ávida, tan desesperada, que me arrastré hasta cubrir su cuerpo con el mío. No la penetré, la miré a

los ojos y la inmovilicé. No tenía escapatoria de mi mirada.

—Si quieres correrte, vas a tener que reconocer que eres mía. Esa boquita viciosa es mía —dije y me incliné para besarla. Me clavó los dientes en el labio inferior y me hizo sangrar, lo que me excitó todavía más—. Ese coño perfecto es mío. Toda tú eres mía y, la próxima vez que dejes que alguien te toque, encontraré la forma de asegurarme de que no puedas volver a hacerlo. ¿Entendido, brujita?

Willow sonrió, arqueó la espalda y arrastró las caderas por la cama. Se frotó contra mí, intentando provocarme para que le diera lo que quería. Cuando no cedí, frunció el ceño.

—Gray.

—Di las palabras, Willow —ordené, sin darle más opción.

Podía conservar el orgullo y optar por correrse sola, o admitir la verdad y entonces me la follaría hasta dejarla sin aire.

Bajó la vista hacia el laberinto que me había impreso en el pecho. La agarré por la barbilla y le levanté la cara hacia la mía de un modo que transmitía exactamente lo que quería. Se equivocaba si pensaba que aceptaría una negativa y lo dejaría correr.

Tenía toda la intención de atormentarla hasta que se rindiera.

Deslicé la mano entre sus piernas, le aplasté el clítoris con el talón de la palma y le metí dos dedos. Gimoteó y su mirada se volvió aún más desafiante al darse cuenta de lo que pasaría si no me daba lo que quería. No me importaba usar su cuerpo contra ella, tocarla como si fuera mi instrumento favorito hasta que cantara mi canción preferida.

—Mi cuerpo es tuyo —dijo, despegando los labios de los dientes en un gesto a medio camino entre una sonrisa y un gruñido.

—No, brujita. Eso no es lo que te he pedido —dije, sin dejar de jugar con su centro. Me incliné hacia delante, enterré la cara en su cuello y la atormenté con suaves besos y el roce de mi lengua en la

piel. Se estremeció y jadeó cuando le clavé los dientes. Ansiaba atravesarla, anhelaba la intimidad de su sangre fluyendo por mi garganta.

Su cuerpo se hundió debajo de mí y la obediencia y la desesperación por correrse se impusieron. Su devoción cuando se encontraba en ese estado me complacía, aunque fuera una admisión vacilante.

Las cosas fáciles de la vida nunca valen tanto como las victorias que se consiguen con sangre, sudor y lágrimas.

—Soy tuya —dijo, con voz tranquila mientras me miraba a los ojos.

Me apretó los hombros y me empujó hacia atrás con una ráfaga de aire que sabía que no controlaba del todo. Me ayudó a allanar el camino cuando me tumbó de espaldas y se subió encima de mí, metió la mano entre los dos y me guio a su entrada. Se deslizó a lo largo de mi polla y me envolvió con su calor. Estaba tan mojada y preparada por el tormento al que la había sometido que se hundió tanto como pudo a la primera embestida. Se acomodó en mi ingle y yo levanté el brazo para agarrarla por la nuca.

Tiré de ella hacia mí, atrapé su boca con la mía y ella empezó a moverse. Hizo lo que quiso, meneando las caderas para que su clítoris se frotase conmigo en cada embestida. Después de unos pocos empellones se abrazó contra mí y sus párpados temblaron mientras gemía en mi boca. La tumbé boca arriba y seguí follándola incluso cuando los muslos le temblaron y metió una mano entre nosotros para intentar detenerme.

Era demasiado sensible cuando se corría y necesitaba un respiro que no pensaba darle. Me apropié de todo lo que tenía para ofrecer, me la follé durante el orgasmo y le atrapé las muñecas. Las aprisioné con una mano y las sujeté por encima de su cabeza, mientras con la otra la aprisionaba por detrás de la rodilla para penetrarla más

profundamente.

Sus pechos rebotaron cuando la embestí con más fuerza que antes. Su cuerpo era más resistente, menos frágil y más capaz de recibirme. Me clavó las uñas en la mano y me arañó cuando se recuperó del tormento del orgasmo. Finalmente la solté, le puse la mano en la garganta y la sujeté así. Abrió mucho los ojos un segundo cuando le restringí la respiración, pero no se resistió al contacto posesivo.

Me incliné hacia ella y apoyé la frente en la suya mientras ella me rodeaba y me clavaba las uñas en el culo. Me empujó con más fuerza hacia su cuerpo y alentó la furia de mis embestidas.

La determinación por asegurarme de que me siguiera sintiendo dentro de ella durante días me impulsó a continuar y a penetrarla con fuerza y rapidez.

—Mía —gruñí y observé cómo se le desorbitaban los ojos.

Se incorporó, me atrapó el labio entre los dientes y mordió tan fuerte que me hizo sangrar. El sonido que le subió por la garganta fue más animal que humano, fruto de los instintos más profundos de nuestro vínculo.

—Mío —prácticamente ronroneó.

Introduje la mano libre entre nuestros cuerpos y le froté el clítoris sin dejar de penetrarla. Gimió con la cara desencajada y echó la cabeza hacia atrás con la espalda arqueada.

—No puedo —dijo y me agarró el brazo para intentar detenerme.

—Regálame otro, brujita —dije, ignorando su protesta. Apreté más la mano de su garganta para cortarle el flujo de aire mientras ella se retorcía debajo de mí.

Implacable, me la follé y asalté sin piedad su clítoris, llevándola al borde del abismo mientras luchaba por respirar. Abrió la boca, sin emitir sonido alguno, y me miró. El miedo cruzó su visión durante un instante en el que se preguntó si habría cometido un error.

Cuando su mirada empezó a nublarse, le solté la garganta y contemplé cómo se hinchaban sus pulmones. Gritó y me clavó su orgasmo en la espalda mientras la penetraba y me corría, llenándola de mí.

Se quedó tumbada debajo de mí, con el cuerpo laxo y los ojos cerrados cuando me separé de ella. Sus piernas se desplomaron sobre la cama, abiertas para que pudiera contemplar su coño hinchado y enrojecido. La toqué con los dedos para recoger la humedad que había surgido de mi retirada y volví a introducirla en su interior.

Se estremeció al contacto, su cuerpo demasiado sensible cuando le abrí las piernas y volví a meterle los dedos. Apretó los muslos en torno a mi cabeza e intentó escurrirse por la cama para evitarme mientras yo le besaba el clítoris con veneración y la penetraba con los dedos.

Mi liberación me empapaba la mano y me facilitaba el acceso aun cuando su cuerpo intentaba expulsarme.

—Gray, no puedo…

—¿Qué pasa, brujita? Creía que querías correrte —pregunté con burla, mientras me miraba atónita.

—Es demasiado —dijo, negando con la cabeza.

—Terminaremos cuando yo lo diga, ni un segundo antes.

Sonreí satisfecho y volví a bajar la cabeza entre sus piernas.

Willow no dormiría esa noche.

# 28

# Willow



Caminé por el pasillo hasta el aula donde sabía que los legados estaban sufriendo en clase de canalización. Debería haber sido la lección más entretenida, una oportunidad para abrazar la magia que nos corre por las venas, pero el profesor que la impartía había perdido el norte.

Era difícil canalizar el poder cuando la magia no respondía a tu llamada a causa de tu negligencia.

Esperé fuera a que sonara el timbre, apoyada en la pared. Me dolía el cuerpo a cada paso, pero estaba decidida a no dejarme disuadir de lo que tenía que hacer. La noche anterior solo había servido para demostrarme que tenía que hacer lo que fuera necesario para librar al mundo de Lucifer.

Tenía que hacer lo que hiciera falta para sacarlo de mi vida y de mi cuerpo cuanto antes.

Iban salió de la clase con un grupo de amigos varones a su lado y

miré por encima de su hombro para encontrarme con la mirada de Della. Le hice un gesto con la cabeza sin mediar palabra; apretó los labios y agachó la cabeza. Odiaba lo que mis acciones le harían a su relación, pero la alternativa era impensable.

Si Gray ya me había afectado tanto en tan poco tiempo, ¿qué pasaría si tuviera años para manipularme? ¿Cuánto tiempo haría falta hasta que me tuviera tan enredada que terminaría creyendo que me amaba? Peor aún, ¿que yo lo amaba lo suficiente como para perdonar sus faltas?

—Willow —saludó Iban, con voz vacilante. Sus amigos lo miraron interrogantes, pero les hizo un gesto para que se fueran y me agarró de la mano para guiarme hacia un hueco del pasillo apartado—. ¿Qué haces aquí?

—Lo haré —dije, con la voz más firme que el día anterior—. ¿Puedes reunir a la gente que necesitaremos para el hechizo?

Ladeó la cabeza, me soltó el brazo y mantuvo la distancia. Su proximidad a la muerte había hecho maravillas para que respetara mi espacio personal.

—¿Qué te ha llevado a cambiar de opinión? Sé que ayer no estabas del todo convencida. ¿Te ha hecho algo?

Me sonrojé al recordar todo lo que me había hecho la noche anterior. Me había parecido un castigo y una recompensa a la vez, como si no pudiera decidir si estaba furioso conmigo o aliviado de que hubiera sido sincera al admitir que no había sentido nada con el beso de Iban.

—Ha intentado matarte —dije y la mentira me pesó en la garganta. ¿En qué clase de persona me había convertido para que esa no fuera la fuerza impulsora de mi decisión de deshacerme de Gray?

Iban no terminaba de creerme y la desconfianza ensombrecía los rasgos de su apuesto rostro, pero no me rebatió la mentira, sino que

asintió y miró por encima del hombro.

—Les diré que vengan a la biblioteca dentro de una hora. ¿Te parece bien? —Miré hacia el pasillo que conducía al aula de Gray con indecisión. Había roto la jaula que aprisionaba mi corazón, dejándome inquieta y nerviosa. Tenía la sensación de que sería el mayor error de mi vida, pero no sería capaz de reconstruir aquel refugio hasta que se hubiera ido.

Tal vez yo no hubiera nacido sin corazón, como su Recipiente, pero eso no significaba que no prefiriera el entumecimiento que me había producido mil cortes afilados en mi alma.

La vida me había roto. Mi padre me había roto.

Pero Gray me había destrozado.

No le daría el tiempo ni la oportunidad de volver a hacerlo, aunque significara condenarme de nuevo al lugar donde nada me importaba. No se me escapó la ironía.

Gray no había tenido un corazón con el que amarme, pero había estado dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperarlo.

Mientras yo estaba dispuesta a todo por deshacerme del mío.

—Allí estaré —dije y esbocé una débil sonrisa a su espalda cuando se alejó de mí sin mediar palabra. Dejé que se ocupara de reunir a quienes necesitáramos, sabiendo que al menos Della y Nova estarían a mi lado y serían un apoyo silencioso hasta que tuviera que separarme de ellas para hacer aquello que quería evitar por encima de todo.

—¿Estás bien? —preguntó Nova al acercarse. Della esquivó mi mirada y se marchó a buscar a Juliet. Esperaba que no le confesara nada, pero no la habría culpado si lo hiciera. Que yo estuviera dispuesta a sacrificar mi corazón no significaba que esperara lo mismo de ella.

No todo el mundo tenía que elegir entre el amor y el deber, entre

hacer lo que quería y lo que era correcto. Algunos amores tenían sentido. Encajaban dentro de lo realista y lo que se esperaba de una relación, se parecían más al lento crecimiento de las raíces bajo la superficie que a un relámpago que atravesaba las ramas. Gray y yo quemaríamos el mundo si permitía que nuestro amor creciera, y lo aceptaba como parte de mí aunque no fuera natural.

—No —reconocí y miré a los ojos a mi amiga.

Nova me sonrió con tristeza y agachó la cabeza como si lo entendiera. Pero no lo entendía. Nadie lo entendía.

—No pasa nada por no estar bien. No siempre tienes que ser fuerte por los demás —dijo y apoyó la frente en la mía.

Resistí el escozor de las lágrimas y asentí.

—Es posible que vayas a tener que ser tú la fuerte durante un tiempo, pero de momento tengo que seguir luchando —afirmé y me negué a mirarla—. Así es como soy.

El eco de las palabras de Gray me pellizcó el pecho y no se me pasó por alto que recurría a ellas en busca de consuelo. No era el recuerdo del abrazo de mi madre ni su aliento, sino las palabras del hombre al que planeaba matar esa misma noche.

Me alejé de Nova despacio y me dirigí a su clase. Gray estaba en la parte de delante y no parecía afectado por la falta de sueño de la noche anterior. Me sentí muerta por dentro cuando me acerqué a él y me obligué a ignorar a quienes nos observaban a través de la puerta abierta.

Se dio la vuelta y levantó una ceja al verme.

—¿Brujita? —preguntó, dejó la tiza en la bandeja metálica de la pizarra y se sacudió las manos.

—Te odio —dije en voz baja. Se puso tenso, preparándose para la discusión que sabía que esperaba. Habíamos bailado la misma canción demasiadas veces como para que esperara otra cosa y me

retorcí las manos mientras buscaba las palabras.

Si iba a arrancarlo de mi vida, si iba a despedirme, al menos quería reconocer la verdad por una vez.

—Willow. —La frustración se filtró en su voz y me empujó a dar otro paso hacia él. Se encontró conmigo junto a la mesa y suavizó la expresión al notar mi inquietud. Sabía lo que intentaba decirle. Sabía que en realidad no le estaba diciendo que lo odiaba—. Lo sé —añadió en voz baja.

—¿Lo sabes? —pregunté y ladeé la cabeza—. ¿Sabes lo que es desear arrancarte de mi corazón? ¿Sabes cuánto odio que la persona que me ha mostrado más bondad sea la única a la que se supone que debo despreciar?

—Supe que eras mía en cuanto te vi y luego pasé los siguientes cincuenta años esperándote. Te odié durante mucho tiempo, brujita. Pusiste en peligro todo lo que había planeado y construido durante siglos. Así que sí, lo entiendo —dijo y me acarició la mejilla con los nudillos—. La diferencia entre tú y yo es que a mí no me importa lo que es moralmente correcto. Tomo lo que quiero sin avergonzarme. Tú prefieres convertirte en una mártir para sentirte mejor con lo que sientes por mí.

—Eso no es justo —protesté y me estremecí por la frustración de su voz.

—¿No lo es? ¿Qué le debes a esa gente por la que tanto luchas? Hace unas semanas, te habrías reído si te hubiera dicho que eras una de ellos —dijo Gray y odié no poder negar la afirmación.

Lo único que quería era largarme y vivir con Ash, dejando al Aquelarre para que lidiara con sus propios problemas.

—Son mi gente. Sin la Alianza de por medio…

—No vas a poder usarlos como escudo para siempre, brujita —dijo y recogió un libro de la mesa—. Tengo que prepararme para la

próxima clase, así que si solo has venido a discutir, te sugiero que te vayas.

Suspiré, apoyé los dedos en la cubierta del libro y lo empujé hacia abajo. Me miró por encima de la página y me obligué a tragarme la frustración.

—No los estoy usando como escudo.

—¿No? —preguntó y me apartó los dedos

—¿Por qué tienes que ponérmelo tan difícil? —espeté y le di la espalda. Me dirigí a la puerta, decidida a concederle la intimidad que tanto había deseado hacía un momento.

—¿Yo? —preguntó y se rio—. Has venido aquí solo para buscar pelea y tienes el descaro de enfadarte conmigo cuando te hago las preguntas que tú misma no estás preparada para hacerte.

Suspiré y dejé caer los brazos a los lados cuando la fuerza me abandonó.

—No he venido a buscar pelea —admití.

—No estoy seguro de que sepas cómo dejar de hacerlo —dijo, pero sonrió—. ¿Qué necesitas, amor?

—Quería pedirte perdón. Me equivoqué ayer, cuando dejé que Iban me besara. No volverá a suceder —dije y lo observé. Volvió a dejar el libro en la mesa y acortó la distancia entre nosotros. Cuando ladeó la cabeza, solo había dos pensamientos en mi mente.

O estaba a punto de ser cruel, o pensaba que estaba a punto de romperme.

No sabía qué reacción me dolería más, sabiendo lo que estaba por hacer. La crueldad me dolería en el momento, pero haría que después fuera más fácil; la amabilidad tendría el efecto contrario.

Se me acercó despacio y se detuvo justo delante de mí. Levantó con los dedos el collar de mi madre que me colgaba del cuello. Jugueteó con él y me sostuvo la mirada.

—Lo sé y agradezco que te disculpes —dijo. Soltó el collar y dejó que volviera a caerme sobre el cuello—. Pero eso no es lo que has venido a decirme ni tampoco es lo que quiero oír.

Tragué saliva y me arrepentí de haber ido a verlo. No encontraba las palabras que me habían parecido fáciles cuando no me estaba enfrentando al escrutinio de sus ojos dorados.

Unos ojos que probablemente solo vería una vez más, cuando la vida los abandonase por completo.

—Ha sido un error —dije, negué con la cabeza y me di la vuelta para marcharme.

Gray me agarró por la nuca y me giró. Su boca se posó en la mía con brusquedad y su lengua me obligó a abrir los labios. Se apartó con la misma brusquedad y me dejó ahí plantada.

—Dilo.

—Odio que me hayas hecho amarte —dije, en apenas un susurro desesperado. No podía seguir negando la necesidad que latía en mi corazón, la forma en que cada acto considerado por su parte se me colaba bajo la piel. Era el diablo y era capaz de grandes maldades, pero también cuidaba de mí como nunca nadie lo había hecho.

Me demostraba lo que significaba para él cada vez que tenía oportunidad y eso más que nada era lo que me había ido desgastando hasta que solo quedó la verdad.

—Lo sé, brujita —dijo y esbozó una sonrisa deslumbrante. Se le iluminaron los ojos como si le hubiera entregado más magia de la que sabía contener; el sol se reflejaba en su piel y lo hacía parecer el ángel que una vez había sido.

—Estoy bastante segura de que ahora es cuando se supone que tienes que responder —dije y puse un mohín.

Ensanchó la sonrisa antes de inclinarse y rozó mis labios con mucha más suavidad. Se quedó allí, compartiendo un aliento, y me

sostuvo la mirada.

—Te amo, brujita. Por todo lo que eres y por todo lo que no eres.

Suspiré aliviada y sonreí a pesar del dolor agridulce.

Un único momento de felicidad que atesorar antes de que el recuerdo se volviera agonizante.

Me puse de puntillas para besarlo y le rodeé el cuello con los brazos. Lucifer me abrazó por la cintura y me levantó en el aire.

Esperaba que no viera el cuchillo.

Esperaba que no sintiera dolor.

# 29

# Willow



Entré en la biblioteca y llamé sin hacer ruido a la puerta secreta. Esperaba que nadie me hubiera oído en las salas principales mientras aguardaba impaciente a que me dejaran entrar.

Iban abrió la puerta al cabo de un rato y me condujo dentro con prisas para que no me vieran. El pequeño espacio estaba abarrotado, con un representante de cada casa en su interior, pero la daga en el centro de la mesa fue lo que me arrancó el aire de los pulmones.

Había ido sabiendo lo que planeaba hacer, pero eso no lo hacía más fácil.

Entré en la habitación sin dejar de mirar la hoja. El sonido se atenuó y empecé a oír un pitido en los oídos. Me sentía como si me hubiera sumergido bajo el agua, como si la única forma de sobrevivir fuera entumecerme por completo. Me estaba ahogando, me asfixiaba bajo la superficie. Me puse la máscara y me aproximé a la cabecera

de la mesa junto a Iban. Nova me miró a los ojos y movió los labios formando un sonido que no oí. Negué con la cabeza para deshacerme de la sensación de que no podía respirar. Era peor que cuando Gray me había ahogado la noche anterior.

El entumecimiento siempre era peor que el miedo.

La figura de un hombre apareció en la pared del fondo, su forma nebulosa me observó de arriba abajo. Me evaluó y me encontró muy deficiente, dada la manera en que se rio y me dio la espalda. La tenue sombra de sus alas blancas le ocultaba los ojos, pero a pesar de todo algo me empujaba a acercarme a él.

Iban me tocó el brazo y me arrancó del trance que me había consumido. Volví a respirar y estampé la palma de la mano en la mesa para contenerme mientras tragaba aire con avidez.

—¿Estás bien? —preguntó Nova y rodeó al grupo de gente que se había reunido para verme desmoronarme.

Asentí y me aclaré la garganta, que estaba ronca.

—Estoy bien. Solo ha sido una visión —dije y me sacudí como si no tuviera importancia.

—Loralei también las tenía —dijo una bruja mayor de ojos azules brillantes que me estudiaba con atención. Me volví para mirarla, consolada al saber que mi tía tampoco había podido ocultar el lado más misterioso de los poderes de los Hecate. Todo el mundo daba por sentado que nos limitábamos a resucitar a los muertos, a traer de vuelta a zombis que no recordaban quiénes habían sido.

Pocos sabían la verdad. Teníamos que comulgar con los muertos sabiendo que éramos incapaces de darles la única cosa que deseaban más que nada.

La vida.

Loralei hablaba a menudo de guiar a los que tenían asuntos pendientes en su viaje hacia la paz. Según mi padre, consideraba que

esa era su verdadera vocación y la verdadera magia que tenía que ofrecer.

—Me alegra saber que no estoy sola —dije sin más, intentando dejar a un lado la vergüenza porque me hubieran visto en medio de una visión. Sobre todo porque sabía que la había provocado la agonía que sentía por lo que estaba a punto de hacer—. ¿Iban os ha dicho a todos por qué estáis aquí?

El aludido se aclaró la garganta y asintió mientras alargaba la mano para rodear el mango de hueso de la daga. Tragué saliva y detesté que fuera él quien la sostuviera. Sentía como si eso añadiera una capa más a mi traición, como si aliarme con Iban empeorara el asesinato de Gray.

—¿De verdad te ves capaz de hacerlo? —preguntó uno de los hombres de la mesa. No lo conocía, pero iba vestido de amarillo, color que acentuaba su cálida piel morena.

—Te has hecho vulnerable al acostarte con ese monstruo. ¿Qué te hace pensar que no sabe lo que tienes planeado? —preguntó la mujer a su lado. Vestía el blanco de los brujos de cristal y llevaba el pelo plateado suelto. También tenía los ojos morados, más oscuros que los de la mayoría de los Hecate.

—¿Acaso hay algún momento en el que un hombre sea más vulnerable que cuando tiene la polla fuera? —repliqué y observé cómo la mujer mayor se alarmaba por la vulgaridad. No me andaría con rodeos y no toleraría que insinuaran que yo era la única que corría peligro por nuestra relación.

Había ido allí para encontrar su debilidad y explotarla.

Solo que no había sabido que sería yo.

—Supongo que no —dijo la bruja y negó con la cabeza mientras colocaba los cristales sobre la mesa. Formó un círculo con ellos y puso una piedra en cada punto del pentagrama. Iban volvió a dejar

la daga en el centro de la mesa mientras todos se volvían a mirarme.

Un hechizo como aquel requería tres cosas.

Piedra.

Sangre.

Hueso.

Agité la mano hacia los huesos que me rodeaban la cadera y contemplé cómo se movían para seguir mis órdenes. Al principio no lo había entendido, pensaba que Gray era el único capaz de determinar dónde se posicionaban los huesos en mi cuerpo.

Ahora ya lo entendía.

Eran parte de mí; lo único que tenía que hacer era reconocerlo y serían míos. La resurrección y la posterior muerte de Loralei me habían mostrado la verdad y me habían permitido aceptar las partes más oscuras de mi realidad.

Los huesos se despegaron de mi cadera, se elevaron formando un arco y se esparcieron por la mesa. Rodearon el pentagrama central y se desparramaron por la madera. Solo yo me estiré hacia el pentagrama y me incliné sobre la mesa para extender la mano.

Arrastré la palma por la hoja y me estremecí cuando las gotas de sangre cayeron sobre la superficie. Era un desperdicio dejar que algo con la capacidad de crear tanta vida se utilizara para dar muerte.

—*Sanguis terrae et os* —dije y observé cómo los huesos repiqueteaban sobre la mesa en reconocimiento de la ofrenda. El pentagrama formado por los cristales se alineó con las enredaderas que se habían desprendido de la madera para dibujar el símbolo encima de la mesa.

Le pasé el cuchillo a Nova, ignorando cómo me miraba. Hizo lo mismo que yo, se inclinó hacia delante y se cortó. No dudó en ofrecer su sangre al hechizo, a pesar de que aquella magia había estado prohibida bajo el mandato de la anterior Alianza. No me

cabía duda de que habrían intentado matarlo antes, pero no habían contado con la magia nigromántica de los brujos negros para ayudarles. Una brisa recorrió la habitación al llenarse de su aire, me bañó la piel y me heló los huesos. Le entregó el cuchillo a Della a su lado y una débil llovizna envolvió la habitación, dejando algunas gotitas dentro del círculo del hechizo.

La bruja amarilla se cortó y las llamas envolvieron las enredaderas que habían crecido sobre la mesa. Actuaban como un límite, conteniendo el fuego que me abrasaría cuando tuviera que volver a colocar la daga en el centro. La sangre ardió y se fundió con las llamas mientras el acre aroma llenaba la habitación.

El brujo rojo a su lado arrastró el cuchillo por la palma de su mano y una oleada de deseo nos envolvió a todos. Iban se tensó, pero me obligué a ignorarlo cuando se me acercó. La magia de los rojos era potente, pero no podía materializar algo que no existía.

Y no era por él por quien cantaba mi cuerpo.

La bruja blanca añadió su sangre y el zumbido de los cristales ahogó todo sonido más allá del círculo. La bruja violeta terminó el círculo e Iban se apartó a un lado, expulsado por su falta de magia. Era evidente que lo disgustaba verse excluido del plan que él mismo había puesto en marcha, pero detestaba cómo se mantuvo pegado a mi espalda.

Tendría que ocuparme de él en cuanto Gray ya no estuviera y dejarle claros los límites. No había un futuro para nosotros, ni siquiera sin Gray de por medio.

Las estrellas brillaron en el techo, cayeron sobre el círculo y se esparcieron entre nosotros mientras yo las contemplaba con asombro. La bruja violeta me entregó la daga para que diera el último paso para imbuir toda nuestra magia en la hoja.

Tragué saliva al agarrar el mango, sin apartar la vista del

pentágono en llamas. Me esforcé por moverme y aproximé la mano. El fuego me lamió la piel, me quemó y dejó grietas negras carbonizadas a su paso mientras depositaba la daga sobre la mesa. El dolor fue agónico y me caló hasta los huesos, pero apreté los dientes para soportarlo.

Para blandir el poder, tendría que dar más de mí misma.

Me retiré y la piel se me empezó a curar en cuanto aparté el brazo. La piel rosada y nueva sustituyó a la negra y carbonizada. La hoja descansó entre las llamas, hasta que se desvanecieron lentamente. Palpitó con una luz dorada, absorbió el fuego y la sangre que ardía con él. Las enredaderas retrocedieron cuando pasé la mano por encima de la mesa para recuperar los huesos. Volvieron a asentarse en mi cintura, de regreso a casa, mientras la bruja blanca reunía sus cristales de la misma manera.

Introduje la mano en el círculo y rodeé con los dedos la empuñadura de la daga. El calor del poder me escaldó y me arrancó un jadeo mientras aceptaba el manto. Sentí muy dentro de mí el rumor del poder ancestral atrapado en aquella hoja.

La empuñé con fuerza y levanté la vista para mirar a los que esperaban alrededor de la mesa. El brujo rojo miró a Iban y asintió, antes de volverse hacia la puerta.

—Espero que no nos hayamos equivocado al confiar en ti, Alianza —dijo con los ojos rojos entrecerrados y abandonó la sala.

—Esperemos que funcione —respondí y observé cómo los demás se iban marchando poco a poco. Me senté a la mesa para esperar y rechacé todos los intentos de conversación por parte de Della, Nova e Iban. Al final, ellos también se marcharon.

Hasta que solo quedé yo.

# 30

## Willow



Me moví por instinto.

Me sentía como si las piernas fueran independientes de mi cuerpo y, aunque ya no tenía la daga en la mano, aún notaba el eco de su poder dentro de mí, como la persona que la había colocado entre las llamas. Cuando estuvo a salvo en mi bandolera, subí las escaleras poco a poco.

Los alumnos me adelantaban, pero quería disfrutar de aquellos preciosos momentos de los que disponía para sentir la pena por lo que tenía que hacer. En cuanto pusiera un pie en aquella habitación, no quedaría espacio para sentir lástima de mí misma. Solo engaño.

La tarea que tenía que cumplir, la misión que siempre fue mía.

Podía ser la esposa del diablo o la mujer que se sacrificó a sí misma para salvar al mundo de su corrupción.

Sabía cómo influenciaba en aquellos a los que tocaba, cómo hacía que nos volviéramos contra nosotros mismos.

Sabía lo fácil que era caer en sus mentiras, incluso sabiendo que todo en él estaba mal.

Doblé la esquina y me detuve frente a nuestra puerta. Respiré hondo varias veces y me concentré en contener el dolor y el miedo. Esperaba que tuviera la piedad que yo no tendría, la muerte rápida y fácil que yo nunca tendría. Sus archidemonios me harían sufrir cuando se enterasen de lo que había hecho y lo que quedara del poder de Lucifer abandonaría el mundo conmigo.

Forcé una sonrisa vacilante, empujé la puerta y entré en la habitación. Gray estaba recostado en el sofá, pasando las páginas de un libro apoyado en el regazo. Se veía cómodo y relajado en el nuevo hogar que se había construido.

Levantó la vista del libro y sonrió cuando me vio acercarme. Leyó mi expresión y la malinterpretó como incomodidad por mi confesión anterior.

Que era exactamente lo que había planeado, dejé que la mentira cubriera la emoción que me obstruía la garganta y me mantuve en silencio. Mi padre había querido que fuera despiadada, que matara sin pensar y sedujera con habilidad.

No quedaba nada de eso en mí cuando me acerqué y me detuve delante de Gray.

Apoyé la bandolera en el respaldo del sofá mientras Gray abría las piernas y atraía mis caderas. Sus dedos rozaron los huesos cuando me tocó y dibujó círculos con los pulgares mientras me miraba.

—No tienes por qué sentirte incómoda, brujita. No ha cambiado nada entre nosotros.

Asentí. Tenía razón.

Mi amor por él no cambiaba nada.

Sonreí cuando deslizó los pulgares por debajo del dobladillo de mi camisa y contuve la respiración cuando me rozó la piel desnuda.

—Zumbas de poder —dijo y se inclinó hacia delante para aspirarme. Me quedé quieta, esperando el momento en que se diera cuenta de que ese poder no era enteramente mío.

No dijo nada cuando di un paso atrás y me incliné para ponerle la mano en la mejilla. Atraje su rostro hacia el mío y contemplé al ángel que tenía ante mí. En aquel momento, era más lucero del alba que demonio y me miraba como si yo fuera todo su mundo. Acerqué la boca a la suya y lo besé con suavidad.

Un beso de despedida.

Gimió y dejó que le pusiera las manos en los hombros y lo empujara hacia atrás. Se dejó caer contra el respaldo del sofá y sonrió cuando me levanté el dobladillo del vestido y me bajé la ropa interior antes de arrojarla a un lado. Frunció el ceño cuando me acerqué a él, le desabroché el cinturón y le bajé la bragueta.

—Brujita codiciosa —dijo y la risa en sus palabras me hizo estremecer. Lo ignoré mientras me sentaba a horcajadas sobre su cintura y acercaba la boca a la suya con más fuerza. Metí la mano entre nosotros para guiarlo hasta mi entrada.

Era demasiado grande cuando no estaba tan mojada; la oleada de deseo del brujo rojo se había desvanecido a causa del estrés por lo que tenía que hacer. El pinchazo de dolor me arrancó un gemido mientras movía las caderas. Subiendo y bajando en embestidas superficiales, dejé que mi cuerpo tomara el control. Sabía lo que tenía que hacer, respondió al deslizamiento de su miembro dentro de mí y a la presión de sus labios sobre los míos. Gray gruñó mientras me ensartaba en su polla, dilatándome.

Incliné la cabeza y enredé mi lengua con la suya. Estaba siendo mucho más suave de lo que quería; se parecía más a hacer el amor que a follar. Gray me agarró del culo y me acarició las nalgas mientras me dejaba que marcara el ritmo. Me sostuvo mientras subía

y bajaba sobre él, moviéndome despacio mientras lo distraía con mi beso.

Acuné su cara entre las manos y puse todo mi empeño en resultar creíble. Por un instante, quería que supiera que mis palabras eran ciertas.

Quería que supiera que lo amaba, aunque no pudiera ser tan egoísta como para elegirnos.

—Brujita —murmuró sin abrir los ojos cuando por fin me separé. El apodo abrió una grieta en el muro que había intentado levantar alrededor de mi corazón para hacer aquello, la superficie se resquebrajó al darme cuenta de que sería la última vez que lo oiría murmurarlo con su profunda voz.

La última vez que me llamaría así.

Lo miré mientras abría los ojos, le solté la cara y apoyé las manos en el respaldo del sofá, detrás de él.

Aproveché el ángulo para ensartarme más profundamente y moví las caderas con más fervor. Gimió mi nombre y su polla se agitó dentro de mí, un aviso de su próxima liberación.

Me moví despacio, metí la mano en la bolsa y saqué la daga. Me incliné hacia él y le di un último beso en la boca; el suave roce de mis labios en los suyos me hizo sentir como si ya fuera un fantasma.

Sabía que tenía lágrimas en los ojos cuando me aparté y dejé la hoja a mi lado. Abrió los ojos, ladeó la cabeza, preocupado, y me acarició la mejilla.

—¿Qué pasa, mi amor? —preguntó.

Me tembló el labio inferior y me rendí ante la amenaza de las lágrimas, incapaz de contenerlas por más tiempo.

—Lo siento —jadeé, respirando a duras penas.

Intenté inhalar hondo y calmar el pánico que me producía la confusión que advertía en su mirada.

Y le clavé el cuchillo en el corazón.

# 31

# Willow



Jadeó, un sonido húmedo e irregular.

Frunció el ceño mientras miraba el cuchillo que le sobresalía de las costillas, en el ángulo justo para alcanzar al órgano carnoso que se escondía debajo. Volvió a mirarme y el dolor en sus ojos me arrancó un sollozo ahogado.

—Lo siento —repetí, retorciendo el cuchillo para arrancarle todo el corazón que pudiera.

Resolló debajo de mí. Extraje la daga y la arrojé a un lado; la sangre empezó a manar de la herida sin obstrucción. Se derramó sobre el sofá y empapó la tela beige con el color de su vida.

—¿Por qué? —preguntó con voz ronca y áspera. No me atrevía a separarme de él, a dejarlo allí.

No quería que estuviera solo.

Había tenido que engañarlo para que funcionara, así que ¿por qué la pregunta me hacía sentir aún peor?

—Ya sabes por qué —dije y negué con la cabeza, aún sin levantarme.

La sangre se siguió derramando y se le desenfocó la vista. Levantó una mano hacia mi cara, con la palma manchada de sangre. Me acarició la mejilla y la roja humedad me tintó la piel.

—Te amo —dijo y la férrea determinación de su voz me sorprendió. No había ni rastro de la debilidad que habría esperado en un hombre a las puertas de la muerte, solo una firme advertencia envuelta en cálidas palabras.

Me amaba, pero eso no significaba que no pagaría por lo que había hecho…

Bajé la mirada hacia la herida y la mancha de su camisa y me di cuenta de que el flujo de sangre se había detenido. Elevé de nuevo la cabeza y la serena furia de su mirada me aterrorizó más de lo que lo hubiera hecho cualquier demostración externa de rabia.

Presioné la palma contra la herida, presa del pánico, y hundí los dedos en el corte en la tela. No había puñalada, solo piel fresca cubriendo lo que había hecho.

Si no hubiera sido por el charco de sangre que manchaba el sofá, habría pensado que me lo había imaginado todo.

Me incorporé a trompicones e hice una mueca de dolor cuando el movimiento lo sacó de mí. Se quedó mirando cómo me apartaba, sentado en el sofá y yo de pie en medio del salón. No me molesté en correr; sabía que no llegaría lejos antes de que encontrara su venganza. No permitiría que nadie más fuera presa de su ira.

Gray se guardó el miembro en los pantalones y se levantó con calma, sin ningún indicio de dolor.

—Gray —dije y volví a cerrar la boca. No había nada que decir, nada que alegar.

Había intentado matarlo.

Y había fracasado.

—¿Tan mal te he tratado? —preguntó mientras se me acercaba lentamente. Jonathan siseó y se escurrió bajo el sofá, abandonándome a mi suerte.

—Eso no es…

—¿No es qué, Willow? —preguntó, su ira palpitando en el aire—. ¿Por qué has intentado matarme?

—¡Me utilizaste! —grité e hice una mueca de dolor cuando reculó. Él pensaba que habíamos superado lo que me había hecho para llegar hasta allí, pero yo creía que jamás sería capaz de pasar página —. Y ambos sabemos que volverás a hacerlo.

—Tienes razón —dijo y asintió—. Te utilicé para conseguir lo que quería y luego intenté hacer todo lo posible para compensarte. Nunca volvería a hacerte daño. Nunca haría algo así. Nunca arruinaría lo que somos.

—¿No lo entiendes? ¡No se trata de nosotros! —grité y di un paso atrás cuando avanzó.

—Siempre una jodida mártir —espetó y sus palabras se me clavaron en el pecho. Me habían educado para ser una mártir, para sacrificarme y recuperar los huesos que mi padre no podía conseguir por sí mismo.

No sabía quién era sin ese propósito.

—Déjame que te lo explique, Willow. Siempre se ha tratado de nosotros —gruñó y siguió caminando hacia mí. No tuve más remedio que refugiarme en el dormitorio y miré alrededor mientras me seguía. Agarró la puerta y la cerró de un golpe. Me estremecí al pensar en mis amigos, esperando noticias mías, preguntándome si sentirían cómo el edificio entero parecía vibrar con su fuerza—. Querías deshacerte de mí, porque eres demasiado débil para elegirme.

—¡Me vas a romper! —grité y el estridente sonido me sorprendió incluso a mí al subírseme por la garganta. Me quedé inmóvil en medio de la habitación; me negaba a retroceder más. Ya le había cedido suficiente terreno, me había arrinconado. Podía hacerme daño o matarme y no podría hacer nada para impedirlo.

Me lo merecería, después de lo que había hecho. La culpa me aplastaba, pero me obligué a no pensar en ella. Él había hecho cosas peores.

—Tonta ingenua —espetó y me quedé boquiabierta—. Estabas rota mucho antes de que yo te encontrara.

Lo miré desde el otro lado de la habitación, paralizada.

—Te equivocas —dije y apreté los dientes con rabia. Quería hacerle daño, quería apuñalarlo otra vez.

—Yo no tenía corazón cuando te hice daño y fue la experiencia más miserable de mi existencia. Tú tienes corazón, brujita, y aun así prefieres asesinar al hombre al que amas antes que reconocer que alguien te importa —gritó, alzando la voz.

—Vete a la mierda —espeté y avancé dando zancadas hacia él. Decidida a salir de allí, me dirigí hacia la puerta del dormitorio—. Reconozco que me importan muchas personas en mi vida. Ellos se merecen mi amor, no como tú.

—¿Por eso los mantienes siempre a distancia? ¿Por eso ni siquiera eres capaz de decir que los quieres? —preguntó con burla, hurgando en los agujeritos que tenía en el lugar donde debería haber estado ese amor.

Me importaban. Los protegía.

Pero solo había querido a mi madre y a Ash. Y los dos se habían ido.

Negué con la cabeza para zanjar la discusión, optando simplemente por no responder. No había nada que decir cuando

ambos sabíamos que tenía razón, pero no importaba. Me apresuré hacia la puerta.

—No hemos terminado, joder —espetó Gray y me agarró del brazo. Apretó con fuerza y me acercó para mirarme con desprecio.

—Ni siquiera hemos empezado —repliqué con saña y tiré del brazo hasta que tuvo que elegir entre lastimarme o soltarme. Antes me habría soltado para no hacerme daño, pero me siguió sujetando con fuerza.

—Te aterroriza amarme. Vives con miedo a que vuelva a hacerte daño —dijo.

Lo empujé, obligándolo a retroceder y a soltarme el brazo. Me aparté mientras recuperaba el equilibrio y volví a correr hacia la puerta.

Agarré el pomo y tiré para abrirla. Gray golpeó la madera con la palma de la mano y la cerró. Me giré hacia él y le di un puñetazo en el vientre, apuntando a la herida que le había hecho entre las costillas. Gruñó, me rodeó el cuello con los dedos y me empujó contra la puerta.

Me retuvo allí, apretando con el pulgar y los dedos lo suficiente para advertirme.

—Basta, Willow.

—Hazlo —gruñí y frunció el ceño ante mi orden—. Mátame de una puta vez.

Aflojó el agarre, pero me mantuvo inmovilizada mientras suspiraba y se inclinaba hacia delante. Apoyó la frente en la mía y se quedó así un momento. Me tensé cuando me rozó la frente con los labios, me soltó y me apartó de la puerta.

Salió al salón y no tuve más remedio que seguirlo cuando recogió el cuchillo con el que lo había apuñalado. Sentí la presión de su magia en cuanto lo tocó, segura de que había decidido acabar

conmigo.

—¿Tantas ganas tienes de verme muerto? —preguntó y siguió mirando el cuchillo mientras lo giraba entre los dedos.

No respondí, se me llenó la boca de arena al ver la tristeza en su rostro.

—Gray —jadeé.

—Contéstame. ¿Quieres que muera? ¿De verdad me odias tanto que preferirías no volver a verme nunca? —insistió.

Me pasé las manos por la cara con desesperación para intentar librarme de las lágrimas que era incapaz de contener.

Gray le dio la vuelta al cuchillo, se me acercó y me lo puso en la mano. Rodeé la empuñadura con dos dedos, pero no guio la hoja hacia su pecho.

La apuntó hacia el mío.

—Esta daga fue diseñada para matarme, pero no es mi debilidad, brujita, no te equivoques —dijo. Me soltó las manos y me dejó allí plantada, sosteniendo el cuchillo sobre mi propio corazón—. Eres tú.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, moqueando mientras ponía distancia entre nosotros.

Lo quería lo más lejos posible y al mismo tiempo quería que me abrazara. Ese era el conflicto de nuestro amor: el constante tira y afloja de dos personas que no deberían funcionar, pero que de algún modo lo hacían.

—Digo que el error que cometiste fue apuñalarme. Esa hoja fue creada para ti —dijo y bajé la mirada hacia la punta del cuchillo que se apoyaba en mi carne.

—¿Eso qué…?

—Uní nuestras vidas cuando te traje de vuelta, Willow. Si tú mueres, yo te seguiré —respondió y las palabras flotaron entre nosotros mientras esperaba. Esperaba a que eligiera—. Y esa es la

forma de matarte.

El martirio que me habían enseñado a desear, o una vida con él a mi lado.

—Te enviaron aquí sabiendo que muy probablemente morirías —dijo. Ni siquiera tuve fuerzas para negarlo, porque todos sabíamos que las probabilidades no estaban a mi favor. El éxito significaba la muerte y ninguno tenía motivos para creer que Gray se preocuparía lo suficiente por mí como para perdonarme la vida después de haber atentado contra la suya—.Vales mucho más que un sacrificio de mierda, Willow. Y si no lo sabes, es que te he fallado.

Ladeé el cuchillo y vi cómo se estremecía cuando creyó que me lo clavaría en el corazón.

—¿Me dejarías hacerlo? ¿Incluso sabiendo que tú también morirías? —pregunté. Necesitaba la respuesta como mi próximo aliento. No entendía cómo habíamos llegado hasta allí. Estábamos al borde de un precipicio y sabía que nunca sería la misma después de que abriera la boca.

La sinceridad que vi en su rostro rompió lo poco que quedaba entero dentro de mí.

—Aquí nada tiene valor sin ti. Eres mi hogar —dijo, incapaz de apartar la vista. Le sostuve la mirada y esperé a que continuara—. Te sacrificarían con gusto si eso significara que el mundo sobreviviría, pero yo no. No volvería a pisar este plano si pudiera tenerte a mi lado en el infierno.

Bajé la vista al cuchillo y me quedé mirándolo. Era un símbolo de todo lo que había creído saber de mí misma, de la mujer que fingía ser fuerte para ocultar el miedo al dolor y al abandono.

Ellos me sacrificarían para salvarse, pero él no. No era la libertad que había esperado que me concediera y tal vez no fuera la elección que habría esperado tomar, pero era mía.

El solo hecho de tenerla lo dejaba todo tan claro que me estremecí.

Me aparté el cuchillo del pecho, lo moví hacia un lado y lo dejé caer al suelo.

Gray estaba delante de mí al instante siguiente y me arrastró entre sus brazos cuando las piernas me fallaron.

—Lo siento —susurré y dejé que me levantara. Le rodeé el cuello con los brazos y lo abracé con fuerza, movida por un impulso frenético de tenerlo lo más cerca posible.

Me llevó al dormitorio, me tumbó en la cama y me subió el vestido por los muslos.

Apoyó su peso sobre el mío y se metió dentro de mí.

De vuelta a casa.

# 32

# GRAY



Algún día Willow aprendería a aceptar que se le permitía querer algo para sí misma. No sería egoísta por anteponer sus necesidades de vez en cuando, porque nunca sería como yo. Nunca se antepondría al mundo que la rodeaba ni a lo que era mejor para el Aquelarre.

Gimió mientras la penetraba, con las emociones partiéndola en dos. Nunca antes había estado tan en conflicto consigo misma, cuando toda rebeldía se la había arrancado el hijo de puta maltratador que había tenido como padre y que deseaba que Charlotte no me hubiera arrebatado.

Habría dado casi cualquier cosa por la oportunidad de hacerlo sufrir lentamente. Lo habría enterrado vivo para volver a desenterrarlo y obligarlo a luchar por su vida o a pasar toda la noche de rodillas.

Aparté los pensamientos y me centré en las lágrimas silenciosas

que recorrían el rostro de Willow. Era como si no pudiera parar una vez que había empezado, horrorizada por sus propias acciones. Quería recuperar a la bruja fuerte que había llegado a Hollow's Grove, quería que volviera a ser la persona que había sido antes de que yo añadiera mi manipulación a la mezcla de traiciones que había sufrido a lo largo de su vida.

Mi mujer necesitaba un propósito que le diera fuerzas, algo que la mantuviera centrada para no pasarse el día dándole vueltas a la cabeza pensando en los posibles sufrimientos que se le avecinaban. Me ocuparía de ello por la mañana, le daría lo que necesitaba más que nada.

Después de encontrar a quienes la habían ayudado a hechizar el cuchillo y matarlos por ello.

Mis labios se estrellaron contra los suyos mientras me movía dentro de ella para mantenerla distraída por el momento. Me rodeó con los brazos y las piernas, aferrándose a mí como si fuera un salvavidas.

Pero no lo era y necesitaba que le recordara algo que siempre había sabido.

Que ya no estuviera sola no significaba que me necesitara. No me avergonzaba admitir que yo la necesitaba a ella mucho más de lo que ella jamás me necesitaría a mí. Mientras que yo no podía soportar la idea de una vida sin Willow, ella había estado dispuesta a arrancarme de su alma.

Solo pensarlo bastaba para enfurecerme de nuevo y un gruñido me subió por la garganta cuando sus piernas se tensaron e intentó retenerme dentro de ella. Estaba desmadejada entre mis brazos y casi lamenté lo que haría para recordarle quiénes éramos.

Quería que fuera mía. Quería que se entregara a mí y me recibiera con los brazos abiertos.

Pero nunca quise perder a la bruja que estaba más que dispuesta a hacerme sangrar cuando se enfadaba.

Me liberé de su cuerpo y aparté sus extremidades para deslizarme hasta los pies de la cama. Willow abrió los ojos de golpe al incorporarse y contempló con ansia mi erección. No había terminado con ella ni mucho menos y pareció darse cuenta de que estaba en peligro cuando levantó la vista hacia la máscara vacía de mi rostro.

Se dio la vuelta y huyó hacia el cabecero mientras intentaba bajarse el vestido para cubrirse. Se lo habría arrancado de un tirón si no quisiera que lo llevara en la sala del trono cuando termináramos allí, como demostración de mi victoria.

Willow estaba cubierta de mi sangre y, cuando acabara con ella, me aseguraría de que todos los hombres de la sala supieran que también la había llenado de mí.

La agarré por las caderas y la arrastré hacia mí. Las rodillas le resbalaron por las sábanas y clavó las uñas en la tela en un intento de agarrarse a algo sólido. Tiré de ella hasta los pies de la cama y le barrí las rodillas. Cuando su cuerpo cayó sobre el borde, los dedos de los pies apenas le llegaban al suelo, así que tuvo que empeñarse todo lo que pudo para no caer. Tensó los muslos por el esfuerzo y los apretó para cortarme el paso.

Me reí entre dientes y bajé el peso sobre su cuerpo. Mi polla se encajó en la raja entre sus nalgas, permitiéndome dar embestidas superficiales mientras intentaba agarrarla por las muñecas. Se las inmovilicé en la parte baja de la espalda y las atrapé entre nuestros cuerpos.

—¿De verdad creías que te librarías tan fácilmente, brujita? ¿Después de lo que has hecho? —susurré y disfruté viendo cómo se estremecía.

Su cara reflejaba esa deliciosa mezcla de miedo y rabia cuando se

volvió a mirarme por encima del hombro y levantó los brazos hacia los lados para apartarme. Si hubiera sido cualquier otra persona, probablemente lo habría conseguido.

Mi brujita ni siquiera era consciente de su propia fuerza; incluso me costaba trabajo sujetarla.

Le recoloqué las muñecas y se las aferré con una mano. Me encantaba la curva de sus hombros al arquearse hacia atrás, la ondulación que formaba su cuerpo me empujaba a desear lamerle la columna vertebral.

Lo hice. Le aparté el pelo con la mano libre, se estremeció bajo el contacto de mi lengua y se le puso la piel de gallina por el placer.

Cuando llegué a su cuello, jugueteé con la piel delicada donde la habría mordido si todavía tuviera colmillos. Aun sin ellos, cedí a la tentación y le hundí los dientes en la carne con tanta fuerza que gritó y se retorció debajo de mí. Decidido a marcarla, la mordí con más fuerza mientras forcejeaba y la mantuve quieta mientras le magullaba la garganta.

No aparté la boca, disfrutando del sabor de su carne herida en la lengua. Con la mano que no estaba usando para sujetarla le subí el vestido por la espalda para quitarlo de en medio. Después bajé hasta sus muslos y me deslicé entre ellos. Estaba húmeda a pesar de la rudeza del mordisco; su cuerpo respondía a un dolor que apenas empezaba a apreciar. Movió las caderas cuando la rocé y le introduje dos dedos con facilidad.

Aún enganchado a su garganta y con las manos sujetas a la espalda, Willow se folló a sí misma con los dedos que le ofrecí, tomando lo que necesitaba. Sonreí antes de retirar los dedos y los sustituí por mi polla para penetrarla. Gritó y empujó al recibir mis embestidas mientras la agarraba por detrás de la rodilla. Le levanté la pierna para posarla en el borde de la cama y la abrí de par en par

mientras le liberaba la garganta.

Tenía el cuello enrojecido, con la marca de los dientes de color morado. No emitió ni una sola protesta ni queja cuando le azoté el culo con la mano y contemplé cómo la carne rebotaba mientras la penetraba.

—Más fuerte —gimió e inclinó las caderas para que le diera lo que quería.

—Brujita buena —murmuré y le di una cachetada más fuerte. Tenía el culo rojo donde la había golpeado, la huella de mi mano prácticamente perfecta en su carne—. Quieres que te castigue, ¿verdad?

Gimió y el sonido me bajó directo a los testículos.

Aquella mujer estaba hecha para mí, cada centímetro de ella.

—Gray —dijo. Mi nombre nunca sonaba mejor que cuando lo pronunciaba en medio de la pasión. Sus súplicas eran mucho más hermosas que las de todas las almas que le rezaban a mi padre juntas, mucho más asombrosas que las de los condenados que me pedían clemencia.

Ella me convertía en un dios y su cuerpo era mi altar.

—Responde —dije y me ensarté hasta el fondo. Me detuve al final para que me sintiera en lo más profundo de sus entrañas. Se estremeció ligeramente, el dolor se mezcló con el placer y su mirada se suavizó. Se mordió el labio inferior y cerró los ojos con vergüenza antes de reconocer el lado oscuro de su deseo.

—Sí —dijo, con la voz entrecortada.

Retiré las caderas hacia atrás y me deslicé despacio por su interior mientras ella abría los ojos. La determinación de su mirada dejaba olvidados los sentimientos de vergüenza y abría paso a la mujer vibrante y desafiante que se negaba a que le dijeran lo que debía o no debía querer de mí. Lo que hiciera en la intimidad de nuestra

cama no era asunto de nadie más que nuestro y no tenía forma de saber que nadie más se enteraría de que se había convertido en mi juguetito sexual desde el instante en que la toqué.

Ese conocimiento era solo mío y quemaría vivo a cualquiera que pensara así de ella.

—Quiero oír las palabras, brujita —dije y le sostuve la mirada. No haría nada si no quería, si no era lo bastante fuerte como para admitir sus deseos y pedirme que los cumpliera.

Willow y yo sabíamos que necesitaba un castigo para hacer borrón y cuenta nueva entre nosotros. Lo deseaba tanto como yo.

—Quiero que me castigues por lo que he hecho —dijo por fin y las palabras hicieron que me estremeciera dentro de ella. Gemí, conteniendo la necesidad que me apretaba los testículos.

Aquella noche no acabaría entre sus piernas.

—Haz que desaparezca —suplicó y me permitió bajarle la pierna que había apoyado en el borde de la cama. La moví y se tensó mientras se esforzaba por llegar al suelo.

—No sé decirte que no, mi amor. No cuando me suplicas así —admití y le di otra palmada en el culo. Gimió y lo levantó para recibir el golpe. Me reí entre dientes y abrí el cajón de la mesilla—. Vas a quedarte quieta o te ataré. ¿Me has entendido? —pregunté, sabiendo que lo que iba a hacerle requería cuidadosa precisión.

Quería que le doliera, pero no tanto como para que no volviera a desearme. Había que mantener un delicado equilibrio para conservar la confianza, darle lo justo sin llegar a traspasar sus límites. Asintió y se estremeció al oír abrirse el tapón de la botella.

—¿Qué es eso? —preguntó y se retorció para mirar por encima del hombro. Mantuve la botella fuera de su vista. La incliné y dejé caer unas gotas en la base de mi polla. Usé su cuerpo para esparcirlo por ella, me deslicé dentro y fuera y ella abrió los ojos de par en par con

los labios entreabiertos.

El elixir estaba hechizado con la magia de los rojos, un potenciador que había creado solo para ella. Sabía que aquel día llegaría, el deseo de tomarlo todo de Willow y hacerla mía era demasiado fuerte para ignorarlo. Sabía que dudaría en entregarme esa parte de ella; habría sido una tonta de lo contrario.

Gimoteaba mientras me la follaba en largos y lentos deslizamientos, su hermoso rostro contorsionado por el éxtasis.

—Por favor —suplicó, prácticamente retorciéndose sobre la cama. No podría estarse quieta cuando la penetrara por el culo, dejando a su pobre coño desatendido.

El elixir duraría horas y mi intención era llevarla a la sala del trono cuando se sintiera desesperada por mi polla. En un mundo ideal, la obligaría a sentarse sobre ella sin moverse mientras el Aquelarre observaba.

Le solté los brazos para comprobar si obedecía mi orden de quedarse quieta. Se removió un poco, pero se detuvo y se quedó parada cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Me reí entre dientes, sabiendo que muy pronto estaría atrapada en las enredaderas con tanta fuerza que le sería imposible moverse.

Me rocié la mano con el elixir y lo esparcí bien por los dedos antes de dejar el frasco en la mesita. Tenía las yemas húmedas cuando toqué el punto donde Willow y yo estábamos unidos y me froté la polla para imbuirla más de la magia que la haría insaciable.

Se corrió cuando deslicé dos dedos dentro de ella junto a mi erección, llenándola de mí. Dejó caer los brazos a la espalda y los deslizó hacia abajo para agarrarse a las sábanas con los puños mientras gemía, un sonido largo y grave que me la puso aún más dura.

*Qué apretada, joder.*

Me moví dentro de ella, bombeando los dedos a un ritmo opuesto y deleitándome con cada segundo de fricción. Willow mordió la sábana con un gemido estrangulado mientras le temblaban las pestañas. Saqué los dedos mientras surfeaba la agonía del orgasmo, los desplacé hacia arriba y le toqué el culo. Se quedó quieta, con los ojos desorbitados; soltó las sábanas y se incorporó sobre los brazos. El marco de madera de la cama estalló a mi orden, soltando enredaderas que se arrastraron por el suelo y por la cama hasta alcanzar a Willow.

Dos le rodearon los tobillos para separarlos a la anchura de los hombros y la sujetaron con firmeza mientras presionaba los dedos húmedos en su agujero.

—¡Gray! —protestó con voz chillona cuando las enredaderas crecieron y le cubrieron la espalda para inmovilizarla contra el colchón y le recogieron también los brazos. Cayó sobre la superficie, con los pechos apretados mientras las plantas la envolvían, actuando como una cuerda que la mantendría justo donde la quería.

—No sería un castigo si lo quisieras, amor —dije y arrastré la mano libre por su columna vertebral. Me agarré a las enredaderas, ignorando el pinchazo de dolor de las espinas, y las usé para sujetarme mientras le follaba el coño. Se apretó a mi alrededor, su cuerpo hinchado y ansioso a pesar de la inquietud.

Atada así para mí, era el festín perfecto.

Presioné más los dedos mientras movía las caderas. Avanzaban en pulsaciones superficiales y la lubricación del elixir facilitaba el camino a medida que su cuerpo reaccionaba.

—Relájate —murmuré, la suavidad de mi voz contradecía cómo la había atrapado.

Willow respondió de todos modos, cerró los ojos y exhaló. Su cuerpo la siguió, su culo se aflojó y me permitió deslizar despacio un

dedo dentro de ella. Estaba caliente, tensa, con mi polla en el coño y un dedo en el culo. Con embestidas superficiales, disminuí el ritmo.

Moví la polla y el dedo al unísono, una la hacía gozar mientras el otro la abría para mí. Alineé un segundo dedo y lo deslicé junto al primero mientras se le escapaba un largo gemido.

—Te gusta, ¿verdad? —pregunté y me reí cuando me fulminó con la mirada.

Aunque follarle el culo era para mi disfrute, no lo haría a expensas de que no me dejara hacerlo nunca más. Mi intención era pasarme la vida dentro de ella y eso significaba follármela donde y cuando quisiera.

Incluso por su precioso culo.

—Que te jodan —gruñó, pero las palabras perdieron fuerza cuando separé los dedos y le bizquearon los ojos.

Le penetré el coño hasta el fondo y me quedé quieto mientras le metía los dedos en el culo y la separaba lo mejor posible. Recuperé el frasco de elixir de la mesita y rocié más gotas entre sus nalgas, arrastrando un tercer dedo por ella antes de penetrarla.

—En eso estamos, brujita —dije y solté una risita cuando se concentró en respirar.

El tercer dedo se deslizó dentro y su culo resistió la intrusión más que los dos primeros. Los separé, preparándola para mi polla. Todavía me costaría meterme la primera vez, pero no tenía ninguna duda de que Willow lo soportaría.

Soportaría cualquier cosa que le hiciera.

Cuando el tercer dedo estuvo lo más profundo posible, volví a moverme dentro de su coño. Su humedad era obscena y los ruidos de sus paredes llenaban la habitación. Me incliné hacia delante y le besé la marca del omóplato. Se estremeció al contacto y se contoneó al sentir el roce de mis dientes.

Deslicé los dedos despacio, con cuidado de no lastimarla, mientras me enderezaba. Contemplé su coño abierto para mí, su culo esperándome, y sentí satisfacción verdadera por primera vez en siglos.

¿Quién necesitaba el cielo cuando tenía el cuerpo de mi esposa listo y esperándome?

Moví la mano hacia abajo entre nosotros y me agarré la base de la erección mientras salía de ella lentamente. Se encogió cuando me fui, desesperada por aferrarse a mí mientras la abandonaba. Gimió de necesidad cuando la froté por la delicada carne entre sus agujeros, guiándola hasta su culo y rociando más elixir sobre mí.

Se tensó cuando deslicé la mano limpia bajo sus caderas y dibujé círculos sobre su clítoris.

—Respira hondo —dije en tono tranquilizador. Me incliné y presioné la punta contra ella. Se estremeció y se abrió mientras yo aplicaba una presión lenta y constante.

Respiraba de forma superficial; el dolor amenazaba con consumirla más allá del placer. Moví los dedos más deprisa para llevarla de nuevo al borde del orgasmo y frené justo antes de que pudiera correrse.

—Te correrás cuando te la meta en el culo. Ni un segundo antes —dije y empujé.

Willow dejó de respirar; los jadeos cesaron mientras se concentraba en encontrar aire para llenarse los pulmones. Exhaló un lago suspiro y su cuerpo se relajó lo suficiente para dejarme entrar. Me deslicé en su interior y la cabeza de mi polla atravesó el anillo muscular que se había empeñado en mantenerme fuera. Abrió la boca sin emitir ningún sonido y con la mano libre le acaricié la cadera para relajarla.

Gemí cuando su culo me estranguló la polla, avanzando y retrocediendo, sin dejar nunca que la punta abandonara el remanso

de su cuerpo y aprovechando cada embestida superficial para ganar un centímetro más.

—Eres preciosa, joder —dije y le di un azote. Sentí cómo se contoneaba en el largo de mi erección y aproveché el momento de conmoción para penetrarla con un último y firme empellón.

Mis testículos se apoyaron en su coño, golpearon la carne hinchada y le arrancaron un gemido.

—Nunca dejaré de follarte el culito, cariño —dije y me retiré despacio. Hizo una mueca cuando arrastré cada centímetro de carne sensible dentro de ella y embestí con más fuerza que antes. Estudié el dolor que se reflejaba en su rostro y giré los dedos lo necesario para que retrocediera de vuelta al placer.

Ella era el instrumento y yo el director. Nuestra canción era una de dolor y éxtasis, pero nuestra al fin y al cabo.

Mis caderas chocaban con su culo mientras encontrábamos un ritmo que nos beneficiara a los dos y mis testículos rebotaban contra su coño al tiempo que mis dedos jugueteaban con su clítoris. Willow se resistía al orgasmo, queriendo negar el placer que sentía.

—Te encanta que te meta la polla por el culo, bruja guarrilla —dije y me reí mientras sentía cómo se estrechaba a mi alrededor. Cerró los ojos y el orgasmo la venció mientras la penetraba profundamente. Me centré en su coño y le rodeé el clítoris con el pulgar mientras me inclinaba para meterle tres dedos.

Abrió la boca para gritar y su culo me apretó como una prensa. Me moví y me serví de su estrechez para conseguir mi propia liberación. Mi calor la llenó y el escozor le escaldó las entrañas mientras se dejaba caer sobre la cama.

Su respiración se calmó y su cuerpo quedó saciado durante un breve instante, antes de que el elixir volviera a apoderarse de ella.

La saqué despacio del culo, contemplé cómo se estremecía y me

dirigí al baño. Me limpié, agarré una toalla y la mojé para ella. Las enredaderas se retiraron cuando volví y la limpié con la toalla. Incluso sin las plantas, Willow no se movió.

Sonreí al levantarla y darle la vuelta para tumbarla boca arriba, con las piernas colgando del borde de la cama. Las abrí de par en par para admirarla a ella y al desastre húmedo que había dejado a mi paso. Me incliné hacia delante y pasé la lengua.

Gimió de inmediato y abrió los ojos para mirarme entre sus piernas.

Sonrió con satisfacción, levantó el brazo y enterró la mano en mi pelo para colocarme en la posición deseada.

Era el turno de Willow de tomar lo que quería.

# 33

# Willow



Pasé la mano por delante de las puertas de la sala del Tribunal cuando nos acercamos y los engranajes se pusieron en movimiento de inmediato para dejarme pasar. La sala estaba vacía cuando entramos, borrados todos los signos de la carnicería que había tenido lugar allí la última vez que había pisado la sala circular.

Me volví hacia Gray y observé el desaliñado estado de su ropa. Tenía la camisa desgarrada en el lugar donde lo había apuñalado; se veía claramente la hendidura de la hoja. Tenía el torso cubierto de sangre y sabía que, si le tocaba los pantalones, estarían llenos de costras de sangre seca.

Mi vestido negro también estaba endurecido por la sangre. Me sentía maltratada y el espacio entre los muslos me dolía por cómo me había follado.

Todavía lo sentía dentro de mí; el dolor de lo desconocido no

servía para apaciguar la necesidad del elixir.

—¿A qué hemos venido? —pregunté y di vueltas por el centro de la estancia.

Se le oscurecieron los ojos, leyendo entre líneas en mis palabras. Hubiera preferido quedarnos en la intimidad de nuestro dormitorio, tal vez en la ducha.

Gray me agarró del brazo y me condujo hasta el trono de la Alianza, situado sobre el estrado. Me sentó despacio y me miró como si de verdad le gustara verme en una posición de poder. Era un contraste muy marcado con hombres como mi padre e Itan, quienes no soportaban la idea de ver a una mujer como a una igual.

—Vas a convocar al Aquelarre —dijo y me acunó la mejilla. Me pasó el pulgar por el labio inferior, lo introdujo entre los dientes y me hundió la punta en la boca.

Me subió un gruñido por la garganta y ladeó la cabeza con una sonrisa burlona.

—Serás sucia —dijo cuando lo mordí y retiró el pulgar. Se lo metió en la boca para aliviar el dolor y se me quedó mirando. El muy cabrón sabía perfectamente la tortura que estaba viviendo, que la idea de enfrentarme al Aquelarre en aquel momento era horrible.

Apenas era capaz de quedarme quieta.

—¿Por qué iba a hacer eso? —pregunté cuando Gray se inclinó hacia mí. Me agarró la mano y la acercó al brazo del trono para que apoyase la palma en las enredaderas. Apretó y las espinas me atravesaron la carne hasta el hueso. Me estremecí y se me escapó un grito de dolor de los labios entreabiertos.

Hizo lo mismo con la otra mano, empalándome en las espinas. La sangre se filtró por los huesos y las rosas, reafirmando mi posición de poder. Susannah y George nunca habían convocado al Aquelarre, solo habían ordenado a los miembros del Tribunal que se

presentaran ante ellos. En las raras ocasiones en que lo habían hecho desde que había llegado a Crystal Hollow, habían enviado a un mensajero a buscarlos.

No lo había entendido entonces, pero cuando mi sangre se deslizó por las plantas y se hundió en las líneas del suelo, lo comprendí.

No habían tenido la capacidad de convocar al Aquelarre de aquella manera, porque nunca habían estado destinados a ocupar aquel lugar.

Le había pertenecido a Charlotte por derecho.

Susannah y George se habían limitado a ocuparlo en su ausencia y no tenían sangre que derramar.

Las espinas salieron por el otro lado de mis manos y se me clavaron entre los huesos del dorso. Apreté los dientes por el dolor y observé cómo la sangre viajaba hasta el círculo central. Los tronos se alimentaban de la sangre que yo proporcionaba y elevaban una llamada hasta llenar la sala con la magia de toda mi gente.

*Nuestra gente,* me corregí. Los brujos eran creaciones de Gray tanto como los demonios y los Recipientes, algo que había hecho por su propio beneficio, pero no por ello era menos importante.

—Vamos a convocar al Aquelarre para mostrarles que su intento de asesinato ha fracasado —dijo Gray y lo miré sorprendida—. Si piensan que ni siquiera lo has intentado, nunca te serán leales.

—¿Y crees que la solución es hacerme quedar como una fracasada? —pregunté, y resoplé indignada. Si había fallado en mi primera tarea como Alianza, ¿en qué posición dejaba eso a mi capacidad para liderar?

—No has fracasado. Has hecho exactamente lo que te pidieron, incluso ser capaz de apuñalarme. Su plan ha fracasado y pagarán por haberte enviado a la muerte —explicó y se apartó a un lado. Los engranajes de la sala del Tribunal se movieron en la distancia cuando

el primer brujo respondió a la llamada. Gray se colocó junto al trono y apoyó el peso en un lateral con una sonrisa arrogante.

—No puedes castigarlos por lo que hicieron sin darme a mí el mismo destino —dije y lo miré. No era justo que ellos sufrieran y yo no, cuando había sido yo la que había asestado el golpe.

—Y una mierda —gruñó Gray y la advertencia me impactó.

—Algunos son amigos míos —reconocí, temiendo que los condenara de todos modos. Por lo visto, era capaz de perdonarle casi todas sus maldades, creyendo que sus intenciones eran buenas, pero si mataba a Della y a Nova no habría vuelta atrás para nosotros.

—¿Quiénes? —preguntó y suspiró agraviado mientras una bruja esperaba junto a la entrada. No la reconocí y mantuvo las distancias hasta que llegaron más caras conocidas.

—Della, Nova y… —Me interrumpí, sabiendo que el siguiente nombre lo enfurecería. Había dejado claro que no permitiría que Iban volviera a tocarme y en su lugar había planeado con él cómo matar a mi marido. Ya no lo consideraba un amigo, no como a Della y a Nova, pero tampoco quería que muriera por su papel en todo aquello.

Joder.

—Dilo —dijo Gray y me fulminó con la mirada. Ya conocía la respuesta, sabía cuál era el único nombre que me haría dudar.

—Iban. Fue quien encontró la daga y el libro —dije y me tragué los nervios.

—¿Así que fue él quien sabía que morirías por hacerlo? —preguntó Gray con una extraña calma. Sentí frío al pensar en la advertencia que le había hecho antes de arrojarlo por las escaleras.

Alguien me utilizaría para hacerle daño.

—No haría algo así —dije y negué con la cabeza—. Si lo hubiera sabido, me habría dicho que me suicidara. No tiene sentido.

—Tal vez por ahora, pero tarde o temprano unirá las piezas —argumentó y se volvió hacia el grupo que estaba entrando en la sala. Nuestra conversación terminó cuando ya había suficientes testigos lo bastante cerca para oírnos, avanzando a tal ritmo que la sala se iba llenando poco a poco.

A partir de ahí, el flujo fue constante, la mayoría del Aquelarre había acudido en pijama para obedecer mi orden. Della y Nova entraron juntas y se fijaron en mis manos, empaladas en el trono. Aproveché la oportunidad para levantarlas y me arranqué las espinas sin parpadear siquiera. El dolor fue agónico, pero me obligué a adoptar una máscara estoica. Todos en la sala me miraron las manos mientras la luz dorada envolvía las heridas y las curaba. Entonces me volví hacia Gray.

Se apartó del trono, caminó hacia mí y se colocó a mi lado. No se me escapó el grito ahogado al ver su camisa manchada de sangre, ni cómo nos miraban los que conocían el plan de Iban.

Me di cuenta de que estaban sorprendidos de verme con vida y me tragué el desagrado.

Me había dejado manipular otra vez, perdida en la idea de que era mi responsabilidad arreglar lo que había hecho. Nunca dejaría de ser un peón hasta que empezara a actuar por mí misma y dejara de pensar en los objetivos de los demás y en lo que era correcto.

A partir de aquel momento, haría lo correcto para mí.

Gray me levantó la barbilla con los dedos y me giró la cara para mirarme a los ojos. Asintió en respuesta a lo que vio en ellos, con un amago de sonrisa. Aquella expresión casi me dejó sin aliento, mucho más personal que todo lo que me había hecho en la intimidad del dormitorio.

Mostraba su aprobación y su orgullo abiertamente, de modo que nadie que nos viera tendría ninguna duda de que me había

perdonado.

—Lo hemos intentado a tu manera —dijo y se volvió a mirar a los miembros del Aquelarre allí reunidos—. Enviasteis a mi esposa a hacer lo que os daba miedo encarar a vosotros. Como podéis ver, fue lo bastante despiadada como para apuñalarme. —Se rio al pronunciar las palabras. No solo lo había apuñalado. Había retorcido la hoja en su corazón, decidida a destrozarlo en pedazos que nunca sanarían.

—Y sin embargo, aquí estás —dijo la bruja violeta tras dar un paso al frente. Los ojos le brillaban como estrellas, con una advertencia. Se estaba señalando como uno de los brujos a los que Gray vería como traidores, aun sabiendo cuáles serían las consecuencias—. Y ella está viva y bien.

—Por supuesto que lo está —dijo él con los dientes apretados. Replegó los labios hacia atrás antes de continuar y la brutalidad de la expresión hizo que la bruja violeta retrocediera ligeramente—. Es mi esposa y que tú estuvieras más que dispuesta a sacrificarla por tu propia estupidez no significa que yo lo esté.

—Sabía a lo que se arriesgaba —replicó la bruja y levantó la barbilla mientras me miraba. Esperaba que hablara y la salvara del destino que la aguardaba. No pensaba interceder por ella, no cuando yo también había empezado a cuestionarme cuánto estaba dispuesta a dar para proteger a alguien que me enviaría voluntariamente a la muerte.

Si los papeles se hubieran invertido, yo no habría permitido por las buenas que alguien muriera por un bien mayor. No tenía esa capacidad.

No éramos iguales.

—Así es —acepté y junté las manos frente a mí—. Eso no significa que estuviera bien que me lo pidieran.

La bruja bufó y se volvió hacia Iban, que permanecía en medio del grupo. Dio un paso al frente frotándose las manos y se detuvo a una distancia prudencial con solo una mirada de Gray. Sus ojos castaños me contemplaron desde abajo, con expresión suplicante.

Sin embargo, por primera vez, al mirarlo, no vi al amigo que había pensado que siempre me cubriría las espaldas. Vi a alguien que había notado mi debilidad y los muros que me rodeaban y los había utilizado en mi contra para conseguir lo que creía que el Aquelarre necesitaba.

—Llevamos siglos de conflictos entre brujos y Recipientes —dije, sin dirigirme a Iban, sino a todo el Aquelarre. Abrió la boca como si fuera a interrumpirme, pero lo silencié levantando una mano—. ¿No habéis tenido suficiente?

—¿Qué sabrás tú de nuestros siglos de conflictos? —dijo una anciana bruja blanca—. Llevas aquí cinco minutos y solo has tenido que soportar una Cosecha. No sabes nada de nuestra historia.

—Tienes razón —reconocí y asentí—. No me he criado aquí. No he pasado toda la vida inmersa en el odio como vosotros, pero me educaron para venir y destruir a los Recipientes, costara lo que costara. Si yo estoy dispuesta a olvidar mi misión en favor de la paz, ¿por qué tú no?

—¡Porque yo no me estoy follando al cabrón responsable de todo! —gritó, lo que provocó un murmullo de aprobación.

—Ese cabrón también es responsable de que tengas magia —dije y bajé un escalón del estrado. Me acerqué, me detuve frente a ella y me incliné hacia su cara—. Quizá preferirías que la recuperase.

La anciana palideció, igual que lo haría cualquier brujo ante la idea de quedarse sin magia. En algún momento se había convertido en nuestra esencia, en la raíz de nuestra identidad.

Éramos más que la magia que nos corría por las venas.

Gray se quedó al margen para permitirme interactuar con el Aquelarre y sus rebeliones. En aquel momento lo apreciaba más que nunca por su disposición a no inmiscuirse y a dejar que luchara mis propias batallas. Si de verdad iba a reemplazar a la Alianza, jamás me podría ganar su respeto si él interfería a cada paso.

No pasé por alto a los archidemonios que se habían situado al fondo de la sala, acechando en silencio a la espera de que Gray pusiera en marcha su castigo. Al igual que él no había interferido ahora, entonces me apartaría y permitiría que hiciera lo necesario por su pueblo.

Incluso si eso significaba castigar a aquellos que habían estado a mi lado y me habían sacrificado como a un cordero.

Juliet zigzagueó entre la multitud para llegar hasta Della y Nova y las agarró con actitud tranquila. Las sacó de la habitación mientras mis amigas me miraban. Suspiré aliviada, al menos ellas estarían a salvo de lo que se avecinaba gracias a que Gray no estaba dispuesto a que volviera a odiarlo.

—No mereces ocupar el lugar de la Alianza —espetó la bruja violeta con una mueca de disgusto en el rostro que en el pasado habría odiado.

Entonces me imbuyó de una nueva determinación y la fulminé con la mirada.

—La Alianza apenas ocupaba espacio, así que me cuesta imaginar que me fuera difícil —dije, pensando en cómo sus huesos habían repiqueteado contra el suelo a cada paso. Gray soltó una risita desde el estrado y el sonido me calentó el alma—. Pero si el legado que dejaron fue la destrucción de la misma magia que afirmamos amar, no es un legado que quiera continuar.

—Cariño, el Aquelarre ha funcionado siguiendo las tradiciones durante siglos —dijo Iban y miró alrededor cuando Gray gruñó una

advertencia ante el apelativo no deseado.

—¿Seguro? —pregunté y fruncí el ceño—. La tradición exigía magia de sangre y sacrificios para devolver lo que tomamos de la fuente. El Aquelarre perdió el rumbo hace décadas y yo me encargaré de que vuelva a ser lo que debería haber sido.

—Eso está muy bien, pero no puedes esperar que te apoyemos con él a tu lado —dijo Iban, alzando la voz mientras me atravesaba con la mirada. En esos momentos se parecía más a su tío que nunca; sus facciones deformadas por la rabia le daban un aspecto cruel y rencoroso.

—No necesito su apoyo, aunque espero conseguirlo con el tiempo —dije y volví hacia el estrado. Me senté en el trono sin apartar la vista de Iban—. ¿Por qué no discutimos el verdadero motivo de tu ira, Iban? Los celos no te sientan bien.

Apretó los labios y miró hacia un lado cuando toda la atención se concentró en él.

—Alega lo que quieras, pero el bien del Aquelarre debe ser lo primero. Alíate con él, de acuerdo, pero nunca podrá hacer lo único que se te exige por el bien de la fuente. No puedes permitir que tu línea acabe contigo, él nunca podrá darte hijos.

El cambio de conversación fue como un latigazo, aunque era plenamente consciente de que era la desesperación lo que lo empujaba a agarrarse a cualquier clavo ardiendo. Alguna vez me lo había planteado, pero, por mucho que él pensara que era mi obligación para con el Aquelarre, por el momento no quería tener hijos. Era un problema para el futuro, para una mujer que ni siquiera estaba segura de si viviría tanto.

—¿No puedo? —preguntó Gray y oírlo me paralizó. Me obligué a no mirarlo y me concentré en respirar y mantener una expresión neutral. No debía permitir que mis pensamientos se reflejaran en mi

rostro, cuando quienes me observaban estaban atentos a cualquier posible grieta en nuestro matrimonio.

—Los Recipientes no pueden engendrar hijos —dijo Iban, pero sonó mucho menos seguro que antes. Me volví para mirar el rostro arrogante de Gray.

Mi marido sonrió e Iban palideció; ninguno de nosotros se había parado a pensar en la realidad de la situación. No sabíamos casi nada de Lucifer Morningstar y menos aún de los archidemonios que había traído consigo.

—Ah, pero ambos sabemos que no soy ningún Recipiente —dijo sin más.

Me quedé de piedra, aunque me forcé a mostrar una expresión de indiferencia. Tragué saliva, tratando de no darles vueltas a todas las veces que nos habíamos acostado. Me había tomado el tónico cada mes para prevenir el embarazo y mantener a raya la menstruación desde que tenía uso de razón.

Estaba a salvo.

Pero no sabía si mi marido lo sabía. No sabía si era consciente de las medidas que tomaba para evitar quedarme encinta en caso de que un hombre tomara por la fuerza algo que yo no le hubiera ofrecido. Vivía en un mundo duro y brutal y no sabía en qué situaciones podría encontrarme cuando llegara al Aquelarre.

Nunca había agradecido tanto mi paranoia como en ese momento.

—¿El niño sería un brujo? ¿O un nefilim? —preguntó un brujo de la casa Devoe. Dio un paso adelante y se mostró tranquilo mientras recopilaba la información y valoraba las opciones a nuestra disposición—. Un niño nefilim no continuaría con el legado de nuestras casas fundadoras.

—No hay forma de saberlo con seguridad —respondió Gray con la misma actitud tranquila y serena—. Pero también soy el único ser

vivo que puede crear nuevos brujos. Podría simplemente otorgar el poder de un brujo negro y uno verde a cualquier mortal de mi elección en caso de que los hijos de Willow y míos demostraran ser demasiado poderosos para desempeñar el papel.

Contuve un grito ahogado, aborreciendo que estuviéramos negociando con la posibilidad de unos hijos que ni siquiera sabía si quería tener. Me callé, confiando en que Gray sabía lo que hacía. Lo hablaríamos más tarde, cuando las miradas indiscretas del Aquelarre no escrutaran cada uno de nuestros movimientos.

—¿Y qué esperas a cambio de semejante trato? —preguntó el brujo Devoe con el ceño fruncido.

—El Aquelarre aceptará a Willow como prometió la noche que os inclinasteis ante ella, y, llegado el momento, ella abrirá el sello permanentemente y permitirá a nuestras gentes ir y venir entre nuestras tierras como les plazca —dijo Gray y apenas fue capaz de contener el jadeo.

Otra motivación, otro objetivo que no habíamos acordado.

—Lo discutiremos en privado —dijo el brujo y alzó la barbilla.

—No esperaba menos —dijo Gray y se me acercó. Me dio la mano y se la llevó a la boca para darme un beso en el dorso. Calmó mi dolor por el momento, permitiéndome seguir soportando aquel espectáculo para que pudiera arrancarle la garganta en privado si así lo deseaba.

—No me creo que estés de acuerdo con esto —dijo Iban, obligándome a mirarlo otra vez—. La chica que conocí nunca…

—La chica que creías conocer no existía —lo interrumpí sin levantar la voz, pronunciando palabras que sabía que le dolerían. Era culpa mía que Iban hubiera tergiversado nuestra relación hasta convertirla en algo más de lo que era. Lo había utilizado para darle celos a Gray y había permitido que me besara cuando sabía que mi

corazón pertenecía a otro—. Porque la fabricaste en tu mente. La verdadera Willow no vive para obtener tu aprobación ni toma decisiones en función de lo que puedas pensar de ellas. Acéptalo o no —añadí, cruzando las piernas y acomodándome en el trono—. Tú y yo hemos terminado, sea como fuere.

Iban suspiró y hundió los hombros sin dejar de mirarme. Esperaba que tuviera la sensatez de marcharse y comprender que un foro público no era el lugar adecuado para discutir aquello si queríamos conservar algún atisbo de amistad.

—Me decepcionas —dijo, negando con la cabeza.

La parte mezquina de mí no soportaba que tuviera la última palabra, sobre todo porque así conseguiría que pareciera débil, cuando necesitaba mostrarme fuerte.

—Pues considérame tu reina de la decepción, lo añadiré a la lista de cosas que me importan una mierda —espeté, aunque me arrepentí de inmediato de las duras palabras. Ansiaba volver al dormitorio, darme una ducha y ocuparme de una urgencia mucho más acuciante que el ego herido de Iban.

—Se acabó. Denuncia a tus coconspiradores —dijo Gray, dando un paso hacia mí. Me atravesó con la mirada y la fuerza de esta me obligó a alejar el remordimiento. Me di cuenta de que había notado cómo el sentimiento iba creciendo en mí y me impidió retractarme de la severa reprimenda que tanto Iban como yo necesitábamos.

Yo ya no era su igual a los ojos del Aquelarre y él tenía que aprender a respetar los nuevos límites de nuestra amistad si queríamos tener una.

—No sé cómo se llaman —admití, pero mi mirada vagó hacia todos y cada uno de ellos.

Personas de las que era responsable y de las que ni siquiera conocía sus nombres cuando iba a enviarlas a la muerte.

Cerré los ojos cuando Gray se volvió hacia la persona que había aislado como líder del ataque.

—Entonces lo harás tú —dijo e hizo un gesto con la cabeza. Belcebú y Leviatán se abrieron paso entre la multitud para agarrar a Iban por los brazos. Lo levantaron en el aire y lo sacaron por las puertas de la sala del Tribunal mientras Gray los seguía. Se volvió en el último momento y me fulminó con la mirada con una orden que obedecería aunque tuviera que emplear todas mis fuerzas para resistirme a desafiarlo.

Yo exigiría la misma retribución si uno de los suyos agraviara a los brujos.

—Nadie se irá hasta que consiga las respuestas que busco.

# 34

# GRAY



Leviatán y Belcebú arrastraron a Iban hasta una de las aulas cercanas y lo arrojaron al suelo en medio de los pupitres. El hombre se levantó a trompicones y me fulminó con la mirada mientras Belcebú se apartaba para dejarme pasar.

—Tengo que admitir que has conseguido que te diera la espalda mucho antes de lo que esperaba —dije y avancé unos pasos hasta detenerme justo delante de él—. Casi me alegro de que sobrevivieras a la caída del otro día. Mereció la pena para verte estrellarte y prenderte fuego tú solo. Pensaba que tendría que esperar años para librarme de ti, pero me lo has puesto ridículamente fácil.

Palideció cuando di otro paso y levantó las manos para defenderse, aunque yo no había hecho ni el amago de atacarlo.

—No puedes hacerme daño. No te lo perdonará —dijo, su cerebro racional intentando aferrarse a su única esperanza.

—Ha visto cómo te llevaba a un lugar privado —dije y apreté los

labios por la irritación. La sangre seca de la camisa me rozaba la piel de una forma irritante. Quería terminar con todo el asunto para meter a Willow en la ducha y atender sus necesidades mientras eliminaba de mi cuerpo todos los síntomas de su traición—. ¿Qué crees exactamente que piensa que está pasando aquí?

—No está preparada para verme morir —dijo, negando con la cabeza.

Aunque Willow se hubiera distanciado de su antiguo amigo y admitiera que actuaba por sus propios intereses, seguía sin quererlo muerto. Desde el momento en que traicionó por primera vez a la chica que ni siquiera había conocido, arrinconándola en un acuerdo sin tener en cuenta sus sentimientos, había actuado con un único propósito en mente.

Su propio beneficio.

Se lo seguiría demostrando a cada paso, empujándola más a mis brazos. Una mujer como Willow se asfixiaría en un matrimonio que se basara en el control y en hacer lo que se esperaba de ella.

Necesitaba desafiar las expectativas, prosperar junto a un hombre que apreciara su tendencia a apuñalar primero y preguntar después y a ocultar sus vulnerabilidades con palabras cuidadosamente mordaces.

—¿Quién ha hablado de matarte? —pregunté y ladeé la cabeza. No tenía intención de acabar con la vida de Iban; su supervivencia ofrecía mucho más sufrimiento—. Quiero los nombres de los brujos que ayudaron a hechizar el cuchillo.

—¿Y si no te los doy? —preguntó Iban y cuadró ligeramente los hombros.

Solté una carcajada, parpadeé y disfruté de la oleada de luz estelar que consumía la habitación. Nos sumimos en una oscuridad total, salvo por las luces parpadeantes que se le amontonaron sobre la piel,

pequeños pinchazos de llamas ardientes que lo abrasaban allí donde se posaban.

Se palmeó los brazos desnudos para intentar apagarlas con una mueca de dolor cuando la quemadura se trasladó a sus manos.

—Lo harás —dije sin más mientras Leviatán volcaba un jarrón sobre la mesa. El agua se derramó por la madera, permitiéndome recogerla en una bola que aproximé a la cara de Iban con solo pensarlo. Palideció cuando el agua le cubrió la nariz y la boca.

Su pecho no se movió mientras luchaba por contener la respiración, decidido a no permitir que lo ahogara. Le sostuve la mirada, esperando pacientemente al momento en que se diera cuenta de que no tenía escapatoria. Los hombres como Iban eran demasiado egoístas como para negar sus instintos.

Refunfuñó y el sonido llegó en forma de burbujas. Cuando por fin inhaló y se atragantó con el agua, la solté y dejé que la bola cayera al suelo y formase un charco a sus pies.

—¿Tienes algo que decirme?

Jadeó sin aliento y aspiró una profunda bocanada.

—¿Vas a matar a Della y a Nova? Porque es a ellas a quienes tendrás que castigar si quieres librar al Aquelarre de todos los que se te oponen —dijo Iban mientras escupía el agua que aún le quedaba dentro.

—No, porque a diferencia de ti, creo que ellas dos solo actuaron pensando que era lo que Willow quería. Estaban dispuestas a apoyarla si era su elección y seguirán a su lado cuando me ayude a unir al Aquelarre. Los demás solo querían librarse de mí y los dos lo sabemos —dije y di un paso adelante para agarrarlo por el cuello.

Apreté la carne sensible que había quedado dañada con el agua, ofreciéndole una última advertencia. A continuación empezaría a quemarlo por partes y contemplaría cómo se le derretía la carne de

las piernas hasta que me diera lo que quería.

Dejó de mirarme y pronunció el primer nombre en un ronco susurro.

El resto lo siguió poco después.

—Te contaré un secretito —dije cuando hubo terminado y me incliné para que las palabras fueran un susurro privado entre nosotros—. Ya sabía quiénes habían hechizado la daga. Sentí su magia, aunque no supiera sus nombres.

—¿Entonces por qué? —preguntó, con un gruñido de confusión y derrota.

—Quería verte derrotado y demostrar que estabas dispuesto a traicionarlo para ahorrarte un poco de dolor —dije. Me incorporé y me ajusté la ropa—. Quería que supieras que, incluso en esto, siempre optarás por pensar primero en ti.



Entré en la sala del Tribunal tras dejar a Iban en el aula con Belcebú y Leviatán. Me abrí paso entre los brujos y me incliné para darle un beso a Willow.

—Te veré en la cama —dije y observé cómo levantaba una ceja con incredulidad.

—No esperarás que me vaya sin más —replicó, como sabía que haría. Por mucho que deseara que respetara mi deseo de alejarla de la brutalidad que estaba a punto de acontecer, comprendía por qué necesitaba estar presente.

Sus acciones habían contribuido a sus muertes. Lo menos que podía hacer era ser testigo.

—Está bien —dije y me volví hacia la multitud. Satanus estaba en

la puerta para bloquear la salida a cualquiera que hubiera intentado escapar.

—Blair Beltran, Uriah Peabody, Kass Madlock y Teagan Realta, entrad en el círculo.

Los cuatro avanzaron y miraron alrededor al darse cuenta de que faltaban dos brujas en su conspiración que no soportarían el mismo castigo. En cualquier circunstancia normal, Della y Nova habrían sufrido el mismo destino.

La bruja Realta fulminó a Willow con la mirada.

—Un momento, zorra de…

Cerré la mano en un puño y tiré del poder que les había infundido a través de sus líneas de sangre. Tartamudearon y se llevaron una mano al pecho mientras la magia se abría paso por la tráquea. La bruja Realta se asfixió con su propia magia y cayó de rodillas con sus palabras de odio atascadas en la garganta.

Otra bruja de la familia Realta se adelantó para interceder por el sufrimiento de su familiar. Willow alzó una mano y una ráfaga de aire que onduló como un tornado atravesó la sala y se interpuso entre la mujer y la conspiradora, creando una barrera que la bruja cósmica no pudo traspasar.

Mi esposa se levantó y relajó los hombros con un suspiro mientras fulminaba con la mirada a la mujer que había intentado intervenir. La otra bruja chocó contra el muro de viento y arañó con los puños la fuerza del aire. Retrocedió mientras Willow se mantenía firme y se quedaba mirando a la bruja que dirigía el Aquelarre con los ojos muy abiertos.

La habían visto usar la nigromancia y la magia de tierra, pero aquella era la primera vez que Willow revelaba hasta qué punto era como la Alianza anterior.

Leal a nadie, con la magia de todas las casas corriendo por sus

venas. Era la bruja perfecta para liderarlos, sin lazos familiares que la empujaran a comportarse de forma injusta.

—Han actuado en contra de Lucifer, y también en mi contra, cuando me enviaron a matarlo —anunció Willow con voz alta y clara. Tiré de la mano hacia atrás para arrancarles la magia a los brujos que habían estado más que dispuestos a que muriera.

Me pareció justo que lo que más valoraban pasara a ser parte de ella.

En lugar de permitir que la magia volviera a mí y regresara al hogar del que había pasado demasiados siglos separada, dejé que se arrastrara. Los cuatro acusados se arrodillaron cuando los abandonó y se derramó por el suelo mientras ellos sufrían arcadas. Se deslizó insidiosamente y los distintos colores se mezclaron en una niebla que avanzó despacio por las baldosas en dirección al estrado.

Willow frunció el ceño cuando se arremolinó a su alrededor, rodeó su cuerpo y la envolvió en su abrazo.

Ascendió hasta su pecho y presionó la línea que una vez había trazado allí para hacerle creer que le arrebataría su magia. Aunque la herida hacía tiempo que había cicatrizado, la piel de Willow se despegó por esa misma fina línea para revelar una luz dorada que brillaba dentro de ella, donde residía toda su magia.

La niebla se desplazó hacia su interior, una larga cinta de humo que hizo que arqueara la espalda hasta que el último resquicio se asentó donde quería que estuviera.

En mi hogar, el hogar de todo lo que me importaba.

Los ojos de Willow brillaron cuando la herida se curó por sí sola y me miró mientras yo le sonreía con satisfacción. No le di tiempo a cuestionar mi decisión; me di la vuelta y lancé una masa de aire nocturno que atravesó el centro del círculo y rebanó las cabezas de los cuatro brujos sin magia que estaban arrodillados y pensaban que

ya habían recibido su castigo.

Incluso Willow jadeó cuando las cabezas rodaron por el suelo y los cuerpos se desplomaron a un lado. Entre la multitud de observadores, alguien lanzó un grito de dolor que hizo que mi esposa apretara los dientes.

Hizo una mueca de irritación, pero se recuperó rápidamente y se dirigió al Aquelarre para mantener la paz, como haría cualquier líder decente en tiempos de lucha.

—La justicia de Lucifer se ha cumplido y espero por su parte que nos ofrezca la misma deferencia si alguna vez tenemos que cobrarnos nuestra propia venganza en caso de que alguno de sus Recipientes o demonios perjudique a los brujos de manera similar —dijo, dejando claras sus intenciones ante la audiencia perfecta. Transmitió su mensaje a aquellos que me eran leales, anunciando lo que les pasaría si alguna vez tocaban lo que consideraba suyo.

Sonreí.

Esa era mi brujita favorita.

—No querría que fuera de otra forma, Alianza —dije y le hice una reverencia que habría sido burlona si hubiera sido ante cualquier otra persona que no fuera Willow.

Por ella, me pasaría la vida de rodillas si me lo pidiera.

# 35

# Willow



*Avancé por el dormitorio mientras Jonathan daba vueltas a mis pies. Gruñí de frustración cuando maulló; no dejaba de metérseme por medio. Tuve que poner mucha atención para no caerme de bruces más de una vez.*

*Le di con el pie, pero el gato no mostró ningún signo de irritación.*

*No bufó como habría hecho normalmente para demostrarme su indignación.*

*Fruncí el ceño y me quedé mirando al gato negro unos segundos antes de agacharme para rascarle el cuello. Mi mano lo atravesó de lado a lado y todo mi cuerpo se tensó.*

*—Impresionante —dijo una voz masculina que me obligó a levantarme como un resorte y me volví a mirarlo. Esperaba en la puerta y su figura bastaba para llenar el hueco que normalmente habría conducido al salón y al despacho que había al otro lado.*

*Si el cuerpo no hubiera sido suficiente, las alas de plumas blancas que se*

*extendían más allá de él habrían cumplido la tarea con creces.*

*Su rostro se parecía tanto al de Gray que me dolió; fue como un puñetazo en las tripas. Iba bien peinado, con el pelo bien cortado y tenía unos rasgos amables. Curvó los labios en una sonrisa que se veía más falsa que todos los gestos de burla que Gray me había dedicado durante su engaño.*

*Di un paso hacia él y tragué saliva al comprender quién era.*

*—Michael —dije, con voz tan aprensiva como me sentía.*

*—Willow Hecate —dijo, ignorando deliberadamente mi apellido de casada.*

*—Willow Morningstar —corregí y levanté la barbilla.*

*Se rio entre dientes y dio un paso hacia mí. Se acercó demasiado, incluso en el reino de los sueños, donde ningún ser normal podría tocarme. No sabía qué magia poseía, si sería similar a la de su hermano gemelo, pero Gray había logrado marcarme en sueños una vez.*

*—A los ojos de Dios, no lo eres —dijo, despegando aún más los labios. Tenía los dientes perfectamente blancos y rectos, discretos y opacos. Sin embargo, había algo en él que me hacía preguntarme si no sería aún más despiadado que Gray, si su rectitud no sería un arma que blandir.*

*Me encogí de hombros y me acerqué a la ventana para contemplar los jardines. Estaban oscuros, sin la iluminación habitual de las estrellas y los faroles.*

*—Nunca le he dado mucha importancia a lo que tu Dios piensa de mí —dije y me volví hacia él.*

*Mirarlo directamente me desarmó; sus ojos eran del mismo azul impactante que había tenido el Recipiente de Gray. Antes creía que echaba de menos aquel azul después de que lo sustituyera el oro y después de comprender lo que significaba, pero al mirar a Michael, me di cuenta de que no era más que una pálida imitación.*

*—No esperaría que a alguien como tú le importara. Ambos sabemos a dónde irás cuando mueras, bruja —dijo Michael, la palabra mucho más*

*maliciosa que el afecto que Gray solía brindarme.*

*—¿Esa es la forma de hablarle a tu cuñada? —pregunté con una sonrisa, canalizando la actitud que Gray tanto admiraba de mí. Michael se limitó a mirarme por encima del hombro como si no valiera ni la suciedad de sus bonitos zapatos blancos.*

*—Tú y yo no somos familia —gruñó y se adentró más en la ilusión del dormitorio que había creado en mi mente.*

*—Entonces, ¿qué tal si vas al grano y me dices qué coño quieres para que pueda volver a dormir? —pregunté, respondiendo a su gruñido con uno propio.*

*Bufó.*

*—Eres todo lo que Él dijo que serías —afirmó, lo que me arrancó una sonrisa.*

*—Me alegro de que mi reputación me preceda —dije y agité una mano para indicarle que se diera prisa.*

*—Tienes la capacidad de volver a abrir la puerta al infierno —dijo. Enarqué una ceja y crucé los brazos sobre el pecho—. Quiere que lo hagas y que te lleves a todos los de tu especie y a la familia de Lucifer de vuelta a donde pertenecen.*

*—Los míos nacieron aquí —dije, descruzando los brazos y cerrando las manos en puños—. Este lugar es nuestro.*

*—Sois abominaciones que nunca deberían haber existido. Habéis vendido vuestras almas al diablo y deberíais marcharos al lugar a donde pertenecen todos los que han elegido su abrazo —dijo Michael, con el cuerpo en tensión. Infló las alas, como si su tamaño fuera a intimidarme.*

*—¿Y qué gano yo? —pregunté y ladeé la cabeza para estudiarlo.*

*—Él no hace tratos con los malditos —dijo, una advertencia en la serena furia de su voz.*

*Me acerqué un poco más, agarré su corbata azul entre las manos y se la enderecé mientras lo miraba con burla desde abajo.*

*—¿Y si quiero dejar de ser una pagana? ¿Me aceptaría entonces en el reino de los cielos?*

*Retrocedió un paso con repulsión ante la amenaza de mi contacto. Había sido sólido incluso en el mundo del sueño, tocable y tangible.*

*En teoría, se lo podía matar.*

*—Por supuesto que no. Tu alma está contaminada por tu uso de la fuente —dijo y entendí las palabras muy claramente.*

*—Yo no uso la fuente. Soy parte de ella y Él no lo soporta, ¿verdad? —pregunté y solté una carcajada que llenó la habitación—. ¿Me estás diciendo que las buenas acciones que pueda cometer nunca importarán? ¿Que no habrá abrazo celestial para mí?*

*Levantó la barbilla con evidente indignación.*

*—No puedes cambiar lo que eres.*

*Sonreí.*

*—Gracias, Michael —dije y le di la espalda al arcángel para ponerme a jugar con los pétalos de la rosa que guardaba en la mesita de noche. No pude tocarla y mis dedos la atravesaron, pero todavía servía a su propósito y me hacía sentir fortificada.*

*—¿Por qué? —preguntó con un gesto de confusión en aquel rostro engañosamente atractivo.*

*—Por darme la excusa que necesitaba para hacer lo que me dé la puta gana a partir de ahora —dije. Acorté la distancia entre nosotros, con la magia de la vida fluyendo sobre mi piel como un susurro de la realidad—. Dile a tu padre que se vaya a la mierda, mensajero.*

*Puse las palmas de las manos en su pecho y me encontré con carne sólida. Abrió los ojos de par en par y lo empujé hacia atrás, obligándolo a atravesar la puerta abierta del dormitorio. El arcángel retrocedió a trompicones en la oscuridad y desapareció tan rápido como había aparecido.*

*Me di la vuelta,*

y me incorporé en la cama. A mi lado, Gray dormía inquieto, como

si hubiera sentido la presencia de su hermano. Extendí la mano y acaricié los pétalos de la flor que había tocado en sueños. Se volvieron cenizas bajo mi tacto; la vida que les había quitado se desvaneció.

Volví a meterme en la cama y me prometí poner rosas nuevas por la mañana.

Tenía la sensación de que las necesitaría.

# 36

# Willow



Ala mañana siguiente, Gray entró en la habitación y me despertó. Vestía unos pantalones de chándal grises de cintura baja y llevaba una bandeja de desayuno en las manos, una pieza de madera inmaculadamente tallada que, sin duda, no procedía del comedor comunitario.

Me coloqué las sábanas a la cintura y me acomodé en las almohadas mientras contemplaba la variedad de frutas y bollería que había puesto en los platos.

—Buenos días, mi amor —dijo y se inclinó para darme un beso en la frente. El contacto fue tan tierno y dulce que detesté tener que romper el momento, aturdida por la consideración que había mostrado al traerme el desayuno.

—No tenías por qué hacerlo —dije y agarré un vaso de agua. Di unos sorbos y dejé que el líquido me refrescara la garganta, que sentía demasiado caliente. No sabía qué hacer con aquella versión de

Gray, con los gestos amables que no encajaban con lo que me había acostumbrado.

—Quería hacerlo —dijo y se llevó una fresa a la boca. La masticó despacio y seguí con la mirada el movimiento de su boca alrededor de la pulpa. Me avergonzó mi reacción ante algo que debería haber sido inocente, pero entonces me di cuenta de algo más importante que mis hormonas.

—Creo que nunca te he visto comer —dije y la observación hizo que se riera.

—No necesito hacerlo, pero eso no significa que no pueda —dijo, luego se terminó la fresa y dejó el tallo en la bandeja—. Me gusta sobre todo la fruta madura.

—No seas desagradable —dije y puse los ojos en blanco mientras me servía un trozo de piña.

Me lo metí en la boca y mastiqué despacio, pensando en cómo abordar la conversación. Normalmente no me importaba si lo que tenía que decir enfadaba a Gray o provocaba una pelea, pero aquel nuevo escenario en el que intentábamos establecer una relación real me inquietaba.

A las parejas normales no les gustaba discutir.

¿Gray y yo seríamos capaces de estar en paz?

—Dilo de una vez, brujita —dijo y levantó una ceja mientras me observaba masticar. Me puse roja, irritada por cómo parecía leerme el pensamiento. Siempre sabía cuándo algo me rondaba la mente y ojalá yo tuviera la misma habilidad para leerlo a él.

—¿Por qué no me dijiste que podías tener hijos? —pregunté después de tragar.

Se sentó en la cama y se recostó sobre un brazo. Su postura relajada me indicaba que sabía que aquella conversación iba a tener lugar después de la revelación de la noche anterior.

—Sé que tomas el tónico —dijo, sorprendiéndome. Nunca lo había tomado delante de él, porque siempre había formado parte de mi rutina matutina los primeros días del mes—. No me pareció que necesitáramos tener una conversación al respecto todavía. Nuestra relación ya era lo bastante complicada.

Lo medité unos segundos, detestando que nuestro pasado me obligara a interrogarlo. Necesitaba saber la verdad, porque sabía de lo que era capaz.

—¿Así que no me lo ocultaste con la esperanza de que dejara de tomar el tónico pensando que no pasaría nada?

Gray se rio y negó con la cabeza. No fue una risa burlona como hubiera esperado, sino una que me calentó la piel.

—No, Willow. Cuando quiera que te quedes embarazada, serás perfectamente consciente de mis intenciones. —Agarró otra fresa, pero en lugar de llevársela a la boca, la acercó a la mía. La punta me presionó los labios y los abrí ligeramente para permitirle ofrecerme un bocado. Bajo su mirada embriagadora, no pude evitar el calor que me recorrió la nuca. Mastiqué y tragué mientras le sostenía la mirada.

—¿Cuando tú quieras que me quede embarazada? ¿Qué hay de lo que yo quiero? —pregunté, fingiendo indiferencia, aunque su respuesta me importaba mucho. Me había pasado la vida sabiendo que el Aquelarre nunca me vería más que como una incubadora, un medio para continuar un legado. Sus palabras de la noche anterior me habían infundido el temor de haber escapado de una persona que quería eso para mí para saltar a los brazos de otra.

—Confía en mí —dijo y tomó mis manos entre las suyas. Se inclinó hacia mí y la sinceridad de su mirada me hizo guardar silencio. Cualquier cosa que hubiera estado a punto de decir se desvaneció, perdida en la expresión solemne de su rostro—. Los hijos son un

regalo y nunca te obligaría a tenerlos si no quisieras. No todo el mundo está capacitado para ser padre y gran parte de la capacidad para ser una buena madre proviene del deseo de serlo.

Me ardió la garganta con la amenaza de las lágrimas, pensando en mi propia madre, que me había querido más que a nada. Me había querido de verdad, a pesar de los retos que la tarea le había supuesto y del hombre que no la había visto más que como un objeto del que aprovecharse para su beneficio.

—¿Incluso si decidiera que nunca quiero tenerlos? —pregunté y observé cómo el dolor de la posibilidad se reflejaba en su rostro. Si había algo que sabía que era cierto, era que Lucifer Morningstar ansiaba una familia propia más que nada.

La suya lo había abandonado y lo había obligado a formar una nueva. Quería una que no pudiera abandonarlo, que no se alejara solo porque no estaban de acuerdo con algo que hacía.

Quería un amor incondicional y esa inocencia provenía únicamente del amor de un niño.

—Incluso entonces —dijo, sorprendiéndome al serenarse—. Mientras te tenga a ti, aceptaré esa decisión si es necesario.

Sonreí, con una expresión más cálida de lo normal, mientras me inclinaba hacia él y lo besaba.

—Creo que esa ha sido la respuesta perfecta.

Sonrió en mi boca y me devolvió el beso con suavidad.

—Lo he dicho en serio.

Me aparté y dejé que viera cuánto sentía aquellas palabras.

—Lo sé. Por eso ha sido perfecta.

# 37

# Willow



Gray y yo nos fuimos cada uno por su lado después de prepararnos para el día. Él se fue a dar clase, algo en lo que insistía en aferrarse de momento, y yo salí a pasear por los jardines. Tras nuestra conversación de aquella mañana, necesitaba conectar con la tierra.

Necesitaba explorar el recuerdo de mi madre, la alegría que me había dado mi familia.

Nunca antes me había permitido considerar la posibilidad de tener hijos, pero ¿de verdad era algo que no quería para mí? Mentiría si dijera que mi mundo ideal no implicaba traer a Ash a Crystal Hollow cuando encontráramos una forma de calmar la disidencia entre los archidemonios y el Aquelarre.

La Elección ya no existiría cuando lograse cumplir el destino que la anterior Alianza había intentado evitar.

Las flores me rodearon mientras caminaba entre ellas; se

balanceaban hacia mí con la esperanza de que les hiciera una ofrenda. Extendí un brazo y dejé que los tallos se me enroscaran por el antebrazo y se tensaran hasta hacerme sangrar. Después de probarme, se retiraron y se escabulleron entre los macizos del jardín. Las heridas del brazo formaban una delicada cuerda; la piel se iluminó y cicatrizó ante mis ojos. La familiaridad de los jardines era como un bálsamo, un recordatorio de que, a pesar de todos los cambios, una cosa siempre sería cierta.

Aquel era mi sitio.

Pasé la yema del dedo por los pétalos de una flor y me permití sumergirme en su textura. Los jardines habían florecido desde mi llegada, desde el regreso de algo que nunca debería haberse ido. Michael me vino a la mente y no pude evitar la punzada de culpa por no haberle hablado a Gray de la intromisión de su hermano. Me había dicho que nunca habría lugar en el cielo para mí, que mi alma había estado vendida al diablo desde mi nacimiento por la forma en que yo había corrompido la fuente.

Sin embargo, no me sentía corrupta. Me sentía en armonía, dos mitades de un todo que siempre deberían haber estado unidas.

No con Gray, sino con la tierra que me pertenecía y con la fuente que podía alcanzar con solo un pensamiento.

Sonreí al sentir la brisa fresca que flotaba desde el agua hasta los jardines. Los acantilados en la lejanía estaban envueltos en niebla y los prismas de las bahías de cristal quedaban ocultos a la vista. Delante de aquellos acantilados se extendía el cementerio, ahora casi vacío, con solo los brujos verdes enterrados allí, pero liberados de sus ataúdes.

Me acerqué sin pretenderlo; mis pies me arrastraron hacia la otra mitad de mi herencia. Sentí cómo la magia palpitante de los verdes se extendía por la tierra; el suelo que cubría sus sepulturas era una

masa de flores silvestres y hierba fresca que no paraba de crecer.

La magia de los que me habían precedido había sido devuelta al lugar que le correspondía y me acerqué a la linde del cementerio para presentar mis respetos. Algún día encontraría la forma de devolver allí el cuerpo de mi madre para que ella también pudiera formar parte de su ciudad natal.

Por el momento, me senté en el borde del cementerio y hundí las manos entre las briznas de hierba. La magia de la muerte y de la vida palpitaba en la tierra, y atravesó el suelo hasta tocarme la piel. Suspiré aliviada al sentir cómo el poder se extendía por mi cuerpo hasta arañarme la garganta y atraparme.

Sin embargo, a diferencia de la primera vez que usé la nigromancia, ya no la temía. Se había convertido en otra parte de mí y se había unido a todas las demás magias con las que tenía que sentirme cómoda.

Así que me hundí en ella y disfruté de la brisa en la piel. Extendí esa magia hacia la tierra para alcanzar todos los manantiales naturales enterrados en las profundidades del suelo y sentí cómo el frío bañaba mi cuerpo. El sol me protegió de aquel frío, la estrella más brillante que ardía incluso a la luz del día mientras el lado cósmico de mi magia se desplegaba hacia arriba y hacia fuera. Percibí la presencia dura e inflexible de los cristales del borde de los acantilados, que proyectaron un prisma de colores en mi visión. En las antorchas, apagadas casi por completo durante el día, noté el débil rescoldo de una llama, que parpadeaba ante mí como el calor de un hogar.

La magia de los rojos me resultaba más difícil de canalizar, ya que toda la que había utilizado hasta entonces procedía del exterior de mi cuerpo. Era una clase de magia que procedía tanto de su interior como de los cuerpos de quienes los rodeaban, pero yo me perdía en

la añoranza que me invadía cada vez que pensaba en Gray. En la sensación que me producían sus manos al tocarme.

En el momento en que ese deseo cobró vida, se me escapó un jadeo. Al tocar todas las partes de la fuente a la vez, saboreé la magia de la propia creación. Me bajó por la garganta como el ritmo de las estaciones, un patrón que había estado allí desde el principio de los tiempos. Cerré los ojos y mi respiración se ralentizó hasta que no supe si estaba viva o si me había fundido con la fuente. Era parte de mí, recorría mi cuerpo y se extendía por cada rincón. No imaginaba cómo se sentiría Gray habiendo vivido con esa sensación durante siglos, atrapado lejos de todo ello.

Abrí los ojos al percibir el chasquido de una rama; sentí el crujido como si fuera uno de mis huesos.

Los malditos salían del bosque, así que me obligué a levantarme. Había más de los que pensaba. Sus figuras eran tan horripilantes como las recordaba y me estremecí al contemplar los movimientos lentos y antinaturales de los lobos que caminaban sobre dos patas peludas, pero humanas.

Podría salvarlos, deshacerlos como había hecho con Jonathan, pero sabía en lo más hondo de mi ser que tendría que tocarlos para que funcionara.

Eran once. Me sería imposible enfrentarme a todos a la vez.

Miré alrededor mientras se movían, observando cómo se desplegaban por el cementerio. No se me acercaban demasiado; la mayoría mantenía la distancia, salvo uno que se detuvo a unos metros.

Cuadré los hombros y separé los pies. La magia de la fuente me corría por las venas y había pasado muchos años luchando por mi vida en jaulas diseñadas para debilitarme y menospreciarme.

El maldito más cercano se quedó quieto e inclinó la cabeza en

silencio. El movimiento era de clara sumisión y lo estudié con curiosidad. Avancé unos pasos.

La brutalidad despiadada que los malditos me habían mostrado en mi primer intento de huida se desvaneció cuando todos los demás hicieron lo mismo e imitaron la postura del primero al acercarme lo suficiente como para tocarlo. Tragué saliva al sentir la intensidad de su mirada. No hizo ademán de tocarme, sino que se quedó inmóvil, y me pregunté si querría que lo liberase. Si de algún modo sabrían lo que le había hecho a Jonathan…

Levanté una mano temblorosa y se la acerqué a un lado de la cara. Sentí el pelaje áspero bajo la palma, pero yo quería que fuera suave.

Cerró los ojos mientras intentaba invocar la misma magia negra que había utilizado para liberar a Jonathan.

Lo que me respondió fue diferente, más fuerte, con mente propia. La fuente de toda magia se alzó en mí, entrelazada con una magia viva, que respiraba y exigía el sacrificio que se le había ofrecido. Intenté apartar la mano cuando el maldito abrió los ojos de par en par. Al mismo tiempo, los demás imitaron el movimiento con expresiones de pánico, como si también hubieran sentido la atracción de lo que yo había invocado.

El maldito que estaba frente a mí me agarró por la muñeca para que no pudiera apartar la mano.

—Para —susurré y asintió como si comprendiera lo que se avecinaba.

Pero no lo entendía.

Sus piernas se enroscaron formando las raíces de un árbol que lo anclaron al suelo mientras aullaba de dolor. Aun así, no me soltó. Ni siquiera cuando las ramas surgieron de su torso, el verdor salpicado de sangre y carne. Las hojas brotaron en las ramas cuando por fin me soltó y retrocedí a trompicones hasta que caí de espaldas.

Su cuerpo se desvaneció por completo, engullido por un seto que formaba un círculo. Pasó al siguiente maldito, hasta que se los tragó a todos, uno por uno. Al desaparecer sus cuerpos, el laberinto que se materializó ante mí me resultó familiar.

Recorrí el perímetro e hice una mueca al ver las cabezas de los malditos, que asomaban en lo alto de los pilares del laberinto. Tenían los ojos en blanco y no veían, sus vidas entregadas a la fuente, que resurgía con la ofrenda. Me apresuré a dar una vuelta completa. Había tres entradas, tres caminos que sabía que conducirían al centro si los viera desde arriba.

Lo sabía, porque era el mismo símbolo que había marcado en el pecho de Gray.

Me detuve con pasos inseguros frente a la entrada que había aparecido ante mí y contemplé el rostro lobuno y muerto del maldito al que había tocado.

Me tragué el miedo y la inquietud por lo que la fuente intentaba decirme.

Me adentré en el laberinto.

# 38

# GRAY



Rodeé la mesa con paso vacilante y me acerqué a la ventana para observar el patio. No veía a Willow por ninguna parte, pero sabía que había encontrado un lugar donde invocar su magia y reconectar con la tierra.

Mi brujita podía soportar que la zarandeasen o la doblasen, pero nunca se rompía.

Sonreí y se me escapó una risita. Leviatán se me acercó cuando los alumnos empezaron a entrar en el aula.

—Puñetera bruja astuta —dije y negué con la cabeza antes de darme la vuelta para mirarlo.

—¿Qué ha hecho ahora tu mujer? —preguntó Leviatán, con el mismo tono divertido.

—Ha tocado la fuente —dije, sintiendo la magia en mi propia piel en respuesta a la suya. En el pasado, Willow había usado la magia de sus venas para llamar a la fuente. Pero ¿ahora?

Se había hundido en ella hasta las muñecas, había tomado lo que necesitaba y había dejado que se le deslizara dentro.

—¿Es eso posible? —preguntó Leviatán y se volvió para mirar por la ventana. También buscó a Willow, sabiendo que estaría en el patio o en los jardines si había logrado conectar con la magia tan a fondo. Eran los lugares donde se habría sentido más cómoda adentrándose en lo desconocido.

Sonreí con cariño.

—Parece que ni siquiera la fuente es capaz de decirle que no a mi esposa —dije y me volví hacia los alumnos. Había menos de los que me esperaría en un día normal; algunos miembros del Aquelarre habían decidido que ya no querían que sus hijos asistieran a una clase con el diablo.

Era su decisión, pero los alumnos no serían miembros de pleno derecho del Aquelarre hasta que se graduaran en Hollow's Grove. Me percaté de la ironía y la hipocresía de la afirmación, teniendo en cuenta que los lideraba una bruja que no había terminado ni un solo año.

Una parte de mí deseaba que hubiera alguien que pudiera sentarse en el trono hasta que Willow se graduara, para que tuviera la oportunidad de asistir a la universidad como cualquier brujo. Me prometí que hablaríamos del tema antes o después y le haría saber que encontraríamos la manera de que continuara con su educación si así lo deseaba.

La otra parte solo quería arrodillarse ante ella y alentar su reino de terror.

—Es un peligro —dijo Leviatán, pero era un comentario relajado que sonaba más como la reprimenda de un hermano mayor cariñoso. No había ninguna amenaza en la forma en que miraba a Willow, solo admiración por la mujer que había hecho posible su

presencia allí.

Ojalá Belcebú se mostrara tan amistoso con ella. El demonio que la había matado seguía frustrado con su mera existencia, aunque la bruja a la que quería cortejar fuera amiga de Willow.

*Pobre Margot.*

La chica no tenía ninguna posibilidad.

—¿No deberías detenerla? —preguntó Leviatán y enarcó una ceja. Jugar con la fuente conllevaba riesgos, pero eso solo ocurría cuando alguien intentaba entrar por la fuerza. La magia que me envolvía la piel como una extensión de Willow no era maliciosa, sino que se sentía como el calor acogedor de un abrazo familiar.

La fuente la había reconocido y la había invitado a pasar.

—No —dije y negué con la cabeza mientras buscaba una tiza para garabatear unos notas en la pizarra—. Déjala que juegue. La fuente se lo dirá cuando haya ido demasiado lejos.

# 39

# Willow



Deambulé por el laberinto, ignorando cómo los setos intentaban tocarme. No buscaban sangre; esa necesidad la habían saciado los malditos. Solo ansiaban tocar mi piel desnuda, rozarme con sus hojas y flores.

Toda la tierra estaba viva, pero aquello era diferente. Parecía como si guardara secretos.

Avancé por el sendero, que serpenteaba entre la vegetación. El suelo bajo mis pies me resultaba extraño como nunca antes. No era la tierra que había conocido toda la vida, como si aquel laberinto existiera entre reinos.

Un lugar independiente.

Doblé la siguiente esquina esperando que algo me atacara. Lo que me encontré fueron las brillantes alas de las mariposas que revoloteaban por el camino. Una se posó en mi mano, con las alas azules brillantes tan parecidas a un cristal que me quedé

contemplándola embobada unos segundos antes de seguir avanzando. La magia de aquel lugar impregnaba el aire, me rodeaba como las profundidades del océano tras haber caído en picado hasta el fondo.

La sentía en los pulmones. La sentía en el estómago y en la mente.

Yo era ella y ella era yo; mientras avanzaba hacia el círculo central, comprendí dónde me había metido.

En el corazón mismo de la fuente.

# 40

# Willow



Me acerqué a las tres estatuas de malditos que aguardaban en el centro del círculo y posé una mano en la más cercana. Señalaba el círculo que formaban, custodiándolo como centinelas mientras miraban hacia cada uno de los tres caminos. Uno estaba a mi izquierda y sus setos eran los más viejos. Eran las ramas espinosas y retorcidas de la muerte, que se adentraban hacia el sendero como si quisieran cortar a cualquiera que se aventurara en él; eran una reliquia del pasado.

A mi derecha, el laberinto se extendía con el brillo de la primavera. El camino estaba plagado de flores y los setos relucían de un verde fresco e incipiente, mientras que el mío era el verde de una planta madura.

Bajé la vista hacia el pedestal que estaba en medio y fruncí el ceño al ver el símbolo de la triple diosa. La luna llena del centro rodeada por dos medias lunas orientadas hacia fuera, con los arcos

ligeramente curvados para señalar los dos caminos que no había tomado.

Un movimiento a mi izquierda me sobresaltó y me di la vuelta, alejándome de la triple diosa y de lo que no comprendía para enfrentarme a la figura que avanzaba entre las espinas. Salió del sendero con un vestido negro que le cubría los brazos y se extendía hasta el suelo, donde se arrastraba por la hierba.

Era tal como la recordaba, su rostro tan parecido al mío incluso ahora que le habían regalado la verdadera muerte.

—Charlotte —dije con apenas un susurro. Se me llenaron los ojos de lágrimas, aunque comprendí que era una tontería alegrarme. Solo había visto una vez a la primera bruja Hecate, pero me había dado la mano cuando más lo necesitaba.

Sonrió con tristeza y cruzó la distancia que nos separaba para colocarse a un lado de una de las medias lunas.

—Willow. —Su voz era suave, tan cariñosa como recordaba la de mi madre cuando tenía una pesadilla y me metía en su cama por las noches de pequeña. Se acercó a la triple diosa y me acunó suavemente las mejillas entre las manos—. Te dije que siempre estaría contigo.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo he llegado aquí? —pregunté y miré alrededor en el laberinto.

Ensanchó la sonrisa.

—Chica lista. ¿Ya has descubierto dónde estás?

—Lo he sentido —confirmé y asentí con la cabeza mientras levantaba las manos. Me recordaban a los ojos de Gray, la magia dorada que brillaba en mi interior cuando me curaba una herida, solo que en aquel lugar mi piel parecía imbuida de ella.

—Estás aquí porque te entregaste a la fuente —dijo Charlotte y trazó con el índice la forma de la luna creciente que tenía más cerca

—. Igual que hice yo cuando di mi vida para salvar la tuya.

—Pero no estoy muerta —dije y volví la vista hacia la entrada del laberinto. Había estado viva al entrar y la idea de haber abandonado a Gray sin saberlo, después de todo lo que habíamos pasado…

Él también estaría muerto.

—No, no estás muerta, Willow. Mi propósito en la vida era hacer mi trato y así engendrar al precio que Lucifer exigía. Lucifer creyó que tu propósito terminaría cuando abrieras el sello, hasta ese sueño en el que decidió que quería conservarte —dijo y tomó mi mano entre las suyas. Arrastró mis dedos a la luna llena del centro de la triple diosa y una chispa de poder parpadeó cuando la toqué—. Pero yo ya sabía que tenías que vivir. Por eso le hice prometer a Lucifer que se asegurara de que siempre estuviera contigo. Así podría estar a tu lado hasta el final para protegerte.

—No lo entiendo —dije y retiré la mano.

—Lucifer forma parte de la fuente tanto como tú y como yo, igual que su padre y sus hermanos. Hace mucho tiempo, Dios se entregó a la fuente para ganarse su confianza y obtener el poder de crear vida. Sin embargo, desde entonces les ha dado la espalda a esas creaciones en favor de su propia codicia por la adoración. Se desvió de la fuente, llevándose consigo suficiente de su poder como para que nadie le pueda presentar batalla. Empleó su influencia para que la gente renegara de las viejas costumbres y tradiciones. Con cada persona que la abandonaba, con cada brujo que la descuidaba, la fuente se debilitaba. Tu trabajo es restaurar ese poder, para que seamos lo bastante fuertes para enfrentarnos al ejército de Dios —dijo Charlotte, con aire distante. Se quedó mirando el lugar vacío ante la otra luna creciente, la vida incipiente que aguardaba allí.

—Los ángeles —dije y asentí. El recuerdo de Michael estaba vívido en mi mente, su convicción de que los brujos debían ser condenados.

Charlotte asintió.

—Poseen el poder que Dios robó. Nosotros poseemos el poder de la fuente, directamente de ella. No somos iguales y no permitiremos que nos demonicen por tocar lo que nos fue prohibido en el Jardín del Edén —dijo y se sacó una manzana del bolsillo del vestido. Me la lanzó, obligándome a atraparla con las dos manos mientras se alejaba de la triple diosa.

Me quedé mirando la manzana roja, la tentación prohibida cargada de magia.

—¿Cómo consiguió Lucifer acceder directamente a la fuente, si su padre le dio la espalda? —pregunté y miré a Charlotte.

—El diablo no es el único que sabe utilizar a la gente, dulce Willow —dijo ella, mirando fijamente el símbolo—. El destino habla de tres mujeres que lo cambiarán todo. Tres mujeres que traerán el nuevo orden.

Exhalé y contemplé el símbolo de la triple diosa con nuevos ojos.

La doncella.

La madre.

La arpía.

Tragué saliva y me volví hacia Charlotte.

—Yo he cumplido mi parte en el pacto que permitió a Lucifer caminar por la Tierra a tu lado. Pero hay que mantener el equilibrio —dijo y sus familiares ojos violetas me contemplaron con dulzura.

—Arriba igual que abajo —dije y mis palabras sonaron distantes. Me zumbaban los oídos y dentro de mi cabeza saltaron campanas de alarma.

—El diablo ya no está en el infierno, lo que significa que ha llegado el momento de que alguien arranque a Dios del cielo —dijo. La crueldad en su rostro se parecía mucho al odio que yo misma había sentido cuando Michael me había dicho que nada de lo que hiciera

valdría para ganarme el perdón.

Me condenarían solo por atreverme a tocar un poder que Él creía que no tenía derecho a poseer.

Tragué saliva, insegura de querer saber la respuesta.

—¿Yo? —pregunté y observé cómo la dulce sonrisa de Charlotte se ensanchaba en un gesto de pura satisfacción.

—No, Willow —dijo y salvó la distancia que nos separaba. Apoyó la palma de la mano en mi vientre—. Ella.

# 41

# Willow



Retrocedí a trompicones y negué con la cabeza.

—No estoy embarazada —dije y apreté los labios. La idea de que me hubieran arrebatado la posibilidad de elegir, cuando ya había decidido que tal vez algún día llegara a desearlo, me resultaba inconcebible. Hacer las paces con el futuro no significaba aceptarlo ya mismo.

—No, no lo estás —confirmó y respiré aliviada.

No estaba preparada.

Aunque antes hubiera tomado una decisión, ahora que conocía aquella advertencia no estaba segura de estarlo nunca.

—La doncella llegará —dijo Charlotte, comprensiva—. Ya has decidido que algún día querrás hijos. Esto no cambia nada —concluyó, sus palabras en sintonía con mis propias reflexiones.

Siempre conmigo, incluso en mi cabeza a veces.

—¿Lo sabe él? —pregunté.

La idea de que todo ocurriera tan deprisa después de nuestra conversación sobre los hijos me hizo sospechar, pero la fuente me envolvió y su tacto me tranquilizó mientras contemplaba el camino primaveral de la doncella.

El camino que algún día recorrería mi hija cuando se entregase a sí misma y su cuerpo a la fuente.

—No. Ni siquiera Lucifer conoce el precio que le exigirá —dijo Charlotte, tomando mi mano entre las suyas.

—¿Qué precio? —pregunté y fruncí el ceño con confusión.

El laberinto se estremecía a nuestro alrededor mientras Charlotte me alejaba de la triple diosa. Su preocupación era evidente cuando se volvió a mirarme. El tacto cálido y relajante de la fuente se había transformado en algo más oscuro y una pizca de miedo me recorría la piel.

—Tu hija liderará la lucha algún día. Será el arma que nos permitirá devolver al mundo lo que siempre debió ser —dijo mientras me empujaba hacia mi camino.

—No estoy preparada para ser madre —dije y contemplé cómo se desviaba hacia su propio camino. Me devolvió la mirada con ojos sabios.

—Lo sé. La fuente ha esperado siglos. Esperará mil más si es necesario —dijo Charlotte y empezó a recorrer su camino—. El tiempo no significa nada para algo más antiguo que todo lo que existe.

No se despidió y desapareció de la vista, siguiendo el rumbo previsto solo para ella.

Yo me apresuré por el mío, corriendo mientras las paredes temblaban. Era como si la propia fuente estuviera siendo atacada, como si alguien golpeara las paredes exigiendo entrar. No quise pararme a pensar qué podría estar provocando ese temblor.

Respiraba con dificultad mientras corría, decidida a salir de allí antes de que se desatara la represalia. Avancé tan rápido como pude y doblé la esquina hacia la entrada que me llamaba. La zona exterior estaba borrosa, pero corrí hacia ella.

Salté fuera del laberinto justo cuando se derrumbaba a mi alrededor y volé por los aires, cayendo hacia un suelo que no parecía llegar. Agité los brazos y el viento me alborotó el pelo.

Caí.

Aterricé en mi propio cuerpo, sentada como había estado antes de que apareciera el laberinto, contemplando el cementerio donde había surgido. No estaban los pilares que habían formado los malditos, ni las cabezas cortadas sobre los setos. El suelo frente a mí era llano y uniforme, una mezcla de hierba y flores silvestres que cubría las tumbas de las pasadas generaciones de Bray y Madizza.

Como si el laberinto solo hubiera existido dentro de mi cabeza.

Saqué las manos del suelo y me estremecí cuando el vínculo con la magia se partió. Me miré las manos, conmocionada, y no vi la rama que me golpeó la cabeza.

Sentí dolor y la sien me estalló en agonía. La rama se partió por la mitad y trastabillé hacia un lado. Tuve que rodar para incorporarme y mirar a la persona responsable. La bruja que estaba frente a mí era joven, miembro de mi clase de legados.

Detrás de ella había un grupo de seis, cada uno sujetando sus propias ramas. Sentí el cuerpo maltrecho cuando volví en mí, con los brazos cubiertos de moratones y arañazos que no había notado al principio.

¿Cuánto tiempo llevaban allí, golpeándome mientras soñaba con la fuente?

No había sido esta la que estaba siendo atacada en la visión que creía que era realidad.

Era yo.

Me erguí todo lo que pude y los miré con desdén. Mi cuerpo se balanceó hacia un lado, como si fuera a caerme. La fuente se acercó para sujetarme y me sostuvo con suavidad mientras se me nublaba la vista.

La primera bruja tragó saliva y arrojó su rama agrietada al suelo. Me volví hacia los demás.

Parpadeé y convoqué mi magia. La fuente se deslizó por el suelo, se arrastró como un insecto hasta alcanzar aquellas ramas. Se retorcieron en nudos y se volvieron contra quienes las empuñaban para clavarse en sus corazones.

Una bruja chilló y soltó la suya; los demás siguieron su ejemplo mientras me miraban.

—Bien —dijo un brujo mientras se crujía el cuello. Llevaba la túnica blanca de los brujos de cristal y tenía los músculos abultados y duros como piedras—. Sin magia entonces.

Echó a correr hacia mí. La memoria muscular y la adrenalina movieron mi cuerpo y me lancé hacia un lado para evitar su ataque. Le clavé el codo en la columna, tirándolo al suelo, mientras me giraba para golpear a la siguiente bruja con el talón de la mano en la garganta.

Forcejeó para agarrarme y me arañó la piel antes de caer de rodillas entre jadeos.

La adelanté con paso firme. La magia de mis venas me alimentaba y me hacía sentir invencible a pesar de las heridas. En todos los años que había pasado luchando en jaulas a causa de mi padre, nunca había sentido tanta rabia.

Le di un puñetazo en el brazo a la siguiente bruja y un rodillazo en la nariz cuando se dobló de dolor.

Otras dos se dieron la vuelta para regresar a la universidad, pero

memoricé sus rostros. Esa vez no sería Gray quien las castigara.

Sería yo.

—Qué patético —murmuré al volverme hacia el primer brujo, que se levantaba. Miró al otro, que aún no había atacado y esperé mientras se miraban entre ellos—. Atacar a una mujer mientras sueña despierta.

El asco en mi tono era evidente y dejaba pocas dudas de lo que pensaba de ellos y de su valentía al agredirme.

Los tomé por sorpresa y eché a correr hacia el grande. Intentó darse la vuelta y escapar, dándome la espalda. Le rodeé el vientre con el brazo y lo usé de apoyo para desplazar mi peso hacia arriba. Se tambaleó cuando le rodeé el cuello con las piernas, apreté con fuerza y me volqué hacia el otro lado para desequilibrarlo. Sujetando su cabeza con fuerza entre las rodillas, tiré con las piernas y le di la vuelta. Cayó de espaldas al suelo.

Gimió mientras me levantaba y me aproximaba al otro brujo, que levantaba las manos como si no fuera una amenaza. Como si no hubiera visto a una mujer en un momento de debilidad y hubiera decidido aprovecharse de ella.

No soportaba a los matones.

Avancé pasando por encima de las brujas descartadas que habían quedado en el suelo. Invoqué la magia que notaba al borde de los dedos, llamé a los muertos que habitaban el suelo bajo nuestros pies.

La tierra tembló, el suelo se partió y los brujos que se habían atrevido a ponerme las manos encima se levantaron frenéticos. Las huesudas manos de los Madizza y los Bray emergieron de la tierra y sus huesos se irguieron.

De vuelta a la universidad, no dije ni una palabra mientras los muertos atacaban a aquellos que me habían ofendido y tampoco me molesté en ver cómo los despedazaban.

Los sonidos eran más que suficiente.

# 42

# Willow



La sala del Tribunal me esperaba, el trono en lo alto del estrado me llamaba. Convocaría al Aquelarre, sabiendo que las que habían escapado no serían capaces de resistir la llamada de la Alianza. Si seguían en Crystal Hollow, se verían obligadas a acudir para responder por sus crímenes.

Se verían obligadas a responder ante mí.

Atravesé el círculo central, energizada por la irritación. Estaba harta de las divisiones dentro del Aquelarre. Si lo que Charlotte me había dicho era cierto, teníamos que encontrar el modo de unirnos. Todos formábamos parte del mismo plan, dos caras de la misma magia. Pero no podríamos hacer nada si no dejábamos de intentar matarnos unos a otros en la oscuridad.

Pensar que estábamos destinados a oponernos era una causa perdida. Tal vez Charlotte había cometido un error fatal al poner todo aquello en marcha, al abrir el mundo a una guerra que lo

partiría en dos. El tiempo lo diría. Sin embargo, volver atrás y cambiar los primeros pasos no era una opción. Solo nos quedaba aceptarlo y seguir adelante.

Casi había llegado al trono, con el cuerpo palpitando de agonía al desvanecerse la adrenalina de la lucha. Todo me latía y tenía la cabeza embotada entre la rabia y el mareo.

Michael salió de los aposentos privados de la Alianza, los cuales yo no había tenido ningún interés en reclamar. El recuerdo de la antepasada que casi lo había arruinado todo era demasiado insoportable.

Me detuve en seco para contemplar al arcángel que tenía delante. Por un segundo, me pregunté si me habría metido en otra visión, el dolor induciendo el estado onírico.

No.

No era un sueño.

No se movió hacia mí, pero no era tan tonta como para pensar que sería lo bastante fuerte como para enfrentarme al arcángel yo sola. Michael era el gemelo de Gray, su equivalente en fuego celestial.

—Hola, Willow —dijo, con el suave acento de su voz pulida. Odiaba que su rostro se pareciera al de Gray, despreciaba que se asemejara al hombre que nunca permitiría que nada me hiciera daño.

Me di la vuelta hacia las puertas de la sala del Tribunal. Las alarmas se dispararon en mi cabeza con la certeza de que no era un sueño. Debería haberle hablado a Gray de la visita de su gemelo en sueños, pero no había encontrado las palabras dada la conversación que habíamos tenido aquella mañana.

Ya había suficiente carga entre nosotros. No quería añadir más.

Me golpeé contra un pecho masculino al volverme y unas manos conocidas me agarraron por la cintura y me sostuvieron.

Iban estaba detrás de mí, con el rostro sombrío mientras me sujetaba. Posé las manos en sus hombros para enderezarme y sus dedos se enroscaron en la tela de mi camisa.

Un dolor candente me estalló en el vientre y me abrasó por dentro mientras me sostenía la mirada. La disculpa en sus ojos no significó nada cuando retrocedí un paso y me encontré con el familiar mango de hueso blanco que sobresalía de mi cuerpo.

Lo miré confundida, sin comprender por qué Iban tenía el cuchillo que Gray había guardado bajo llave en su caja fuerte. El arcángel a mi espalda se rio como si oyera mis pensamientos y me di cuenta de que esa había sido la noche en que Michael me había visitado en sueños.

Se me pusieron los ojos en blanco y acerqué las manos al cuchillo. La magia de la fuente me partió por la mitad, absorbiendo mi magia hacia la hoja hasta dejarme exhausta. Me tambaleé hacia un lado, con los dedos aferrados a la empuñadura, mientras Iban envolvía mis manos con las suyas y me giraba hacia Michael. Me sujetó los brazos a los costados y me mantuvo prisionera, aunque apenas tenía fuerzas para estar de pie.

Me sentí excesivamente humana e impotente, y supe que no volvería a estar bien mientras aquella daga siguiera clavada en mi cuerpo.

—Lo siento —murmuró Iban, un retorcido recordatorio de lo que yo le había dicho a Gray cuando le había hecho lo mismo a él. Había confabulado con Michael para planear aquello.

No me cabía duda de que esa había sido su intención desde el principio. Me había necesitado para hechizar el cuchillo, así que me manipuló para que lo hiciera pensando que estaría librando al mundo de Lucifer.

Sabía que fallaría. Y sabía que lo usaría para matarme.

—¿Cómo has podido? —murmuré y negué con la cabeza para sacudirme la debilidad que plagaba mi alma—. Estás traicionando a los tuyos. Él no tiene nada que ofrecerte.

Lo sabía tanto como Michael, por la patética oportunidad que me había brindado de hacer lo mismo.

La salvación me era inalcanzable por lo que era.

—Renuncié a mi magia por una familia. Nunca he corrompido la fuente como tú. Puedo arrepentirme —explicó Iban, y me tropecé mientras me conducía hacia el sello del centro del círculo.

—Serás imbécil —espeté y caí sobre el cristal del espejo. La puerta del infierno se había cubierto de piedra, cortando la vista que sabía que había debajo. Iban me dejó caer y mi cuerpo se asentó sobre la extraña mezcla de piedra y cristal.

Cubrió mi cuerpo con el suyo y se tumbó sobre mi espalda mientras me arrodillaba sobre las manos y las rodillas. Hice una mueca y me aparté de su contacto incluso en aquellas circunstancias.

Empuñó la daga y la retorció en mi vientre, de modo que un nuevo chorro de sangre goteó sobre la superficie del espejo.

Una ofrenda.

Empujé hacia atrás y forcejeé cuando me levantó del cristal mientras la piedra se deshacía, ofreciéndome una vista de pájaro del pozo del infierno.

Agarró mis manos con las suyas, luchando con mi cuerpo debilitado. No podía resistir, no podía hacer nada mientras mi vida y mi magia se desvanecían en aquella hoja.

Iban guio mis manos al borde del espejo y las estampó sobre el rostro que era el mío. La magia se pegó a mí de inmediato y me arrebató aún más de lo poco que tenía para dar. Me estremecí e intenté cortar la conexión.

El sello se mantuvo firme y me absorbió mientras el cristal se hacía

añicos.

La puerta del infierno se abrió una vez más.

# 43

# GRAY



*Diez minutos antes.*

A mitad de la clase, levanté el libro de texto de la mesa.

—Id a la página ciento noventa y tres —dije mientras yo mismo hojeaba el libro para buscarla. Ya habíamos explicado la historia del trato que había creado el Aquelarre, pero quería tratar el tema desde otro punto de vista. Belcebú y Leviatán esperaban al fondo de la clase; su presencia no era necesaria, pero Belcebú siempre estaba conmigo si no podía estar con Margot.

El muy cabrón ya no sabía cómo funcionar estando solo.

—Hablamos de mi trato con Charlotte al principio del curso —dije mientras dejaba el libro en la mesa—. Pero no lo hemos analizado desde mi punto de vista. Ahora que la verdad ha salido a la luz, he pensado que hoy sería buen momento para dedicar algo de tiempo a resolver las dudas que podías tener.

Leviatán enarcó una ceja. Su perpetua expresión de curiosidad no

encajaba con su enorme tamaño y su intimidante presencia.

—¿Por qué das esta clase? ¿No tienes nada mejor que hacer? ¿Brujos que comer? —preguntó un alumno, con el rostro enrojecido por el miedo al hablar.

—En primer lugar, solo hay una bruja que forma parte de mi dieta —dije, lo que les arrancó una risa sorprendida a varios estudiantes —. En segundo lugar, resulta que soy de la creencia de que nuestros mayores logros residen en las obras de la generación que nos sucede. Lo mejor que podemos hacer por el mundo es dar a nuestros hijos la oportunidad de prosperar. El conocimiento es poder y es el mejor regalo que puedo entregaros a todos en el entorno cambiante que os rodea —dije y el chico guardó silencio en respuesta.

El miedo desapareció poco a poco de su rostro y su mirada se posó en mi vientre. Sentí de repente un dolor cegador que me hizo tropezar y apoyarme en el lateral de mi mesa.

Me llevé una mano al abdomen y me quedé mirándola al apartarla. Una sangre brillante y viscosa manaba de una herida para la que no tenía explicación.

Belcebú y Leviatán se levantaron de golpe y me contemplaron horrorizados. Me encontré con sus miradas y me dirigí hacia la puerta.

—Willow —dije, con la voz impregnada del pánico que sentía. Que estuviera tan herida como para afectarme, que ninguno de los dos se estuviera curando…

—Convoca a los demás —ordené a Leviatán y el enorme archidemonio salió del aula.

Seguí la cuerda del dolor de Willow y dejé que me guiara escaleras abajo. Bajé los escalones a trompicones; el vínculo entre nosotros tiraba de mi magia para mantenerla con vida. La fuente se deslizaba a través de mí y me utilizaba como conducto para mantener viva a

mi esposa, pero no tenía forma de asirla para mí.

Willow la necesitaba toda.

Belcebú y yo nos movimos en una ráfaga, incluso cuando sonó el timbre y los estudiantes abarrotaron los pasillos. Los empujé al pasar, sangrando por el suelo mientras avanzaba hacia ella. Gemí y me agarré a la barandilla mientras el dolor hacía que me retorciera y me desgarraba las entrañas en un eco de lo que estaba sufriendo Willow.

Solo había un arma capaz de hacer algo así, solo un cuchillo que pudiera herirla de aquella manera.

A mí no me había matado, pero la vida de Willow se deslizaba entre mis dedos mientras intentaba llegar hasta ella. La fuente solo podía sostenerla hasta cierto punto. Mi único consuelo, mi único aliento de alivio, era que la seguiría y estaría a su lado en el infierno.

Pero nunca volvería a ser la misma después de separarla de la tierra que tanto amaba.

—Gray, puede que ya esté muerta —dijo Belcebú con la voz tensa mientras observaba el flujo fresco de sangre que me goteaba por los pantalones y salpicaba el suelo.

Gruñí y aparté ese horrible pensamiento.

—Yo también lo estaría —repliqué, disipándolo con la única lógica a la que podía aferrarme por el momento—. Se está aferrando a la vida.

—¿Dónde está? —preguntó Belcebú, sabiendo que podía sentirla. Me miró como si fuera débil, un obstáculo para alcanzarla a tiempo.

Lo odié. Odiaba ser vulnerable por primera vez en siglos.

Y era la primera vez que importaba.

—La sala del Tribunal —dije, siguiendo el rastro de Willow. Su dolor era como un ancla que irradiaba por los oscuros pasillos de Hollow's Grove—. ¡Ve! —grité y extendió las alas.

Se lanzó por las escaleras, volando hacia mi mujer más rápido de lo que yo podía. Sin alas, con las cicatrices inútiles de la espalda como único vestigio, y sin ningún poder que reclamar, no tenía forma de llegar hasta ella tan rápido como él.

Solo esperaba que la alcanzara a tiempo.

# 44

# Willow



Contemplé el pozo del infierno. Los demonios se aproximaban en masa hacia las escaleras, pero sabía que nunca nos alcanzarían. Michael se retiró a los aposentos privados de la Alianza y volvió a salir con Margot, amordazada y con las manos atadas, mientras lágrimas silenciosas le corrían por las mejillas.

Me resistí a Iban, intentado luchar contra la debilidad, pero me sostuvo; su fuerza era mayor que la mía. No había sido tan débil desde la infancia y mi cuerpo se sentía a su merced.

—Vas a ser una buena chica y te vas a quedar quieta para mí, Willow, o te juro que le rebanaré el cuello y te obligaré a verla morir —dijo Michael y la advertencia me heló la sangre.

La idea de arrojarme dentro se me ocurrió sin proponérmelo, la certeza de que, si me iba, nadie podría volver a utilizarme para abrir la puerta.

Gray me mataría él mismo.

Margot negó con la cabeza con una mueca de ira. Su fuerza avivó la llama de la mía y compartimos un entendimiento.

Lucharíamos.

Moriríamos.

Pero nunca nos rendiríamos.

Yo sabía algo que Michael no. Ahora sabía por qué estaba tan desesperado por deshacerse de mí. No tenía tiempo que perder, porque algún día mi hija se alzaría.

Algún día, mi hija los mataría a todos.

Dejé de luchar con Iban para que se confiase. Me hundí en el contacto y me concentré en conservar las pocas fuerzas que tenía, preparándome para usarlas contra él. Rozaba la fuente con la punta de los dedos, pero no me atrevía a tocarla hasta estar lista. Sobre todo mientras aún sentía el cuchillo que me lo había arrebatado todo.

Mientras la fuente era lo único que me mantenía con vida.

—No debería seguir respirando —dijo Michael como advertencia y cerré los ojos. Que me viera débil, que viera lo que quería ver.

Iban me pasó la mano por el pelo para apartármelo de la cara y me dio la vuelta con cuidado para mirarme.

—Cariño —dijo y la ilusión en su voz casi me hace perder el control y atacarlo en ese mismo momento. No era lo bastante fuerte para enfrentarme a Michael y necesitaba esperar a que Gray llegara. No lo sentía; el dolor silenciaba todo fuera de mi cuerpo, pero sabía que vendría—. No es demasiado tarde para que te arrepientas.

—Eres aún más tonto de lo que pensaba si de verdad lo crees —dije con apenas un hilo de voz.

Las puertas de la sala del Tribunal se abrieron de golpe y una forma masculina atravesó el aire. Belcebú aterrizó en la habitación, me miró y dio un paso adelante. Se detuvo para estudiar el espacio,

casi vacío, y evaluar la amenaza.

Lo noté en cuanto vio a Margot. Se quedó de piedra, su cuerpo se congeló al verse atrapado entre sus sentimientos por ella y su lealtad hacia Gray.

Le sonreí cuando apretó la mandíbula y asentí para comunicarle que lo entendía. Fue a por Margot y me estremecí cuando Michael la empujó a un lado. Cayó hacia la fosa, incapaz de sujetarse mientras rodaba por el suelo.

—¡Margot! —grité e intenté arrancar las manos del sello para detenerla—. ¡Es tu amiga! —reprendí a Iban cuando no hizo ningún amago de ayudarla. Me sostuvo mientras la bruja caía en el pozo; intentó agarrarse con las piernas y las abrió en el último momento. Fue lo único que pudo detener su caída, pero entonces empezaron a resbalar con la sangre.

La mordaza amortiguó sus gruñidos, pero el pánico en su voz me paralizó el corazón.

—¡MARGOT! —volví a gritar al contemplar cómo sus piernas se hundían y resbalaban por el borde de la puerta al infierno.

Cayó, lejos de mi alcance, mientras le gritaba con todas mis fuerzas. Belcebú abandonó la lucha con Michael y se volvió a mirarme mientras yo le suplicaba en silencio. Empujó al arcángel, se lanzó hacia el pozo y se deslizó por el agujero, replegando las alas para perseguir a mi amiga.

Contemplé con pánico cómo avanzaba hacia ella, tratando de alcanzarla antes de que llegara al suelo. Desplegó las alas en el último momento y la envolvió en un fuerte abrazo apenas unos segundos antes de que chocaran contra la tierra roja. Giró el cuerpo justo antes de aterrizar para llevarse la peor parte de la caída y ocultó a Margot con sus alas. La protegió de la vista, pero fue él quien se estrelló en la tierra, abollándola con la fuerza del impacto.

Ninguno se movió mientras esperaba y volví mi atención a Michael cuando dio un paso hacia mí. Tenía el rostro contraído por la furia y extendió las manos para crear un vórtice de aire. La tormenta se extendió por la sala del Tribunal para recoger la sangre que había brotado de mi herida e impregnaba el suelo, y la dirigió hacia el trono del estrado. Sentí cómo la llamada de la Alianza se propagaba a través de mí y convocaba al Aquelarre, donde Michael los enviaría al infierno.

—Iban, no es demasiado tarde para detenerlo. Podemos salvar a Margot. Podemos salvar a tu familia —supliqué y miré hacia abajo, esperando ver cualquier señal de vida de Belcebú o de Margot, que habían quedado sepultados por la multitud de demonios que se amontonaban para subir las escaleras que parecían conducirlos a la salida.

Las puertas de la sala se abrieron de nuevo y supe de inmediato quién había entrado. Todavía llevaba traje; no había perdido ni un segundo en venir hasta mí. La expresión de su rostro irradiaba violencia cuando vio a Iban inclinado sobre mí, inmovilizándome, y el cuchillo aún clavado en mi abdomen.

Una bola de pelo negro se escabulló entre sus piernas. Jonathan corrió hacia mí y saltó en el aire. Se transformó en mitad del salto y su cuerpo creció a medida que su pelaje negro se expandía. Una piel clara y suave asomó entre las patas, que se alargaron. Su hocico se curvó y sus dientes crecieron hasta formar grandes colmillos. Sacudió la cabeza, aterrizó sobre cuatro patas enormes y se enderezó para levantarse, adoptando de nuevo su forma maldita.

—Por favor, moveos —supliqué, volviendo a centrar mi atención en Margot. No sabía cuánto tiempo más podría dejarles para salir de allí antes de sucumbir al dolor y a la muerte que me acechaban o tener que contraatacar.

—Consorte —dijo Jonathan y su voz me sobresaltó. Era más grave que la de su forma humana, hipnotizante por cómo se asemejaba a un gruñido.

—Sálvala. Salva a Margot, por favor —supliqué y lo miré con ojos llorosos. Con Gray allí, tenía la esperanza de que juntos seríamos capaces de cerrar el sello.

Pero no podría hacerlo hasta que Belcebú la sacara de allí.

Jonathan asintió con su cabeza lobuna y se inclinó en un gesto de despedida. Perderlo sería como perder una parte de mí, pero tampoco estaba dispuesta a dejar que Margot se pudriera.

—Como desees, consorte.

Jonathan saltó al pozo, sin darle ninguna importancia a una caída que habría matado a un humano. Aterrizó con las rodillas flexionadas, se dobló hacia delante para amortiguar el impacto y después echó a correr a cuatro patas hacia abajo. Tuvo que luchar para abrirse paso hasta donde Belcebú aún cubría el cuerpo de Margot con sus alas, inmóvil y silencioso.

—Michael —dijo Gray, lo que me obligó a apartar la mirada de la escena de abajo.

Contempló a su gemelo con ojos sorprendidos y dolor en la expresión cuando me miró y ató cabos. Comprendí que probablemente no había visto a su hermano en siglos desde su caída, lo que tendría que haber sido un reencuentro convertido en algo terrible—. ¿Qué estás haciendo?

—Te desterró al infierno. Tienes que volver —dijo Michael, con la mandíbula apretada en algo que me pareció remordimiento. Fuera lo que fuere lo que había pasado entre ellos, y sin importar lo que Dios les hubiera inculcado, en algún momento habían sido familia.

La familia más cercana que podía existir.

Eso no impidió que Michael se aproximara a Gray y lo agarrara

por los hombros mientras mi marido lo miraba atónito. Lo empujó al suelo en dirección hacia el agujero. Gray se defendió cuando se liberó del estupor, le dio un codazo en el vientre al arcángel y lo golpeó en la cara con la parte de atrás de la cabeza.

—¡El diablo debe estar en el infierno! —gritó Michael y gruñó de dolor mientras levantaba el puño. Lucharon y forcejearon, entonces Satanus y Mammón irrumpieron en la sala para ayudar.

Un movimiento desde abajo me distrajo de la lucha; Belcebú desplegó sus grandes alas coriáceas y sentí una punzada de esperanza. Se incorporó junto a Margot y la atrajo hacia su regazo mientras intentaba quitarle la mordaza y le desataba las manos.

Estaba viva.

Le tocó la cara y la estrechó con tanta dulzura que me pregunté si tendría que reconsiderar mi aversión por el enorme demonio. Ella le rodeó el cuello con los brazos y él miró hacia arriba. Se levantó con ella en brazos. Jonathan luchaba a su lado, lanzando zarpazos y mordiscos a todo lo que se acercaba demasiado. Los demonios se ensañaban con él e intentaban derribarlo a toda costa.

La ráfaga de aire de Michael atravesó la sala y estuvo a punto de arrojarme al pozo; la conexión con el sello que se aferraba a mi magia fue lo único que me mantuvo firme. Iban me sujetó con fuerza y el cuchillo de mi abdomen se deslizó ligeramente fuera de mi cuerpo.

—¡Podrías ser libre! —gritó Michael y me volví para verlo luchar con Gray. Satanus y Mammón habían quedado atrapados en su tormenta y un rayo atravesó el tornado que había formado con el viento. Los arrastró por el suelo y los demonios arañaron la piedra en un intento de agarrarse mientras se acercaban cada vez más al sello.

Gray intercambiaba golpes con su hermano y los dos estaban

magullados y sangrando. No recurrió a la magia ni una vez, dejando a la fuente intacta.

La guardaba para mí, comprendí al notar cómo el poder me empapaba la piel.

Quería conservarla porque era lo único que me mantenía con vida mientras mi fuerza vital goteaba sobre el sello para que siguiera abierto.

—¡Mándalo de vuelta! ¡Podrías ser libre, bruja! —volvió a gritar Michael mientras atrapaba a Gray entre sus brazos. Le rodeó la garganta con el antebrazo y lo acercó lentamente al sello.

Le sostuve la mirada a Gray; el temor a que decidiera abandonarlo era mucho mayor que lo que pudiera esperarle en el infierno. Le sostuve la mirada mientras pronunciaba palabras que apenas se oían por encima del ciclón que arrastraba a Satanus y a Mammón. Desaparecieron por el agujero, obligando a Belcebú a arrastrar a Margot a un lado.

No llegarían a tiempo.

Aun así, seguí mirando a Gray.

—Ya lo soy —dije con seguridad, más para mi marido que para Michael. Si así era como terminaba todo, si así era como iba a morir, quería que lo supiera.

No me arrepentía de nada.

Me había enseñado lo que era elegir.

Y lo elegía a él.

Gray se resistió al agarre de Michael con energía renovada, echó la cabeza hacia atrás y tiró a su hermano al suelo. El arcángel no tardó en levantarse y Gray se volvió hacia mí para transmitirme con los ojos todo lo que su voz no podía.

—¡Ahora, Willow!

Le di un cabezazo a Iban y sentí cómo se le rompía el tabique.

Levantó las manos para agarrarse la nariz y se soltó; me separé de la magia con un grito de agonía al arrancarme la piel de los huesos. Agarré la empuñadura de hueso del cuchillo con la palma destrozada y tiré para liberarlo.

La sangre fresca brotó mientras me ponía de rodillas y elevaba el brazo formando un arco.

La hoja alcanzó a Iban en la garganta; la fina línea tardó un momento en dejar paso a la sangre. Balbuceó mirándome, antes de bajar la vista al lento hilillo que le caía por la camisa.

Me tragué la pena por lo que habíamos sido y me puse de pie con torpeza con el cuchillo en la mano. Su poder se deslizó a través de mí y retornó al lugar al que pertenecía, en mi centro. Se me enfocó la vista cuando volví a sentir a Gray y cómo su acceso a la fuente se fortalecía a medida que dejaba de alimentarme.

Le dio una patada a Michael en el pecho acompañada de una ráfaga de magia gris que lo hizo retroceder a trompicones. Empujé el cuerpo de Iban contra él, usando su propia sangre para deslizarlo, y contemplé cómo el arcángel tropezaba y caía hacia atrás. Se agarró al borde del sello, que intentaba cerrarse sin mi magia para mantenerlo abierto.

Mientras se cerraba, sentí el tirón en mi poder y en mi alma; exigía una vida.

Todo sería en vano si no pagaba el precio.

Agarré el cuerpo de Iban y lo arrojé sobre Michael mientras Gray le pisaba la mano a su hermano allí donde se agarraba al borde. El arcángel cayó, se hundió bajo el borde mientras Iban caía en el pozo. Su cuerpo estalló en una masa de sangre y carne en el instante en que lo atravesó, el sacrificio completado. El foso se cubrió de cristal, rebanando los dedos de Michael, mientras el sello se cerraba y dejaba atrapados a mi amiga y a mi familiar, que seguían abajo. Un

demonio atacó y le asestó tres tajos en el pecho a Jonathan mientras los observaba. Mi familiar adoptó su forma felina y corrió hacia Margot. Belcebú rugió de rabia y los demonios se estremecieron.

Caí de rodillas sobre el cristal y contemplé a Margot mientras ella me mirada con una expresión de puro terror. Sostenía a Jonathan contra el pecho y mi gato sangraba, aunque seguía vivo. Su mirada violeta encontró también la mía.

La piedra cubrió el cristal.

Y ambos desaparecieron.

# 45

# Willow



Arañé la piedra, desesperada por atravesarla. Escarbé en la superficie y la sangre goteó sobre el sello cuando me acerqué al borde, dispuesta a volver a engancharme a él.

—¡No! —gritó Gray y se lanzó a por mí. Me rodeó la cintura con los brazos y me apartó hacia atrás mientras forcejeaba. La sangre brotaba de mi herida que no cicatrizaba y me caía por el costado.

Gray me siguió sujetando y me tumbó boca abajo en el suelo.

—¡Suéltame! —grité mientras me retorcía. Me sentía tan agotada que necesité de todas mis fuerzas. La adrenalina era lo único que me mantenía consciente, junto con la fuente que se negaba a liberarme.

—¡No le sirves de nada si estás muerta! —gritó y me giró sobre la espalda. Se llevó la muñeca a la boca, mordió y se desgarró la piel con dientes romos y humanos. Me estremecí cuando la carne se partió y la sangre me goteó sobre la cara.

Me acercó la muñeca a la boca; la estrelló contra mis dientes con

tanta fuerza que sentí que se me amorataban los labios. Sacudí la cabeza, rechazando la sangre de su brazo desgarrado.

Aun así, me lo metió en la boca y me obligó a separar los labios. La sangre se deslizó por los huecos entre mis dientes y me rozó la lengua. El sabor era tan exquisito como siempre cuando estalló en mis papilas gustativas y me supo a magia pura y sin diluir. Ahora sabía que era la misma fuente lo que fluía a través de él, el sabor de la vida y la muerte que existía en su interior.

Agarré el brazo y tiré de él mientras la sangre se me derramaba por la garganta. Incapaz de detenerme, completamente embelesada por la magia que me rejuvenecía, supe que bebería de él hasta que no le quedara nada que dar.

Fui vagamente consciente de unas voces mientras Gray hablaba con otra persona; el tenor profundo de la voz del otro hombre me resultó familiar, pero no me molesté en mirar mientras seguía bebiendo. Sentí un calor creciente en el costado que por fin curó el daño del cuchillo.

El cuchillo de hueso que aún aferraba con fuerza en una mano.

—Brujita —dijo Gray y me acarició la mejilla. Intentó apartar la muñeca, pero yo me mantuve firme y le clavé los dientes en la piel.

Se rio mientras otro hombre se acercaba, me agarró las manos y las apartó de su brazo. Gray liberó su brazo de un tirón y jadeé al verlo caer hacia atrás. Se sujetó el brazo mientras la herida se curaba más despacio de lo que debería.

Leviatán me ayudó a incorporarme con una suavidad fraternal.

Inmediatamente busqué el sello y un sollozo estrangulado se me atascó en la garganta cuando me di cuenta de que tendría que contarles a Della y a Nova que Iban estaba muerto y que Margot…

Joder.

—Mírame —dijo Gray y su rostro apareció ante mí. Se interpuso

entre el sello y yo y me acunó la cara entre las manos—. Belcebú no permitirá que le pase nada. ¿Me entiendes?

Asentí y me aferré a aquella lógica con todas mis fuerzas. No conocía al archidemonio lo suficiente como para saber si podía confiar en él o si sería un aliado o un enemigo, pero la forma en que miraba a Margot tendría que bastar por el momento.

—Ella es para él lo que tú eres para mí, mi amor —dijo Gray y apoyó la frente en la mía—. Los recuperaremos en cuanto podamos.

—Tendremos que hacerlo. Los necesitaremos cuando nos toque pagar el precio de que estés aquí —dije y agaché la cabeza. Charlotte dijo que Gray no lo sabía y le creí por cómo me miró.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—La doncella. La madre. La arpía —dije y palideció. Compartió una mirada con Leviatán y abrió mucho los ojos cuando volvió a centrarse en mí—. Alteramos el equilibrio al traerte aquí y nuestra hija será quien lo arregle.

—Charlotte era la arpía —dijo Leviatán al comprenderlo mientras Gray no dejaba de mirarme.

—Y tú eres la madre —dijo mi marido mientras bajaba la mano a la herida de mi vientre.

—Todavía no, pero lo seré —admití.

Negó con la cabeza con vehemencia.

—Esto no cambia nada. Si no quieres tener hijos, no los tendremos. Así de sencillo —dijo, se levantó y me aupó en brazos. Se dirigió a las puertas de la sala del Tribunal cargando conmigo mientras el Aquelarre entraba.

Leviatán nos hizo un gesto para que siguiéramos; él se ocuparía de los brujos por el momento.

—Pero el equilibrio… —argumenté.

—A la mierda el equilibrio. Prefiero ver arder el mundo antes que

permitir que te obliguen a hacer algo que no quieres —dijo. Su negación me calentó el pecho y suavizó los bordes deshilachados de mi alma. Esa noche lloraría a los amigos que había perdido.

Al día siguiente, encontraría la forma de seguir adelante.

# 46

# GRAY



Llevé a Willow al cuarto de baño y la desnudé. No se movió mientras me ocupaba de ella y se quedó mirando la pared como si allí fuera a encontrar las respuestas a sus problemas. Hacía rato que había dejado de llorar, después de que explicara a Leviatán cómo tratar con los miembros del Aquelarre que habían irrumpido en la sala del Tribunal para llevármela a la intimidad de nuestros aposentos y que pudiera derrumbarse en paz. Tenía los ojos húmedos, pero contuvo las lágrimas mientras le rasgaba la camisa por la mitad y se la quitaba.

Acaricié la piel rosada de su abdomen, justo encima del ombligo. Se estremeció cuando rocé la herida y se apartó del contacto. Abrió mucho los ojos y retrocedió físicamente al salir del trance.

Estaba en estado de *shock;* su cuerpo se esforzaba para proteger su mente de lo que había experimentado.

—Soy yo, brujita —dije y levanté las manos. Esperé a que me

mirase a los ojos y asintió con un gesto casi imperceptible al reconocerme.

—Es culpa mía —murmuró mientras procedía a quitarle los pantalones y bajárselos por las piernas. Tenía la piel demasiado fría, como el hielo, comparada con la reconfortante calidez que solía ofrecer—. Si no hubiera hechizado la daga…

—Ni se te ocurra —espeté y detesté cómo se estremeció ante la violencia de mi tono—. No tienes que cargar con el peso del mundo cada vez que alguien te jode. A veces las personas toman decisiones de mierda. Intentó sacrificarte a ti y a todos a los que conocía. La culpa es solo suya.

Willow asintió y se metió en la ducha cuando se lo indiqué. La observé a través de la puerta abierta mientras permanecía bajo el chorro, dejando que el agua le cayera por la cara. Cerró los ojos y jadeó por el repentino calor. Se dio la vuelta y echó la cabeza hacia atrás para que el agua le aclarase el pelo, con el cuerpo resbaladizo y húmedo incluso antes de secarse los ojos y abrir el champú.

Se detuvo y me miró.

—¿Qué haces? —preguntó con un hilo de voz que me dolió—. ¿No vas a entrar?

Me quedé callado, considerando su estado y sopesando mis opciones. Podía ser sincero, comunicarle mis necesidades y dejarla que eligiera, o podía permitirle llorar en paz.

—No puedo —dije, pensando solo en ella.

—Pero estás cubierto de sangre —dijo y observó mi ropa manchada.

—Me ducharé cuando termines.

—Gray —replicó y frunció el ceño. Le tembló el labio inferior con un destello de vulnerabilidad y se rodeó con los brazos.

Avancé y me detuve justo delante de la puerta de la ducha.

—Casi te pierdo —dije. La confesión brotó de lo más profundo de mí. No había querido admitir lo cerca que había estado de la muerte cuando por fin consiguió arrancarse aquella daga del estómago, pero había sentido la llamada del más allá reclamándola.

Había visto a la parca agazapada en las sombras.

—Pero no lo has hecho —dijo y la dulzura de su voz me estranguló el corazón. Había estado a punto de morir y aun así se preocupaba por cómo eso me afectaba.

—Pero casi y, si entro ahí contigo, lo único que voy a querer es sentirte entre mis brazos. Para recordarme a mí mismo que sigues aquí, porque si no estuvieras… —Se me quebró la voz. Incluso sabiendo que la seguiría al infierno, sabía que la Willow que amaba dejaría de existir.

No sería la misma después de la muerte. No sería la misma después de haber vivido su primer día en el infierno.

Pero no podía decírselo, porque admitiría lo que Margot estaría experimentando mientras Willow se limpiaba las pruebas de la noche de su cuerpo.

—¿Qué te hace pensar que yo no quiero que me recuerdes que sigo viva? —preguntó y la dulzura de las palabras chocó con el ardor de su mirada.

—Estás sufriendo —dije y negué con la cabeza. No me aprovecharía de ella.

Así no.

La humedad de sus ojos se derramó por fin y su rostro se deformó. No me quedó más remedio que meterme en la ducha y abrazarla. El agua me empapó la ropa y me la pegó a la piel mientras Willow me rodeaba el cuello con los brazos. Tiró de mí para que bajara a su altura y atrapó mi boca en la suya.

Era una exigencia suave, la necesidad de contacto evidente en el

frenético agarre de sus dedos.

Me quité la camisa y la tiré al suelo del baño. El chapoteo no me hizo apartar los labios de mi mujer; me negaba a cortar la conexión mientras me desabrochaba el cinturón y me bajaba los pantalones por los muslos.

Me separé el tiempo justo para arrancarme la tela mojada de las pantorrillas y apartarla de una patada junto con los calzoncillos a una esquina de la ducha. Willow levantó una pierna y la agarré por el muslo, usando el apoyo para levantarla y guiarla a la esquina opuesta. Apoyó un pie en la repisa destinada al afeitado para equilibrarnos y metió una mano entre nuestros cuerpos.

No hubo preámbulos ni preliminares; condujo mi polla hasta su entrada y apartó la mano para que pudiera penetrarla. Apoyó la frente en la mía y su respiración se aceleró mientras se abría para mí.

Se aferró a mí como si su vida dependiera de ello, como si necesitara que le recordaran que yo era real.

Su respiración se entrelazó con la mía y supe que nunca más daría ese sonido por sentado. Su corazón bombeaba contra mi pecho y su pulso latía en sintonía con el mío. Sentí cada latido dentro de mí, aporreando la fuente con la atracción del destino.

—Te quiero —murmuró suavemente contra mis labios. Me besó mientras la penetraba y abrió su cuerpo para que hiciera el amor con la mujer que había estado a punto de perder.

—Brujita —gemí, con la magia de los rojos recubriéndome la piel. Willow me acunó la cara entre las manos y me miró con los ojos brillantes por el poder de la fuente.

—Te elijo a ti, todos los días —dijo y esas palabras fueron la confirmación de todo lo que deseaba oír.

Todo lo que necesitaba para estar en paz.

Devoré su boca y ladeé la cabeza para besarla larga y

profundamente. Me moví dentro de ella con embestidas lentas y lánguidas, llevándola al placer sin prisa y disfrutando del recordatorio que ambos necesitábamos, hasta que por fin alcanzamos el clímax como uno solo.

Estábamos allí. Estábamos juntos.

Estábamos en casa.

# 47

# Willow



Entré en la sala del Tribunal y me negué a bajar la vista al sello por miedo a perder los papeles. Solo había pasado un día desde lo sucedido y la ausencia de Margot fue más evidente que nunca cuando el Aquelarre se reunió en la sala donde la había perdido.

Los miembros del Tribunal recién elegidos esperaban en sus propios tronos mientras yo me dirigía al estrado, con sus familias repartidas por la sala.

Della y Nova aguardaban sobre el estrado a mi derecha, ataviadas con bonitos vestidos que representaban a sus casas. Sus rostros sombríos eran un reflejo del mío; la ausencia de la bruja desaparecida pesaba aún más a la luz del día que había llegado demasiado rápido.

Gray esperaba en el centro, vestido todo de negro. Se había puesto una corbata verde bosque por mí y Leviatán estaba a su lado junto

con Asmodeo. Ambos sabíamos que Belcebú habría estado con ellos si no se hubiera perdido con Margot.

Los recuperaríamos. Teníamos que hacerlo.

Pero antes tenía que volverme más fuerte. Necesitaba ser capaz de mantener el sello abierto el tiempo suficiente para que pudieran escapar, sin poner en peligro mi vida. ¿A quién sacrificaría en mi lugar si no?

Tal vez el próximo brujo que se atreviera a desafiarme terminaría siéndonos útil.

Subí al estrado y puse la mano sobre la de Gray. Me miró y admiró las suaves líneas de encaje de mi vestido negro. La cola que fluía detrás de mí se desvanecía en un resplandeciente brillo esmeralda, un guiño a mi madre en un día que ninguna de las dos habríamos predicho nunca.

—Tengo una última sorpresa para ti, antes de que seas mía otra vez —dijo Gray y se volvió hacia las puertas de la sala del Tribunal. Me giré justo cuando Juliet entraba en la sala. El niño que iba a su lado se aferraba a ella en busca de apoyo, con los ojos castaños muy abiertos estudiando el Aquelarre.

Me recogí el vestido y bajé corriendo del estrado, sin importarme lo que debía parecer. Ash tenía los ojos como platos cuando me arrodillé frente a él y le rodeé la nuca con una mano. Lo estreché contra mí y limpié sus lágrimas de felicidad con la tela del vestido.

Al retirarme, le toqué la cara y lo miré con detenimiento.

En solo unas pocas semanas, había crecido.

Juliet lo había vestido de traje para la ocasión y una risa mezclada con un sollozo me subió por la garganta.

—Low —dijo y su vocecita se me clavó en lo más profundo del corazón.

—Hola, Bichito —dije y sonreí a pesar de las lágrimas. Me levanté

con su mano entre las mías e inmediatamente me sentí en casa cuando me di la vuelta y me encontré con la mirada de Gray que nos observaba.

Sonrió y Ash me sorprendió cuando se acercó y se arrimó a su lado. Mi marido respondió a mi pregunta silenciosa:

—Hemos tenido algo de tiempo mientras te arreglabas.

Bajé la vista hacia Ash y me pregunté cómo llevaría el descubrimiento de todo lo que había cambiado.

—¿Estás…? —Me interrumpí y sonreí al darme cuenta de que no soportaría la respuesta si fuera un «no». No lo aguantaría si no se soportaran el uno al otro—. ¿Te parece bien? —pregunté y me sentí más nerviosa que el día en que Gray había llamado a mi puerta para hacerme una invitación que yo no había querido.

—Solo quiero que seas feliz, Low —dijo Ash, mirándome con los amables ojos marrones que habían sido el centro de mi existencia durante mucho tiempo.

Ahora tenía dos.

Asentí y contuve las lágrimas lo suficiente para sonreírle. Leviatán se acercó, le dio la mano a Ash y lo ayudó a colocarse al final de la fila de padrinos de Gray. No se me escapó el significado, pero hablé con un nudo en la garganta.

—Por favor, no vuelvas a hacer que se vaya.

—Está donde debe estar, brujita —dijo Gray y apretó mis manos entre las suyas.

Asentí y le devolví el apretón mientras se volvía hacia las ventanas. Por ellas entraba una luz dorada que brillaba tanto que tuve que entrecerrar los ojos.

La diosa atravesó el cristal y se presentó ante nosotros en un despliegue deslumbrante. Sonrió a Gray y se acercó para acariciarle la mejilla. Uno a uno, los líderes del Tribunal se acercaron al estrado

y depositaron los símbolos de su magia a nuestros pies como ofrendas.

Los representantes de las familias Petra y Beltran dejaron cristales de todos los colores y los intensos verdes me calentaron el corazón.

Los de Realta y Amar trajeron jarras llenas de luz de estrellas.

El de los Bray aportó una sola rama.

Los de Aurai y Devoe dejaron una campana de viento en el suelo, los fragmentos de cristal chocando entre sí mientras les insuflaban vida.

Los de Tethys y Hawthorne ofrecieron una jarra de agua y una caracola marina.

Los de Erotes y Peabody trajeron elixires y pociones de amor.

Los de Collins y Madlock, faroles.

Separé las manos de las de Gray y las hice girar en círculos con los ojos cerrados. De mis palmas creció una sola rosa y la deposité junto al hueso que había recogido en la tumba de Loralei aquel mismo día para la ofrenda.

—El Aquelarre de tu amada ha presentado una hermosa ofrenda en su nombre, Lucifer Morningstar —dijo la diosa, con una mirada pícara dirigida a su hermano.

Él sonrió sin dejar de mirarme mientras meditaba la respuesta.

—Puedes tener lo que quieras, diosa —dijo y se acercó un paso más a mí. Lo miré, su cara muy cerca de la mía—. Siempre que yo pueda tenerla a ella.

Me acarició la mejilla y el calor del gesto me calentó por dentro.

—Entonces solo te pido que seas feliz, querido hermano —dijo la diosa y posó las manos en mis hombros.

Su luz se hundió dentro de mí y me llenó de calidez mientras Gray sellaba nuestro último trato con un beso.

Un trato por una eternidad a su lado.

Un trato de amor.

# Agradecimientos

Lo primero de todo, gracias a mis lectores, cuyo amor por esta saga ha hecho que todo fuera posible. No se me ocurre un grupo mejor para acompañarme en esta transición de la publicación independiente a la tradicional. Si me lo hubieran preguntado cuando empecé mis andaduras como autora, jamás me habría imaginado aquí, y todo os lo debo a vosotros. Este último año ha sido sobrecogedor y surrealista en todos los sentidos.

A mis amores, K. y C. Sois un sueño hecho realidad. Gracias por aguantar mis plazos y por inspirarme siempre a ver la luz al final del túnel. Gracias por recordarme a diario que el amor lo vence todo, gracias por darme un propósito y una razón para seguir soñando más cada día. Os quiero más que a nada.

A Monique Patterson y todo el equipo de Bramble, que apostaron por mí y por esta historia. Gracias por hacer que me sintiera valorada durante el proceso y por responder a todas mis ridículas preguntas. Ha sido un honor embarcarme en este viaje a vuestro lado.

A mis chicas, Kelly, Caitlen, Ashley, Arin y Renae, que me acompañaron de la mano mientras esta historia consumía todos mis pensamientos, y me dieron voz cuando ya no me quedaban palabras al final del día. Gracias por entenderme y por estar a mi lado en las buenas y en las malas, y por estar siempre dispuestas a decírmelo cuando algo necesita un repaso.

A mi agente, Josi Beck, por trabajar para que esto se hiciera

realidad y por creer siempre en mí, incluso cuando yo no creo en mí misma. Gracias por buscar siempre lo mejor para mí.

A Angie, por escucharme incluso cuando empiezo a perder la cabeza. Por hacerme sentir valorada y escuchada, independientemente de lo que hablemos. Gracias por tu apoyo incondicional y por hacer que estos libros brillen. Estaría perdida sin ti y sin tu capacidad para dar sentido a mis divagaciones en momentos de inspiración.

A Bri y Sienna, por ser mis mejores amigas y apoyarme incondicionalmente. Gracias por ser mis pilares. Nunca habría sobrevivido a esta industria sin vosotras a mi lado.

A mi madre, por ser mi fan número uno desde el principio, cuando el mundo me decía que nunca sería lo bastante buena.

A Sarah, por arriesgarse con una autora de romance oscuro que se atrevió a salir de su zona de confort.

A Cassie de Opulent Designs. Gracias por la cubierta perfecta. De todos los diseños que me han regalado a lo largo de los años, es posible que este sea mi favorito.

# Sobre la autora

HARPER L. WOODS es el *alter ego* de Adelaide Forrest, autora de novelas románticas *best seller* de *USA Today.* Se crio en un pequeño pueblo de Vermont y su pasión por la lectura nació durante los largos inviernos que pasó con la cara hundida entre las páginas de un libro. Empezó a escribir relatos cortos que pronto se convirtieron en novelas de ficción con todas las letras. Desde entonces, lleva publicados más de quince libros y tiene planeado escribir muchos más.

Cuando no está escribiendo, pasa el tiempo con sus dos hijos pequeños, achucha a su perro, sueña con viajar a tierras lejanas o diseña cubiertas para libros que nunca tendrá tiempo de usar.